

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN

Selección: **Damon Knight**



Lectulandia

Recopilación de 12 relatos, seleccionados por Damon Knight, que muestra la evolución de la ciencia ficción a lo largo de 100 años.

Lectulandia

AA. VV.

Antología de ciencia ficción

Selección a cargo de Damon Knight

ePub r1.0

Titivillus 10.12.17

Título original: *100 Years of Science Fiction*

AA. VV., 1968

Selección: Damon Knight

Traducción: José María Aroca

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contenido

Con el correo nocturno (With the Night Mail: A Story of 2000 A.D.), Rudyard Kipling, 1905

Cordura (Sanity), Fritz Leiber, 1944

Las formas (Les Xipéhuz), J.-H. Rosny, 1887

Un metropolitano llamado Mobius (A Subway Named Möbius), A. J. Deutsch, 1950

¿Qué le ocurrió al cabo Cuckoo? (Whatever Happened to Corporal Cuckoo?), Gerald Kersh, 1953

No molesten a Gus (Nobody Bothers Gus), Algis Budrys, 1955

El patriota ingenioso (The Ingenious Patriot), Ambrose Bierce, 1891

El igualador (The Equalizer), Norman Spinrad, 1964

El duplicador de materia (Business as Usual, During Alterations), Ralph Williams, 1958

En busca de San Aquino (The Quest for Saint Aquin), Anthony Boucher, 1951

Los nueve billones de nombres de Dios (The Nine Billion Names of God), Arthur C. Clarke, 1953

Las voces del tiempo (The Voices of Time), J. G. Ballard, 1960

CON EL CORREO NOCTURNO

RUDYARD KIPLING

A las nueve de una borrascosa noche de invierno me encontraba en las plataformas inferiores de una de las torres postales de la G.P.O. Mi propósito era un viaje a Quebec en la «Nave Postal 162 u otra cualquiera disponible»; y el propio Director General de Correos había refrendado la orden. Este talismán abría todas las puertas, incluso las del centro de expediciones, situado al pie de la torre, donde estaban distribuyendo el clasificado correo Continental. Las sacas estaban apiladas como arenques en los largos cajones grises que nuestra G.P.O. continúa llamando «vagones». Cinco de tales vagones fueron llenados mientras yo esperaba, y fueron disparados hacia arriba a lo largo de las guías, para ser cargados en las naves que esperaban trescientos pies más cerca de las estrellas.

Desde el centro de distribución fui acompañado por un agradable y maravillosamente instruido oficial —Mr. L. L. Geary, Segundo Expendedor de la Ruta Occidental— al Cuarto de Capitanes (esto despierta un eco de novela antigua), donde los capitanes de correos se hacen cargo de su turno de servicio. Me presentó al capitán del «162», capitán Purnall, y a su relevo, el capitán Hodgson. El uno es bajito y moreno; el otro alto y rojizo; pero los dos tienen la mirada característica de las águilas y los aeronautas. Puede apreciarse en las fotografías de nuestros pilotos de competición profesionales, desde L. V. Rausch hasta la pequeña Ada Warrleigh: aquella insondable abstracción de la mirada, acostumbrada a penetrar las profundidades del espacio.

En el tablón de avisos del Cuarto de los Capitanes, las flechas vibratorias de unos veinte indicadores registran, grado por grado geográfico, los progresos de otras tantas naves de regreso. La palabra «Cabo» aparece en la esfera de un cuadrante; suena un gong: el correo sudafricano se encuentra en la Torre de Recepción de Highgate. Eso es todo. Recuerda cómicamente la pérfida campanilla que en el desván de los aficionados a las palomas notifica el regreso de una mensajera.

—Ya es la hora —dice el capitán Purnall, y nos dirigimos al ascensor que ha de trasladarnos a la cumbre de la torre—. Nuestro vagón se cerrará cuando esté cargado y el personal ocupe sus puestos...

El «N.º 162» nos espera en el Embarcadero E del último piso. La gran curva de su lomo despide un brillo opaco bajo las luces, y alguna leve alteración del equilibrio le hace mecerse ligeramente en los ganchos que lo sujetan.

El capitán Purnall frunce el ceño y penetra en el interior. Con un suave chirrido, el «162» se inmoviliza por completo. Desde su hocico, que ha taladrado incontables

leguas de granizo, nieve y hielo, hasta la intercalación de sus tres ejes propulsores, hay una distancia de doscientos cuarenta pies. Su diámetro máximo, localizado en la parte delantera, es de treinta y siete pies. Contrasta esto con los novecientos por noventa y cinco de cualquier vapor de línea, y puede suponerse la energía que se necesita para arrastrar un casco a través de todos los climas a una velocidad muy superior a la del *Cyclonic*...

La mirada no detecta ninguna juntura en su piel, excepto la que corresponde al emplazamiento del timón. El timón de Magniac, que nos asegura el dominio del aire inestable y que dejó a su inventor en la miseria y medio ciego. Está calculado para la curva «ala de gaviota» de Castelli. Una inclinación hacia adelante o hacia atrás de tres octavos de pulgada equivale a un descenso o una ascensión de cinco millas.

—Sí —dice el capitán Hodgson, respondiendo a mi pensamiento—, Castelli creyó haber descubierto el secreto para controlar los aeroplanos, cuando lo único que hizo fue descubrir el modo de gobernar globos dirigibles. Magniac inventó su timón para que fuera aplicado a los buques de guerra, y la guerra pasó de moda y Magniac perdió la chaveta porque dijo que ya no podía servir a su patria. Me pregunto si alguno de nosotros sabe realmente lo que estamos haciendo.

—Si quiere ver el vagón cargado será mejor que suba a bordo —dice Mr. Geary.

Cruzo la puerta situada en el centro de la nave. Aquí no hay nada que alegre la vista. La hilera de tanques de gas discurre a un par de pies de distancia de mi cabeza, y gira por encima de la curva de la sentina. Los buques de línea y los yates disfrazan sus tanques con motivos decorativos, pero la G.P.O. se limita a cubrirlos con una capa de pintura gris, que es el color de reglamento. La sala de máquinas se encuentra casi en el centro de la nave. Delante de ella hay una abertura, ahora una escotilla sin fondo, en la cual quedará encajado nuestro vagón. Mirando hacia abajo, a trescientos pies de distancia, se percibe el centro de distribución. De pronto, algo asciende rápidamente hacia nosotros. Su tamaño aumenta paulatinamente: primero es un sello de correos, luego un naipe, después una batea y finalmente un pontón. Los dos empleados, su tripulación, ni siquiera levantan la mirada cuando llega a su destino. Las cartas para Quebec vuelan bajo sus dedos y pasan a las correspondientes casillas, mientras los dos capitanes y Mr. Geary comprueban si el vagón queda bien encajado. Un empleado entrega la lista de embarque. El capitán Purnall le pone el visto bueno y se la pasa a Mr. Geary.

—¡Buen viaje! —dice Mr. Geary, y desaparece a través de la puerta, que un compresor neumático cierra detrás de él.

—¡A-ah! —suspira el compresor al relajarse.

Los ganchos que sujetan a la nave se sueltan con un chasquido metálico. Estamos libres.

El capitán Hodgson abre la gran portañola inferior a través de cuya mirilla coloide contemplo el iluminado Londres deslizarse hacia el este a medida que el viento nos arrastra. La primera de las bajas nubes de invierno oculta el conocido paisaje y

oscurece el Middlesex. En uno de los extremos de la nube puedo ver las luces de una nave postal hundiéndose en la blanca masa. Por un instante brillan como estrellas antes de desaparecer en dirección a la Torre de Recepción de Highgate.

—El Correo de Bombay —dice el capitán Hodgson, y consulta su reloj—. Lleva cuarenta minutos de retraso.

—¿A qué altura estamos? —pregunto.

—A cuatro mil pies. ¿No va usted a subir al puente?

El puente (agradezcamos a la G.P.O. su preocupación por conservar las más antiguas tradiciones) está representado por una vista de las piernas del capitán Hodgson mientras permanece de pie en la Plataforma de Control. El bastidor coloide está abierto y el capitán Purnall, con una mano en el volante, está esperando una racha de viento favorable. El altímetro señala 4.300 pies.

—Hace una noche de perros —murmura Purnall, mientras remontamos capa tras capa de nubes—. En esta época del año, acostumbramos a encontrar una corriente de aire de levante por debajo de los tres mil pies, No me gusta avanzar a través de las nubes.

—Lo mismo le ocurre a Van Cutsem. Siempre anda buscando una racha de viento favorable —dice el capitán Hodgson.

Un centenar de brazas más abajo una luz empañada rompe las nubes. El Correo Nocturno de Antwerp está de regreso. El viento nos situaría sobre el Mar del Norte en media hora, pero el capitán Purnall gobierna la nave con prudencia.

«Cinco mil... seis mil, seis mil ochocientos.» El altímetro va subiendo hasta que encontramos la corriente de levante. Entonces, el capitán Purnall corta los motores y fija el gobernalle a una varilla situada delante de él. Sería absurdo utilizar las máquinas cuando Eolo nos empuja completamente gratis. Ahora avanzamos rápidamente. A esta altura, las nubes inferiores aparecen desplegadas, peinadas por los secos dedos del Este. Por encima de nuestras cabezas, una película de niebla a la deriva extiende una especie de gasa a través del firmamento. La luz de la luna convierte los estratos inferiores en plata sin una sola mancha, a excepción de la sombra que proyecta nuestra nave. Los Dobles Faros de Cardiff y de Bristol están apagados delante de nosotros, ya que seguimos la Ruta Meridional de Invierno. La Central de Coventry, el eje del sistema inglés, proyecta cada diez segundos su chorro de luz diamantina hacia el norte; a nuestra izquierda parpadea intermitentemente la inconfundible luz verde de El Puerro, el gran rompedor de nubes del cabo de San David. Con este tiempo tiene que haber una capa muy espesa de nubes encima de El Puerro, pero eso no le afecta.

—Nuestro planeta está superiluminado, desde luego —dice el capitán Purnall, mientras Cardiff-Bristol se deslizan por debajo de nosotros—. Recuerdo los viejos tiempos, cuando la localización de un lugar exigía una pericia especial. Sobre todo, cuando hacía mal tiempo. Ahora es como conducir por Piccadilly.

Señala las columnas de luz que taladran la capa de nubes. No vemos nada de los

contornos de Inglaterra: sólo un blanco pavimento horadado en todas direcciones por aquellas escotillas multicolores. ¡Benditos sean Sargent, Ahrens y los hermanos Dubois, que inventaron los rompe nubes del mundo para que nosotros viajáramos con más seguridad!

—¿Va usted a remontarse para el Shamrock? —pregunta el capitán Hodgson.

El capitán Purnall asiente.

Debajo de nosotros el tránsito es muy intenso. El banco de nubes aparece cruzado de grietas llameantes: son las naves del Atlántico que regresan apresuradamente a Londres. Según las normas internacionales, las Naves Postales disponen de todo el espacio hasta cinco mil pies de altura, pero los extranjeros que tienen prisa se toman toda clase de libertades con el espacio inglés.

Sobre el Atlántico no hay ninguna nube, y unos leves regueros de espuma alrededor de la Bahía Dingle señalan los lugares donde el mar martillea la costa. Un enorme buque de línea de la S.A.T.A. (*Société Anonyme des Transports Aériens*) está sumergiéndose a media milla debajo de nosotros en busca de alguna grieta en el sólido viento del oeste. Más abajo, una nave danesa averiada está comunicando con el buque de línea en clave internacional. Nuestro receptor de Comunicación General ha captado la conversación y la reproduce. El capitán Hodgson hace un movimiento para desconectarlo, pero cambia de idea.

—Tal vez a usted le guste escuchar —dice.

—*Argol*, de Santo Tomás —susurra el danés—. Informando a los propietarios que tres soportes del eje de estribor se han fundido. En estas condiciones podemos llegar a Flores, pero imposible ir más allá. ¿Debemos comprar recambios en Fayal?

El buque de línea se da por enterado y recomienda invertir los soportes. El *Argol* contesta que ya lo ha hecho, sin resultado, y empieza a echar pestes contra los soportes alemanes. El francés asiente cordialmente, dice «*Courage, mon ami*» y corta la comunicación.

Sus luces se hunden bajo la curva del océano.

—Ese es uno de los buques de la Lundt & Bleamers —dice el capitán Hodgson—. Les está bien empleado por utilizar material alemán barato. ¡No llegará a Fayal esta noche! A propósito, ¿le gustaría echar un vistazo al cuarto de máquinas?

He estado esperando ávidamente esta invitación y sigo al capitán Hodgson, agachándome para evitar los tanques. Sabemos que el gas de Fleury carece de presión, como se demostró en el famoso proceso internacional de 1989, pero su enorme fuerza expansiva exige unos tanques muy amplios. Incluso en esta atmósfera tan tenue, los estabilizadores funcionan ininterrumpidamente eliminando una tercera parte de su presión normal, y el «162» tiene que ser revisado periódicamente para que nuestro vuelo no se convierta en una ascensión a las estrellas. El capitán Purnall prefiere una nave sobrecargada a una nave con poco peso. Pero resulta difícil encontrar dos capitanes que compartan las mismas ideas en lo que respecta al buen gobierno de un buque.

—Cuando yo ocupe el puente —dice el capitán Hodgson—, tendrá usted ocasión de ver cómo se gobierna una de estas naves... A propósito, eche una ojeada a los soportes. Aquí no encontrará material alemán. Son unas verdaderas joyas.

Nuestros soportes son piedras C.M.C. (Commercial Minerals Company), talladas con tanta precisión como los lentes de un telescopio. Cuestan 37 libras cada una. Hasta ahora no hemos llegado al término de su vida. Las nuestras proceden del «N.º 97», que las tomó del viejo *Dominion of Light*, el cual las había tomado a su vez del aeroplano *Perseus*, en los años en que los hombres volaban todavía en cometas de madera montadas sobre motores de gasolina.

Las piedras C.M.C. son un vivo reproche de los métodos de fabricación alemanes, con su peligrosa insistencia en lanzar al mercado aleaciones de aluminio que enriquecen a los cazadores de dividendos y vuelven locos a los navegantes.

Súbitamente, se oye el estridente sonido de un timbre. Los mecánicos se precipitan hacia las válvulas de las turbinas. Entran en funciones los frenos y ciamos, expresados en el lenguaje de la Plataforma de Control.

—Algo hay que no marcha a gusto de Tim —dice el capitán Hodgson—. Vamos a echar una mirada.

El capitán Purnall no es el hombre suave que hemos dejado una hora antes, sino la encarnación de la autoridad de la G.P.O. Delante de nosotros flota un anticuado cacharro, con tanto derecho al espacio de los 5.000 pies como una carrera de bueyes en una carretera moderna. Nuestro faro de señales lo barre, como barre la linterna de un agente de la autoridad una zona sospechosa. Y en la anticuada torreta aparece, como un ratero, un navegante en mangas de camisa. El capitán Purnall abre el coloire para hablar con él de hombre a hombre. A veces la Ciencia no resulta satisfactoria.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —grita, cuando las dos naves casi se tocan—. ¿No sabe que éste es un camino reservado a los vuelos postales? Y se tiene usted por marino, ¿eh? No sirve ni para venderles globos a los esquimales... ¡Déme su nombre y su número! Yo haré...

—No es el primer accidente que sufro —le interrumpe el hombre, con voz ronca—. Y me tiene sin cuidado lo que *usted* pueda hacer, Postillón.

—¿De veras? Yo haré que le importe. Le denunciaré por obstrucción. Y el seguro no le abonará ni un penique. ¿Comprende *eso*?

Entonces el desconocido aúlla:

—¡Mire mis propulsores! ¡Alguien nos ha embestido por debajo y nos ha hecho polvo! Mi piloto tiene un brazo roto; mi mecánico sufrió una herida en la cabeza; mi Rayo se apagó cuando se averiaron los motores; y... ¡Por el amor de Dios, deme mi altura, capitán! Creo que estamos cayendo.

—Seis mil ochocientos.

—Con un poco de suerte llegaremos a San Juan. Estamos tratando de obturar el tanque delantero, pero no deja de perder gas —explica el desconocido.

—Se está hundiendo como un tronco —dice el capitán Purnall en voz baja—.

Llame al Banks Mark Boat, George.

Nuestro altímetro indica que, en el tiempo que llevamos junto a la otra nave, hemos descendido quinientos pies.

El capitán Purnall pulsa un interruptor y nuestro faro de señales empieza a oscilar a través de la oscuridad, proyectando haces de luz al infinito.

—Eso llamará la atención de alguien —dice, mientras el capitán Hodgson observa el Comunicador General. Ha llamado al North Banks Mark Boat, que se encuentra a un centenar de millas al oeste, y está informando del caso.

—Me quedaré junto a usted —le grita el capitán Purnall a la solitaria figura de la torreta.

—¿Tan serio es el caso? —inquire el otro—. Mi nave no está asegurada. Es mía.

—Debí sospecharlo —murmura Hodgson—. El riesgo del propietario es el peor riesgo de todos.

—¿No puedo llegar a San Juan... ni siquiera con esta brisa? —se lamenta la voz.

—Prepárese a abandonar la nave. ¿No tiene algo que pueda contrarrestar la gravedad, delante o detrás?

—Sólo los tanques del centro, y no están demasiado tensos. Verá, mi Rayo se apagó, y...

El hombre tose, a causa del gas que se escapa.

—¡Pobre diablo! —La exclamación no llega a oídos de nuestro amigo—. ¿Qué dice el Mark Boat, George?

—Quiere saber si hay algún peligro para el tránsito. Dice que el tiempo no es favorable allí, que no puede salir de la estación. He efectuado una Llamada General, de modo que incluso en el caso de que no vean nuestro faro de señales, acuda alguien a ayudarnos. ¿Soltamos nuestras eslingas? ¡Atención! ¡Estamos aquí! ¡Un buque de línea de la Planet!

—Dícales que preparen sus eslingas —grita el capitán Purnall—. Tenemos que darnos prisa... Ate a su piloto —le grita ahora al hombre de la torreta.

—Mi piloto está bien. Se trata de mi mecánico. Se ha vuelto loco.

—Tranquilícele con una llave inglesa. Dése prisa.

—Pero, si usted se queda a mi lado, puedo llegar a San Juan...

—Llegará al profundo y húmedo Atlántico dentro de veinte minutos. Se encuentra a menos de cinco mil ochocientos pies de altura... Recoja su documentación.

Un buque de línea de la Planet se acerca a nosotros por el este, traza una soberbia espiral y se detiene junto al «162». Su escotilla inferior está abierta y sus eslingas cuelgan de ella como tentáculos. Apagamos nuestro faro de señales, mientras el recién llegado se sitúa sobre la torreta de la nave averiada. Aparece el piloto, con el brazo en cabestrillo, seguido de un hombre con la cabeza vendada, gritando que tiene que ir a reparar su rayo. El piloto le asegura que encontrarán un rayo nuevo en el cuarto de máquinas del buque de línea. La cabeza vendada continúa agitándose, muy

excitada. Siguen un joven y una mujer. El buque de línea oscila encima de nosotros, y vemos los rostros de los pasajeros pegados al coloide de las ventanillas.

—Ahí va una guapa muchacha —dice el capitán Purnall—. ¿Qué diablos estará esperando ese imbécil?

Aparece el propietario de la nave averiada, suplicándonos que nos mantengamos junto a él hasta que llegue a San Juan. Desciende de la torreta y regresa con el gatito de la nave.

El buque de línea iza sus eslingas; su escotilla inferior se cierra y el buque reemprende la marcha. El altímetro señala ahora menos de 3.000 pies.

El Mark Boat nos indica que debemos ayudar a la nave abandonada, cuando cae ya debajo de nosotros en largos zigzags.

—Mantenga nuestro faro sobre ella y envíe un Aviso General —dice el capitán Purnall, siguiendo a la nave en su caída.

No es necesario. No hay un buque de línea en el aire que no conozca el significado de aquel rayo de luz vertical.

—Se hundirá en el agua, ¿verdad? —pregunto.

—No siempre se hunden —dice el capitán Purnall—. A veces flotan durante semanas enteras. Despídase de ella y piense en lo que nos espera.

—Mala suerte la suya —sentencia el capitán Hodgson.

CORDURA

FRITZ LEIBER

—Pasa, Phy, y ponte cómodo.

La voz meliflua —y la puerta que se abrió súbitamente— sorprendió al secretario general del Mundo jugueteando con una burbuja de gasoide verdoso, a la cual aplastaba en su mano para contemplar a continuación cómo se filtraba entre sus dedos en forma de espatulados zarcillos que no se disolvían. Lentamente, oblicuamente, volvió la cabeza. El Director Mundial Carrsbury captó una expresión que era al mismo tiempo estúpida, astuta, vacua. Bruscamente, la expresión fue reemplazada por una nerviosa sonrisa. El hombre, muy flaco, se irguió cuanto le permitían sus hombros habitualmente caídos, entró apresuradamente y se sentó en el borde de un sillón neumático.

Contempló con apuro la burbuja de gasoide que conservaba en la mano, y miró a su alrededor buscando un lugar a propósito para dejarla. Al no encontrar ninguno, la introdujo en su bolsillo. Luego reprimió el maquinal movimiento de sus dedos entrelazando fuertemente las dos manos.

—¿Cómo te encuentras, viejo? —preguntó Carrsbury en un tono que revelaba una benevolente amistad.

El secretario general no levantó la mirada.

—¿Te preocupa algo, Phy? —inquirió solícitamente Carrsbury—. ¿Te sientes disgustado, o insatisfecho, por tu... ejem... traslado, ahora que ha llegado el momento?

El secretario general no respondió. Carrsbury se inclinó hacia adelante a través del plateado escritorio semicircular, y apremió a su interlocutor.

—Vamos, viejo amigo, háblame de ello.

El secretario general no levantó la cabeza, pero hizo rodar sus extraños y distantes ojos hasta que quedaron fijos en Carrsbury. Se estremeció ligeramente, su cuerpo pareció contraerse y sus exangües manos se entrelazaron con más fuerza.

—Lo sé —dijo, en voz muy baja y monocorde—. Crees que estoy loco.

Carrsbury se echó hacia atrás, obligando a sus cejas a fruncirse debajo del mechón de cabello plateado.

—¡Oh! No es necesario que finjas sorprenderte —continuó Phy, en tono algo más firme, ahora que había roto el hielo—. Sabes tan bien como yo lo que significa la palabra. Mejor que yo, incluso, aunque ambos hemos tenido que efectuar investigaciones históricas para descubrirlo.

»Locura —repitió soñadoramente—. Desviamiento significativo de lo que

constituye la norma. Incapacidad de adaptarse a los convencionalismos básicos a los cuales se subordina toda la conducta humana.

—¡Tonterías! —dijo Carrsbury, exhibiendo su sonrisa más cálida—. No tengo la menor idea de lo que estás diciendo. Estás un poco cansado, un poco aturdido... cosa muy comprensible teniendo en cuenta la carga que has soportado. Un breve descanso te pondrá como nuevo, unas vacaciones apartado de todo esto. Pero de eso a que estés... ¡Absurdo!

—No, —dijo Phy, mirando fijamente a Carrsbury—. Tú crees que estoy loco. Crees que todos mis colegas del Servicio de Dirección Mundial están locos. Por eso nos has reemplazado por los hombres que has estado adiestrando durante diez años en tu Instituto de Caudillaje Político. Lo has creído desde el momento en que, con mi ayuda y mi complicidad, te convertiste en Director Mundial.

Carrsbury acusó el impacto. Por primera vez, su sonrisa se hizo un poco insegura. Empezó a decir algo, pero cambió de idea y miró a Phy, como si esperara que añadiese algo.

Sin embargo, Phy estaba mirando de nuevo fijamente el suelo.

Carrsbury se retrepó en su asiento, pensando. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono más natural, menos melifluo y paternal.

—De acuerdo, Phy. Pero, sinceramente, dime una cosa: ¿no os sentiréis todos mucho más felices cuando os hayan relevado de vuestras responsabilidades?

Phy asintió con aire sombrío.

—Sí —dijo—. Indudablemente. Pero...

—Pero, ¿qué? —apremió Carrsbury.

Phy tragó saliva. Parecía incapaz de continuar. Se había deslizado paulatinamente hacia un lado del sillón, y la presión había hecho que el verde gasoide asomara por su bolsillo. Los largos dedos de Phy lo apretaron maquinalmente.

Carrsbury se puso en pie y dio la vuelta al escritorio. Sus cejas continuaban fruncidas, pero ahora no fingía.

—No veo motivo para que no hablemos de ello ahora, Phy —dijo—. Hasta cierto punto, te debo todo lo que soy. Y no hay razón para mantenerlo en secreto... no existe ningún peligro...

—Sí —asintió Phy, con una amarga sonrisa—, desde hace unos años no has corrido el peligro de que se produjera un golpe de estado. Y en el caso de que nos hubiéramos sublevado, disponías... —su mirada se posó en un punto de la pared opuesta donde una fina rendija vertical señalaba la presencia de una puerta— de tu policía secreta.

Carrsbury se sobresaltó. No se le había ocurrido que Phy pudiera estar enterado. Molesto, pensó: *La astucia de los locos*. Pero sólo por un instante. El sentimiento de amistad prevaleció de nuevo. Se situó detrás del sillón que ocupaba Phy y apoyó sus manos en los caídos hombros.

—Sabes que siempre he experimentado un afecto especial hacia ti, Phy —dijo—,

y no solamente por el hecho de que tus genialidades me facilitaran el camino para convertirme en Director Mundial. Siempre he sabido que eras distinto de los otros, que había momentos en que...

Vaciló.

Phy se encogió un poco bajo las amistosas manos.

—¿Te refieres a mis momentos de lucidez? —inquirió sin rodeos.

—Como ahora —dijo Carrsbury en voz baja, tras asentir con la cabeza, un gesto que el otro no pudo ver—. Siempre he sabido que a tu manera, poco realista, me *comprendías*. Y eso ha significado mucho para mí. He estado solo, Phy, espantosamente solo, durante diez años. No he tenido un solo compañero. Ni siquiera entre los hombres que he estado adiestrando en el Instituto de Caudillaje Político, ya que también delante de ellos tenía que representar un papel, mantenerles en la ignorancia de ciertos hechos, por temor a que se anticiparan a tomar el poder antes de estar suficientemente preparados. Siempre solo, sin más compañía que la de mis esperanzas... y los ocasionales momentos que he pasado contigo. Ahora que todo está superado y que un nuevo régimen empieza para los dos, puedo decirte eso. Y me alegro.

Se produjo un silencio. Luego... Phy no volvió la cabeza, pero una mano exangüe ascendió hasta tocar la de Carrsbury. Carrsbury carraspeó. Resultaba extraño, pensó, que pudiera existir una momentánea relación como ésta entre el cuerdo y el loco. Pero así era.

El Director Mundial regresó a su escritorio con cierta precipitación.

—Soy una regresión, Phy —empezó, hablando con más vivacidad que antes—. Una regresión a una época en la que la mentalidad humana era mucho más sana. Si mi caso se debió a las leyes de la herencia, o a determinados accidentes ambientales, o a las dos cosas, es algo que carece de importancia. Lo cierto es que había nacido una persona que estaba en condiciones de analizar el estado actual del género humano a la luz del pasado, de diagnosticar su enfermedad y de iniciar su curación. Durante largo tiempo me negué a enfrentarme con los hechos, pero finalmente mis investigaciones —especialmente las relacionadas con la literatura del siglo xx— no me dejaron otra alternativa. La mentalidad del género humano se había convertido en... anormal. Gracias a algunos avances tecnológicos, que habían hecho mucho más fácil y sencilla la tarea de vivir, y al hecho de que las guerras terminaron con la creación del actual estado mundial, se demoró el inevitable derrumbamiento de la civilización. Pero no hizo más que eso: demorarse. Las grandes masas humanas se han convertido en masas de lo que en otra época recibió el nombre de neuróticos incurables. Sus caudillos se han vuelto... tú te has adelantado a decirlo, Phy... locos. Incidentalmente, este último fenómeno —la tendencia de los enfermos mentales al caudillaje— ha sido observado en todas las épocas.

Carrsbury hizo una pausa. Tal vez se equivocaba, pero le pareció que Phy estaba siguiendo sus palabras con síntomas de una claridad mental mucho mayor que la

había observado en él hasta entonces. Quizás —a menudo había soñado esperanzadamente en aquella posibilidad— existía aún la oportunidad de salvar a Phy. Quizás, si le explicaba las cosas claramente...

—En mis estudios históricos —continuó—, no tardé en llegar a la conclusión de que el período crucial fue el de la Amnistía Final, coincidente con la fundación del actual estado mundial. Se nos ha enseñado que con tal motivo fueron liberados millones de presos políticos... y millones de los otros. ¿Quiénes eran aquellos otros? A esta pregunta, nuestras historias actuales sólo dan respuestas vagas y vulgares. Las dificultades semánticas con que he tropezado han sido enormes. Pero he insistido obstinadamente. ¿Por qué, me he preguntado a mí mismo, habían desaparecido de nuestro vocabulario palabras tales como locura, demencia, psicosis, al tiempo que desaparecían de nuestra mente los conceptos que correspondían a ellas? ¿Por qué ha desaparecido del plan de estudios de nuestras Universidades la asignatura «Psicología anormal»? Y, lo que es mucho más significativo, ¿por qué nuestra moderna psicología resulta asombrosamente similar a lo que en el siglo xx se definía como psicología anormal? ¿Por que no existen ya, como en el siglo xx, instituciones para la reclusión y el tratamiento de los enfermos mentales?

Phy irguió la cabeza. Sonrió ladinamente.

—Porque ahora todo el mundo está loco —susurró.

La astucia de los locos. La frase acudió de nuevo a la mente de Carrsbury, como una advertencia. Pero sólo por un instante. Asintió con un gesto.

—Al principio me negué a aceptar esa conclusión. Pero poco a poco razoné el porqué y el cómo de lo que había sucedido. Una civilización altamente tecnológica había sometido al género humano a una gama más amplia de estímulos, convirtiéndolo en sujeto de tensiones mentales, de impulsos emotivos y de sugerencias conflictivas. Pero en los textos de psiquiatría del siglo xx descubrí, además, unas observaciones sobre un tipo de psicosis provocada por el éxito. Un individuo desequilibrado conserva una apariencia de normalidad mientras lucha por algo, mientras avanza hacia un objetivo. Pero alcanza el objetivo, y se desmorona. Sus reprimidas confusiones asoman a la superficie, se da cuenta de que no sabe lo que quiere, en realidad, sus energías, hasta entonces comprometidas en una lucha externa se vuelven contra él, y le destruyen. Bien, cuando la guerra quedó finalmente eliminada, cuando el mundo entero se convirtió en un estado unificado, cuando la desigualdad social quedó abolida... ¿Te das cuenta de la dirección de mi pensamiento?

Phy asintió lentamente.

—Esa es una deducción muy interesante —dijo, con una voz extraña, remota.

—Habiendo aceptado a regañadientes mi premisa principal —continuó Carrsbury—, todo se aclaró. Las cíclicas fluctuaciones semestrales del crédito mundial: me di cuenta en seguida de que Morgenstern, de Finanzas, era un maníaco-depresivo con una frase semestral, o una personalidad dualista, con una faceta de derrochador y otra

de avaro. Resultó ser lo primero. ¿Por qué permanecía estancado el Departamento de Cultura? Porque el Director Howard era un catatónico. ¿Por qué se excedía en sus actividades el Departamento de Investigaciones Extraterrestres? Porque McElvy era un eufórico.

Phy le miró con una expresión de extrañeza.

—Es natural —dijo, extendiendo sus delgadas manos, de una de las cuales cayó el gasoide como un bucle de humo verde.

Carrsbury replicó:

—Sí, ya sé que tú y algunos de los otros os dais cuenta de las diferencias entre vuestras... personalidades, aunque no apreciéis la anormalidad fundamental implícita en todas ellas. Pero, sigamos. Cuando supe cuál era la situación, decidí lo que tenía que hacer. En mi calidad de hombre cuerdo, capaz de fijarme unos objetivos realistas, y rodeado de individuos cuyas inconsistencias y fantasías podía aprovechar en beneficio mío, estaba en condiciones de alcanzar, con tiempo y tacto, todo lo que me propusiera. Entonces formaba parte ya del Servicio Directivo. En tres años me convertí en Director Mundial. Entonces, mi esfera de influencia se amplió enormemente. Al igual que el hombre del epigrama de Arquímedes, tenía un punto de apoyo desde el cual podía mover el mundo. Conseguí, con diversos pretextos y bajo diferentes disfraces, promulgar unas disposiciones cuyo verdadero objetivo era el de apaciguar a las grandes masas neuróticas, eliminando muchos de los estímulos perturbadores e introduciendo un programa de vida más ordenado. Conseguí, halagando a mis compañeros del Directorio Mundial y poniendo a contribución toda mi capacidad de trabajo, mantener los asuntos mundiales dentro de unos límites razonables de seguridad, evitando, al menos, lo peor. Al mismo tiempo conseguí sacar adelante mi Plan Decenal: el adiestramiento, en un relativo aislamiento, primero en pequeño número, y luego, a medida que los instruidos podían convertirse en instructores, en número mayor, de un grupo de futuros dirigentes cuidadosamente escogidos teniendo en cuenta su relativa carencia de tendencias neuróticas.

—Pero, eso... —empezó a decir Phy, en tono excitado, poniéndose en pie.

—Eso, ¿qué? —inquirió Carrsbury rápidamente.

—Nada —murmuró Phy, dejándose caer de nuevo sobre el sillón.

—Creo que te lo he explicado todo —concluyó Carrsbury—. Excepto una cosa, quizás. Lo de mi proyección. No podía arriesgarme a prescindir de ella. Lo que a mí dependía era muy importante. Y existía el peligro de que me arrollara un estallido de violencia, desorganizado pero de todos modos efectivo, provocado por mis compañeros del Directorio Mundial. Por ello decidí dar un paso peligroso: creé mi policía secreta. Existe un tipo de locura conocida como paranoia, que se caracteriza por una exagerada suspicacia, la cual conduce a la manía persecutoria. Por medio de la técnica Rand de hipnotismo, muy utilizada a finales del siglo xx, inculqué a cierto número de esos desdichados individuos la idea fija de que sus vidas dependían de mí, de que yo estaba amenazado por todas partes y que debían protegerme a toda costa.

Una desagradable medida, aunque haya resultado eficaz. Me sentiré satisfecho, muy satisfecho, cuando deje de ser necesaria. ¿Comprendes por qué me vi obligado a tomarla?

Miró a Phy con aire interrogador... y se dio cuenta con asombro de que su interlocutor le sonreía con una expresión idiota mientras sostenía el gasoide entre dos dedos.

—Hice un agujero en mi colchón y salió un montón de este material —explicó Phy, en el mismo tono que emplea un chiquillo para hablar de sus juegos—. Un material muy raro. Líquido rarificado. Gas de volumen fijo. —Esculpió con sus dedos una espantosa cabeza, verde transparente. Luego la aplastó en la palma de su mano—. Tengo el suelo de mi oficina lleno, enmarañado con los muebles.

Carrsbury se echó hacia atrás en su asiento y cerró los ojos. Se sintió súbitamente un poco cansado, un poco más ávido de ver llegar el día de su triunfo. Sabía que no debía desanimarse por su fracaso con Phy. Después de todo, había ganado la batalla principal. Siempre había sabido que, exceptuando algunos breves períodos de lucidez, Phy era tan incurable como el resto. Sin embargo...

—No tienes que preocuparte por el suelo de tu oficina, Phy —dijo, amablemente—. Tu sucesor se encargará de limpiarlo. A todos los efectos, ya has sido reemplazado.

—¡Eso es! —Carrsbury se sobresaltó ante el estallido de Phy. El Secretario Mundial se puso en pie de un salto y avanzó hacia él, extendiendo una excitada mano—. ¡Por eso he venido a verte! ¡Eso es lo que he estado tratando de decirte! ¡No puedo ser reemplazado así! ¡Ni tampoco los otros! ¡No puedes hacer eso!

Con una rapidez nacida de una larga práctica, Carrsbury se deslizó detrás de su escritorio. Obligó a sus facciones a reflejar una expresión de tranquila y sonriente benevolencia.

—Vamos, vamos, Phy —dijo, en tono contemporizador—. Si no puedo hacerlo, no puedo hacerlo, desde luego. Pero, ¿no crees que deberías decirme el motivo? ¿No crees que sería preferible que nos sentáramos, y habláramos del asunto, y me dijeras el motivo?

Phy se detuvo y dejó colgar su cabeza, desconcertado.

—Sí, supongo que sí —dijo lentamente, hablando de nuevo en voz baja y monocorde—. Supongo que tendré que hacerlo. Supongo que no hay otra solución. Sin embargo, había alimentado la esperanza de no tener que contártelo todo.

Carrsbury continuó sonriendo. Phy retrocedió hasta el sillón y se sentó.

—Bien —empezó finalmente, sin dejar de jugar con el gasoide—. Todo comenzó cuando quisiste ser Director Mundial. No eras el tipo habitual, pero pensamos que podría resultar divertido. Sí, y al mismo tiempo útil. —Miró a Carrsbury—. En realidad, has beneficiado al Mundo en muchos sentidos, no lo olvides nunca —le aseguró—. Desde luego —añadió, concentrándose de nuevo en el torturado gasoide—, no lo has beneficiado exactamente en el sentido que tú creías.

—¿No? —inquirió Carrsbury maquinalmente.

Síguete la corriente. Síguete la corriente. La frase resonó una y otra vez en su cerebro.

Phy sacudió tristemente la cabeza.

—Tomemos, por ejemplo, esas disposiciones que promulgaste para apaciguar a la gente...

—¿Sí?

—Por ejemplo, tu prohibición de toda literatura excitante en las cintas de lectura... ¡Oh! Al principio tratamos de transigir con los temas sedantes que tú habías sugerido. La gente se lo tomó a risa, incluso. Pero, pasada la novedad, tu disposición se convirtió de hecho en una prohibición de toda literatura *no excitante*.

La sonrisa de Carrsbury se hizo más ancha.

—Todos los días paso por delante de varios puestos de venta de cintas de lectura —dijo, amablemente—. Los envases son completamente asépticos, desde el punto de vista de la moral. Han desaparecido las fotografías y los grabados obscenos que solían verse en todas partes.

—¿Has comprado alguna cinta? ¿La has escuchado? ¿O proyectado el texto visual? —inquirió Phy.

—Durante diez años he sido un hombre muy atareado —respondió Carrsbury—. Desde luego, he leído los informes oficiales acerca de tales materias, y a veces he echado una ojeada a muestras resumidas de cintas de lectura.

—¡Oh, claro, los informes oficiales! —dijo Phy, alzando la mirada hacia la pared cubierta de archivos, más allá del escritorio—. Verás, lo que hicimos fue conservar los castos envases, y volver al antiguo contenido. ¿Comprendes? Como ya te he dicho antes, muchas de tus disposiciones han resultado beneficiosas.

Los informes oficiales. Aquellas tres palabras continuaban resonando desagradablemente en los oídos de Carrsbury. La rápida mirada que dirigió por encima de su hombro a la pared cubierta de archivos estaba cargada de suspicacia.

—¡Oh, sí! —continuó Phy—. Lo mismo que aquella prohibición de ceder a los impulsos anormales o indecorosos, con una larga relación de categorías específicas. La disposición entró en vigor, en efecto, pero con una breve coletilla: *A menos que se considere indispensable ceder a ellos.* Así quedaba garantizada la libertad del individuo —los dedos de Phy trabajaban furiosamente con el gasoide—. En lo que respecta a la prohibición de diversas bebidas estimulantes... bueno, en esta localidad continúan sirviéndose bajo otros nombres, aunque se ha desarrollado una interesante costumbre: la de comportarse sobriamente mientras se ingieren. Y si hablamos de la jornada de ocho horas de trabajo...

Casi involuntariamente, Carrsbury se puso en pie y se acercó a una de las paredes. Con un gesto de su mano a través de un rayo invisible en forma de U, conectó la ventana. La pared desapareció. A través de su transparencia casi perfecta, el Director Mundial miró hacia abajo con curiosidad.

Las calles y parques parecían tranquilos y en orden. Pero luego se produjo una especie de confusión: una pandilla de personas, que desde aquella altura no eran más que diminutas cabezas con brazos y piernas, salió de un taller y empezó a bombardear a otro grupo con pieles de frutas. Al mismo tiempo, en otra calle contigua, dos pequeños vehículos ovoides, de color plateado, se embestían el uno al otro, retozando.

Carrsbury desconectó apresuradamente la ventana y dio media vuelta. Una simple casualidad, se dijo a sí mismo furiosamente. Desprovista de todo significado estadístico. Por espacio de diez años el género humano había tendido a la cordura, a pesar de las ocasionales recaídas. Lo había visto con sus propios ojos... Se había portado como un tonto al permitir que las divagaciones de Phy le afectaran.

Consultó su reloj.

—Tendrás que disculparme —dijo bruscamente, encaminándose hacia la salida—. Me gustaría continuar esta conversación, pero he de asistir a la primera reunión del nuevo Consejo Directivo Central.

Phy se puso rápidamente en pie.

—¡Oh! ¡No puedes hacer eso! ¡No puedes hacer eso! ¡Es imposible!

Y agarró a Carrsbury por un brazo. El Director Mundial, impaciente, trató de desasirse. La rendija de la pared lateral se ensanchó, convirtiéndose en una puerta. Inmediatamente, los dos hombres dejaron de luchar.

En el umbral de la puerta apareció un cadavérico gigante, con un arma de color negro en la mano. Una barba negra sombreaba sus mejillas. En su rostro se reflejaba una cruel mezcla de suspicacia y de fanática devoción, la primera dirigida a lo largo del arma hacia Phy, y la segunda —con los ojos sonámbulos— hacia Carrsbury.

—¿Le estaba amenazando? —preguntó el hombre barbudo con voz ronca, moviendo significativamente el arma.

Por unos instantes, un brillo furioso y vengativo se reflejó en los ojos de Carrsbury. Luego se apagó. Se reprendió a sí mismo por aquel momentáneo impulso. El Secretario Mundial era un pobre lunático, y no debía odiarle, sino compadecerle.

—No pasa nada, Hartman —dijo tranquilamente—. Estábamos discutiendo un asunto, nos hemos excitado y hemos levantado un poco la voz. No pasa nada.

—Muy bien —dijo el hombre barbudo en tono dubitativo, después de una pausa. De mala gana, devolvió el arma a su funda, pero mantuvo su mano sobre ella y permaneció de pie en el umbral.

—Y ahora —dijo Carrsbury, desasiéndose—, tengo que marcharme.

Había recorrido todo el pasillo y estaba junto al ascensor cuando se dio cuenta de que Phy le había seguido y tiraba tímidamente de su manga.

—No puedes marcharte así —suplicó Phy, dirigiendo una aprensiva mirada hacia atrás por encima de su hombro. Carrsbury observó que Hartman también les había seguido—. Tienes que darme una oportunidad para que te explique el motivo, tal como me has pedido.

Síguele la corriente. El cerebro de Carrsbury estaba mortalmente cansado del susurro, pero decidió contemporizar.

—Puedes hablarme en el ascensor —concedió, al tiempo que su mano gesticulaba a través de un rayo en forma de U y un movimiento serpentino de luz en la pared señalaba la obediente subida del ascensor.

—Verás, no se trata únicamente de las disposiciones prohibitorias —dijo Phy apresuradamente—. Hay otras muchas cosas que nunca han funcionado como señalaban tus informes oficiales. Los presupuestos departamentales, por ejemplo. Los informes indicaban que las asignaciones para las Investigaciones Extraterrestres no experimentaban ningún aumento. En realidad, durante los últimos diez años, se han decuplicado. Desde luego, tú no podías saberlo. No podías estar en todo el mundo al mismo tiempo y presenciar todos los lanzamientos de cohetes supraestratosféricos.

El movimiento de la luz se interrumpió. Carrsbury entró en el ascensor. Pensó en la conveniencia de despedir a Hartman. El pobre Phy no representaba ninguna amenaza. Sin embargo... *la astucia de los locos*. Cambió de idea y accionó el rayo de control que enviaría al ascensor al centésimo y último piso. La puerta se cerró suavemente. Las cifras empezaron a parpadear. Veintiuno, veintidós, veintitrés.

—Y no hablemos del Servicio Militar. Tú lo redujiste drásticamente.

—Desde luego —asintió Carrsbury—. Hay un sólo país en el mundo. Evidentemente, la única necesidad militar es la de una adecuada fuerza policíaca. Además, sería muy arriesgado poner armas en manos de la actual población mundial.

—Lo sé —dijo Phy—. Sin embargo, lo que ha ocurrido es que, sin que tú lo supieras, el Servicio Militar se ha ido incrementando, y recientemente se han formado cuatro escuadrillas de cohetes.

Cincuenta y siete, cincuenta y ocho. *Síguele la corriente.*

—¿Por qué?

—Bueno, hemos descubierto que la Tierra está siendo explorada. Tal vez desde Andrómeda. Tal vez con intenciones hostiles. Tenemos que estar preparados. No te lo hemos dicho... bueno, porque temíamos que la noticia pudiera excitarte.

Carrsbury cerró los ojos. ¿Cuánto iba a durar aquello? Se dio cuenta, con un sentimiento de asombro, de que durante la última media hora, las personas como Phy, soportadas por espacio de diez años, se habían convertido para él en seres indeciblemente fastidiosos.

—¿Sabes cuántos pisos hay en este edificio?

Carrsbury no captó inmediatamente el nuevo tono de la voz de Phy, pero reaccionó inmediatamente.

—Cien —respondió.

—Entonces, ¿en qué piso estamos ahora?

Carrsbury abrió los ojos. Parpadeó una cifra: ciento veintisiete, ciento veintiocho, ciento veintinueve.

Algo muy frío se instaló en el estómago de Carrsbury, ascendió hasta su cerebro.

Pensó en dimensiones ocultas, en agujeros insospechados en el espacio. Unos postulados de física elemental danzaron a través de sus pensamientos. Si era posible que un ascensor se mantuviera en movimiento hacia arriba con aceleración uniforme, sus ocupantes no podían determinar si los efectos que experimentaban eran debidos a la aceleración o a la gravedad: si el ascensor permanecía inmóvil sobre algún planeta, o se disparaba con creciente velocidad a través del libre espacio.

Ciento cuarenta y uno, ciento cuarenta y dos.

—O como si uno ascendiera a través de la conciencia hacia un reino insospechado de mentalidad situado encima —sugirió Phy con su nueva voz, sonriendo suavemente.

Ciento cuarenta y seis, ciento cuarenta y siete. El ascensor aminoraba ahora la velocidad. Ciento cuarenta y nueve, ciento cincuenta. Se había parado.

Esto era algún truco. La idea fue como un chorro de agua fría en el rostro de Carrsbury. Algún truco infantil de Phy. Cambiar las cifras de los pisos no resultaba difícil.

—Prepárate para una sorpresa —le advirtió Phy.

Casi simultáneamente, la brillante claridad del sol le deslumbró, mientras su estómago experimentaba un doloroso espasmo de vértigo.

Phy, Hartman y Carrsbury estaban de pie en el aire, cincuenta pisos por encima del Centro Directivo Mundial. Por un instante, Carrsbury se agarró frenéticamente a... nada. Luego se dio cuenta de que no estaban cayendo, y sus ojos... empezaron a localizar un asomo de paredes, techo y suelo e, inmediatamente debajo de ello una especie de pozo.

—Maravilloso, ¿no? —inquirió Phy—. Se trata de una de esas fascinadoras ideas modernas contra las cuales has legislado tan obstinadamente: como nuestras escaleras incompletas y nuestros caminos que no conducen a ninguna parte. El Comité de Construcciones decidió ampliar el radio de acción del ascensor y convertirlo en una especie de atalaya. El pozo tuvo que ser transparente para no estropear la forma del edificio original y para mejorar la visión. Los resultados fueron tan satisfactorios, que tuvo que ser instalado un sistema de alarma electrónico para la seguridad de las aeronaves.

Phy hizo una pausa y miró a Carrsbury con expresión burlona.

—Todo muy sencillo —observó—. Pero, ¿no encuentras una especie de simbolismo en ello? Durante diez años has pasado la mayor parte de tu vida en este edificio. Todos los días has utilizado este ascensor. Pero ni una sola vez —has sospechado la existencia de estos cincuenta pisos suplementarios. ¿No crees que pueda haberte ocurrido algo por el estilo en lo que respecta a tus observaciones de otros aspectos de la vida social contemporánea?

Carrsbury miró al Secretario Mundial con aire de desconcierto.

Phy se volvió a contemplar una aeronave que parecía dirigirse hacia ellos.

—Puedes mirarla, también —le dijo a Carrsbury—, ya que va a trasladarte a un

lugar en el que gozarás de una vida más feliz y más descansada.

Carrsbury se humedeció los labios.

—Pero... —tartamudeó—. Pero...

Phy sonrió.

—Es verdad, he de terminar mi explicación. Bueno, tú podías haber continuado siendo Director Mundial toda tu vida, en el aislamiento de tu oficina, con tus informes oficiales y tus ocasionales contactos conmigo y con los otros. Pero se te ocurrió lo del Instituto de Caudillaje Político. Eso trastornó todas las cosas. Desde luego, nosotros estábamos tan interesados en él como tú. Ofrecía unas posibilidades concretas. Confiábamos en que la idea tendría éxito. Y nos hubiéramos retirado de buena gana de salir bien la cosa. Pero, afortunadamente, la idea fue un fracaso.

Sorprendió la dirección de la mirada de Carrsbury.

—No —dijo—. Temo que sus pupilos no están esperándole en la sala de conferencias del centésimo piso, como pensaba. Temo que están todavía en el Instituto. Y temo que éste se ha convertido en... bueno... en otra clase de Instituto.

Carrsbury notó que sus pensamientos y su voluntad emergían paulatinamente de la espantosa pesadilla que los había paralizado.

La astucia de los locos: no había hecho caso de aquella advertencia. En el preciso instante de la victoria...

¡No! ¡Se había olvidado de Hartman! Esta era justamente la emergencia para la cual había creado su cuerpo de protección personal.

Miró de soslayo al miembro principal de su policía secreta. El barbudo gigante, despreocupado al parecer de su extraña posición, contemplaba fijamente a Phy, como podría haber contemplado a un mago diabólico, capaz de las peores hazañas.

De pronto, Hartman captó la mirada de Carrsbury. Adivinó su pensamiento.

Sacando el arma de su funda, apuntó a Phy.

De sus labios brotó un sonido sibilante. Luego, en voz alta, gritó:

—¡Estás muerto, Phy! ¡Te he desintegrado!

Phy avanzó un par de pasos y arrancó el arma de manos del barbudo.

—Este es otro ejemplo de lo despistado que estás en lo que respecta al temperamento moderno —le dijo a Carrsbury—. Todos nosotros tenemos un aspecto débil en nuestro carácter. Hartman era excesivamente suspicaz; padecía un complejo de conjuras y persecuciones. Tú le asignaste la peor de las tareas, puesto que alimentaba y estimulaba su debilidad. Concentrado en una idea fija, se olvidó de las otras realidades, hasta el punto de que pasó años enteros sin darse cuenta de que llevaba una pistola de juguete.

»Pero —añadió Phy—, dale la tarea adecuada y funcionará perfectamente. Asignar a cada hombre el trabajo que mejor encaja con sus condiciones es un arte con infinitas posibilidades. Por eso teníamos a Morgenstern en Finanzas: para mantener el crédito fluctuante, con un ritmo seguro y vaticinable. Por eso teníamos a un eufórico en la dirección del programa de Investigaciones Extraterrestres: para crear un clima

de superoptimismo. Y a un catatónico en el Departamento de Cultura: para que no se estrelle en su prisa por avanzar demasiado.

Carrsbury observó que la aeronave se estaba acercando cada vez más a ellos.

—Pero, entonces, ¿por qué...? —empezó a decir.

—¿Por qué te nombramos Director Mundial? —terminó Phy—. ¿Acaso no es obvio? ¿No te he dicho varias veces que has hecho mucho bien, indirectamente? Nos interesabas, ¿no lo comprendes? En realidad, tú eras prácticamente único. Como ya sabes, nuestro principio fundamental es el de permitir que cada individuo se exprese a sí mismo como desee. En tu caso, eso significaba permitir que te convirtieras en Director Mundial. En conjunto, la cosa no ha ido mal. Todo el mundo se ha divertido, se han promulgado algunas disposiciones constructivas, hemos aprendido mucho... ¡Oh! No hemos realizado todo lo que esperábamos llevar a cabo, pero esto es algo inevitable. Desgraciadamente, al final nos hemos visto obligados a interrumpir el experimento.

La aeronave había establecido contacto.

—Comprendes por qué ha sido necesario todo eso, ¿verdad? —continuó Phy, mientras acompañaba a Carrsbury hacia la portezuela abierta de la aeronave—. Estoy seguro de que lo comprendes. Todo se reduce a un problema de cordura. ¿Qué es la cordura... ahora, en el siglo xx, en cualquier época? La adhesión a unas normas. La conformidad con determinados convencionalismos fundamentales que presiden toda conducta humana. En nuestra época, el apartarse de la norma se ha convertido en la norma. La incapacidad para conformarse se ha convertido en la pauta del conformismo. Está claro, ¿no? Y explica tu propio caso y el de tus protegidos. Durante un largo período de años has insistido en adherirte a unas normas, en conformarte con determinados convencionalismos básicos. Has sido completamente incapaz de adaptarte a la sociedad que te rodeaba. Sólo podías fingir... y tus protegidos ni siquiera han sido capaces de eso. A pesar de tus muchas cualidades personales, no podíamos hacer otra cosa.

Carrsbury se volvió. Por fin había recobrado su voz. Una voz ronca, furiosa.

—¿Quieres decir que durante todos estos años os habéis estado *burlando de mí*?

La portezuela se cerraba ya. Phy gritó:

—Hubo una vez un indio sioux llamado Caballo Loco. Venció a Crock y venció a Custer. No creas que subestimo tu fuerza, Carrsbury.

Mientras la aeronave se remontaba, Phy agitó la burbuja de gasoide verde en un gesto de despedida.

—Encontrarás muy agradable el lugar al cual te diriges —gritó, en tono estimulante—. Alojamiento cómodo, aparatos adecuados para hacer ejercicio, y una biblioteca de literatura del siglo xx para que te ayude a pasar el tiempo.

Contempló el rígido rostro de Carrsbury, pegado al cristal de la portezuela, hasta que la aeronave se alejó, convirtiéndose en un pequeño punto en el espacio.

Entonces dio media vuelta, contempló sus manos, tiró el gasoide por la puerta

abierto del ascensor, estudió su vuelo unos instantes y luego accionó el rayo en forma de U.

—Me alegro de haber perdido de vista a ese individuo —murmuró, más para sí mismo que para Hartman, mientras el ascensor descendía hacia el tejado.

Hartman le miró con ojos completamente inexpresivos.

—Sí —continuó Phy—, empezaba a ejercer una influencia muy perniciosa sobre mí. En realidad, estaba comenzando a temer por mi... —su expresión se hizo súbitamente vacua— «locura».

LAS FORMAS

J. H. ROSNY

I

Sucedió mil años antes del comienzo de aquel centro de civilización del cual brotarían más tarde Nínive, Babilonia y Ecbatana.

La tribu nómada de Pjehu, con sus caballos, asnos y ganado, estaba cruzando la selva virgen de Kzur hacia el oeste, a través de una oblicua cortina de luz. Los bordes del sol poniente se hinchaban, revoloteaban, caían de sus graciosas perchas.

Todo el mundo estaba cansado y todos permanecían silenciosos, buscando un buen claro donde la tribu pudiera encender el fuego sagrado, preparar la cena y dormir a salvo de los animales salvajes detrás de una doble hilera de carbones encendidos.

Las nubes adquirieron tonos opalescentes; ilusorios paisajes se alejaron hacia los cuatro horizontes; los dioses de la noche empezaron a susurrar su dulce melopea, y la tribu continuaba avanzando. De pronto llegó un explorador, a caballo, anunciando la presencia de un claro y de agua, un manantial puro.

La tribu profirió tres prolongados gritos; todo el mundo avanzó con más rapidez. Estallaron risas infantiles; incluso los caballos y los asnos, acostumbrados a reconocer la proximidad de un lugar de descanso por el regreso de los exploradores y la alegría de los nómadas, irguieron sus cuellos orgullosamente.

Llegaron a la vista del claro. Allí, donde el delicioso manantial había excavado su lecho entre musgos y arbustos, una fantasmagoría se ofreció a los ojos de los nómadas.

Fue, primero, un gran círculo de traslúcidos conos azulados, con la punta hacia arriba, cuyo tamaño era casi la mitad del de un hombre. Unas cuantas rayas claras, unas cuantas espiras oscuras estaban esparcidas a través de sus superficies; cada uno de ellos tenía una deslumbrante estrella cerca de su base.

Más lejos, igualmente extrañas, había unas losas puestas en pie, con aspecto de corteza de abedul, salpicadas de elipses multicolores. Otras Formas, aquí y allá, eran casi cilíndricas: algunas altas y delgadas, otras bajas y achaparradas, todos de color bronceado, moteado de verde; y todas con el característico punto luminoso.

La tribu se detuvo, asombrada. Incluso los más valientes quedaron helados de supersticioso temor, que aumentó cuando las Formas empezaron a oscilar en el crepúsculo del claro. Y, súbitamente, sus estrellas parpadearon, los conos se

alargaron, los cilindros y las losas chirriaron como agua arrojada encima de una llama, todos ellos avanzando hacia los nómadas con creciente velocidad.

Hechizada por el espectáculo, la tribu no se movió. Las Formas cayeron sobre ellos. El choque fue terrible. Guerreros, mujeres y niños cayeron a montones, misteriosamente derribados como por el rayo. Luego, los aterrorizados supervivientes encontraron fuerzas para huir. Y las Formas, rompiendo sus cerradas filas, se extendieron alrededor de la tribu, persiguiendo implacablemente a los que huían. Sin embargo, el espantoso ataque no fue infalible: mató a algunos, aturdió a otros, no hirió a ninguno. Unas cuantas gotas rojas brotaron de la nariz, ojos y oídos de los moribundos; pero otros, ilesos, se levantaron pronto y emprendieron la huida a la pálida luz crepuscular.

Fuera cual fuese la naturaleza de las Formas, se portaban como seres vivientes, no como elementos de la naturaleza, poseyendo, como los seres vivientes, una inconstancia y diversidad de movimiento, escogiendo claramente sus víctimas, sin confundir a los nómadas con árboles o arbustos, y ni siquiera con animales.

Los más rápidos de la tribu no tardaron en darse cuenta de que nadie les perseguía ya. Agotados y en harapos, al final se atrevieron a desandar su camino hacia el misterio. Muy lejos, entre los troncos de árboles inundados de sombras, la resplandeciente caza continuaba. Y las Formas, aparentemente por elección, destrozaban a los guerreros, desdeñando a menudo atacar a los débiles, a las mujeres y a los niños.

Vista a distancia, en medio de la oscuridad que ahora había caído, la escena era más sobrenatural, más abrumadora para unas mentes bárbaras. A punto de emprender la huida una vez más, los guerreros efectuaron un descubrimiento vital: hicieran lo que hicieran los fugitivos, *las Formas abandonaban la persecución en un límite determinado*. Por débil e indefensa que la víctima pudiera estar, incluso si se hallaba inconsciente, una vez había cruzado la frontera invisible se encontraba fuera de peligro.

Este tranquilizador descubrimiento, confirmado pronto por cincuenta observaciones, aplacó los frenéticos nervios de los fugitivos. Se atrevieron a esperar a sus compañeros, a sus esposas y a sus hijos, que habían escapado de la carnicería. Uno de ellos, su héroe, que había resultado conmocionado al principio, recobró su presencia de ánimo y encendió una fogata, y sopló en un cuerno de búfalo para guiar a los fugitivos.

Uno a uno llegaron los supervivientes. Muchos, derrengados, arrastrándose sobre manos y rodillas. Las madres, con indomable voluntad, habían protegido, reunido y transportado a sus hijos a través del salvaje encuentro. Y muchos caballos, asnos y reses reaparecieron, menos asustados que sus dueños.

Siguió una noche lúgubre, pasada en insomne silencio, mientras los guerreros se sentían asaltados por frecuentes estremecimientos. Pero llegó el amanecer, proyectando claridades a través del espeso follaje, y los pájaros empezaron a piar,

animándoles a vivir, ahuyentando los terrores de la oscuridad.

El Héroe, el caudillo natural, formó la multitud en grupos y empezó a pasar recuento a la tribu. Faltaban la mitad de los guerreros, doscientos. La pérdida de mujeres era mucho menor; los niños estaban casi todos.

Cuando terminó el recuento y fueron reunidas las bestias de carga (faltaban muy pocas, debido a la superioridad del instinto sobre la razón durante una crisis), el Héroe hizo formar a la tribu como de costumbre. Luego, ordenando a todo el mundo que le esperasen, echó a andar, pálido y solo, hacia el claro. Nadie se atrevió a seguirle, ni siquiera de lejos.

Se dirigió hacia el lugar donde los árboles estaban más espaciados, un poco más allá del límite observado el día anterior, y miró.

A cierta distancia, en la fría transparencia de la mañana, fluía el manantial. En torno, reunida, la fantástica tropa de Formas brillaba esplendorosamente. Sus colores habían cambiado. Los conos eran más compactos, su tono turquesa se había trocado en verdoso; los Cilindros estaban estriados de violeta y las Losas parecían de cobre puro. Pero todos tenían su resplandeciente estrella, deslumbrante incluso a la luz del día.

Los contornos de aquellos fantasmagóricos entes también habían cambiado. Los conos tendían a convertirse en cilindros, los cilindros a aplastarse y ensancharse, en tanto que las losas se curvaban ligeramente.

Pero, súbitamente, al igual que la noche anterior, las formas oscilaron, sus estrellas empezaron a parpadear; el Héroe, lentamente, se retiró más allá de la línea de seguridad.

II

La tribu de Pjehu se detuvo en el umbral del gran tabernáculo nómada, en el cual sólo podían entrar los jefes. En las rutilantes profundidades, debajo de la viril imagen del Sol, estaban sentados los tres altos sacerdotes. Debajo de ellos, en los dorados peldaños, los doce sacerdotes menores.

El Héroe se adelantó y explicó con detalle el espantoso viaje a través del bosque de Kzur; los sacerdotes escucharon con mucha gravedad en sus semblantes, asombrados, intuyendo que su poder menguaba ante aquella inconcebible aventura.

El Alto Sacerdote Supremo ordenó que la tribu sacrificara al Sol doce toros, siete onagros y tres garañones. Reconoció atributos divinos en las Formas y, después de los sacrificios, decidió llevar a cabo una expedición hierática.

Todos los sacerdotes, todos los jefes de la nación Zahelal, tomarían parte en ella.

Y fueron enviados mensajeros a los montes y las llanuras, en un centenar de leguas a la redonda del lugar donde más tarde se levantaría Ecbatana de los magos. En todas partes, el enigmático relato erizó los cabellos de los hombres; en todas partes, los jefes respondieron prestamente a la llamada sacerdotal.

Una mañana de otoño, el Macho taladró las nubes, inundó el tabernáculo y alcanzó el altar donde humeaba el sanguinolento corazón de un toro. Los altos sacerdotes, los sacerdotes menores y cincuenta jefes de tribu profirieron un grito de triunfo. Cien mil nómadas, que esperaban en el exterior del tabernáculo, recogieron el clamor, volviendo sus atezados rostros hacia el milagroso bosque de Kzur y estremeciéndose un poco. Los presagios eran favorables.

Así, con los sacerdotes al frente, todo un pueblo marchó a través de los árboles. Por la tarde, y alrededor de la hora tercera, el Héroe de Pjehu dio la voz de alto. El gran claro se extendía delante de ellos en toda su majestad, con un resplandor otoñal. Un torrente de hojas secas cubría sus musgos. En las orillas del manantial, los sacerdotes vieron a las Formas que habían venido a adorar y a apaciguar. Eran muy agradables a la vista, bajo la sombra de los árboles, con sus trémulos cambios de color, las llamas puras de sus estrellas y sus tranquilos movimientos en torno al manantial.

—Debemos hacer la ofrenda aquí —dijo el Alto Sacerdote Supremo—. Así sabrán que nos sometemos a su poder.

Todos los barbagrises asintieron. Una voz se alzó, sin embargo. Era Yushik, de la tribu de Nim, el joven contador de estrellas, el pálido observador profético, de reciente fama, el cual pidió osadamente que se acercaran más a las Formas.

Pero, prevaleció la opinión de los ancianos. Se construyó el altar, se llevó hasta él a la víctima: un garañón de un blanco purísimo. Luego, en medio del silencio de los postrados hombres, el cuchillo de bronce encontró el corazón del noble animal. Se alzó un gran lamento. Y el Alto Sacerdote inquirió:

—¿Estáis apaciguados, oh dioses?

Más allá, entre los silenciosos troncos, las Formas se movieron en círculo, aumentando su brillo, prefiriendo los lugares donde los rayos del sol eran más espesos.

—¡Sí! —gritaron los entusiastas—. ¡Están apaciguados!

Un fanático arrancó el cálido corazón del garañón y, antes de que el Alto Sacerdote pudiera pronunciar una sola palabra, se precipitó hacia el claro. Otros fanáticos le siguieron, gritando. Las Formas oscilaron suavemente, agrupándose, deslizándose por encima de la hierba... Súbitamente, se lanzaron contra los atrevidos, en una matanza que aturdió a las cincuenta tribus.

Seis o siete fugitivos, perseguidos con saña, consiguieron alcanzar la frontera. Los otros habían muerto, Yushik entre ellos.

—¡Son unos dioses implacables! —exclamó solemnemente el Alto Sacerdote Supremo.

Luego se reunió el venerable consejo de sacerdotes, ancianos y jefes. Decidieron clavar una hilera de estacas alrededor de la línea fronteriza. Para poder fijar la línea, obligarían a unos esclavos a exponerse a ser atacados por las Formas en una parte del perímetro y después en otra.

Y así se hizo. Bajo la amenaza de muerte, los esclavos penetraron en el círculo. Las precauciones tomadas fueron tan cuidadosas que pocos de ellos perecieron. La frontera quedó establecida, visible para todos por su línea de estacas.

La expedición terminó felizmente, y los Zahelals se creyeron a salvo del enemigo.

III

Pero el sistema preventivo preconizado por el consejo no tardó en mostrar sus deficiencias. A la primavera siguiente, las tribus de Hertoth y Nazzum pasaban descuidadamente cerca del anillo de estacas, sin sospechar nada, cuando de pronto fueron cruelmente asaltados y diezmados por las Formas.

Los jefes que escaparon de la matanza declararon ante el gran consejo Zahelal que las Formas eran ahora mucho más numerosas que en el otoño anterior. Su persecución continuaba teniendo un límite, pero la frontera se había ensanchado.

Estas noticias desalentaron al pueblo; se derramaron muchas lágrimas y se ofrecieron muchos sacrificios. Luego, el consejo decidió destruir el bosque de Kzur por el fuego.

A pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron incendiar más que las orillas del bosque.

Entonces, los sacerdotes, en su desesperación, consagraron el bosque y prohibieron que se penetrara en él.

Y pasaron muchos veranos.

Una noche de otoño, el campamento de la tribu de Zulf, situado a diez tiros de arco del bosque prohibido, fue invadido por las Formas. Trescientos guerreros más perdieron la vida.

A partir de aquel día, una tenebrosa leyenda circuló de tribu en tribu, una leyenda que era susurrada de noche, bajo los inmensos cielos estrellados de Mesopotamia. *El Hombre iba a perecer*. Las Formas, en continua expansión, en los bosques, a través de las llanuras, indestructibles, acabarían inexorablemente con la raza humana. Y este terrible secreto acosaba los cerebros de los hombres, minaba sus fuerzas y la confianza de sus jóvenes. Los nómadas, con semejantes pensamientos, no encontraban ya placer en los feraces pastos de sus padres. Alzaban sus cansados ojos al cielo, esperando que las estrellas se detuvieran en su carrera. Era la vejez milenaria de aquel pueblo infantil, el toque de difuntos del mundo.

Y, en su angustia, aquellos pensadores cayeron en un culto cruel, un culto de muerte predicado por pálidos profetas, el culto de Tinieblas más poderosas que las Estrellas, las Tinieblas que engullirían y devorarían la sagrada Luz, el resplandeciente fuego.

Por doquier eran vistas las demacradas, inmóviles figuras de los inspirados, los hombres del silencio, los cuales, pasando de cuando en cuando entre las tribus, hablaban de sus terribles sueños, del Crepúsculo de la Gran Noche que se acercaba,

del moribundo Sol.

IV

En aquella época vivía un hombre extraordinario llamado Bakhun, miembro de la tribu de Ptuh y hermano del Alto Sacerdote Supremo de los Zahelals. En su juventud había abandonado la vida nómada para instalarse en un verde valle, entre cuatro colinas, donde un manantial entonaba su clara canción. Había construido una tienda de piedra, una morada ciclópea. Con paciencia, y utilizando sabiamente sus caballos y sus bueyes, había alcanzado la opulencia de las cosechas regulares. Sus cuatro esposas y sus treinta hijos vivían allí como en el paraíso.

Bakhun profesaba unas extrañas creencias, por las cuales podía haber sido lapidado, de no mediar el respeto que a los Zahelals les inspiraba su hermano mayor, el Alto Sacerdote Supremo.

En primer lugar, declaraba que la vida sedentaria era mejor que la vida de los nómadas, porque conservaba la fuerza del hombre para provecho de su espíritu.

En segundo lugar creía que el Sol, la Luna y las Estrellas no eran dioses, sino masas luminosas.

Los Zahelals le atribuían poderes mágicos, y los más osados se arriesgaban incluso a consultarle. Nunca se arrepintieron de ello. Decíase que Bakhun había ayudado con frecuencia a tribus infortunadas entregándoles alimentos.

Y en aquella hora crítica, cuando los hombres se enfrentaban con la melancólica elección de renunciar a sus feraces pastos o ser destruidos por los inexorables dioses, las tribus pensaron en Bakhun, y los propios sacerdotes, después de luchar con su orgullo, le enviaron una comisión formada por tres de los más grandes de entre ellos.

Bakhun escuchó con mucha atención sus relatos, pidió que le repitieran ciertos pasajes y formuló preguntas concretas. Solicitó dos días de plazo para meditar. Cuando hubieron transcurrido, anunció simplemente que dedicaría su vida al estudio de las Formas.

Las tribus quedaron un poco decepcionadas, ya que confiaban en que Bakhun sería capaz de liberar sus tierras por medio de la brujería. Sin embargo, los jefes se declararon satisfechos por aquella decisión, esperando grandes cosas de ella.

Bakhun instaló su observatorio en el lindero del bosque de Kzur, abandonándolo únicamente cuando se hacía de noche. Todo el largo día, montado en el garañón más rápido de Caldea, observaba. No tardó en convencerse de la superioridad del espléndido animal sobre las Formas más ágiles, y así pudo iniciar su atrevido y laborioso estudio de los enemigos del hombre, estudio del cual poseemos el gran antecuneiforme libro de sesenta tablillas, el mejor libro de piedra legado por la era nómada a la civilización moderna.

En aquel libro, admirable por su moderación y su paciente observación, se describe una forma de vida completamente distinta de nuestros reinos animal y

vegetal, una forma que Bakhun admite humildemente que sólo pudo analizar en sus características más superficiales. Resulta imposible para un hombre leer, sin estremecerse, aquella monografía de los seres a los cuales Bakhun llamó los Xipehuz; aquellas desapasionadas notas, nunca forzadas para que encajaran en cualquier sistema, de sus actividades, de sus medios de locomoción, de combate, de procreación. Aquellas notas que demuestran que la raza humana estuvo una vez al borde de la nada, que la tierra estuvo a punto de convertirse en patrimonio de un reino del cual se ha perdido todo rastro.

El libro debería ser leído en la maravillosa traducción de Dessault, llena de sorprendentes descubrimientos en lo que respecta a las lenguas pre-asirias: descubrimientos más apreciados, por desgracia, en países extranjeros, en Inglaterra, en Alemania, que en la patria del autor. El eminente erudito ha dado a conocer algunas páginas destacadas de aquella valiosa obra, que reproduciremos a continuación, con la esperanza de que esas páginas induzcan al lector a trabar conocimiento con la soberbia traducción de Dessault^[1].

V

Los Xipehuz son evidentemente seres vivientes. Todos sus movimientos revelan la libre voluntad, la impulsión, la cooperación y la parcial independencia que distinguen al Animal de la Planta y de la materia no viviente. Aunque su modo de avanzar resulta imposible de describir en términos comparativos —ya que es un simple movimiento de deslizamiento a través del suelo—, es obvio que se lleva a cabo bajo su voluntario control. Les vemos pararse súbitamente, girar, perseguirse el uno al otro, pasear en grupos de dos y de tres; muestran preferencias que les hacen abandonar una compañía para unirse a otra. Son incapaces de trepar a los árboles, pero consiguen matar pájaros después de *atraerlos* utilizando medios desconocidos. Con frecuencia pueden ser vistos rodeando a animales del bosque o tendidos al acecho detrás de un arbusto; puede afirmarse categóricamente que *matan a todos los animales sin distinción*, siempre que pueden capturarlos, y sin motivo aparente, ya que no los devoran, sino que se limitan a reducirlos a cenizas.

Para hacerlo no utilizan ninguna pira funeraria; el punto incandescente que tienen en su base les basta para ese propósito. Forman un círculo de diez o de veinte alrededor del cadáver de un gran animal y hacen que sus rayos coincidan sobre él. En los animales pequeños, los pájaros, por ejemplo, los rayos de un solo Xipehuz son suficientes para producir la incineración. Debe observarse que el calor que producen no es instantáneo en su efecto. A menudo he recibido la irradiación de un Xipehuz sobre mi mano, y la piel sólo ha empezado a calentarse después de transcurrido cierto tiempo.

No sé si es correcto decir que los Xipehuz tienen formas distintas, ya que cualquiera de ellos puede transformarse sucesivamente en un cono, un cilindro y una

losa, y esto en el curso de un solo día. Sus colores varían constantemente, un hecho que en mi opinión puede ser atribuido a los cambios de la calidad de la luz de la mañana a la tarde y de la tarde a la mañana. Sin embargo, ciertas variaciones parecen ser debidas a los impulsos de los individuos, y en particular a sus *pasiones*, si puedo permitirme este vocablo, constituyendo así auténticas expresiones de fisonomía, de las cuales, a pesar de un incansable estudio, no he podido identificar ninguna, excepto por hipótesis. Así, nunca he sido capaz de distinguir entre un tono furioso y uno tranquilo, lo cual sería seguramente el descubrimiento primordial en este campo.

He hablado de sus pasiones. Me he referido también anteriormente a sus preferencias, las cuales podría calificar de *amistades*. También tienen sus *odios*. Un Xipehuz mantiene continuamente su distancia de otro, y viceversa. Parecen experimentar violentas rabias. Se atacan unos a otros con movimientos idénticos a los observados cuando atacan a hombres o a grandes animales, y en realidad fueron esos combates los que me demostraron que no eran inmortales, como al principio estaba dispuesto a creer, ya que en dos o tres ocasiones he visto sucumbir a Xipehuz en esos encuentros, es decir, *caer, encogerse y petrificarse*. He conservado cuidadosamente algunos de esos extraños cadáveres^[2], y quizás en alguna época futura puedan servir para revelar la naturaleza de los Xipehuz. Son cristales amarillentos, dispuestos de un modo irregular y veteados de filamentos azules.

Partiendo del hecho de que los Xipehuz no eran inmortales, pude deducir que sería posible atacarles y derrotarles, y en consecuencia inicié una serie de experimentos marciales de los cuales tendré que hablar más adelante.

Dado que el resplandor de los Xipehuz es siempre suficiente para hacerlos visibles a través de la maleza e incluso detrás de grandes troncos de árboles —un amplio halo emana de ellos en todas direcciones y advierte su proximidad—, pude aventurarme a menudo en el bosque, confiando en la rapidez de mi garañón.

Allí, traté de descubrir si construían refugios para guarecerse, pero confieso que fracasé en aquella búsqueda. Los Xipehuz no mueven piedras ni plantas, y parecen ser ajenos a cualquier forma de industria *tangible y visible*, la única clase que puede ser distinguida por la observación humana. En consecuencia no tienen armas, en el habitual sentido de la palabra. Es cierto que no pueden matar a distancia: todo animal que ha sido capaz de huir sin entrar en contacto *directo* con un Xipehuz, ha escapado invariablemente, y yo he presenciado esto muchas veces.

Como la desdichada tribu de Pjehu había observado ya, los Xipehuz no pueden cruzar ciertas barreras intangibles; así, sus movimientos son limitados. Pero esos límites se amplían continuamente de año en año, de mes en mes. Traté de descubrir la causa de esto.

Bien, esta causa no parece ser otra que un fenómeno de *crecimiento colectivo*, y como la mayoría de las cosas que se refieren a los Xipehuz, resulta incomprendible para la mente humana. En resumen, el principio fundamental es este: los límites de movimiento de los Xipehuz se extienden en proporción al número de individuos

vivos, es decir, que cuando aparecen seres nuevos, las fronteras se amplían; pero mientras su número no aumenta, cada uno de los individuos es completamente incapaz de abandonar el *habitat* asignado —¿por fuerzas naturales?— a la raza en conjunto. Este principio sugiere una relación más estrecha entre el individuo y el grupo que la que se observa entre otros animales y hombres. Más tarde vimos la recíproca de este principio en funcionamiento, ya que cuando el número de Xipehuz empezó a disminuir, sus fronteras se encogieron proporcionalmente.

En lo que respecta al fenómeno de propagación en sí, tengo muy poco que decir; pero este poco es característico. Para empezar, esta propagación tiene lugar cuatro veces al año, un poco antes de los equinoccios y solsticios, y sólo en noches muy claras. Los Xipehuz se reúnen en grupos de tres, y esos grupos se amalgaman poco a poco hasta formar una sola elipse muy larga. Permanecen así toda la noche y hasta que el sol alcanza su cénit al día siguiente. Cuando se separan, surgen unas formas vagas, vaporosas y *enormes*.

Esas formas se condensan lentamente, encogiéndose, y al cabo de diez días se han transformado en conos de color ámbar, de un tamaño considerablemente mayor, aún, que el de un Xipehuz adulto. Tardan dos meses y varios días en alcanzar su máximo desarrollo, que en este caso equivale a disminución. Transcurrido ese período se convierten en seres similares a los otros miembros de su raza, variables en sus formas y colores de acuerdo con el tiempo, la hora y el humor del individuo. Unos días después de haberse completado su desarrollo o disminución, la frontera se ensancha. No hace falta decir que poco antes de ese temible momento yo había aguijoneado los flancos de mi noble Kuath, para establecer mi campamento un poco más lejos.

Es imposible decir si los Xipehuz tienen sentidos, tal como nosotros los entendemos. Desde luego, poseen órganos que sirven para el mismo fin.

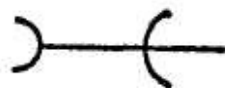
La facilidad con que detectan la presencia de animales, y especialmente de hombres, a gran distancia, demuestra que sus órganos de percepción son tan eficientes, al menos, como nuestros ojos. Nunca les he visto confundir una planta con un animal, incluso en circunstancias que a mí mismo podrían haberme inducido a error, engañado por la luz filtrándose a través de las hojas, el color del objeto o su posición. El agrupamiento de veinte individuos para consumir a un animal grande al tiempo que uno solo incinera a un pájaro indica una correcta comprensión de las proporciones, y esta comprensión parece incluso más perfecta si se tiene en cuenta que también se reúnen en grupos de diez, doce o quince, siempre de acuerdo con el tamaño relativo del cadáver. Un argumento todavía mejor en favor de la existencia de órganos sensoriales análogos a los nuestros y de su inteligencia, es su manera de atacar a nuestras tribus, ya que al tiempo que persiguen implacablemente a los guerreros, apenas prestan atención a las mujeres y a los niños.

Ahora, la pregunta más importante: ¿poseen un lenguaje? Puedo contestar sin la menor vacilación. Sí, poseen un lenguaje. Y este lenguaje está compuesto de signos, algunos de los cuales he podido incluso descifrar.

Supongamos, por ejemplo, que un Xipehuz desea hablar con otro. Para hacerlo, le basta con dirigir la radiación de su estrella hacia el otro, algo que siempre es percibido inmediatamente. El que ha sido llamado, si está en movimiento se detiene y espera. El que habla traza entonces rápidamente sobre la misma piel del que escucha una serie de breves marcas luminosas, dibujándolas, por así decirlo, con la radiación de su estrella. Esas marcas permanecen fijas unos instantes, y luego se desvanecen.

El oyente, después de una breve pausa, contesta.

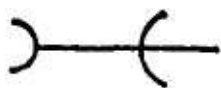
Antes de cualquier acción de combate o emboscada, siempre he visto que los Xipehuz utilizan la siguiente marca:



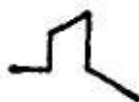
Cuando hablan de mí —cosa que ocurre con frecuencia, ya que han hecho todo lo posible para exterminarme, lo mismo que a mi noble Kuath— la marca es:



seguida de la anterior:



La marca habitual de llamada es:



Y esto hace que el individuo receptor se apresure. Cuando los Xipehuz son invitados a una reunión general, nunca he dejado de observar una señal de esta forma:



representando la triple apariencia de estos seres.

Además, los Xipehuz tienen signos más complicados que no se refieren a acciones similares a las nuestras, sino a un orden extraordinario de cosas que no he sido capaz de descifrar. No puede alimentarse ninguna duda acerca de su capacidad para intercambiar *ideas* de un orden abstracto, probablemente las equivalencias de las ideas humanas, ya que son capaces de permanecer inmóviles durante largos períodos, sin hacer nada más que conversar, lo cual indica una verdadera acumulación de

pensamientos.

A pesar de sus metamorfosis (cuyas leyes difieren para cada uno de ellos, muy ligeramente, pero de un modo suficientemente característico para un observador paciente), durante mi prolongada estancia entre ellos aprendí a conocer a varios Xipehuz de un modo más bien íntimo localizando las peculiaridades entre sus diferencias individuales. (¿Debería decir entre sus caracteres?) He conocido Xipehuz taciturnos, que casi nunca trazaban una palabra; volubles, que escribían verdaderos discursos; atentos; charlatanes que hablaban al mismo tiempo, uno interrumpiendo al otro. Algunos eran de naturaleza retraída y preferían una vida solitaria; otros manifestaban un evidente deseo de compañía; algunos eran feroces, cazando continuamente pájaros y animales; y algunos compasivos, perdonando a menudo a los animales y dejándoles vivir en paz. ¿No abre todo esto una enorme avenida a la imaginación? ¿No nos conduce a imaginar diversidades de aptitud, fuerza e inteligencia análogas a las de la raza humana?

Los Xipehuz practican la educación. He visto muchas veces un Xipehuz anciano, sentado en medio de varios jóvenes, trazando en ellos signos que debían repetirse unos a otros... y que el anciano corregía cuando la repetición era imperfecta. Aquellas lecciones resultaban realmente maravillosas para mí, y en todo lo que afecta a los Xipehuz no hay nada que me haya llamado tanto la atención, nada que me haya preocupado tanto durante mis noches de insomnio. Tenía la impresión de que aquello podía alzar el velo del misterio, que alguna idea simple y primitiva podía brotar e iluminar para mí un rincón de aquella profunda oscuridad. No, nada me desalentaba; año tras año observé aquella educación, atribuyéndole innumerables interpretaciones. ¡Cuántas veces creí captar un resplandor fugitivo de la naturaleza esencial de los Xipehuz! Una luz invisible, una pura abstracción que, por desgracia, mis pobres facultades no podían seguir.

Ya he dicho anteriormente que durante largo tiempo creí que los Xipehuz eran inmortales. Habiendo abandonado esta creencia, después de presenciar las muertes violentas que seguían a algunos encuentros entre Xipehuz, tendí lógicamente a descubrir sus puntos vulnerables, y a partir de entonces dediqué todo mi tiempo a la búsqueda de medios de destrucción. Ya que los Xipehuz eran cada vez más numerosos, hasta el punto de que, después de rebasar el bosque de Kzur por el sur, el oeste y el norte, empezaban a extenderse por las llanuras en dirección a levante. Unos cuantos ciclos más y desposeerían al hombre de su hogar terrenal.

En consecuencia, me proveí de una honda y en cuanto tuve a un Xipehuz a tiro le disparé mi piedra. No obtuve ningún resultado, a pesar de que disparé contra todos los puntos de su superficie, incluida la estrella luminosa. Los Xipehuz parecían completamente insensibles a las pedradas, y ninguno de ellos se hizo nunca a un lado para evitar mis proyectiles. Al cabo de un mes de tentativas, llegué a la conclusión de que la honda era absolutamente ineficaz y abandoné aquel arma.

Probé con el arco. Con las primeras flechas que disparé, los Xipehuz dieron

muestras de un intenso miedo, ya que en adelante procuraron quedar fuera de mi alcance. Durante una semana no conseguí alcanzar a ninguno. Al octavo día, un grupo de Xipehuz, supongo que arrastrados por su entusiasmo por la caza, pasaron muy cerca de mí en persecución de una hermosa gacela. Disparé rápidamente varias flechas, *sin ningún efecto aparente*, y el grupo se dispersó. Les perseguí gastando toda mi munición. Apenas había disparado mi última flecha cuando todos ellos volvieron sobre sus pasos con una rapidez increíble, tratando de rodearme, y puedo afirmar que salvé la vida gracias a la prodigiosa velocidad de mi valiente Kuath.

Aquella aventura me llenó de esperanza y de incertidumbre; durante una semana no hice nada, perdido en las profundidades oceánicas de mis meditaciones, en un sutil, absorbente y enigmático problema que me llenaba de alegría y de angustia. ¿Por qué temían mis flechas los Xipehuz? ¿Por qué, entre el gran número de proyectiles con los cuales había alcanzado a los cazadores, ninguno había producido el menor efecto? Mi conocimiento de la inteligencia de mi enemigo descartaba la hipótesis de un terror sin motivo. Por el contrario, todo lo que sabía me inducía a creer que la *flecha*, en adecuadas condiciones, debía ser un arma formidable contra ellos. Pero, ¿cuáles eran aquellas condiciones? ¿Cuál era el punto vulnerable de los Xipehuz? Súbitamente se me ocurrió la idea de que el punto a alcanzar era la *estrella*. Por unos instantes pensé que había dado con la solución.

Luego me asaltó una duda. Con una honda, ¿acaso no había disparado contra aquel punto, alcanzándolo en más de una ocasión? ¿Por qué había de ser la flecha más afortunada que la piedra?

Había llegado la noche, el inconmensurable abismo, con sus maravillosas lámparas colgando encima de la tierra. Y yo permanecí sentado, perdido en mis pensamientos, con la cabeza entre las manos, y mi espíritu más oscuro que la noche.

Un león empezó a rugir, los chacales corrían a través de la llanura, y de nuevo brotó una chispa de esperanza. Acababa de recordar que las piedras lanzadas por la honda eran relativamente grandes, y las estrellas de los Xipehuz muy pequeñas... Tal vez era necesario penetrar; profundamente, taladrar con una afilada punta. En tal caso, su temor al arco resultaba comprensible.

Pero Vega estaba girando lentamente alrededor del polo, no tardaría en amanecer, y durante unas horas el cansancio dominó a mis pensamientos con el sueño.

En los días que siguieron, armado con el arco, me dediqué a perseguir incansablemente a los Xipehuz, penetrando en su territorio tan profundamente como lo permitía la prudencia. Pero todos ellos evitaban mi asalto, manteniéndose a distancia, lejos de mi alcance. No cabía pensar en tender una emboscada; su capacidad de percepción les permitiría detectar mi presencia detrás de cualquier obstáculo.

Hacia el final del quinto día ocurrió un suceso que, en sí mismo, demostraba que los Xipehuz, al igual que los hombres, eran seres falibles. Aquella tarde, entre dos luces, un Xipehuz se acercó deliberadamente a mí con aquella rapidez continuamente

acelerada que utilizan para atacar. Sorprendido, empuñé mi arco. El Xipehuz, avanzando como una columna de color turquesa, llegó casi al alcance de mi arco. Entonces, mientras me preparaba para soltar mi flecha, quedé asombrado al ver que el Xipehuz daba media vuelta sobre sí mismo, ocultando su estrella, y continuaba avanzando hacia mí. Apenas tuve tiempo de lanzar a Kuath al galope y ponerme fuera del alcance de aquel formidable adversario.

Aquella sencilla maniobra, en la cual ningún Xipehuz parecía haber pensado hasta entonces, además de demostrarme de nuevo la personalidad y la inventiva personal del enemigo, me sugirió dos ideas: en primer lugar, era probable que yo hubiera razonado correctamente acerca de la vulnerabilidad de la estrella de los Xipehuz; y en segundo lugar, la misma táctica, adoptada por todos, convertiría mi tarea en algo extraordinariamente difícil, quizás imposible.

Sin embargo, después de trabajar durante tanto tiempo para enterarme de la verdad, noté que mi coraje aumentaba ante la presencia de aquel obstáculo, y me atreví a esperar que mi ingenio me sugeriría los medios para superarlo^[3].

VI

Regresé a mi valle. Anakhre, el tercer hijo de mi esposa Tepai, era un hábil constructor de armas. Le pedí que labrara un arco de extraordinario tamaño. Utilizó una rama del árbol Waham, dura como el hierro, y el arco que Anakhre confeccionó con ella era cuatro veces más fuerte que el del pastor Zankann, el mejor arquero de las mil tribus. Ningún hombre viviente podría haberlo tensado. Pero se me había ocurrido un artificio, y el resultado fue que el inmenso arco podía ser tensado y soltado por una mujer.

Siempre he sido hábil en el lanzamiento de dardos y flechas, y en unos cuantos días aprendí tan perfectamente a utilizar el arma construida por mi hijo Anakhre que no fallaba un solo disparo, aunque el blanco fuera tan pequeño como una mosca o tan rápido de movimientos como un halcón.

Después de hacer todo esto, regresé a Kzur, montado en mi fiel Kuath, y una vez más empecé a merodear alrededor de los enemigos del hombre.

Para infundirles confianza, lancé muchas flechas con mi antiguo arco cada vez que un grupo se acercaba a la frontera, procurando que quedaran algo cortas. De este modo aprenderían a conocer el alcance exacto del arma, lo cual les conduciría a considerarse completamente fuera de peligro a una distancia determinada. Sin embargo, continuaron mostrándose desconfiados, manteniéndose en movimiento cuando no estaban protegidos por el bosque y ocultando sus estrellas de mi vista.

A base de paciencia miné sus sospechas. En la mañana del sexto día un grupo de Xipehuz se instaló en frente de mí, debajo de un gran castaño, a una distancia de tres tiros de arco corriente. Inmediatamente lancé una nube de flechas inútiles. Entonces su vigilancia se relajó más y más, y sus movimientos se hicieron más libres, como en

los primeros días de mi observación.

Era el momento decisivo. Mi corazón latía tan aprisa que de momento me sentí sin fuerzas. Esperé, ya que el futuro colgaba de una sola flecha. Si fallaba el primer disparo, tal vez los Xipehuz no volvieran a ofrecerse a mis experimentos. Y, entonces, ¿cómo podríamos saber si eran vulnerables a los golpes de los hombres?

Sin embargo, poco a poco, mi voluntad triunfó, apaciguó mi corazón, infundiendo agilidad y fuerza a mis miembros y firmeza a mi ojo. Entonces, lentamente, alcé el arco de Anakhre. Allí, a lo lejos, un gran cono color esmeralda permanecía inmóvil a la sombra del árbol, con su refulgente estrella vuelta hacia mí. El enorme arco se tensó; la flecha voló silbando a través del espacio... y el Xipehuz *cayó, se encogió y quedó petrificado*.

Un grito de triunfo brotó de mis labios. Extendiendo mis brazos en éxtasis, di gracias al Único.

¡Aquellos terribles Xipehuz eran vulnerables a las armas humanas! Por lo tanto, podíamos alimentar la esperanza de destruirlos.

Ahora, sin temor, dejé que mi corazón murmurara, me entregué a mí mismo a los latidos de la música de la alegría. Yo, que tanto había desesperado del futuro de mi raza, que debajo de las estrellas en su curso, debajo del cristal azul de los abismos, había calculado con tanta frecuencia que dentro de dos siglos los límites del mundo quedarían rebasados por la invasión de los Xipehuz.

Y, no obstante, cuando llegó de nuevo la bienamada Noche, la pensativa Noche, una sombra cayó sobre mi felicidad, la tristeza de que los hombres y los Xipehuz no pudieran existir juntos, que el aniquilamiento de los unos fuera condición imprescindible para la supervivencia de los otros.

VII

Los sacerdotes, los ancianos y los jefes habían escuchado mi historia maravillados; los mensajeros habían difundido la noticia hasta los más remotos confines. El gran consejo había ordenado que los guerreros se reunieran en la sexta luna del año 22.649, en la llanura de Mehur-Asar, y los profetas habían predicado una guerra santa. Se presentaron más de cien mil guerreros Zahelal, y muchos miembros de razas extranjeras —Dzums, Sahrs, Khaldes—, atraídos por el rumor, llegaron para ofrecerse a la gran nación.

Kzur fue rodeado por un anillo de arqueros, pero todas sus flechas fallaban ante la táctica de los Xipehuz, y eran numerosos los guerreros que perecían, por descuidar las debidas precauciones.

Durante varias semanas un gran temor prevaleció entre los hombres...

El tercer día de la octava luna, armado con un puntiagudo cuchillo, anuncié a las multitudes que iría a luchar contra los Xipehuz solo, con la esperanza de aventar las dudas que habían empezado a levantarse acerca de la veracidad de mi historia.

Mis hijos Lum, Demja y Anakhre se opusieron violentamente a aquel proyecto y se ofrecieron para ir en mi lugar. Y Lum dijo:

—Tú no puedes ir, ya que una vez que estés muerto todos creerán que los Xipehuz son invulnerables y la raza humana perecerá.

Demja, Anakhre y muchos de los jefes se hicieron eco de aquellas palabras y tuve que admitir que tenían razón. De modo que renuncié.

Entonces, Lum, tomando mi cuchillo con mango de cuerno, cruzó la frontera. Los Xipehuz salieron a su encuentro. Uno, mucho más rápido que el resto, estuvo a punto de precipitarse sobre él, pero Lum, más ágil que un leopardo, dio un salto de costado, eludiendo al Xipehuz, y luego volvió a saltar, hiriéndole con la afilada punta.

Los guerreros vieron al Xipehuz *caer, encogerse y petrificarse*. Un centenar de voces se alzaron al azul amanecer. Lum estaba ya de regreso, cruzando la frontera. La gloria de su nombre se extendió a través de los ejércitos.

El año 22.649 del mundo, el séptimo día de la octava luna.

Al romper el día resonaron los cuernos; los martillos golpearon campanas de bronce para la gran batalla. Un centenar de búfalos negros y doscientos garañones fueron sacrificados por los sacerdotes, y mis quince hijos y yo rogamos al único.

El globo del sol estaba engolfado en el rojo amanecer, los jefes galopaban al frente de sus ejércitos, el clamor del ataque se hinchaba con las voces de cien mil guerreros.

La tribu de Nazzum fue la primera en entablar combate con el enemigo. Indefensos al principio, derribados por invisibles rayos, los guerreros no tardaron en aprender el arte de golpear a los Xipehuz y destruirlos. Entonces, todas las naciones, Zahelals, Dzums, Sahrs, Khaldes, Xisoastres, Pjarvanns, rugiendo como océanos, invadieron la llanura y el bosque, rodeando por todas partes al silencioso enemigo.

Durante largo tiempo la batalla fue un caos; los mensajeros llegaban continuamente para informar a los sacerdotes de que los hombres morían a centenares, pero que sus muertes estaban siendo vengadas.

En el calor del mediodía mi hijo Surdar, enviado por Lum, vino a decirme que por cada Xipehuz destruido habían perecido una docena de los nuestros. Mi espíritu estaba en tinieblas y mi corazón débil, pero mis labios murmuraron:

—¡Cúmplase la voluntad del Único!

Recordándome a mí mismo el número de combatientes de nuestros ejércitos, que sumaban un total de ciento cuarenta mil, y sabiendo que los Xipehuz eran alrededor de cuatro mil, me dije que más de una tercera parte de nuestros guerreros moriría, pero que la tierra pertenecería al hombre.

—Por lo tanto, es una victoria —murmuré tristemente.

* * *

La tierra pertenece al hombre.

Dos días de combate han aniquilado a los Xipehuz. Todo el territorio que habían ocupado ha sido quemado, de modo que no crezca en él ni un solo árbol, ni una sola planta, ni un solo tallo de hierba. Y yo, ayudado por mis hijos Lum, Azah y Simho, he terminado de grabar esta historia en tablillas de granito para conocimiento e instrucción de las naciones futuras.

Y ahora estoy solo, en medio de la pálida noche. Una luna color de cobre cuelga sobre el oeste. Los leones están rugiendo a las estrellas. El arroyo discurre lentamente entre los sauces; su voz eterna habla del paso del tiempo, de la melancolía de las cosas perecederas.

Y yo estoy solo, en medio de la pálida noche. Y he enterrado mi rostro en mis manos, y mi corazón solloza. Ya que, ahora que los Xipehuz han dejado de existir, mi alma llora por ellos. Y le pregunto al Único qué Fatalidad exige que el esplendor de la Vida sea empañado por la Sombra del Asesinato...

UN METROPOLITANO LLAMADO MOBIUS

A. J. DEUTSCH

Partiendo de un foco central en Park Street, el metropolitano se había extendido a través de un complicado e ingenioso sistema ferroviario. Un desvío conectaba la línea de Lechmere con la de Ashmont para los trenes que se dirigían al sur, y con la línea de Forest Hills para los que se dirigían al norte. Harvard y Brookline habían sido enlazadas con un túnel que pasaba a través de Kenmore Under, y durante las horas punta todos los otros trenes eran desviados a través del ramal de Kenmore hacia Egleston. El ramal de Kenmore enlazaba con el túnel Maverick cerca de Fields Comer. Ascendía un centenar de pies en dos manzanas para enlazar Copley Over con Scollay Square, y luego descendía de nuevo para unirse a la línea Cambridge en Boylston. La lanzadera de Boylston había unido finalmente las siete líneas principales a cuatro niveles distintos. Entró en servicio el 2 de marzo. A partir de entonces, un tren podía viajar desde una estación cualquiera a cualquier otra estación en todo el sistema.

Todos los días de la semana circulaban doscientos veintisiete trenes, y transportaban un millón y medio de pasajeros, aproximadamente. El tren Cambridge-Dorchester que desapareció el 4 de marzo era el número 86. Al principio, nadie le echó de menos. A última hora de la tarde, la línea estuvo un poco más cargada que de costumbre. Pero una multitud es una multitud. Los postes indicadores de los andenes de Forest Hills marcaron el Número 86 alrededor de las 7,30, pero ninguno de ellos mencionó su ausencia hasta tres días después. El interventor del cruce de la Milk Street pidió al inspector de la Harvard un tren suplementario aquella noche, con motivo de celebrarse un partido de hockey, y el inspector de la Harvard transmitió la petición. La central envió el 87, que había sido puesto fuera de servicio a las diez, como de costumbre. Nadie se dio cuenta de que faltaba el 86.

A la mañana siguiente, cuando la afluencia de pasajeros era más intensa, Jack O'Brien, del control de Park Street, llamó a Warren Sweeney, de Forest Hills, y le dijo que pusiera otro tren en la línea de Cambridge. Sweeney no disponía de ninguno, de modo que se dirigió al tablero y buscó en él algún tren disponible. Entonces, por primera vez, observó que Gallagher no había marcado su tarjeta la noche anterior. Sweeney dejó la tarjeta a la vista, con una nota. Gallagher tenía que entrar de servicio a las diez. A las diez y media, Sweeney se dirigió de nuevo al tablero, y comprobó que la tarjeta de Gallagher continuaba en el mismo sitio, con la nota que él había dejado. Acudió al inspector y le preguntó si Gallagher había llegado tarde. El inspector le dijo que no había visto a Gallagher aquella mañana. Entonces, Sweeney

quiso saber quién conducía el 86.

Eran las 11,30 cuando se enteró, finalmente, de que había perdido un tren.

Sweeney pasó la siguiente hora y media en el teléfono, interrogando a todos los interventores e inspectores del sistema. Después de almorzar, a la 1,30, repitió las llamadas. A las 4,40, poco antes de que terminara su jornada laboral, informó del asunto a la Central de Tráfico. Los teléfonos zumbaron a través de los túneles y talleres hasta casi medianoche, antes de que el Director General recibiera finalmente la noticia en su casa.

El encargado del cambio de agujas principal fue el primero en asociar, a última hora de la mañana del día 6, el tren que faltaba con los artículos de los periódicos acerca de la súbita desaparición de numerosas personas. Llamó al *Transcript*, y aquella misma tarde tres periódicos publicaron números extraordinarios. Así se hizo pública la historia.

Kelvin Whyte, el Director General, pasó una buena parte de aquella tarde con la policía. Interrogaron a la esposa de Gallagher. El conductor del 86 no se había presentado en casa desde la mañana del día 4. A media tarde, la policía había comprobado que unos trescientos cincuenta bostonianos, aproximadamente, habían desaparecido con el tren. El Sistema se cerró, y Whyte casi enfermó de rabia. Pero el tren no fue encontrado.

Roger Tupelo, el matemático de Harvard, entró en escena la noche del día 6. Telefoneó a Whyte, muy tarde, a su casa, y le dijo que tenía algunas ideas acerca del tren desaparecido. Luego se dirigió a casa de Whyte en Newton, y sostuvo con él la primera de numerosas conversaciones acerca del número 86.

White era un hombre inteligente, un buen organizador, y no carecía de imaginación.

—¡Pero no sé de qué está usted hablando! —exclamó.

Tupelo estaba dispuesto a mostrarse paciente.

—Esto es algo muy difícil de comprender para *cualquiera*, Mr. Whyte —dijo—. No me extraña que esté intrigado. Pero es la única explicación. Ha desaparecido el tren, y las personas que iban en él. Pero el Sistema está cerrado. Los otros trenes continúan allí. ¿Está en alguna parte del Sistema!

Whyte replicó, levantando de nuevo la voz:

—¡Y yo le digo a usted, doctor Tupelo, que el tren *no* está en el Sistema! ¡No está! Un tren de siete vagones con cuatrocientos pasajeros no puede pasarse por alto. El Sistema ha sido registrado de arriba a abajo. ¿Piensa usted que estoy tratando de *ocultar* el tren?

—Desde luego que no. Seamos razonables, Mr. Whyte. Sabemos que el tren estaba en camino hacia Cambridge a las 8,40 de la mañana del día 4. Al menos veinte de las personas desaparecidas subieron al tren unos minutos antes, en Washington, y

cuarenta más en Park Street. Unas cuantas se apearon en ambas estaciones. Y esto es todo. Las que iban a Kendall, a Central, a Harvard... no llegaron allí. El tren no llegó a Cambridge.

—Sé todo eso, doctor Tupelo —dijo Whyte bruscamente—. En el túnel, debajo del río, el tren se convirtió en un barco. Abandonó el túnel y empezó a navegar hacia África.

—No, Mr. Whyte. Estoy tratando de explicárselo. Chocó con un nódulo.

Whyte estaba lívido.

—¡Qué nódulo ni qué ocho cuartos! —estalló—. El Sistema mantiene las vías limpias. Nuestros servicios no dejan ningún nódulo...

—Sigue usted sin comprender. Un nódulo no es una obstrucción. Es una singularidad. Un polo de orden superior.

Las explicaciones de Tupelo en el curso de aquella primera conversación no contribuyeron a aclarar la situación para Kelvin Whyte. Pero a las dos de la mañana, el director general otorgó a Tupelo el privilegio de examinar los mapas principales del Sistema.

Tupelo se dirigió, pues, a la Central de Tráfico y estudió los mapas hasta que se hizo de día. Después de desayunar, se presentó en la oficina de Whyte.

Encontró al director general pegado al teléfono. Estaba dando órdenes para que se llevara a cabo una inspección más minuciosa del túnel Cambridge-Dorchester debajo del río Charles. Cuando terminó de hablar, Whyte colgó el receptor y miró a Tupelo.

—Creo que la causa de la desaparición está en la nueva lanzadera —dijo el matemático.

Whyte se agarró al borde de su escritorio rebuscó silenciosamente en su vocabulario hasta encontrar algunas palabras comedidas.

—Doctor Tupelo —dijo—, he estado despierto toda la noche pensando en su teoría. No la entiendo. No sé qué tiene que ver con todo esto la lanzadera de Boylston.

—¿Recuerda lo que le dije acerca de las propiedades conectivas de los retículos? —preguntó Tupelo—. ¿Recuerda la cinta Mobius que hicimos... la superficie con una cara y un borde? ¿Recuerda esto? —y sacó de su bolsillo un pequeño frasco de cristal Klein y lo depositó sobre el escritorio.

White se echó atrás en su asiento y contempló en silencio al matemático. Tres emociones se reflejaron en su rostro en rápida sucesión: rabia, desconcierto y absoluto desdén.

Tupelo continuó:

—Mr. Whyte, el Sistema es una red de sorprendente complejidad topológica. Ya era complicada antes de que se instalara la lanzadera de Boylston, y de un alto grado de conectividad. Pero esa lanzadera ha hecho que la red sea absolutamente única. No lo comprendo del todo, pero la situación parece ser esta: la lanzadera ha elevado hasta tal punto la conectividad del Sistema, que no sé cómo calcularlo. Sospecho que la

conectividad se ha convertido en infinita.

El director general escuchaba como a través de una niebla. Mantenía sus ojos pegados al pequeño frasco Klein.

—La cinta Mobius —continuó Tupelo— posee unas propiedades desusadas debido a que tiene una singularidad. El frasco Klein, con dos singularidades, consigue permanecer dentro de sí mismo. Los topólogos conocen superficies de hasta un millar de singularidades, las cuales poseen propiedades que hacen que la cinta Mobius y el frasco Klein parezcan sencillos. Pero una red con una conectividad infinita debe tener un número infinito de singularidades. ¿Puede usted imaginar cuáles podrían ser las propiedades de esa red?

Después de una larga pausa, Tupelo añadió:

—Yo tampoco puedo imaginarlo. A decir verdad, la estructura del Sistema, con la lanzadera de Boylston, supera por completo mis posibilidades de comprensión. Sólo puedo hacer conjeturas.

Whyte apartó sus ojos del escritorio en un momento en que la rabia era el sentimiento que predominaba en su interior.

—¿Y se dice usted matemático, Profesor Tupelo! —exclamó.

Tupelo se echó a reír. Lo absurdo de la situación no le hizo perder la calma.

—No soy topólogo, Mr. Whyte —dijo—. En realidad, soy un aprendiz en la materia. Sé de ella poco más que usted. Las matemáticas son un campo muy amplio. Y da la casualidad de que soy un algebrista.

Su sinceridad ablandó un poco a Whyte.

—Bueno —sugirió—, si usted no lo comprende, tal vez deberíamos llamar a un topólogo. ¿Hay alguno en Boston?

—Sí y no —respondió Tupelo—. El mejor del mundo está en Tech.

Whyte alargó la mano hacia el receptor telefónico.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Merritt Turnbull. Pero no hay modo de localizarle. Lo he intentado desde hace tres días.

—¿Está fuera de la ciudad? —inquirió Whyte—. Le enviaremos a buscar. Diremos que se trata de una emergencia.

—No lo sé. El Profesor Turnbull es soltero. Vive solo en el Brattle Club. No le han visto desde la mañana del día 4.

Whyte captó inmediatamente las posibilidades de aquella afirmación.

—¿Iba en el tren? —preguntó.

—No lo sé —respondió el matemático—. ¿Qué opina usted?

Se produjo un largo silencio. Whyte miró alternativamente a Tupelo y al objeto de cristal depositado sobre el escritorio.

—No lo entiendo —dijo finalmente—. Hemos revisado todo el Sistema. No existe ningún medio para que el tren se saliera de él.

—El tren no se ha salido de él. Está todavía en el Sistema —dijo Tupelo.

—¿Dónde?

Tupelo se encogió de hombros.

—El tren no tiene ningún «dónde» real. No hay ningún «dónde» real en todo el Sistema. Tiene una doble entidad, como mínimo.

—¿Cómo podemos encontrarlo?

—No creo que podamos —dijo Tupelo.

Se produjo otro largo silencio. Whyte lo rompió profiriendo una exclamación en voz alta. Se puso en pie súbitamente y envió el frasco Klein volando a través de la habitación.

—¡Está usted loco, Profesor! —gritó—. Entre la medianoche de hoy y las 6 de la mañana, sacaremos todos los trenes de los túneles. Enviaré trescientos hombres para que revisen pulgada a pulgada las ciento ochenta y tres millas del tendido. ¡Encontraremos el tren! Ahora, discúlpeme, por favor.

Tupelo salió de la oficina. Se sentía agotado. Maquinalmente, echó a andar a lo largo de la Washington Street, hacia la Estación de Essex. Cuando bajaba la escalera se detuvo bruscamente y miró a su alrededor. Luego subió otra vez a la calle y paró un taxi. Una vez en su casa se sirvió un whisky doble y se acostó.

A las 3,30 de la tarde acudió a dar su clase de Álgebra. Después de una cena rápida en el Crimson Spa, regresó a su apartamento y pasó la velada intentando analizar, por segunda vez, las propiedades conectivas del Sistema. La tentativa resultó inútil, pero el matemático llegó a unas cuantas conclusiones importantes. A las once de la noche telefoneó a Whyte a la Central de Tráfico.

—Pensé que tal vez le gustaría consultarme durante la búsqueda de esta noche —le dijo—. ¿Puedo ir ahí?

Al director general no pareció entusiasmarle el ofrecimiento de Tupelo. Señaló que el Sistema resolvería su pequeño problema sin la ayuda de profesores chiflados que creían que todos los trenes metropolitanos podían saltar a la cuarta dimensión. Tupelo encajó sin pestañear el exabrupto de Whyte y se acostó. Alrededor de las cuatro de la mañana, el timbre del teléfono le despertó. El que llamaba era un contrito Kelvin Whyte.

—Anoche me mostré demasiado brusco —tartamudeó—. Tal vez pueda usted ayudarnos, después de todo. ¿Podría venir al enlace de Milk Street?

Tupelo asintió de buena gana. No experimentaba la satisfacción que había previsto. Llamó un taxi, y en menos de media hora se presentó en la estación señalada. Al pie de la escalera, en el piso superior, vio que el túnel estaba brillantemente iluminado, como cuando el Sistema funcionaba normalmente. Pero los andenes estaban desiertos, a excepción de un grupo de siete hombres que se encontraban en su extremo más alejado de la entrada. Mientras caminaba hacia el grupo, observó que dos de los hombres eran agentes de policía uniformados. Observó un tren de un solo vagón parado en la vía, junto al andén. La puerta delantera estaba abierta, el vagón brillantemente iluminado, y vacío. Whyte salió a su encuentro con

aire compungido.

—Gracias por haber venido, Profesor —dijo, alargando su mano—. Caballeros, les presento al doctor Tupelo, de Harvard. Doctor Tupelo, Mr. Kennedy, nuestro ingeniero jefe; Mr. Wilson, representante del alcalde; doctor Gannot, del Hospital Mercy...

Whyte no se molestó en presentar al conductor del tren y a los dos agentes de policía.

—Encantado, caballeros —dijo Tupelo—. ¿Alguna novedad, Mr. Whyte?

El director general intercambió unas miradas indecisas con sus compañeros.

—Bueno..., sí, doctor Tupelo —dijo finalmente—. Creo que hemos conseguido algo.

—¿Ha sido visto el tren?

—Sí —dijo Whyte—. Es decir, prácticamente visto. Al menos, sabemos que se encuentra en alguna parte de los túneles.

Los otros seis asintieron.

A Tupelo no le sorprendió saber que el tren estaba aún en el Sistema. Después de todo, el Sistema estaba cerrado.

—¿Le importaría contarme lo que ha sucedido? —insistió Tupelo.

—Me topé con una señal roja —intervino el conductor—. A la salida del empalme de Copley.

—Todos los trenes han sido sacados del tendido —explicó Whyte—, excepto éste. Lo hemos hecho circular por todo el Sistema por espacio de cuatro horas. Cuando Edmunds, el conductor, se topó con una señal roja en el empalme de Copley se paró, desde luego. Yo pensé que la luz estaba averiada, y le dije que continuara. Pero en aquel momento oímos a otro tren que pasaba por el empalme.

—¿Lo vieron ustedes? —preguntó Tupelo.

—No podíamos verlo. La luz está situada detrás de una curva. Pero todos lo oímos. No cabe duda de que el tren pasó por el empalme. Y tiene que ser el Número 86, porque nuestro vagón era el único que circulaba por el tendido.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, la luz roja se trocó en amarilla, y Edmunds siguió adelante.

—¿Detrás del otro tren?

—No podíamos arriesgarnos a seguirlo, puesto que ignorábamos la dirección que había tomado.

—¿Cuánto hace que ocurrió eso?

—A la 1,38, la primera vez...

—¡Oh! —dijo Tupelo—. Entonces, ¿volvió a suceder más tarde?

—Sí. Aunque no en el mismo sitio, desde luego. Encontramos otra señal roja cerca de la Estación Sur, a las 2,15. Y luego, a las 3,28...

Tupelo interrumpió al director general:

—¿Vieron ustedes el tren a las 2,15?

—Ni siquiera lo oímos. Edmunds trató de localizarlo, pero por lo visto había cruzado ya la lanzadera de Boylston.

—¿Qué pasó a las 3,28?

—Otra luz roja. Cerca de Park Street. Oímos el tren delante de nosotros.

—¿Pero no lo vieron?

—No. Más allá de la luz hay una leve pendiente. Pero todos lo oímos. Lo único que no comprendo, doctor Tupelo, es que ese tren pueda recorrer el tendido por espacio de cinco días sin que nadie lo vea...

Whyte se interrumpió bruscamente y levantó una mano con aire imperativo, reclamando silencio. A lo lejos, el metálico estruendo de un tren rodando a toda marcha fue hinchándose hasta convertirse en un rugido. El andén vibró de un modo perceptible mientras pasaba el tren.

—¡Ahora lo tenemos! —exclamó Whyte—. ¡Acaba de pasar por el andén inferior!

Echó a correr hacia la escalera que conducía al piso inferior. Todos los otros le siguieron, excepto Tupelo, el cual creía saber lo que iba a pasar. En efecto, antes de que Whyte llegara a la escalera, asomó por ella un agente de policía uniformado.

—¿Lo han visto ustedes? —gritó el policía.

Whyte se paró en seco, y los otros con él.

—¿Han visto ustedes el tren? —preguntó de nuevo el agente, mientras aparecían otros dos hombres procedentes del piso inferior.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Wilson.

—¿Lo han visto *ustedes*? —aulló Kennedy.

—Desde luego que no —respondió el agente—. Ha pasado por aquí arriba.

—¡Ni hablar! —rugió Whyte—. ¡Ha pasado por abajo!

Los seis hombres que acompañaban a Whyte se enfrentaron con expresión desafiante a los tres hombres procedentes del piso inferior. Tupelo se acercó al director general y le dijo, en voz baja:

—El tren no puede ser visto, Mr. Whyte.

Whyte le miró con aire de incredulidad.

—Usted mismo lo ha oído. Ha pasado por el piso de abajo...

—¿Podemos ir al vagón, Mr. Whyte? —inquirió Tupelo—. Creo que tendríamos que hablar un poco.

Whyte asintió de mala gana. Luego se volvió hacia el agente de policía y los otros dos hombres que habían estado vigilando en el andén inferior.

—¿De veras no lo han visto? —insistió.

—Lo hemos oído —respondió el agente—. Y nos ha parecido que pasaba por aquí...

—Vuelvan abajo, Maloney —ordenó uno de los agentes que acompañaban a Whyte.

Maloney se rascó la cabeza, dio media vuelta y desapareció por la escalera. Los

otros dos hombres le siguieron. Tupelo condujo al grupo hacia el vagón estacionado junto al andén. Entraron en él y tomaron asiento, en silencio. Luego, todos miraron al matemático y esperaron.

—Supongo que no me ha hecho venir aquí sólo para decirme que había encontrado el tren desaparecido —empezó Tupelo, dirigiéndose a Whyte—. ¿Había ocurrido ya algo como esto?

Whyte se removió en su asiento e intercambió una mirada con el ingeniero jefe.

—No exactamente igual —dijo, en tono evasivo—, pero han sucedido algunas cosas raras.

—¿Por ejemplo? —insistió Tupelo.

—Bueno, lo de las luces rojas. Los vigilantes apostados cerca de Kendall descubrieron una luz roja al mismo tiempo que nosotros encontrábamos otra cerca de la Estación Sur.

—¿Qué más?

—Mr. Sweeney me llamó desde Forest Hills. Había oído el tren dos minutos después de que lo oyéramos nosotros en el empalme de Copley. A veintiocho millas de distancia.

—En realidad, doctor Tupelo —intervino Wilson—, varias docenas de hombres han visto luces rojas, o han oído el tren, o las dos cosas, durante las últimas cuatro horas. La cosa actúa como si pudiera estar en varios lugares al mismo tiempo.

—Puede —dijo Tupelo.

—Hemos estado recibiendo informes de vigilantes que veían la cosa —añadió el ingeniero—. Bueno, viéndola no, exactamente... A veces en dos e incluso en tres lugares, muy apartados entre sí, al mismo tiempo. Seguro que se encuentra en el tendido. Tal vez los vagones están desenganchados.

—¿Está usted realmente seguro de que se encuentra en el tendido, Mr. Kennedy? —preguntó Tupelo.

—Absolutamente —dijo el ingeniero—. El dinamómetro, en la central eléctrica, señala un consumo de energía. El consumo era continuo. De modo que a las 3,30 cerramos los circuitos. Cortamos la corriente.

—¿Y qué pasó?

—Nada —respondió Whyte—. Absolutamente nada. La corriente estuvo cortada por espacio de veinte minutos. Durante ese tiempo, ninguno de los doscientos cincuenta hombres apostados en los túneles vio una luz roja ni oyó un tren. Pero, cinco minutos después de haber vuelto a dar la corriente, nos habían llegado otros dos informes: uno de Arlington, otro de Egleston.

Cuando Whyte terminó de hablar se produjo un largo silencio. En el túnel inferior, un hombre le gritó algo a otro. Tupelo consultó su reloj. Eran las 5,20.

—En resumen, doctor Tupelo —dijo finalmente el director general—, nos vemos obligados a admitir que puede haber algo de cierto en su teoría.

Los otros asintieron.

—Gracias, caballeros —dijo Tupelo.

El médico se aclaró la garganta.

—En lo que respecta a los pasajeros —dijo—, ¿tiene usted idea de lo que...?

—Ninguna —le interrumpió Tupelo.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó el representante del Alcalde.

—No lo sé. ¿Qué puede hacer usted?

—Si no he comprendido mal las explicaciones de Míster Whyte —dijo Wilson—, el tren ha... bueno, ha saltado a otra dimensión. No se encuentra ya en el Sistema. Se ha marchado de él. ¿Es verdad eso?

—Es una forma de decirlo.

—¿Y esta... ejem... conducta singular se ha derivado de ciertas propiedades matemáticas asociadas con la nueva lanzadera de Boylston?

—Desde luego.

—¿Y no hay nada que podamos hacer para traer de nuevo al tren a... hum... esta dimensión?

—Que yo sepa, no.

Wilson agarró la ocasión por los pelos.

—En tal caso, caballeros —dijo—, la cosa está clara. En primer lugar, tenemos que cerrar la nueva lanzadera, para que no pueda volver a ocurrir algo tan fantástico. Después, dado que el tren desaparecido se encuentra en otra dimensión, a pesar de todas esas luces rojas y de todos esos ruidos, podemos restablecer el funcionamiento normal del Sistema. Al menos no existirá el peligro de una colisión, que era lo que más preocupaba a Mr. Whyte. En cuanto al tren desaparecido y a las personas que viajaban en él... —Wilson los remitió al infinito con un gesto—. ¿Está usted de acuerdo, doctor Tupelo? —le preguntó al matemático.

Tupelo sacudió la cabeza lentamente.

—No del todo, Mr. Wilson —respondió—. Les ruego que no pierdan de vista que no he comprendido en sus términos exactos lo que ha sucedido. Es una pena que no puedan encontrar ustedes a alguien capaz de dar una explicación satisfactoria de los hechos. El único hombre que podía haberla dado es el Profesor Turnbull, de Tech, y era uno de los pasajeros del tren. Pero, de todos modos, ustedes querrán contrastar mis conclusiones con las de algunos eminentes topólogos. Puedo ponerles en contacto con varios de ellos.

»Ahora bien, en lo que respecta a la recuperación del tren desaparecido, puedo decir que en mi opinión no se ha perdido toda esperanza. Existe una probabilidad finita, tal como yo lo veo, de que el tren pase eventualmente desde la parte no-espacial de la red, que ahora ocupa, a la parte espacial. Dado que la parte espacial es completamente inaccesible, no hay nada que podamos hacer, por desgracia, para contribuir a esa transición, ni siquiera para predecir cómo o cuándo se producirá. Pero la posibilidad de la transición se desvanecerá si se cierra la lanzadera de Boylston. Ese sector del tendido es precisamente el que da a la red sus singularidades

fundamentales. Si las singularidades son eliminadas, el tren no podrá reaparecer nunca. ¿Está claro?

No estaba claro, desde luego, pero los siete hombres que le escuchaban asintieron en silencio.

Tupelo continuó:

—En cuanto a lo de restablecer el funcionamiento del Sistema mientras el tren desaparecido se encuentra en la parte no-espacial de la red, sólo puedo enumerarles los hechos, tal como yo los veo, y dejar a su criterio el extraer las pertinentes conclusiones. La transición de regreso a la parte espacial es impredecible, como ya les he dicho. No hay modo de saber cuándo se producirá, ni dónde. En especial, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que, cuando reaparezca el tren, discurra por una vía que no le corresponde. Entonces se producirá una colisión, desde luego.

El ingeniero preguntó:

—Para eliminar esa posibilidad doctor Tupelo, ¿no podríamos dejar abierta la lanzadera de Boylston, pero sin enviar ningún tren a través de ella? De este modo, cuando el tren desaparecido vuelva a presentarse, no podrá chocar con otro tren.

—Esa precaución sería ineficaz, Mr. Kennedy —respondió Tupelo—. Verá, el tren puede reaparecer en cualquier parte del Sistema. Es cierto que el Sistema debe su complejidad topológica a la nueva lanzadera. Pero, con la lanzadera en el Sistema, ahora es todo el Sistema el que posee una conectividad infinita. En otras palabras, la pertinente propiedad topológica es una propiedad *derivada* de la lanzadera, pero *perteneciente* a todo el Sistema. Recuerde que el tren efectuó su primera transición en un punto situado entre Park y Kendall, a más de tres millas de distancia de la lanzadera.

»Hay otra pregunta que ustedes querrán ver contestada. Si deciden ustedes restablecer el funcionamiento del Sistema, dejando abierta la lanzadera hasta que el tren reaparezca, ¿puede volver a ocurrir lo mismo con otro tren? No estoy seguro de la respuesta, pero creo que es negativa. Opino que en este caso existe un principio de exclusión, en virtud del cual el no-espacio de la red sólo puede ser ocupado por un tren.

El médico se puso en pie.

—Doctor Tupelo —inquirió, tímidamente—, cuando el tren reaparezca, ¿estarán los pasajeros...?

—No sé nada acerca de los ocupantes del tren —le interrumpió Tupelo—. La teoría topológica no tiene en cuenta esos aspectos. —Su mirada recorrió rápidamente los siete cansados rostros que le rodeaban—. Lo siento, caballeros —añadió, en tono más amable—. No lo sé, sencillamente. —Dirigiéndose a Whyte añadió—: Creo que esta noche no puedo serle útil en nada más. Ya sabe dónde encontrarme.

Dando media vuelta, salió del vagón y se encaminó a la escalera.

Al salir a la calle, las primeras claridades del alba empezaban a disolver las sombras de la noche.

Ningún periódico informó de aquella improvisada conferencia en un solitario vagón del metropolitano. Ni de los resultados de la vigilancia nocturna en los oscuros túneles. Durante la semana que siguió, Tupelo tomó parte en otras cuatro conferencias con Kelvin Whyte y algunos funcionarios de la municipalidad. En dos de ellas estuvieron presentes otros topólogos: Orstein, de Filadelfia, Kashta, de Chicago, y Michaelis, de Los Ángeles. Los matemáticos no lograron ponerse de acuerdo. Ninguno de los tres quiso aceptar como buenas las conclusiones de Tupelo, aunque Kashta admitió que *podía* haber algo de cierto en ellas. Orstein insistió en que una red finita no podía poseer una conectividad infinita, pero no pudo demostrar este aserto, y ni siquiera fue capaz de calcular la conectividad del Sistema. Michaelis expresó su opinión de que el asunto no tenía nada que ver con la topología del Sistema. Insistió en que si el tren no podía ser localizado en el Sistema, éste debía abrirse.

Pero, cuanto más a fondo analizaba Tupelo el problema, más convencido estaba de lo correcto de sus primeras conclusiones. Desde el punto de vista de la topología, el Sistema sugería inmediatamente la existencia de familias enteras de redes de entidad múltiple, cada una de ellas con un número infinito de discontinuidades infinitas. Pero Tupelo se substruía a un examen concreto de aquellas nuevas redes hiperespaciales. Dedicó toda su atención al tema por espacio de una semana. Luego, sus ocupaciones le obligaron a dejar el análisis a un lado. Decidió enfrentarse de nuevo con el problema más tarde, en primavera, cuando terminara el curso escolar.

Entretanto, el Sistema volvía a funcionar como si nada hubiese ocurrido. El director general y el representante del alcalde habían conseguido olvidar la noche del 6 de marzo, o al menos habían vuelto a interpretar a su manera lo que vieron y no vieron. Los periódicos y el público hacían las más descabelladas suposiciones, y continuaban presionando a Whyte. Muchas personas que habían perdido algún pariente presentaron demandas contra el Sistema. El Estado intervino en el asunto e investigaba por su cuenta. El caso llegó hasta el Congreso. Una versión resumida de la teoría de Tupelo fue ampliamente difundida por la prensa. Tupelo la ignoró, y no tardó en ser olvidada.

Transcurrieron varias semanas. La investigación estatal se dio por conclusa. Los periódicos trasladaron el caso de la primera a la segunda plana; luego lo pasaron a la veintitrés; y después dejaron de ocuparse de él. Las personas desaparecidas no regresaron. A la larga, nadie las echó de menos.

Un día, a mediados de abril, Tupelo viajaba en el metropolitano, desde Charles Street a Harvard. Iba sentado en la parte delantera del primer vagón y contemplaba las vías y las grises paredes de los túneles salir al encuentro del tren. Se detuvieron en dos ocasiones ante una luz roja, y Tupelo se preguntó súbitamente si el otro tren estaba allí, delante de ellos, o más allá del espacio. Bastó aquello para que el viaje resultara excitante.

Otra vez, en mayo, tomó el tren en Beacon Hill. Pero en esta ocasión se instaló en un asiento lateral y se dedicó a leer el periódico. De pronto, experimentó una extraña sensación. Miró al hombre sentado a su lado, con la cesta del almuerzo sobre las rodillas. Los otros asientos estaban ocupados, y había una docena de pasajeros que viajaban de pie. Un jovencito fumaba un cigarrillo, violando el reglamento. Detrás de él, dos muchachas hablaban de una fiesta a la que pensaban asistir. En el asiento de enfrente, una joven madre reñía a su hijo. A su lado, un hombre leía el periódico. Lo mantenía abierto por las páginas centrales, y la mirada de Tupelo resbaló inconscientemente por la primera plana. Los titulares le sonaron a cosa olvidada. La mirada de Tupelo continuó subiendo, hasta llegar a la fecha: ¡era un periódico del mes de marzo!

Los ojos de Tupelo se volvieron hacia el hombre sentado a su lado. Debajo de su cesta del almuerzo había un periódico. Del día. Miró detrás de él. Un joven leía el *Transcript*, manteniéndolo abierto por las páginas deportivas. La fecha era 4 de marzo. Los ojos de Tupelo recorrieron el pasillo. Una docena de pasajeros llevaban periódicos con fecha de 4 de marzo.

Tupelo se levantó de un salto. El hombre del pasillo se quejó en voz alta mientras Tupelo le apartaba a un lado sin miramientos para precipitarse hacia el aparato de alarma. Tiró de la palanca con todas sus fuerzas. Chirriaron los frenos y el tren se detuvo. Los intrigados pasajeros contemplaban a Tupelo con ojos hostiles. En la parte trasera del vagón se abrió la puerta de paso y un hombre alto y delgado, uniformado de azul, la cruzó apresuradamente.

Tupelo corrió a su encuentro.

—¿Mr. Gallagher? —inquirió.

—¿Qué pasa? —preguntó a su vez el hombre, sorprendido.

Tupelo ignoró la pregunta.

—¿Dónde ha estado usted? —quiso saber.

—En el vagón contiguo, pero...

Tupelo no le dejó terminar. Consultando su reloj, les gritó a los pasajeros:

—¡Faltan diez minutos para las nueve de la mañana del día 17 de mayo!

Aquellas palabras acallaron por un momento el creciente clamor. Los pasajeros intercambiaron miradas desconcertadas.

—¡Miren sus periódicos! —gritó Tupelo—. ¡Sus periódicos!

Los pasajeros empezaron a cuchichear. A medida que consultaban las fechas de sus periódicos, las voces subían de tono. Tupelo cogió a Gallagher del brazo y le arrastró hacia la parte trasera del vagón.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las 8,21 —dijo Gallagher, consultando su reloj.

—Abra la puerta —dijo Tupelo—. Déjeme salir. ¿Dónde está el teléfono?

Gallagher siguió las instrucciones de Tupelo. Señaló un hueco en la pared del túnel, a un centenar de metros de distancia. Tupelo se apeó del vagón y echó a correr

por el estrecho pasillo que discurría entre los vagones y la pared del túnel.

—¡Póngame con la Central de Tráfico! —le gritó al telefonista. Esperó unos segundos y vio que un tren se había parado ante la señal roja detrás del que él acababa de abandonar. Cuando la Central de Tráfico contestó, Tupelo gritó—: ¡Póngame con Whyte! ¡Es muy urgente!

Al otro extremo del hilo una voz de hombre dijo:

—Mr. Whyte está ocupado. Dígame lo que sea.

—El Número 86 ha vuelto —dijo Tupelo—. Ahora se encuentra entre la Estación Central y Harvard. Ignoro cuando efectuó el salto. Yo lo tomé en Charles Street, hace diez minutos, y no me he dado cuenta hasta hace un minuto.

Al otro extremo del hilo, el hombre que atendía la llamada tragó saliva audiblemente.

—¿Y los pasajeros? —tartamudeó.

—Están perfectamente... los que quedan en el tren. Algunos deben de haberse apeado en Kendall y en la Estación Central.

—¿Dónde han estado?

Tupelo dejó caer el receptor de su oído y lo contempló fijamente, con la boca abierta. Luego *lo colgó y echó* a correr hacia la puerta abierta del vagón.

Eventualmente, el orden quedó restablecido y al cabo de media hora el tren llegó a Harvard. En la estación, la policía tomó a los pasajeros bajo su custodia. Whyte había llegado a Harvard antes que el tren. Tupelo le encontró en el andén.

Whyte hizo un gesto en dirección a los pasajeros.

—¿Están realmente bien? —inquirió.

—Perfectamente —respondió Tupelo—. No saben dónde han estado.

—¿Alguna señal del Profesor Turnbull? —preguntó el director general.

—No le he visto. Probablemente se apeó en Kendall, como de costumbre.

—¡Lástima! —dijo Whyte—. Me gustaría verle.

—También a mí —declaró Tupelo—. A propósito, ahora es el momento de cerrar la lanzadera de Boylston.

—Demasiado tarde —dijo Whyte—. El tren 143 desapareció hace veinticinco minutos, entre Egleston y Dorchester.

Tupelo no dijo nada.

—Tenemos que encontrar a Turnbull —continuó Whyte.

Tupelo miró al director general y sonrió débilmente.

—¿Cree usted de veras que Turnbull se apeó de este tren en Kendall? —preguntó.

—¡Desde luego! —respondió Whyte—. ¿En qué otra parte, si no?

¿QUÉ LE OCURRIÓ AL CABO CUCKOO?

GERALD KERSH

Varios millares de oficiales y soldados del Ejército de los Estados Unidos que lucharon en Europa durante la II Guerra Mundial pueden dar testimonio de ciertos hechos fundamentales de esta historia, que de no ser así resultaría increíble.

Permitidme refrescar la memoria de mis testigos.

El buque *Queen Mary*, de la Cunard White Star, zarpó de Greenock, en la desembocadura del río Clyde, el 6 de julio de 1945, rumbo a Nueva York, atestado de pasajeros. Ninguno de los que efectuaron aquel viaje puede haberlo olvidado: había catorce mil hombres a bordo; unas cuantas damas; y un perro. El perro era un pastor alemán, cariñoso e inteligente, salvado de una lenta y dolorosa muerte por un joven oficial norteamericano en Holanda. Me contaron que aquel bravo animal, exhausto y debilitado por el hambre, había tratado de saltar por encima de una alta barrera de alambre de espino, y había quedado enganchado en los pinchos de la parte superior, donde quedó colgado durante varios días, incapaz de avanzar ni de retroceder. El joven oficial le ayudó a bajar, y el perro se encariñó con el hombre, y el hombre se encariñó con el perro. Los animales domésticos no pueden viajar con las tropas. Sin embargo, el joven oficial consiguió que el perro fuese admitido a bordo. Decíase que toda la Compañía había jurado que no regresaría a los Estados Unidos sin el perro, y que las autoridades hicieron la vista gorda, por una sola vez y sin que sirviera de precedente; a eso se refiere Kiplind cuando alude a El Poder del Perro. Todos los que embarcaron en el *Queen Mary* en Greenock, el 6 de julio de 1945, recordarán aquel perro. Llegó a bordo en un estado deplorable, andando trabajosamente, y cuando se le acariciaba el lomo la mano resbalaba por un esqueleto cubierto por una piel deslustrada. Al cabo de tres días de afectuosos cuidados —medio centenar de hombres hambrientos mendigaban o robaban trozos de carne para él—, el perro empezó a recuperarse. El 11 de julio, cuando el *Queen Mary* atracó en Nueva York, el perro mostraba un interés muy canino por una pelota de goma con la cual varios oficiales estaban jugando en la cubierta del buque.

Menciono todo esto para demostrar que estaba allí, en calidad de corresponsal de guerra, de camino hacia el Pacífico. Dado que llevaba un uniforme de campaña y una poblada barba, creo que mi presencia a bordo tampoco pasó inadvertida. Y la escuela secreta de practicantes de juegos prohibidos debe recordarme con nostálgico afecto. Llegué a Nueva York con quince centavos en el bolsillo, y tuve que pedirle prestados cinco dólares a un amable pastor Congregacionista llamado John Smith, el cual también dará testimonio de mi presencia a bordo. Si se necesitaran más pruebas, una

enfermera, la teniente Grace Dimichele, de Vermont, me tomó una fotografía cuando estábamos a punto de desembarcar.

Pero en medio de la excitación de aquel *glorioso* momento, cuando millares de hombres se empujaban en su afán de ser los primeros en saltar a tierra, reían y lloraban, y disparaban sus cámaras contra la silueta de Nueva York, que es la más bella del mundo, perdí al cabo Cuckoo. Realicé exhaustivas investigaciones tratando de localizarle, pero aquel hombre extraordinario se había desvanecido como una bocanada de humo.

Seguramente, habrá muchos hombres que conserven un recuerdo de Cuckoo, al cual vieron centenares y centenares de veces en el *Queen Mary*, entre el 6 y el 11 de julio de 1945...

Era un hombre de cabellos claros y mediana estatura, aunque debía pesar al menos ciento noventa libras, ya que era muy robusto y tenía una poderosa osamenta. Sus ojos desvaídos oscilaban entre el verde y el gris, y cojeaba un poco de la pierna izquierda. En términos generales, la gente es poco observadora, lo sé, pero ninguno de los que vieron al cabo Cuckoo dejará de recordar sus cicatrices. Su cráneo, entre su ceja izquierda y su oreja derecha, mostraba una espantosa hendidura. La primera vez que la vi recordé un asesinato a hachazos que me hizo estremecer cuando era reportero de sucesos, hace muchos años. Aquel hombre debía poseer una constitución extraordinaria para haber sobrevivido a una herida como aquella, pensé. Su barbilla y su garganta estaban literalmente cosidas a cuchilladas. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, y muy cerca tenía otra cicatriz, desde el pómulo hasta el mastoide. El dorso de su mano derecha parecía haber sido picada con un cuchillo: conté al menos cuatro formidables cortes, todos antiguos, blancos y profundos. Producía esta impresión: que hacía mucho tiempo, un grupo de personas se había ensañado con él hiriéndole con hachas, sables y cuchillos, y que a pesar de todos sus esfuerzos el hombre había sobrevivido. Ya que todas sus cicatrices eran antiguas. Sin embargo, el hombre era joven: le calculé unos treinta y cinco años.

Me llenó de una ardiente curiosidad. ¿Alguno de ustedes *tiene* que acordarse de él! Iba de un lado para otro, arisco e insociable, fumando cigarrillos que nunca se quitaba de la boca: sólo escupía las colillas cuando el fuego tocaba sus labios. Era particularmente aficionado a ocupar los rincones más oscuros, donde se entregaba a profundas meditaciones... o al menos eso me parecía a mí. Traté de informarme acerca de él, pero en aquellos momentos todo el mundo estaba interesado apasionadamente por un oficial que se parecía a Spencer Tracy. Aunque al final descubrí lo que quería por mis propios medios.

También el licor estaba prohibido a bordo. Me lo habían advertido, de modo que tomé la precaución de ocultar varias botellas de whisky. El primer día ofrecí un trago a un capitán de infantería. En un abrir y cerrar de ojos me encontré rodeado por

diecisiete nuevos amigos que me abrumaron con sus expresiones de afecto y me pidieron un autógrafo. De modo que el segundo día, después de arrojar por la portañola la última de las botellas vacías, me alegré mucho al recibir la visita de Mr. Charles Bennet, el comediógrafo de Hollywood. (También él, si su modestia se lo permite, atestiguará que estoy diciendo la verdad). Bennet me regaló una botella de excelente whisky, la cual oculté debajo de la blusa de mi uniforme de campaña, sin atreverme a permitir que alguno de mis amigos se enterara de que la tenía. Me dirigí a un lugar tranquilo y al mismo tiempo lo bastante iluminado para poder leer. Me proponía luchar de nuevo con algunos de los poemas de François Villon, y refrescarme a intervalos con un trago del whisky de Mr. Bennet. Era difícil encontrar un lugar desocupado más allá de las puertas cerradas en el *Queen Mary*, pero yo encontré uno. Estaba tratando de leer la *Balada del Buen Consejo*, que aquel gran poeta que fue Villon escribió en el argot de la gente del hampa medieval, el cual resulta incomprensible incluso para los franceses eruditos que han estudiado la jerga de la época. Repetí los dos primeros versos en voz alta, con la esperanza de captar algún nuevo significado en ellos:

*Car ou sote porteur de bulles
Pipeur ou hasardeur de dez.*

Entonces, una voz lánguida dijo:

—¡Eh! ¿Qué sabe usted acerca de eso?

Levanté la mirada y vi el sombrío rostro, lleno de cicatrices, del misterioso cabo, medio oculto en las sombras. Tuve que invitarle a beber, ya que tenía la botella en la mano y él la estaba mirando. Me dio las gracias secamente, se bebió la mitad del contenido de la pequeña botella de un trago y me la devolvió.

—*Pipeur ou hasardeur de dez* —dijo, suspirando—. Eso es muy antiguo. ¿Le gusta a usted?

Dije:

—Mucho. ¿Qué gran hombre debió ser Villon! ¿Quién, si no él, podría haber conseguido tales efectos con un lenguaje tan ordinario? ¿Quién, si no él, podría haber tomado la jerga de los ladrones —la cual es siempre fea— y convertirla en maravillosa poesía?

—Usted la entiende, ¿eh? —preguntó el cabo, con una mueca que podía pasar por una sonrisa.

—No del todo —contesté—. Pero, desde luego, suena a poesía.

—Sí, lo sé.

—*Pipeur ou hasardeur de dez*... Tiene ritmo y fuerza.

—¿Quién es usted? Hace mucho tiempo que en el ejército no está permitido dejarse crecer la barba.

—Soy corresponsal de guerra —dije—. Me llamo Kersh. Puede usted terminar

esto.

Vació la pequeña botella y dijo:

—Gracias, Mr. Kersh. Yo me llamo Cuckoo.

Se dejó caer a mi lado, golpeando la cubierta como un saco de arena húmeda. Luego cogió mi libro con su acuchillada mano derecha, lo golpeó contra su rodilla y me lo devolvió.

—*¡Hasardeur de dez!* —dijo, sin el menor acento.

—Ha leído usted a Villon, ¿no es cierto? —dije.

—No. No soy aficionado a la lectura.

—Pero, habla usted francés... ¿Dónde lo aprendió? —pregunté.

—En Francia.

—¿Regresa a su casa, ahora?

—Supongo que sí.

—No está usted preocupado, al parecer.

—No, supongo que no.

—¿Estaba en Francia?

—En Holanda.

—¿Lleva mucho tiempo en el Ejército?

—Bastante.

—¿Le gusta?

—Desde luego. ¿De dónde es usted?

—De Londres —dije.

—He estado allí.

Pregunté:

—Y usted, ¿de dónde es?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Oh! De Nueva York, supongo.

—¿Qué le pareció Londres?

—Lo encontré muy mejorado.

—¿Mejorado? Seguro que estuvo allí antes de la guerra, cabo Cuckoo.

—Sí, estuve allí antes de la guerra.

—Sería usted muy joven...

El cabo Cuckoo respondió:

—No demasiado joven...

Dije:

—Yo soy corresponsal de guerra, y reportero, de modo que tengo derecho a formular preguntas impertinentes. Podría escribir un artículo acerca de usted para mi periódico, ¿sabe? ¿Qué clase de nombre es Cuckoo? Nunca lo había oído.

Para salvar las apariencias, había sacado un cuaderno de notas y un lápiz.

El cabo dijo:

—Mi nombre no es realmente Cuckoo. Es un nombre francés, *Lecocu*. Ya sabe lo qué significa, ¿verdad?

Algo desconcertado, dije:

—Bueno, si mal no recuerdo, un hombre *cocu* es un hombre cuya esposa le engaña.

—Exactamente.

—¿Tiene usted familia?

—No.

—Pero ha estado casado...

—Muchas veces.

—¿Qué piensa hacer cuando llegue a los Estados Unidos, cabo Cuckoo?

Dijo:

—Cultivar flores, y criar abejas y gallinas.

—¿Sin la ayuda de nadie?

—Me basto yo solo —respondió el cabo Cuckoo.

—Flores, abejas y gallinas... ¿Qué clase de flores? —pregunté.

—Rosas —respondió, sin vacilar—. Tal vez un poco más tarde vaya hacia el sur —añadió.

El cabo Cuckoo, pensé, debe estar loco. Se me ocurrió que su cerebro podía haberse visto afectado por la herida que dejó aquella espantosa cicatriz en su cabeza.

Dije:

—Al parecer, le han herido a usted en más de una ocasión...

—Desde luego, en más de una.

—La primera vez que le vi tuve la impresión de que había sido usted atrapado por algún engranaje.

—¿Qué quiere usted decir con eso del engranaje?

—¡Oh! No se ofenda, cabo, pero esas heridas en su cabeza, en su cara y en su cuello no tienen el aspecto de las que podría haberle inferido un arma moderna...

—¿Quién ha dicho que me las ha inferido un arma moderna? —replicó el cabo Cuckoo bruscamente. Luego se llenó los pulmones de aire y lo expelió ruidosamente—. ¡Uf! ¿Qué es lo que me ha dado usted a beber?

—Un whisky excelente. ¿Por qué?

—Es bueno, desde luego. Y yo no tendría que beberlo. Hacía muchos años que no probaba el licor. Se me sube a la cabeza. No tendría que probarlo.

—Nadie le pidió que vaciara una botella de un cuarto de litro de whisky en dos tragos —dije, resentido.

—Lo siento, *míster*. Cuando lleguemos a Nueva York le compraré una botella grande, si quiere —dijo el cabo Cuckoo, parpadeando como si le dolieran los ojos y pasando sus dedos a lo largo de la horrorosa cicatriz de su cabeza.

Dije:

—Algo serio esa herida, ¿verdad?

—Desde luego —respondió—. Muy serio. Perdí parte de los sesos. Y, vea esto...

—Desabotonó su camisa y echó hacia arriba su camiseta con la mano izquierda,

mientras abría y encendía un mechero Zippo con la derecha—. Eché una mirada.

Proferí una exclamación de asombro. Nunca había visto un cuerpo vivo tan increíblemente maltratado y mutilado. Su torso era como un paraje asolado por la ira divina: fulminado por los rayos, aplastado por los derrumbamientos, devastado por los huracanes. La mayor parte de las costillas, en el lado izquierdo, habían sido troceadas en fragmentos tan pequeños como la falange de un dedo por algún objeto terriblemente pesado. Los huesos, de un modo milagroso habían vuelto a soldarse, y un círculo de nudos muy duros bordeaban una profunda hendidura; a la vacilante claridad de la llama, me recordó uno de los volcanes muertos de la luna. Debajo mismo del esternón había un agujero negro, de casi tres pulgadas de longitud y media pulgada de anchura, y espantosamente profundo. Yo había visto cicatrices como aquella en el muslo de un hombre, pero nunca en la región del pecho.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Tienen que haberle partido a trozos y pegado de nuevo!

El cabo Cuckoo se echó a reír y sostuvo su encendedor de modo que yo pudiera ver su cuerpo, desde el estómago a las caderas. Debajo mismo del hígado había una antigua cicatriz en la cual cabían tres dedos. Cruzándola, otra cicatriz, mucho menos profunda, pero de una longitud superior a las doce pulgadas, se curvaba hacia la ingle izquierda. Otra asombrosa cicatriz surgía de debajo de la hebilla de su cinturón para terminar en un profundo agujero triangular en la región del diafragma. Y había otras cicatrices... pero el encendedor se apagó y el cabo Cuckoo abotonó su camisa.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—¡Dios mío! —exclamé—. No soy médico, pero no hace falta serlo para darse cuenta de que cualquiera de esas heridas bastaría para matar a cualquier hombre. ¿Cómo ha conseguido sobrevivir a todas ellas, Cuckoo?

—Eso no es nada... ¿Qué diría usted, pues, si viera mi espalda?

—¿Dónde diablos le causaron todas esas heridas? —inquirí—. Parecen muy antiguas. No pueden habérselas causado en esta guerra...

El cabo Cuckoo aflojó el nudo de su corbata, desabotonó su cuello y dijo:

—No. Mire: esto es lo único que he pescado esta vez. —Señaló con indiferencia su garganta. Conté cinco agujeros de bala en un racimo, espaciados como las yemas de los dedos de una mano medio abierta, en la base del cuello—. Una ametralladora ligera —explicó.

—¡Pero eso es imposible! —dije, mientras él volvía a apretar el nudo de su corbata—. Esa ráfaga debió seccionarle por lo menos un par de arterias y destrozar sus vértebras cervicales.

—Desde luego —dijo el cabo Cuckoo.

—¿Y qué edad ha dicho usted que tenía? —pregunté.

El cabo Cuckoo respondió:

—Alrededor de cuatrocientos treinta y ocho años.

—¿Treinta y ocho?

vista, ¿sabe? pero no estaba muerto. Desperté, y allí estaba el médico del ejército, empapado en sangre hasta los codos. En *nuestra* sangre, naturalmente. Ya sabe cómo son los médicos militares...

—¡Oh, sí! —dije—. Lo sé, lo sé. ¿Y dice usted que eso ocurrió en 1537?

—Tal vez fue en 1536, no lo recuerdo con exactitud. Como iba diciendo, desperté, y vi al médico, y estaba hablando con otro médico al cual no pude ver; y a mi alrededor había muchos hombres gritando desesperadamente... pidiendo a sus amigos que les degollaran de una vez para acabar con sus sufrimientos... reclamando a un sacerdote... Creí que me encontraba en el infierno. Mi cabeza estaba abierta, y noté una especie de corriente de aire a través de mis sesos, y un *bump-bump-bump* continuo. Pero, aunque no podía moverme ni hablar, podía ver y oír lo que pasaba. El médico me miró y dijo...

Él cabo Cuckoo se interrumpió.

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Bueno —respondió el cabo Cuckoo, en tono burlón—, ni siquiera sabe usted el significado de lo que lee en su libro —*Pipeur ou hasardeur de dez*, y todo eso—, a pesar de que puede verlo en letra impresa. Se lo traduciré de modo que lo entienda. El médico dijo algo así: «¡Venga a echar una mirada, sir! Los sesos de este individuo se le salían del cráneo. Si le hubiera aplicado el Theriac, a estas horas estaría enterrado y olvidado. Pero, al no tener el Theriac a mano, le apliqué mi Digestivo. Y vea lo que ha ocurrido. ¡Ha abierto los ojos! Observe, también, que los huesos se están soldando, y que se está formando una especie de piel sobre su cerebro. Mi tratamiento debe ser correcto, porque está sanando.» Entonces, el médico al cual no podía ver, dijo algo así: «No seas tonto, Ambroise. Estás desperdiciando tu tiempo y tu medicamento en un cadáver.» Bueno, el médico me miró, y tocó mis ojos con las yemas de sus dedos —así—, y yo parpadeé. Pero el otro dijo: «¿Vas a desperdiciar el tiempo y el medicamento en un muerto?»

”Después de parpadear, no pude abrir de nuevo los ojos. No podía ver. Pero podía oír, y cuando oí aquellas palabras, temí que me enterraran vivo. Y no podía moverme. Pero el primero de los médicos dijo: «Después de cinco días, la carne de este pobre soldado continúa teniendo buen aspecto, y, a pesar de que estoy agotado, no veo visiones y le juro que he visto cómo este hombre abría los ojos.» Luego llamó a alguien: «¡Jehan! ¡Tráeme el Digestivo!... Me propongo retener a este hombre hasta que vuelva a la vida o empiece a oler mal. Y voy a verter un poco más de mi Digestivo en su herida.»

”Entonces noté que algo penetraba en el interior de mi cráneo, produciéndome un dolor insoportable. Como si dejaran caer un chorro de agua helada sobre mi cerebro. Perdí el conocimiento. Cuando *volví* a despertar, me encontraba en otro lugar y vi al joven doctor. Comprobé que podía moverme y hablar, y pedí algo para beber. Cuando me oyó hablar, el médico abrió la boca como si se dispusiera a gritar, pero se dominó y me dio un poco de vino. Pero sus manos temblaban tanto que vertió más vino en mi

barba que en mi boca. En aquella época yo también llevaba barba, como usted, aunque un poco mayor, ya que me cubría toda la cara. Oí que alguien se acercaba corriendo desde el otro extremo de la habitación Vi un muchacho que tendría quince o dieciséis años, el cual abrió la boca y empezó a decir algo, pero el médico le agarró por el cuello y dijo... bueno, podemos traducirlo así: «Por lo que más quieras, Jehan, cierra la boca.»

”El muchacho dijo: «¡Maestro! ¡Le ha resucitado usted!»

”Entonces el médico dijo: «Silencio, por lo que más quieras. Ni una palabra de esto, o nos llevarán a la hoguera.»

”Luego me quedé dormido, y cuando desperté estaba en una pequeña habitación con todas las ventanas cerradas y un gran fuego ardiendo en el hogar, de modo que el calor resultaba insoportable. El médico estaba allí, y se llamaba Ambroise Paré. Tal vez haya usted leído algo sobre Ambroise Paré.

—¿Se refiere usted a Ambroise Paré que fue cirujano militar bajo Ana de Montmorency en el ejército de Francisco I?

El cabo Cuckoo asintió.

—Eso es lo que estaba diciendo, ¿no? Francisco Primero de Montmorency era nuestro Teniente-General, cuando nos liamos con Carlos V. La cosa empezó entre Francia e Italia, y así fue cómo me abrieron la cabeza en aquel desfiladero, cerca de Turín. Ya se lo he contado, ¿no?

—Cabo Cuckoo —dije—, me ha dicho usted que tiene cuatrocientos treinta y ocho años. Nació en 1507, y se marchó de Yvetot para alistarse en el Ejército porque su esposa le engañó con un comerciante llamado Nicolás. El nombre de usted era Lecoq, y los chiquillos le llamaban Lecocu. Luchó en la Batalla de Turín, y resultó herido en el desfiladero de Susa alrededor de 1537. Le abrieron la cabeza con una alabarda, y perdió parte de sus sesos. Un cirujano llamado Ambroise Paré vertió en la herida de su cabeza lo que usted llama un Digestivo. De modo que volvió usted a la vida... ¡hace más de cuatrocientos años! ¿No es eso?

—Exactamente —asintió el cabo Cuckoo—. Estaba seguro de que usted lo creería.

Yo estaba estupefacto ante lo absurdo de todo aquello, y sólo pude murmurar:

—Bueno, mi venerable amigo, después de cuatrocientos treinta y tantos años de vida, debe usted estar tan lleno de sabiduría, conocimientos y experiencia como la Biblioteca del Museo Británico.

—¿Por qué? —preguntó el cabo Cuckoo.

—¿Por qué? —repetí—. La explicación es sencilla. Un filósofo, digamos, o un científico, no empieza realmente a aprender hasta que su vida toca a su fin. ¿Qué no daría por quinientos años más de vida? Por quinientos años de vida vendería su alma, porque si dispusiera de tanto tiempo, dado que el conocimiento es poder, podría convertirse en el dueño del mundo entero.

El cabo Cuckoo dijo:

—Eso puede ser cierto para los filósofos y esa clase de gente. Sí, podrían continuar haciendo lo que absorbía su interés y aprender a convertir el hierro en oro, o algo por el estilo. Pero, ¿qué me dice de un jugador de fútbol, por ejemplo, o un boxeador? ¿Qué harían con quinientos años de más? Continuarían dándole patadas al balón o pegando puñetazos. ¿Qué haría *usted*?

—Sí, creo que tiene usted razón, cabo Cuckoo —dije—. Yo continuaría aporreando una máquina de escribir y gastando todo el dinero que ganara, de modo que dentro de quinientos años no sería más sabio ni más rico que en este momento.

—No, espere —dijo Cuckoo, apuntándome con un dedo tan rígido como una varilla de hierro—. Usted continuaría escribiendo libros y cosas. Usted cobra un tanto por ciento por todo lo que publica, de modo que dentro de quinientos años tendría más dinero del que podría gastar. Pero, ¿qué me dice de mí? Para lo único que sirvo es para estar en el ejército. No sé absolutamente nada de filosofía, ni de todas esas monsergas. Y me tienen completamente sin cuidado. No soy más sabio ahora que cuando tenía treinta años. Nunca me ha gustado leer, y nunca me gustará. Lo único que ambiciono es un establecimiento como el de Jack Dempsey en Broadway.

—Me había parecido oírle decir que deseaba cultivar rosas, y criar abejas y gallinas —dije.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo compagina usted las dos cosas? Quiero decir, ¿qué relación tiene un restaurante en Broadway con las rosas, las abejas, etcétera?

—Bueno, trataré de explicárselo, Mr. Kersh —dijo el cabo Cuckoo.

—Ya le he contado cómo el doctor Paré me curó la cabeza. Cuando pude andar un poco, me permitió que me quedara en su casa, y puedo asegurarle que me trató a cuerpo de rey, a pesar de que él mismo no vivía demasiado bien. Sí, me cuidó como a un hijo, mucho mejor de lo que me cuidó nunca mi verdadero padre. Al cabo de dos o tres semanas, yo estaba más fuerte que un toro. De modo que aquella vida de reclusión empezó a aburrirme y dije que quería marcharme. El doctor Paré trató de quitarme la idea de la cabeza. Yo le dije: «Doctor, yo soy un hombre activo, y tengo que ganarme la vida; y antes de que me abrieran la cabeza oí decir que había mucho dinero a ganar en uno u otro ejército en estos momentos.»

»Bueno, el doctor Paré me ofreció un par de monedas de oro para que me quedara otro mes en su casa. Acepté el dinero, pero me olí que en todo aquel asunto había algo raro, y decidí averiguarlo. Quiero decir que él era un cirujano del ejército, y yo un piojoso soldado de infantería. ¿Por qué tenía tanto interés en que me quedara? De modo que me hice el tonto, pero procuré mantener los ojos muy abiertos y entablé amistad con Jehan, el muchacho que ayudaba al doctor. El tal Jehan era un chiquillo delgado, de ojos muy grandes, con una pierna más corta que la otra, y me admiraba mucho cuando me veía romper una nuez entre dos dedos, o cargarme a la espalda una

enorme mesa, que al menos pesaba quinientas libras. Jehan me dijo que siempre había deseado ser un tipo fuerte, como yo. Pero tenía una constitución enfermiza, y estaba vivo porque el doctor Paré le había cuidado. Bueno, empecé a trabajar a Jehan, y descubrí cuál era el juego del doctor. Ya conoce usted a los médicos, ¿eh?

Dije:

—Desde luego. Continúe.

—Parece ser que en la época en que nosotros cruzamos el desfiladero de Susa, las heridas graves eran tratadas con un compuesto de aceite de saúco y un chorro de algo que era conocido como Theriac. El Theriac se elaboraba con miel y hierbas. Bueno, parece ser que en aquellos días de la Batalla de Turín el doctor Paré había agotado el aceite de saúco y el Theriac, y decidió utilizar un compuesto de su invención al cual había dado el nombre de Digestivo.

»Mi comandante, el capitán Le Rat, que había recibido un balazo en la cadera, fue el primero en ser tratado con el Digestivo. Su cadera mejoró mucho. Yo fui el tercero o el cuarto soldado que recibió una dosis de Digestivo del doctor Paré. El doctor recorría el campo de batalla, en busca de un cadáver para sus experimentos. Ya sabe usted cómo son los médicos. Jehan me dijo que necesitaba un cerebro. Bueno, allí estaba yo, con los sesos al aire. Resumiendo, vio que yo estaba respirando, y se preguntó cómo diablos podía respirar un hombre con la cabeza abierta. Bueno, vertió un poco de Digestivo en el agujero, me vendó la cabeza y esperó. Ya le he contado lo que pasó. Volví a la vida. Más aún, los huesos de mi cráneo se soldaron. El doctor Ambroise Paré creía haber descubierto algo. Y me tenía bajo observación, por así decirlo, y tomaba notas.

»Conozco a los médicos. Bueno, de todos modos, yo continué trabajando a Jehan. Le dije: “Sé un buen chico, Jehan, y dile a tu amigo qué diablos es ese Digestivo.”

»Jehan dijo: “El doctor no hace ningún secreto de ello. No es más que una mezcla de yemas de huevo y aceite de rosas”. (No me importa decírselo a usted, amigo, porque ya ha aparecido en letra impresa.)

Le dije al cabo Cuckoo:

—Ignoro cómo demonios ha podido enterarse de esos hechos tan curiosos, pero da la casualidad de que sé que son ciertos. Se encuentran descritos en varias historias de la medicina. El Digestivo del doctor Paré, con el cual trató a los heridos después de la batalla de Turín, era, como usted dice, una simple mezcla de aceite de rosas y yemas de huevo. Y también es un hecho conocido que el primer herido al que aplicó el tratamiento fue el capitán Le Rat, en 1537. Paré dijo en aquella época: «Yo cuidé sus heridas, y Dios le curó...»

—Sí —dijo el cabo Cuckoo—. Desde luego. Aceite de rosas y yemas de huevo. Exacto. ¿Conoce usted las proporciones?

—No —contesté.

—Sabía que no las conocía, amigo. Bueno, yo sí. ¿Comprende? Y le diré algo más. En mi caso, como un experimento, el doctor Paré añadió otro ingrediente al

aceite de rosas y las yemas de huevo. Y yo sé cuál es el ingrediente.

Dije:

—Bien, continúe.

—Me di cuenta de que el doctor Ambroise Paré pretendía utilizarme para algo, de modo que mantuve los ojos muy abiertos, y continué trabajando a Jehan, hasta que descubrí lo que el doctor anotaba en su cuaderno. En aquella época, uno podía obtener sesenta o setenta mil dólares por un trozo de hueso de lo que era conocido como «cuerno de unicornio». ¿Comprende? Quiero decir que si yo conseguía una fórmula capaz de resucitar a un hombre, capaz de soldar sus huesos y dejarlo como nuevo en un par de semanas, aunque se le salieran los sesos del cráneo, podía hacerme rico en muy poco tiempo, ya que entonces todo el mundo estaba en guerra.

Dije:

—No lo dudo.

—¿Qué derecho tenía el doctor a utilizarme como conejillo de Indias? —dijo el cabo Cuckoo—. ¿Dónde estaría él de no haber sido por mí? ¿Y dónde cree usted que hubiera estado yo al final de todo aquello? Dando tumbos por ahí, sin más recompensa que un par o tres de monedas de oro, mientras el doctor obtenía la gloria y los millones. Yo deseaba abrir un establecimiento en París: muchachas y todo eso, ¿comprende? ¿Podía hacerlo con dos o tres monedas de oro? No, ¿verdad? De acuerdo. Una noche, cuando el doctor Paré y Jehan estaban fuera, me apoderé del cuaderno, salté por una ventana y me perdí de vista.

»Cuando me creí a salvo, entré en una taberna, bebí un poco de vino y entablé conversación con una muchacha. Pero parece ser que había alguien más interesado en aquella muchacha, y se produjo una lucha. El otro tipo me dio un navajazo en la cara. Yo también tenía una navaja. Ya sabe usted lo que son estas cosas: de repente noté que mi navaja se hundía en algo blando, y vi que la había clavado entre las costillas del hombre. Era uno de esos tipos flacos, que no pesaba más de ciento veinte libras, y tenía la cara picada de viruelas. (Ella era una chica alta y rubia.) Me di cuenta de que le había matado, de modo que escapé, dejando la navaja donde estaba: clavada entre sus costillas. Me oculté, temiendo lo peor. Pero no dieron conmigo. La mayor parte de aquella noche la pasé tumbado debajo de un puente. Me sentía muy enfermo. Aquel individuo me había herido profundamente con su navaja, y el corte se extendía desde mi pómulo derecho hasta la nuca. Me había seccionado, además, la parte superior de la oreja. El dolor que experimentaba era insoportable, pero no me atrevía moverme, porque sabía que me identificarían fácilmente por aquel navajazo y por la media oreja que había perdido. Y, si me pescaban, nadie me libraría de la horca, ¿comprende? Antes de que amaneciera me quedé dormido. Y, al despertar, la herida no me dolía, ni siquiera la oreja... y puedo asegurarle que cuando a uno le cortan media oreja no deja de notarlo. Me levanté y fui a lavarme la cara en una charca, y cuando el agua se quedó quieta pude verme el rostro, y comprobé que mis heridas, incluso la de la oreja, estaban cicatrizadas como si me las hubieran inferido hacía

media docena de años. ¡Y todo en unas horas! De modo que continué mi camino. Dos días más tarde, el perro de un granjero me mordió en la pierna, arrancando un trozo de carne. Bueno, una mordedura como aquella debía tardar varias semanas en curar. Pero no la mía. Al día siguiente estaba completamente cicatrizada. La mezcla que Paré había vertido en mi cabeza había hecho que yo pudiera sanar inmediatamente de cualquier herida, en cualquier parte, como por arte de magia. Yo sabía que el cuaderno que le había quitado a Paré era algo importante. Pero no hasta ese extremo...

—¿Tiene usted todavía el cuaderno, cabo Cuckoo?

—¿Qué cree usted? Claro que lo tengo, envuelto en un trozo de tela y atado alrededor de la cintura. Cuatro páginas de pergamino, dobladas por la mitad y cosidas a lo largo del pliegue. La parte exterior estaba en blanco, como una cubierta. Pero todas las páginas interiores estaban escritas. Lo malo era que no podía leerlas. Nunca he sabido leer, ¿comprende? Bueno, tenía aún parte de las dos monedas de oro que me había entregado el doctor Paré, y me dirigí a París.

Pregunté:

—¿Dijo algo el doctor Ambroise Paré?

El cabo Cuckoo me miró con asombro.

—¿Qué diablos podía decir? —inquirió—. ¿Decir qué? ¿Decir que había resucitado a un muerto con su Digestivo? Aquello hubiera terminado con él. ¿Dónde estaba la prueba? Y puede usted apostar la vida a que Jehan hubiera mantenido la boca cerrada; no quería que el doctor supiera que se había ido de la lengua. ¿Comprende? No, nadie dijo una sola palabra. Llegué a París sin novedad.

—¿Qué hizo usted allí? —pregunté.

—Mi intención era encontrar a alguien de confianza para que me leyera aquellos papeles, ¿comprende? Si quiere saber cómo me ganaba la vida, hacía todo lo que podía: eso no importa ahora. Una noche, en un establecimiento de bebidas me encontré con un estudiante, medio borracho. Nos hicimos amigos. Le enseñé los papeles del doctor y le pregunté qué significaban. Le hicieron pensar un poco, pero al fin los descifró. El doctor había escrito cómo mezcló su Digestivo, y esto llenaba una página. Otras dos páginas estaban llenas de cifras, y en la última página hablaba de mí y de mi curación.

Dije:

—¿Con un compuesto de yemas de huevo y aceite de rosas?

El cabo Cuckoo asintió y dijo:

—Sí. Con esas dos cosas y algo más.

Dije:

—Le apuesto lo que quiera a que sé cuál es el tercer ingrediente de ese Digestivo.

—¿Qué apuesta usted? —preguntó el cabo Cuckoo.

Dije:

—Le apuesto una colmena.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vamos, cabo, la cosa cae por su propio peso. Dijo usted que quería cultivar rosas y criar gallinas y abejas. Ha citado el aceite de rosas y las yemas de huevo como componentes de la fórmula del doctor Paré. ¿Para qué querría criar abejas un hombre como usted? Evidentemente, el tercer ingrediente es la miel.

—Sí —dijo el cabo Cuckoo—. Tiene usted razón, amigo. El doctor añadió algo de miel. —Sacó una navaja de uno de sus bolsillos, la abrió, me miró fijamente, volvió a cerrarla y se la guardó, diciendo—: Usted no conoce las proporciones. No sabe cómo mezclar la pócima. No sabe lo caliente que tiene que estar, o cuánto tiempo debe dejarla en reposo...

—De modo que posee usted el Secreto de la Vida —dije—. Tiene más de cuatrocientos años, y las heridas no pueden matarle. Sólo se requiere cierta mezcla de aceite de rosas, yemas de huevo y miel. ¿No es cierto?

—Es cierto —dijo el cabo Cuckoo.

—Bueno, ¿no ha pensado en comprar los ingredientes y mezclarlos usted mismo?

—Desde luego que sí. El doctor decía en sus notas que el Digestivo que nos había aplicado al capitán Le Rat y a mí lo había guardado en una botella y en un lugar oscuro durante dos años. De modo que llené una botella con la mezcla y la guardé a cubierto de la luz por espacio de dos años, dondequiera que fui. Luego, unos amigos y yo nos vimos envueltos en un jaleo, y uno de mis compañeros, un tipo llamado Pierre Solitude, recibió un tiro de pistola en el pecho. Le apliqué la mezcla, pero murió. Al mismo tiempo, yo había recibido un sablazo en un costado. Créalo o no, aquella herida cicatrizó en nueve horas, por sí misma.

»Me marché de Francia, y viví a salto de mata por espacio de un año hasta que me encontré en Salzburgo. Habían pasado cuatro años desde que me hirieron en el desfiladero de Susa. Bueno, en Salzburgo me enteré de que se encontraba en la ciudad el mejor médico del mundo. Recuerdo su nombre perfectamente, aunque la cosa no es de extrañar, porque, ¿quién no lo recuerda? Se llamaba Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim. Había dado mucho que hablar en Basilea unos años antes. Era más conocido como Paracelsus. En aquella época apenas trabajaba. Se pasaba la mayor parte del tiempo en una bodega llamada Las Tres Palomas, bebiendo como un condenado. Allí le conocí una noche —debió ser en 1541—, y cuando creí que nadie podría oírnos le conté la historia.

Dije:

—Paracelsus fue un gran hombre. Fue uno de los médicos más famosos del mundo.

El cabo Cuckoo se echó a reír.

—No era más que un viejo borrachín —dijo, en tono despectivo—. Aquella noche iba bastante cargado. Cuando le hablé del asunto, confidencialmente, empezó a soltar palabrotas —y le aseguro que su repertorio era bastante extenso— y terminó por arrojarme a la cabeza una jarra cuyo contenido acababa de vaciar. La sangre brotó

de mi frente. Me disponía a darle su merecido, pero súbitamente pareció calmarse y me dijo: «¡Experimento, experimento! ¡Una demostración! Si vuelve usted mañana y me enseña esa herida completamente cicatrizada, charlatán, le escucharé.» Luego estalló en una carcajada inacabable, y yo pensé que no tardaría en hacerle tragar aquella risa. De modo que salí a dar un paseo, y al cabo de una hora la herida de mi frente había cicatrizado, y regresé a la bodega. Y allí estaba el Doctor von Hohenheim, o Paracelsus, como usted prefiera, caído en el suelo con una daga clavada en el pecho. Por lo visto, había discutido con otro cliente de tendencias tan agresivas como las suyas. Nunca he tenido suerte, y nunca la tendré...

—¿Y luego? —pregunté.

—Permanecí en Salzburgo cosa de un año, hasta que me expulsaron de la ciudad por vagabundo. Me dirigí a Suiza, y me alisté como mercenario —allí les llamaban *condottieri*— a las órdenes de un coronel suizo, para luchar en Italia. Se suponía que allí había un buen botín. Pero alguien me robó lo poco que había conseguido reunir, y tampoco percibí la paga que me habían prometido. De modo que regresé a Francia. Allí conocía a un capitán de la marina mercante que transportaba coñac a Inglaterra y que necesitaba un hombre para completar su tripulación. Un barco pirata inglés nos detuvo en el Canal. El capitán se apoderó del cargamento y ordenó el degüello de Bordelais y el lanzamiento por la borda de toda la tripulación... excepto yo. Al capitán pirata, Hawker, le gustó mi aspecto. Me uní a la tripulación, pero nunca he tenido vocación de marino. El barco había sido bautizado con el nombre de *Harry*, en homenaje al rey de Inglaterra, Enrique VIII, cuyas bodegas abastecíamos. Estábamos especializados en coñac francés: parábamos los barcos en medio del Canal, nos apoderábamos del cargamento y arrojábamos al capitán y a la tripulación por la borda. «Los muertos no hablan», decía siempre el viejo Hawker. Bueno, abandoné el barco en un puerto cercano a Romsey, con algo de dinero en el bolsillo. Nunca me ha gustado el mar, ¿comprende? Además, sabía que las heridas no podían matarme. Pero, ¿qué sucedería si me arrojaban por la borda? Seguro que me ahogaría, porque ni siquiera sabía nadar.

»De modo que abandoné el barco y me dirigí a Londres. Allí conocí a una viuda que tenía una trapería cerca del Puente de Londres. Se encariñó conmigo, y ¡qué diablos!, me casé con ella, después de enterarme del volumen de sus ahorros. Vivimos juntos trece años. Al principio se mostró muy dominante, pero no tardé en educarla. Se llamaba Rose, y murió el mismo año en que fue coronada la reina Elizabeth. En 1558, si mal no recuerdo. Yo le infundía miedo —a Rose, no a la reina Elizabeth—, porque siempre andaba metido en experimentos con miel, huevos y aceite de rosas. Además, ella iba envejeciendo, y yo conservaba el mismo aspecto que tenía el día de nuestra boda, y eso no le gustaba. Llegó a pensar que yo era un brujo. Decía que yo tenía la piedra filosofal y conocía el secreto de la eterna juventud. Y no andaba muy equivocada. Quería que yo la hiciera partícipe de aquellas ventajas. Pero, como ya le he dicho, yo continuaba trabajando con las notas del doctor Paré,

mezclando miel, aceite de rosas y yemas de huevo, como había hecho él, en las proporciones correctas y a la temperatura adecuada, y conservaba la mezcla embotellada en un lugar oscuro durante el tiempo necesario... pero sin conseguir ningún resultado positivo.

Le pregunté al cabo Cuckoo:

—¿Cómo sabía usted que su mezcla no obraba sus efectos?

—Bueno, la probé en Rose. No me dejó en paz hasta que lo hice. De cuando en cuando discutíamos, como todos los matrimonios, y terminada la gresca le aplicaba el Digestivo. Pero sus heridas tardaban en cicatrizar lo mismo que las de cualquier persona normal. Lo más interesante era que yo, no sólo no podía morir a consecuencia de una herida, sino que *no podía envejecer, ni enfermar. ¡No podía morir!* De modo que, calcúlelo usted mismo: si una pócima que curaba cualquier clase de herida valía una fortuna, ¿qué no valdría si además conservara la juventud y la salud para siempre? ¿Eh?

El cabo Cuckoo hizo una pausa.

Dije:

—Una meditación interesante... Podía usted haberle aplicado la pócima, por ejemplo, a Shakespeare. Su obra hubiera mejorado a medida que pasaba el tiempo. ¿A qué cimas habría llegado? Claro que si Shakespeare hubiera tomado un elixir de vida y juventud eternas cuando era muy joven, se habría quedado tal cual, joven y sin desarrollar. Tal vez continuaría abriendo portezuelas de carruajes delante de los teatros...

»Pero, si hubiera tomado la pócima cuando escribió, digamos, *La Tempestad*, su genio podía haber alcanzado alturas inaccesibles. Sin embargo después de vivir más de cien años, su aburrimiento no hubiera tenido fin, y estoy convencido de que habría anhelado morir. ¡Esa pócima suya puede ser muy peligrosa, cabo Cuckoo!

—¿Shakespeare? —dijo Cuckoo—. ¿Shakespeare? William Shakespeare. Le conocí. Conocí a un compañero suyo cuando estaba luchando en los Países Bajos, y él nos presentó cuando regresamos a Londres. William Shakespeare: un hombre de rostro abotargado, calvo... Gesticulaba mucho al hablar. Simpatizó conmigo. Sostuvimos muchas conversaciones.

—¿Qué decía? —pregunté.

El cabo Cuckoo respondió:

—¡Oh! ¿Cómo diablos puedo recordar lo que hablamos hace tiempo? Me hacía preguntas, como usted. Hablábamos, sencillamente.

—¿Y qué impresión le causó? —pregunté.

El cabo Cuckoo meditó unos instantes y luego dijo, lentamente:

—La clase de hombre que cuenta el cambio y deja cinco centavos de propina... Un día de éstos voy a leer sus libros, pero nunca he tenido mucho tiempo para leer.

—Tengo la impresión de que su único interés por el Digestivo Paré ha sido un interés financiero —dije—. ¿Me equivoco?

—Claro que no —dijo el cabo Cuckoo—. Yo he tomado la pócima. Yo no la necesito, personalmente.

—Cabo Cuckoo, ¿no se le ha ocurrido pensar que anda usted detrás de un imposible?

—¿Cómo es eso?

—Verá —dije—. Su Digestivo Paré está compuesto de yema de huevo, aceite de rosa y miel. ¿No es cierto?

—Sí. ¿Y qué? ¿Qué hay de imposible en eso?

Dije:

—Usted sabe que la dieta de una gallina altera el sabor de un huevo, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Lo que come una gallina cambia no sólo el sabor, sino también el color de un huevo. Cualquier granjero puede confirmárselo.

—¿Y qué?

—Bueno, lo que come una gallina pasa al huevo, del mismo modo que lo que come una vaca pasa a la leche... ¿Se ha parado usted a pensar cuántas especies distintas de gallinas han existido en el mundo desde la Batalla de Turín, en 1537, y la variedad de los alimentos que han ingerido en el curso de los años? ¿Ha pensado usted que la yema de huevo es solamente uno de los tres ingredientes mezclados en el Digestivo Paré? ¿Es posible que no se le haya ocurrido que ese ingrediente implica permutaciones y combinaciones de varios millones de otros ingredientes?

El cabo Cuckoo permaneció silencioso.

Continué:

—Hablemos de las rosas. Si no hay dos huevos exactamente iguales, ¿qué me dice de las rosas? Según usted, procede de una región en la cual abundan las viñas. Por lo tanto, debe saber que el simple espesor de una pared puede separar dos clases completamente distintas de vino: que un viñedo noble puede encontrarse a menos de dos pies de distancia de unas cepas que no sirven para nada. Lo mismo puede decirse del tabaco. ¿Se ha parado usted a pensar en sus rosas? Las rosas son polinizadas por las abejas, que van de flor en flor, haciéndolas fértiles. Su aceite de rosas, por lo tanto, engloba una infinidad de posibles ingredientes. ¿No es cierto?

El cabo Cuckoo continuó silencioso.

Continué, con una especie de malicioso entusiasmo:

—Hablemos de la miel. Sí, mi querido amigo, hablemos de la miel. Hay más clases de miel en el mundo de las que puedan haber sido clasificadas. Cada colmena produce una miel ligeramente distinta. Debe usted saber que las abejas que viven en los brezos producen una clase de miel, mientras que las que viven en un huerto de manzanos producen algo completamente distinto. Todo es miel, desde luego, pero su aroma y su calidad varían mucho.

—¿Y qué? —repitió el cabo Cuckoo, en tono lúgubre.

—Bien. Todo esto es relativamente simple, cabo, comparado con lo que sigue. No

sé cuántas colmenas hay en el mundo. Supongamos que en cada colmena hay — seamos moderados— mil abejas. (Hay más, desde luego, pero estoy tratando de simplificar.) Cada una de esas abejas deja en la colmena una gota de miel ligeramente distinta. Cada una de esas abejas, en sus viajes, puede tomar miel de cincuenta flores distintas. La miel acumulada por todas las abejas en la colmena se mezcla. ¡Cualquier célula individual de cualquier colmena contiene un gran número de elementos ligeramente distintos! Y no hablemos del factor tiempo. La miel de seis meses es muy distinta de la miel sacada de la misma colmena un año después. De un día a otro, la miel cambia. Ahora, tomando todas las combinaciones posibles de huevos, rosas y miel, ¿dónde está usted? Responda a eso, cabo Cuckoo.

El cabo Cuckoo luchó con la idea unos segundos, y luego dijo:

—No lo sé. Usted cree que estoy chiflado, ¿no es cierto?

—Yo no he dicho eso —contesté.

—No, no lo ha *dicho*. Escuche, déjese de discursos. Le estoy haciendo un favor.

Mire...

Sacó y abrió su navaja, y examinó su mano izquierda, buscando una zona de piel sin cicatrices.

—¡No! —grité, y agarré la mano que empuñaba la navaja.

El efecto fue el mismo que si hubiese tratado de echar hacia atrás el vástago de émbolo de una gran locomotora. Mi capacidad de arrastre no era nada para el cabo Cuckoo.

—Mire —repitió, tranquilamente, y cortó a través de la carne entre el pulgar y el índice de su mano izquierda, hasta que la hoja del acero topó con el hueso, y el pulgar se dobló hacia atrás hasta tocar el antebrazo—. ¿Ve esto?

Lo vi a través de una bruma. Súbitamente, el buque había empezado a dar vueltas.

—¿Estará usted loco? —dije, cuando recobré el uso de la palabra.

—No —dijo el cabo Cuckoo—. Voy a demostrarle que no lo estoy.

Acercó su mutilada mano a mi rostro.

—Aparte eso —dije.

—Desde luego —dijo el cabo Cuckoo—. Mire esto. —Devolvió a su sitio el pulgar casi cercenado, y lo sostuvo allí con su mano derecha—. No pasa nada —añadió—, no tiene por qué poner esa cara de difunto. Voy a hacerle una demostración, ¿comprende? No se vaya... siéntese. No estoy bromeando. Puedo proporcionarle a usted una gran historia, una historia real. Puedo enseñarle el cuaderno de notas del doctor Paré y todo lo demás. ¿Vio usted lo que le enseñé al levantarme la camisa? ¿Vio lo que tengo aquí, en el costado izquierdo?

Dije:

—Sí.

—Bueno, aquí es donde me dio una bala de cañón de nueve libras cuando me encontraba en el *Mary Ambrée*, luchando contra la Escuadra Española. Aplastó mi pecho y mis costillas quedaron destrozadas... y al cabo de quince días estaba como

nuevo. Y todas mis heridas sanaron del mismo modo, mientras a mi alrededor los hombres morían como moscas. ¡Puedo demostrárselo, se lo aseguro! Es una historia que vale dinero, ¿no? Mi propuesta es esta: yo se la cuento, usted la escribe y nos partimos las ganancias. ¿Qué le parece? Así podré comprar una granja...

Sólo se me ocurrió preguntar:

—¿Por qué no ha ahorrado una parte de su paga durante todos estos años?

El cabo Cuckoo replicó, en tono burlón:

—¡Por qué no he ahorrado una parte de mi paga! ¡Porque soy el que soy, idiota! Hubo una época en que, si hubiera dejado de jugar a los naipes, podría haber comprado la isla de Manhattan por menos de lo que perdí jugando con un holandés llamado Brucker... ¡Ahorrar parte de mi paga! Cuando no era una cosa era otra. Dejé de beber. De acuerdo. Pero me aficioné a las mujeres. Dejé las mujeres. Y me aficioné a las cartas o a los dados. Siempre me proponía ahorrar parte de mi paga, pero nunca lo llevé a cabo. La pócima del doctor Paré me dejó clavado tal como era, y soy, y siempre seré. ¿Comprende? Un ignorante soldado de infantería. Me costó casi cien años aprender a escribir mi nombre, y cuatrocientos años ascender a cabo. ¿Qué le parece? Repito: la mitad de las ganancias que produzca la historia. Y si cree que bromeo échele una mirada a esto. ¿Vio lo que hice?

—Lo vi, cabo.

—Mire —dijo, poniendo su mano izquierda delante de mi nariz.

Estaba cubierta de sangre. El puño de su camisa aparecía húmedo y rojo. Fascinado, vi una gota colgando de la tela, cerca del ojal, antes de caer sobre mi rodilla. Conservo aún la huella de la mancha en la tela de mi pantalón.

—¿Ve? —dijo el cabo Cuckoo, y lamió el espacio entre sus dedos donde había cortado su navaja. Apareció una zona clara—. ¿Dónde me he cortado? —preguntó.

Sacudí la cabeza: allí no había ninguna herida: sólo una cicatriz blanca. El cabo Cuckoo limpió la navaja en la palma de su mano —dejó una mancha roja— y la cerró. Luego secó su mano en la pernera de su pantalón y dijo:

—¿Estoy bromeando?

—Bueno —murmuré, completamente aturdido—. Bueno...

—Bueno —gruñó a su vez el cabo Cuckoo—. ¿Cree usted que es un truco? Vamos a ver... ¿tiene usted un cuchillo?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Un cuchillo grande?

—De tamaño mediano.

—De acuerdo. Húndalo en mi garganta y vea lo que pasa. Apuñáleme donde quiera. Le apuesto mil dólares a que estaré perfectamente dentro de dos o tres horas. Vamos. De hombre a hombre, es una apuesta. O pida prestada un hacha, si lo prefiere; hiérame en la cabeza con ella.

—Que me aspen si lo hago —dije, estremeciéndome.

—¿Se da cuenta? —dijo el cabo Cuckoo, desesperado—. Me persigue la negra.

Cada vez ocurre lo mismo. Docenas de individuos se hacen ricos vendiendo jabones y dentífricos, y yo, con algo en el bolsillo que garantiza la juventud y la salud eternas... ¡Maldita sea! No debí aceptar ese condenado whisky. Pero lleva usted una barba como la que yo llevaba antes de que me destrozaran la barbilla en Zutphen, cuando luchaba a las órdenes de Sir Philip Sidney... De no ser por eso no hubiera hablado con usted. ¡Oh! De buena gana le mataría... ¡Váyase al diablo!

El cabo Cuckoo se puso en pie y se alejó tan rápidamente, que antes de que consiguiera incorporarme había desaparecido.

—¡Cuckoo! ¡Cuckoo! —grité—. ¡Oh! ¡Cuckoo! ¡Cuckoo!

Pero no volví a ver al cabo Cuckoo, y me pregunto dónde puede estar. Es posible que me diera un nombre falso. Pero lo que oí lo oí, y lo que vi lo vi, y tengo quinientos dólares aquí, en un sobre, para el hombre que me ponga en contacto con él.

Miel, aceite de rosas y yemas de huevo. Tres ingredientes que implican, como ya dije, permutaciones y combinaciones infinitas. Lo mismo que cualquier mezcla equivalente.

Sin embargo, creo que vale la pena investigar. ¿Por qué no?

Fleming obtuvo la penicilina del moho. Sólo Dios conoce los gloriosos misterios del polvo, del cual proceden los arbustos y las abejas, y la vida en todas sus formas, desde el moho hasta el hombre.

Perdí de vista al cabo Cuckoo antes de que atracáramos en Nueva York, el 11 de julio de 1945. En alguna parte de los Estados Unidos, creo, hay un hombre que tiene una fuerza terrible en los brazos y que está cubierto de espantosas cicatrices. Ese hombre posee el secreto —un secreto muy peligroso— de la juventud y la vida eternas. Aparenta unos treinta y tantos años de edad y sus ojos, desvaídos, oscilan entre el verde y el gris.

NO MOLESTEN A GUS

ALGIS BUDRYS

Dos años antes, Gus Kusevic había estado conduciendo lentamente por la angosta carretera que conduce a Boonesboro.

Era una región a propósito para conducir lentamente, de un modo especial en aquella época del año, a finales de la primavera. No había nadie más en la carretera. Los bosques se habían cubierto de un verdor que más tarde agostarían los calores del verano, y las tardes eran todavía frescas. Y, poco antes de llegar a la vista de Boonesboro, Gus vio la casita cerrada y maltratada por el tiempo, edificada sobre un terreno de un cuarto de acre, que estaba en venta.

Gus había detenido su camioneta y se había asomado a la ventanilla, contemplando la casita.

Necesitaba un buen pintado; el entablado de los lados había pasado del blanco al gris, y el conjunto tenía un aire de cosa marchita. En el tejado faltaban algunas bardas, dejando unos cuadros oscuros sobre las tablas de madera de cedro quemadas por el sol, e inevitablemente, algunos de los cristales de las ventanas estaban rotos. Pero los marcos continuaban intactos, y el tejado no se había abombado. La chimenea seguía irguiéndose muy recta.

Gus contempló los hierbajos que crecían en el pequeño jardín de la parte delantera. Su rostro se distendió en una sonrisa. En sus manos notó una especie de comezón: como si tardara en llegarles el momento de empuñar una azada.

Se apeó de la camioneta, cruzó la carretera y se acercó a la puerta de la casita, para anotar el nombre del agente de la propiedad que figuraba en la tarjeta pegada al marco.

Habían transcurrido casi dos años. Era uno de los primeros días del mes de abril, y Gus estaba recortando su césped.

Quería terminar su tarea antes de que empezara la segunda parte del encuentro Gigantes-Kodiaks. Tenía un interés especial en presenciarlo porque Halsey era el lanzador de los Kodiaks, y Gus quería verle en acción.

Trabajaba sin desperdiciar ninguno de los movimientos y sin un excesivo derroche de energías. Una o dos veces interrumpió su tarea para tomarse una cerveza a la sombra del rosal que había plantado alrededor de la puerta principal. De todos modos, el sol calentaba mucho; a primera hora de la tarde, Gus se quitó la camisa.

Poco antes de terminar, un destartado automóvil se paró delante de la casa. De

él se apeó un hombre que llevaba un usado traje de sarga azul y que miró a Gus con aire indeciso.

Gus había dirigido una breve mirada al automóvil cuando éste se detuvo. Había leído el borroso «Oficina del Secretario del Condado de Falmouth» pintado en la portezuela, se había encogido de hombros y había reanudado su tarea.

Gus era un hombre corpulento. Tenía unos hombros muy anchos, y un pecho cubierto de una pelambreira gris. Su estómago había aumentado un poco de volumen con el paso de los años, pero los músculos estaban todavía allí, bajo la capa de grasa. Sus brazos eran más recios que muchos muslos, y sus antebrazos era enormes.

Su rostro estaba cruzado por una red de pliegues y grietas. Sus mejillas estaban marcadas por dos profundos surcos que discurrían desde los lados de su encorvada nariz hasta la roma punta de su barbilla. Sus ojos, de color azul desvaído, pestañeaban encima de unos altos pómulos cubiertos de arrugas. Sus cabellos, cortados casi al rape, eran blancos como el algodón.

El recién llegado examinó el buzón para ver el nombre que figuraba en él, cortejándolo con un sobre que llevaba en la mano. Luego volvió a mirar a Gus, extrañamente nervioso.

De pronto, Gus se dio cuenta de que probablemente no ofrecía un aspecto tranquilizador. El polvo, mezclado con el sudor, se había pegado a rostro, pecho, brazos y espalda. Gus sabía que su aspecto no resultaba demasiado atractivo ni siquiera cuando iba limpio y bien vestido. En aquel momento, no podía reprocharle al hombre su desconcierto.

Trató de sonreír cordialmente.

El hombre se pasó la lengua por los labios, carraspeó y señaló el buzón con un gesto.

—¿Es usted Mr. Kusevic? —inquirió.

Gus asintió.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por usted?

El hombre le tendió el sobre.

—Le traigo un aviso del Ayuntamiento del Condado —murmuró, pero era evidente que estaba mucho más interesado en equiparar a Gus con el rosal, los bien cuidados macizos de flores, los setos, el enlosado camino que conducía a la puerta principal, la pequeña balsa con sus peces de colores debajo del sauce, la casita pintada de blanco con sus persianas nuevas y los visillos visibles a través de los brillantes cristales de las ventanas.

Gus esperó hasta que el hombre hubo terminado con sus obvios pensamientos, pero en su interior suspiró en silencio. Había pasado por este momento de asombro con tantas personas que se había acostumbrado a él, pero no es lo mismo acostumbrarse que olvidar.

—Bueno, pase —dijo, tras una breve pausa—. Aquí hace mucho calor, y en la nevera tengo un poco de cerveza.

El hombre vaciló de nuevo.

—Sólo he de entregarle este aviso del Ayuntamiento —dijo, sin dejar de mirar a su alrededor—. Ha arreglado esto muy bien —añadió.

Gus sonrió.

—Es mi hogar. A un hombre le gusta vivir en un lugar agradable. ¿Tiene usted prisa?

El hombre parecía preocupado por algo de lo que Gus había dicho. Luego alzó la mirada, dándose cuenta de que le habían formulado una pregunta directa.

—¿Eh?

—No tiene usted prisa, ¿verdad? Pase; tomará una cerveza. Nadie está obligado a apresurarse en una tarde de primavera.

El hombre hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—No... supongo que no. ¡De acuerdo! Acepto su invitación.

Gus le precedió, sonriendo de placer. Nadie había visto el interior de la casa desde que la había arreglado; aquel hombre era el primer visitante desde que Gus vivía allí. Boonesboro era un pueblo tan pequeño, que su única tienda no tenía servicio de entregas a domicilio. Y Gus no recibía ninguna carta.

Hizo pasar al hombre al pequeño salón.

—Siéntese. Vuelvo en seguida.

Se dirigió rápidamente a la cocina, sacó un par de cervezas de la nevera, colocó sobre una bandeja un par de vasos, un tazón de patatas a la inglesa y las cervezas, y regresó al salón.

El hombre estaba de pie, examinando las estanterías de libros que cubrían dos de las paredes de la habitación.

Por la expresión de su mirada, Gus se dio cuenta con sincero pesar de que el hombre no era un tipo capaz de preguntarse si un destripaterrones como Kusevic había leído alguno de aquellos libros. Para él, los libros significaban una pérdida de tiempo, especialmente para un individuo como Gus. Otra cosa sería si se tratara de un sujeto interesado en la política.

Gus comprendió que había sido un error esperar algo de aquel hombre. Se había dejado llevar por su hambre de compañía. Siempre había tenido hambre de compañía y ya era hora de que aceptara, de una vez por todas, que nunca encontraría ninguna.

Depositó la bandeja sobre la mesa, descapsuló una cerveza rápidamente y se la tendió al hombre.

—Gracias —murmuró el visitante. Bebió un sorbo, suspiró en voz alta y se secó la boca con el dorso de la mano. Miró de nuevo a su alrededor—. Le habrá costado un pico arreglar todo esto...

Gus se encogió de hombros.

—La mayoría de las cosas las he hecho yo mismo. Las estanterías, los muebles y todo eso. He tenido que comprar algunos de los cuadros, los libros y los discos.

El hombre gruñó. No parecía encontrarse a gusto, probablemente a causa del

aviso que había venido a traer, cualquiera que fuese. Gus se preguntó de qué podía tratarse, pero, ahora que había cometido el error de invitar al hombre a una cerveza, tenía que esperar cortésmente a que terminara de beber para interrogarle.

Se inclinó sobre el televisor.

—¿Es usted aficionado a la pelota base? —inquirió.

—¡Desde luego!

—Van a retransmitir el encuentro Gigantes-Kodiaks.

Gus puso en marcha el televisor y se sentó sobre un almohadón para no ensuciar una de las butacas. El visitante se acercó al aparato y se quedó de pie mirando a la pantalla, mientras bebía lentamente su cerveza.

Había empezado el segundo juego y cuando el aparato se calentó apareció en la pantalla la familiar figura de Halsey. El delgado joven, que era zurdo, estaba lanzando la pelota sin ningún esfuerzo aparente, pero la bola pasó por delante del bateador con un zumbido que el micrófono recogió claramente.

Gus señaló a Halsey con un gesto de la cabeza.

—Es todo un lanzador, ¿verdad?

El hombre se encogió de hombros.

—No es malo. Pero su mejor elemento es Walker.

Gus suspiró mientras se daba cuenta de que había vuelto a olvidarse de sí mismo. El hombre no prestaría mucha atención a Halsey, naturalmente.

Pero empezaba a sentirse enojado por la actitud de su visitante, con sus ideas preconcebidas de lo que era adecuado y de lo que no lo era, de quién tenía derecho a cultivar rosas y quién no.

—A propósito —dijo súbitamente Gus—, ¿podría decirme cuál fue la marca de Halsey, el año pasado?

El otro se encogió de hombros.

—Me parece que no. Lo único que recuerdo es que no fue del todo mala. 13-7, o algo así.

Gus asintió.

—Bien. ¿Y la de Walker?

—¿Walker? Bueno, Walker ganó unos veinticinco juegos, ni más ni menos. Y no le devolvieron tres bolas.

Gus sacudió la cabeza.

—Walker es un buen lanzador, de acuerdo. Pero le devolvieron todas las bolas. Y sólo ganó dieciocho juegos. Recuerdo perfectamente su actuación.

El hombre frunció el ceño. Abrió la boca para replicar, pero cambió de idea. Su expresión recordó la de un apostante seguro de ganar que acaba de darse cuenta de que la memoria le ha jugado una mala pasada.

—Bueno... —murmuró finalmente—. Creo que tiene usted razón. ¿Cómo diablos se me ha ocurrido pensar que Walker era el tipo? Y, ¿sabe usted una cosa? He estado hablando de él todo el invierno, y nadie me dijo ni una sola vez que estaba

equivocado. —El hombre se rascó la cabeza—. Sin embargo, *alguien* lanzó esas bolas. ¿Quién diablos fue?

Gus contempló en silencio cómo Halsey efectuaba su tercer lanzamiento, y su rostro se distendió en una lenta sonrisa. Halsey era todavía joven; estaba dando sus primeros pasos. Se entregaba al juego con toda la energía y entusiasmo que experimenta un hombre cuando se da cuenta de que es tan bueno como lo haya sido cualquiera antes que él en su profesión.

Gus se preguntó cuánto tiempo tardaría Halsey en descubrir la trampa que se había tendido a sí mismo.

Porque la pelota base no era una competición. No lo era para Halsey. Lo había sido para Christy Mathewson. Lo había sido para Lefty Grove y Dizzy Dean, para Bob Feller y Slats Gould. Para Halsey no era más que una forma complicada de solitario que siempre salía bien.

Halsey no tardaría en comprobar que en un solitario uno no puede aplicarse una desventaja. Si se sabe dónde están todas las cartas, si se sabe que uno va a ganar, a menos que se haga trampa a sí mismo, ¿qué placer hay en el juego? El día menos pensado, Halsey se daría cuenta de que no había un solo juego en la tierra en el que él no pudiera ganar, lo mismo si se trataba de una competición física, organizada y formalmente reconocida como un deporte, que si se trataba de la máquina electrónica con un billón de botones llamada Sociedad.

Y entonces, ¿qué, Halsey? ¿Qué? Y si lo descubres, por favor, en nombre de la hermandad que compartimos, házmelo saber.

El hombre gruñó.

—Bueno, no importa. Puedo consultar las revistas que tengo en casa.

Sí, puedes hacerlo, comentó Gus en silencio. Pero no te darás cuenta de lo que dicen, y, si te das cuenta, lo olvidarás y nunca sabrás que lo has olvidado.

El hombre terminó su cerveza, dejó la botella sobre la bandeja y quedó libre para recordar a qué había venido aquí. Miró de nuevo a su alrededor, como si tratara de encontrar una pista.

—Muchos libros —comentó.

Gus asintió, mientras contemplaba cómo Halsey completaba otra carrera.

—Hum... ¿Los ha leído todos?

Gus sacudió la cabeza.

—¿Qué opina de ese de Miller? He oído decir que es muy bueno.

Bien. El hombre tenía un interés limitado por determinados aspectos de determinada clase de literatura.

—Supongo que lo es —respondió Gus sinceramente—. En cierta ocasión leí las tres primeras páginas.

Y, después de leerlas, había sabido lo que venía a continuación y cuál sería el desenlace, y había perdido todo su interés. La biblioteca había sido un error, uno más de una docena de experimentos similares. Si deseaba familiarizarse con la literatura

humana, le hubiera bastado con hojear los libros en cualquier librería, en vez de comprarlos y hacer lo mismo en casa. Hiciera lo que hiciera, no podía esperar que su personalidad se proyectara en el objeto de la contemplación, para extraer una emoción.

Aunque, a fin de cuentas, unas hileras de libros, por muy inútiles que fueran, resultaban preferibles a una pared desnuda. Para Gus, la cultura moderna no tenía un significado mayor que la cultura de los Incas. Por mucho que lo intentara, él no podría ser nunca un Inca. Ni siquiera un Maya o un Azteca, ni nada que se le pareciera.

Pero él no tenía ninguna cultura propia. Este era el problema; el doloroso vacío; la falta de raíces, la ausencia absoluta de un lugar en el cual quedarse y decir: «Esto es mío.»

El hombre le entregó el sobre.

—Tome —dijo bruscamente, habiendo decidido por fin que debía hacerlo, a pesar de su evidente nerviosismo ante la probable reacción de Gus.

Gus abrió el sobre y leyó la nota. Luego, tal como había hecho su visitante, miró a su alrededor. Una expresión de pesar asomó a sus ojos.

—Yo... quiero que sepa que lo lamento mucho —murmuró el hombre—. Todos lo lamentamos.

Gus asintió apresuradamente.

—Desde luego, desde luego.

Se acercó a la ventana y miró a través del cristal. Sonrió amargamente, contemplando el recortado césped, los macizos de flores. Había trabajado mucho, cavando el suelo, sembrando, regando... para nada. El solar y la casita estaban condenados, de un modo definitivo.

—Van a... van a convertir la carretera en una autopista —explicó el hombre.

Gus asintió con aire ausente.

El hombre se acercó más y bajó la voz.

—Mire... me encargaron que le dijera una cosa que no podían comunicarle por escrito.

Se acercó todavía más, y echó una recelosa ojeada a su alrededor antes de hablar. Apoyó su mano en el desnudo antebrazo de Gus.

—Cualquier precio que pida usted estará bien —murmuró—, con tal de que no sea demasiado exagerado. El Condado no pagará la factura. Ni siquiera el Estado, ¿comprende?

Gus comprendió. Las autopistas son construidas a cargo de los gobiernos nacionales.

Comprendió algo más. Los gobiernos nacionales no actúan de ese modo a menos de que exista un buen motivo.

—¿Una autopista entre Hollister y Farnham? —preguntó.

El hombre palideció.

—No estoy seguro —murmuró.

Gus sonrió. Sabía que el hombre se estaba preguntando cómo había podido enterarse. De todos modos, la cosa no podía ser un secreto, y el objetivo de aquella autopista era evidente. Además, el hombre saldría pronto de dudas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó bruscamente Gus.

—Yo... Harry Danvers.

—Bueno, Harry, suponga que le digo a usted que yo podría evitar que se construyera la autopista... Suponga que le digo que ningún *bulldozer* podría acercarse a este lugar, que ninguna pala mecánica podría excavar este suelo, que los cartuchos de dinamita no podrían estallar... Suponga que le digo que si construyen la autopista se convertirá en algo tan blando como un helado, si se me antoja, y discurrirá como un río...

—¿En?

—Présteme su pluma.

Danvers la sacó maquinalmente del bolsillo superior de su chaqueta y se la entregó. Gus la colocó entre las palmas de sus manos y la enrolló en forma de bola. Luego hizo botar varias veces aquella bola sobre la recia alfombra. A continuación la estiró entre sus dedos, devolviéndole su forma cilíndrica. Se la entregó de nuevo a Danvers.

El hombre la contempló, asombrado.

—Bueno —inquirió Gus—, ¿no siente usted curiosidad por saber cómo lo hice, y quién soy?

Harry Danvers sacudió la cabeza.

—Un buen truco. Supongo que ustedes, los magos, deben pasar mucho tiempo practicando, ¿verdad? Creo que yo no sería capaz de dedicar tanto tiempo a una afición.

Gus asintió.

—Ese es un punto de vista muy saludable y muy práctico —dijo.

Miró por encima del hombro de Danvers hacia el césped, y sonrió tristemente.

Sólo Dios puede hacer un árbol, pensó, contemplando los arbustos y los macizos de flores. ¿Debemos limitar nuestro esfuerzo, por tanto, a los trabajos de jardinería? ¿Debemos convertirnos en los jardineros de los humanos ricos en sus lujosas mansiones, conduciendo nuestros antiguos y oxidados vehículos, engrasando nuestras cortadoras de césped, arrodillándonos ante las leyes humanas, acercándonos a la puerta de la cocina a pedir un vaso de agua en un cálido día de verano?

La autopista. Sí, él podía evitar que se construyera la autopista. O hacer que discurriera rodeando su casita. Podía obligar a su mente a trabajar de un modo exhaustivo, y nadie *vería* la casita, el césped, el rosal, ni al anciano bebiendo su cerveza. Mejor dicho, viendo todo aquello, nadie le prestaría la menor atención.

Pero la primera vez que fuera al pueblo, o cuando muriera, acabaría todo, y, ¿qué pasaría entonces? La curiosidad, la investigación, tal vez un fragmento de teoría aquí

o allá para ser encajado con otro fragmento en alguna otra parte. ¿Qué vendría después? ¿Un pogrom?

Sacudió la cabeza. Los humanos no podían ganar, y perderían monstruosamente. Por eso no podía dejarles una pista a los humanos. No le gustaba degollar ovejas, y dudaba de que a sus compañeros les gustara.

Sus compañeros. Gus hizo una mueca. El único del que podía estar seguro era Halsey. Tenía que haber otros, pero no había modo de descubrirlos. No provocaban ninguna reacción de los humanos. No dejaban ningún rastro que pudiera seguirse, únicamente si se mostraban por su propia iniciativa, como Halsey, podían ser vistos. Desgraciadamente, no existía ninguna línea telepática privada entre ellos.

Gus se preguntó si Halsey esperaba que alguien le reconociera y entrara en contacto con él. Se preguntó si Halsey sospechaba siquiera que había otros como él. Se preguntó si alguien había reconocido a él, cuando el nombre de Gus Kusevic había aparecido ocasionalmente en *los periódicos*.

Es el amanecer de mi raza, pensó. La primera generación. Y me pregunto dónde estarán las mujeres.

Se volvió hacia Danvers.

—Quiero por esta casa lo que pagué por ella —dijo—. Ni un centavo más.

Los ojos de Danvers se fruncieron ligeramente. Luego suspiró y se encogió de hombros.

—Eso es cuenta suya —dijo—. Pero, si estuviera en su caso, yo le apretaría las clavijas al gobierno.

Sí, pensó Gus. No dudo de que lo harías. Pero yo no quiero hacerlo porque a un chiquillo no se le pide un caramelo, sencillamente.

De modo que el superman empaquetaría sus cosas y se apartaría del camino de los humanos. Gus reprimió una carcajada que pugnaba por asomar a sus labios. La evolución, por fortuna, no se había dado cuenta aún de que existía una sociedad humana que producía un ser con determinadas modificaciones. A fin de proteger a esta nueva especie, cuyos miembros estaban tan terriblemente dispersos, aquella sociedad les proporcionaba un disfraz perfecto.

Resultado: cuando el joven Augustin Kusevic ingresó en la escuela, se descubrió que no tenía ningún certificado de nacimiento. Una realidad brutal era que sus padres humanos olvidaban a veces su existencia durante días enteros.

Resultado: cuando el joven Gussie Kusevic trató de ingresar en la escuela superior, se descubrió que nunca había cursado estudios primarios. No importaba que pudiera citar nombres de profesores, libros de texto, o número de aulas. Las angustiosas entrevistas eran olvidadas. Nadie dudaba de su existencia: la gente recordaba el hecho de su existir, y el hecho de su haber actuado y haber sido objeto de actos ajenos. Pero sólo como si lo hubieran leído en algún libro infinitamente tedioso.

Gus no tenía amigos, ni pasado, ni presente, ni amor. No tenía ningún lugar donde

quedarse. De haber existido esos seres llamados fantasmas, Gus hubiera encontrado en ellos sus camaradas.

En la época de su adolescencia, había descubierto una absoluta desvinculación con la raza humana. Estudió el fenómeno, porque era la característica más relevante de su medio. Pero no le dijo nada que tuviera un valor personal; sus motivaciones, su moral, no encontraban en él reacciones correspondientes. Y las suyas, desde luego, no hacían ninguna impresión en aquella raza.

La vida del campesino de la antigua Babilonia interesa únicamente a unos cuantos antropólogos, ninguno de los cuales desearía ser un campesino babilónico.

Habiendo resuelto la ecuación social humana desde su desapasionado punto de vista, y sin preocuparse más que el naturalista que descubre que los ciervos son muy aficionados a las hojas tiernas de los álamos, se entregó a un relajamiento físico. Descubrió la emoción de provocar una pelea y de ganarla; de hacer que alguien le prestara atención, mediante un simple expediente: aplastar su raíz.

Podía haberse convertido en un obrero fijo en los muelles de Manhattan, si otro portuario no le hubiera acuchillado con una navaja. Se vio obligado a matar al hombre.

Aquello había sido el final de un combate personal sin normas que lo regularan. Gus descubrió, no con horror sino con disgusto, que podía asesinar a un hombre sin que le pasara nada. No se llevó a cabo ninguna investigación, nadie trató de darle caza.

De modo que aquello había sido un final, pero le había conducido a la única evasión posible de la trampa para la cual había nacido. Descartada por carecer de significado la competición intelectual, el deporte organizado aparecía como la única réplica. Regulando sus esfuerzos y haciendo que quedaran anotados en la lista de *records*, proporcionaban la primera continuidad oficial que su vida había conocido. La gente olvidaba aún sus hazañas, pero cuando consultaban la lista de *records* su nombre figuraba allí. Un expediente puede perderse. Los archivos de una escuela pueden desaparecer. Pero resulta casi imposible que las hazañas de un atleta dejen de pasar a la posteridad.

A Gus le parecía —y pensaba mucho en ello— que esa cadena de progresión era inevitable para cualquier macho de su especie. Cuando, tres años antes, descubrió a Halsey, su hipótesis quedó fortalecida. Pero, ¿qué consuelo podía encontrar en Halsey, otro macho como él? Gus no tenía intención de establecer contacto con Halsey.

Harry Danvers carraspeó.

Gus volvió rápidamente la cabeza y le miró, desconcertado: se había olvidado de él.

—Bueno —dijo Danvers—. Creo que voy a marcharme. Recuerde que sólo tiene

dos meses de plazo.

Gus asintió.

El hombre había entregado su mensaje. ¿Por qué no reconocía Gus que servía a su propósito, y se marchaba?

Gus sonrió tristemente. ¿A qué propósito servía el *homo nondescriptus*, y a dónde iba a ir? Halsey estaba descendiendo ya a lo largo del bien trazado camino. Y los de su especie sólo podían reconocerse unos a otros a través de un complicado proceso de eliminación; tenían que observar a las personas en las cuales no se fijaba nadie.

Gus abrió la puerta a su visitante, vio la carretera y sus pensamientos volvieron a concentrarse en la autopista.

La autopista se extendería desde Hollister, que era un empalme ferroviario, hasta la base de las fuerzas aéreas de Parnham, donde sus cálculos en sociomatemáticas habían predicho hacía mucho tiempo que sería construida y lanzada la primera nave espacial.

Gus suspiró. Allí, en el espacio, en alguna parte más allá del sistema solar, había otra raza. La huella de sus visitas a la Tierra era evidente. Los humanos se enfrentarían con ellos, y de nuevo podía predecir el resultado; los humanos ganarían.

Gus Kusevic no podría ir a investigar los retos que sin duda se escondían entre las estrellas. ¿Qué credenciales podía presentar para que le admitieran en las fuerzas aéreas? ¿Quién se acordaría de ellas al día siguiente si tuviera alguna? ¿Quién se acordaría de reservar un catre para él, o de cargar suministros para él, o de añadir su consumo al total cuando llegara el momento de utilizar el oxígeno?

¿Embarcar como polizón? Nada más fácil. Pero, ¿quién moriría para que él pudiera vivir dentro del reducido espacio de la nave? ¿A qué oveja degollaría, y con qué objetivo útil en último término?

—Bueno, hasta la vista —dijo Harry Danvers.

—Adiós —dijo Gus.

Danvers avanzó por el enlosado camino y se dirigió hacia su automóvil.

Creo, se dijo Gus a sí mismo, que hubiera sido mucho mejor para nosotros que la evolución fuera un poco menos protectora y un poco más previsora. Un *pogrom* ocasional no nos hubiera causado ningún daño. Un *ghetto* resuelve al menos el problema del noviazgo.

Nuestra semilla había sido esparcida por el suelo.

Súbitamente, Gus echó a correr, impulsado por algo que no se detuvo a analizar. Miró a través de la ventanilla del automóvil, a punto de emprender la marcha, y Harry Danvers le devolvió una mirada aprensiva.

—Danvers, usted es aficionado a los deportes —dijo Gus apresuradamente, dándose cuenta de que su tono era demasiado apremiante, de que estaba sobresaltando a Danvers con su vehemencia.

—Es cierto —respondió Danvers, removiéndose nerviosamente en su asiento.

—¿Quién es el campeón del mundo de los pesos pesados? —preguntó Gus.

—Mike Frazier. ¿Por qué?

—¿A quién derrotó para obtener el título? ¿Quién era el anterior campeón?

Harry Danvers frunció los labios.

—¡Hum! Han pasado muchos años... No lo sé. No lo recuerdo. Pero puedo consultarlo, si le interesa.

Gus suspiró.

—No importa —dijo.

Dio media vuelta y regresó a la casa, mientras Harry Danvers se alejaba en su automóvil.

El televisor continuaba encendido. Gus comprobó la marcha del partido. Halsey había conseguido una carrera, y el lanzador de los Gigantes otra. Los Gigantes bateaban, y era el último lanzamiento de la novena entrada. La cámara se concentró en el rostro de Halsey.

Halsey miró al bateador con un desinterés absoluto, echó el brazo izquierdo hacia atrás y lanzó la bola.

EL PATRIOTA INGENIOSO

AMBROSE BIERCE

Habiendo obtenido una audiencia del Rey, un Patriota Ingenioso sacó un papel de su bolsillo, diciendo:

—Majestad, tengo aquí una fórmula para construir unas planchas de metal que ningún cañón puede atravesar. Si esas planchas son adaptadas a los buques de la Marina Real, nuestra flota de guerra será invulnerable, y, por lo tanto, invencible. Van incluidos, también, los informes de los ministros de Vuestra Majestad, atestiguando lo valioso del invento. Cifro mis derechos de inventor en un millón de tumtums.

Después de examinar los documentos, el Rey los dejó a un lado y prometió al Patriota Ingenioso que le haría extender un pagaré de un millón de tumtums por el Ministro del Departamento de Extorsión.

—Y aquí —dijo el Patriota Ingenioso, sacando otro papel de otro bolsillo— tengo los planos de un cañón que he inventado y que puede atravesar aquellas planchas. El hermano de Vuestra Majestad, el Emperador de Bang, tiene muchos deseos de comprarlo, pero mi lealtad al trono y a la persona de Vuestra Majestad me impulsa a ofrecérselo primero a Vuestra Majestad. El precio es un millón de tumtums.

Habiendo recibido la promesa de otro pagaré, el Patriota Ingenioso introdujo su mano en otro de sus bolsillos, mientras observaba:

—El precio de ese irresistible cañón hubiera sido mucho mayor, Vuestra Majestad, de no mediar el hecho de que sus proyectiles pueden ser neutralizados eficazmente por medio de mi sistema de tratar las planchas de metal con un nuevo...

El Rey hizo una seña al Gran Factótum para que se acercara.

—Registra a este hombre —dijo—, y dime cuántos bolsillos tiene.

—Cuarenta y tres, Vuestra Majestad —dijo el Gran Factótum, cuando hubo terminado el registro.

—¡Oh, Majestad! —gritó el Patriota Ingenioso, aterrorizado—. Uno de ellos contiene tabaco.

—Cógelo por las piernas, ponle boca abajo y sacúdelo —dijo el Rey—. Luego dale un pagaré de cuarenta y dos millones de tumtums y haz que le corten la cabeza. Y prepara un decreto estableciendo que, en adelante, el ingenio será castigado con la pena de muerte.

EL IGUALADOR

NORMAN SPINRAD

La estación experimental israelí era pequeña y no llamaba la atención. Había sido planeada de aquel modo. Cinco edificios de hormigón de una sola planta, dispuestos como los lados de un pentágono, rodeados por una verja sin electrificar. Ciertamente, había unos cuantos soldados montando guardia, pero en aquel punto del Negev lo raro hubiese sido que no hubiera soldados, aunque los edificios hubieran correspondido a una estación agrícola, como oficialmente se decía.

Unos cuantos soldados, unos cuantos científicos, una serie de laboratorios: el equivalente israelí del Proyecto Manhattan.

Las manos del doctor Sigmund Larus estaban temblando. Pero sus ojos no se molestaron en registrar el temblor; estaban clavados en la caja de metal que reposaba sobre la mesa del laboratorio. Su tamaño era aproximadamente el de un pequeño bolso de viaje, y pesaba considerablemente menos de un centenar de libras.

Y esto, pensó el Doctor Larus, es sólo el prototipo: rústico, provisional, cinco veces mayor de lo que sería el modelo miniaturizado. ¿Qué tamaño tenía la primera bomba atómica? Pesaba millares de libras. Ahora las había tan pequeñas que un hombre podía transportarlas.

Larus se mordió el labio inferior. ¿Qué he estado haciendo?, pensó.

¿Cómo había llegado a *esto*? Empezó inocentemente, con el descubrimiento de objetos enigmáticos, casi-estelares, mucho más allá de los límites de la galaxia. Pero aquellos misteriosos objetos desprendían increíbles cantidades de energía, superiores a las obtenidas mediante cualquier reacción conocida, incluyendo las reacciones materia-antimateria.

El problema resultó fascinante. ¿Qué eran aquellos objetos casi-estelares, y cómo desprendían tanta energía?

Había sido el trabajo más excitante de su carrera. Todos sus cálculos apuntaban a una sola respuesta posible: solamente una reacción podía producir semejantes cantidades de energía: *la aniquilación total de la materia*.

La inevitable pregunta siguiente era *cómo*. ¿Qué podía conducir a la aniquilación total de la materia, a la conversión total de la materia en energía?

¡Y qué pregunta! Larus parpadeó al recordar los interminables meses de cálculos que le habían conducido a su primera respuesta experimental. Aquel primer documento se había limitado a describir los factores que debían coincidir en un campo teórico para que la energía encerrada en él se convirtiera inmediata y totalmente en energía. Larus no había soñado nunca que un campo semejante pudiera

ser producido electrónicamente...

Pero *otras* personas habían opinado de un modo distinto.

¡*Tres comunicaciones!*, pensó Larus. Tres ininteligibles y especulativas comunicaciones en una revista de astrofísica. En aquella época, a Larus le hubiera sorprendido muchísimo enterarse que en el mundo entero había media docena de físicos capaces de entender su teoría.

Larus contempló la caja de metal. Los militares, pensó con cierta amargura, poseían el don de captar lo fundamental en cualquier terreno científico. Al menos, lo que *ellos* consideran fundamental.

Una breve frase de una de sus comunicaciones había lanzado sobre él a los militares israelíes, como una horda de parientes hambrientos: «En consecuencia, esas ecuaciones tienden a señalar la posibilidad teórica de generar enormes cantidades de energía a muy bajo costo, puesto que el rendimiento vendría dado por la destrucción de la propia materia, en tanto que la potencia necesaria para generar un campo semejante sería comparativamente insignificante...»

Una frase tan vaga, pensó Larus. Pero en algunas mentes había significado cuatro palabras sencillas y explícitas.

Una Gran Bomba Barata.

¡Oh! Habían sido muy listos y muy astutos.

«Doctor Larus, ¿no le gustaría que un gobierno financiara sus interesantes trabajos acerca de esos... objetos casi-estelares? ¿No cree que si pudiera producir el campo que provoca la aniquilación de la materia estaría usted en condiciones de comprender la física de esos objetos? Bueno, es un placer para nosotros notificarle que su gobierno se sentirá orgulloso de contribuir al progreso de la... ejem... astrofísica. De hecho, le construiremos un pequeño laboratorio en medio del desierto de Negev, donde reina una tranquilidad absoluta... ahora que las patrullas de la O.N.U. se encargan de los terroristas árabes».

De modo que el doctor Larus había entrevisto la posibilidad de trabajar con abundancia de medios y sin preocupaciones en un problema fascinante. Y el resultado, después de tres años de labor, era... *esto*.

Larus siguió contemplando la caja de metal. Deja de engañarte a ti mismo, pensó. Sabes qué nombre le darán, lo sabes desde hace mucho tiempo. Sólo hay un nombre para esa pequeña monstruosidad. Adelante, dilo en voz alta.

—La Bomba de Conversión—murmuró lentamente—. La Bomba de Conversión.

Dentro de aquella pequeña caja había una fuerza explosiva equivalente a una bomba de hidrógeno.

$E = mc^2$, pensó, la ecuación de Einstein. ¡Pobre Einstein! Un hombre bondadoso que sólo deseaba la paz. Y ahora yo he hecho que esa ecuación sea cierta, absolutamente cierta.

La teoría es muy complicada, pensó, pero el mecanismo es muy sencillo. Una vez conocido el sistema operativo, resultaba barato y fácil. Una libra de... *cualquier cosa*

en la cámara del campo. Se pulsa el interruptor, y el campo empieza a actuar. Lo que hay en la cámara se transforma en energía... y centenares de millas cuadradas quedan destruidas.

Tan sencillo... Larus no se hacía ilusiones: el secreto no tardaría en divulgarse. Tal vez nadie, excepto él mismo, comprendía realmente la teoría del asunto. Pero un simple montador de aparatos de televisión podía construir una bomba si disponía de los planos.

Y, ¿cuánto tiempo se había mantenido el secreto de la bomba atómica?

—Doctor Larus —resonó la poderosa voz del coronel Aariah Sharet, mientras penetraba en la estancia—. ¿Ha terminado usted?

Sin esperar una respuesta, se acercó a Larus. Era un hombre alto y robusto, de treinta y siete años, vestido con una camisa y un pantalón corto de color caqui. Sus cabellos eran negros y lisos, y su áspera piel estaba muy bronceada. Llevaba un .45 al cinto.

—He terminado —murmuró Larus.

Al lado del robusto Sharet, su frágil y viejo cuerpo parecía aún más pequeño que de costumbre.

—Es tan pequeño... —dijo Sharet.

—Puede ser más pequeño —suspiró Larus—. Mucho más pequeño.

—Estamos salvados —dijo Sharet—. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho, Doctor Larus? Ha salvado usted a Israel. Sabemos que los egipcios tienen proyectiles dirigidos, y podemos estar seguros que dentro de unos años tendrán una bomba atómica. Cuarenta millones de árabes armados con proyectiles dirigidos nucleares, contra dos millones de judíos... ¿Qué posibilidades tendríamos? Seríamos asesinados, arrojados al mar. Tarde o temprano, acabarían con nosotros. Pero, ahora...

—Ahora, ¿podremos arrojarles *a ellos* al mar? —inquirió Larus—. Ahora, ¿podremos asesinarles *a ellos*?

—No comprende usted las derivaciones de la Bomba de Conversión... ¿Cuánto costaría fabricar esa bomba? ¿Y producirla en masa?

—¿Cuánto? Dos, tres mil libras a lo sumo. Una vez se conoce, todo es muy sencillo y barato.

—¿Se da cuenta? Podemos fabricar *centenares* de bombas. Y, pueden ser tan pequeñas, que podríamos enviarlas por correo. A partir de este momento, Israel es una potencia mundial.

—¡Una potencia mundial! —repitió Larus, con una risita burlona—. Dos millones de personas, un país tan pequeño que un reactor apenas puede dar un giro de 180 grados sin salirse de él... ¡Una potencia mundial! Mi querido coronel, hay setecientos millones de chinos en el mundo, más de doscientos millones de rusos, otros tantos

norteamericanos, y unos cuarenta millones de árabes. Esto es potencia.

El coronel Sharet sonrió.

—Como dirían los norteamericanos, la Bomba de Conversión es «El Gran Igualador». ¿Qué significan la población, los recursos, el terreno? Por unos cuantos millones de libras, podemos tener una capacidad destructiva equivalente a la de Norteamérica o Rusia, e infinitamente superior a la de los árabes. La base del poder es ahora la *tecnología*. Un progreso científico como la Bomba de Conversión elimina cualquier disparidad en población o territorio. Israel es ahora una potencia mundial. No se trata de un sueño, sino de un hecho evidente.

—¡Oh! Perdone, coronel —suspiró Larus—, pero habla usted como un coronel. De modo que el pequeño Israel ha descubierto una Bomba de Conversión. De modo que ahora somos una potencia mundial. ¿Debo recitarle una lista de países que serán capaces de hacer lo que nosotros hemos hecho? Suecia, Bélgica, Italia, Brasil, Nigeria, Japón, Indonesia, Turquía... etcétera, etcétera, hasta llegar a Costa Rica, Liberia, Laos, Luxemburgo, y quién sabe si algún día Mónaco, San Marino, Nepal, Bhutan y Sikkim. La potencia mundial es ahora un artículo muy barato. Sólo cuesta unos millones de libras.

Sharet se apaciguó. Era cierto. «Potencia mundial» no tardaría en ser una expresión carente de significado. *Potencia*... significaría únicamente la capacidad de cada nación para destruir a cada una de las otras.

—Tiene usted razón —dijo—, pero incluso así, nos hemos salvado a nosotros mismos. Al menos, ahora seremos iguales que los árabes. Nosotros no tenemos ningún deseo de conquistar, sólo de *vivir*. Yo soy un *sabra*, he pasado toda mi vida bajo los fusiles de los árabes. Ahora sabremos al menos que siempre seremos tan fuertes como ellos. No nos sentiremos ya como hormigas, en perpetuo peligro de ser aplastadas por elefantes.

—Yo no soy un *sabra* —dijo Larus—. He aprendido en diversas escuelas. Me gradué en Heidelberg. Y me doctoré en Belsen. Todos los hombres no son como usted y como yo, coronel. Los hay que prefieren matar a vivir. ¿Qué hubiera hecho Hitler en ese nuevo mundo de usted, cuando todos los países dispongan del poder necesario para aniquilar a cada uno de los otros países? Lo sabe usted tan bien como yo. Hubiera destruido el mundo. ¿Cuántos países hay en el mundo? Más de cien. ¿Va usted a decirme que uno de esos cien países no producirá otro dictador en potencia? Usted y yo podríamos citar ahora mismo varios países que no vacilarían en utilizar la Bomba de Conversión para destruir el mundo, por el simple placer de matar.

—Entonces, ¿qué debo hacer, según usted?

—¡Olvidar que ha visto esta bomba! —exclamó Larus—. Destruir este lugar. Permitirme quemar mis notas y destruir el prototipo. Permitir que el hombre olvide esta monstruosidad, si tenemos suerte, hasta que esté preparado para ello, hasta que no existan ya naciones, sino únicamente Humanidad.

Sharet frunció el ceño. Había esperado esto.

—¿Y qué será de nosotros? Los árabes no tardarán en estar preparados para destruirnos. *Quieren* destruirnos.

—¿Qué representan las vidas de dos millones de personas, comparadas con el mundo entero? —dijo Larus.

—¿Acaso no tenemos derecho a vivir? ¿Somos todos santos? ¿Cree usted que nos dejaremos matar, disponiendo de un arma que puede salvarnos?

Larus suspiró.

—¿No podrían ser pronunciadas con tanta justicia las mismas palabras por los hindúes, los pakistaníes, los negros de África del Sur, los tibetanos?

—¡Nosotros tenemos derecho a vivir! —estalló Sharet—. Quizás los tibetanos y los angoleños y los camboyanos tengan tanto derecho a la vida como nosotros. ¿Cree usted que *ellos* olvidarían un arma que podría salvarles, pensando en el bien de la Humanidad? *¿Lo harían nuestros enemigos?*

Larus se sintió viejo y cansado y derrotado. Se preguntó si Einstein se habría sentido así después de Hiroshima.

—Concédame un favor —dijo—. No comunique nada a Tel Aviv hasta haberlo consultado con la almohada. ¿Querrá hacerle este favor a un pobre viejo?

El coronel Sharet no era un hombre despiadado. Ni un hombre completamente libre de dudas.

—Muy bien —dijo—. No puedo negarle lo que me pide.

—Ni puede negárselo a sí mismo —dijo Larus.

—Es posible... —murmuró Sharet—. Es posible...

El Doctor Larus no pudo dormir, pero el hecho no le sorprendió: no había esperado poder hacerlo.

Levantó la mirada hacia el negro cielo del desierto; los millares de estrellas parecían muy remotas y muy frías. El paisaje era áspero, seco y rocoso.

Un terreno duro, despiadado, impersonal, el del Negev, pensó. Agostado y ardiente durante el día, frío, desabrigado y peligroso por la noche.

Se alegraba de encontrarse dentro de la verja protectora. Con la O.N.U. o sin la O.N.U., los terroristas árabes continuaban merodeando por el Negev en las horas nocturnas. Calor durante el día, asesinatos clandestinos por la noche...

Ahora comprendía mejor a Sharet. Aariah Sharet había nacido y crecido en esta tierra dura y hostil. Era una tierra que producía guerreros. Para sobrevivir, había que luchar. Toda una vida con un fusil siempre al alcance de la mano...

No era de extrañar que Sharet deseara la bomba. Tarde o temprano, el enemigo se haría demasiado fuerte. Eran muy numerosos, y en cuanto poseyeran bombas atómicas...

Pero, aquellas estrellas... Larus sabía que las mismas estrellas brillaban sobre el Himalaya, sobre las regiones arroceras desgarradas por la guerra del Sudeste de Asia,

sobre las ensangrentadas calles de Budapest... Un centenar de pueblos que sufrían, un centenar de causas justas. ¿Tenía cualquiera de ellos menos derecho que Israel a utilizar la Bomba de Conversión?

Con una terrible lucidez, el Doctor Larus intuyó lo que iba a suceder. Este año, una Bomba de Conversión israelí. El mundo la produciría, tarde o temprano. Y los hindúes, los cubanos, los pakistaníes, los angoleños, todos los pueblos que se creían víctimas de una injusticia, que tenían un enemigo contra el cual defenderse, una nación dividida que reunificar, fabricarían la Bomba de Conversión...

Y estarían tan en su derecho como los israelíes. Ni más ni menos.

Un mundo justiciero, cada pueblo deseando únicamente sobrevivir, deseando únicamente lo que era suyo. Un barril de pólvora esperando la chispa que inevitablemente se produciría. ¿Qué nación ofendida sería la ejecutora del hombre? ¿Los israelíes? ¿Los kurdos? ¿Los ucranianos? ¿Importaba, acaso?

Sigmund Larus alzó la mirada hacia las estrellas del desierto. El hombre era tan pequeño y tan mezquino, y los cielos eran tan grandes... Pero el hombre, pequeño como era, podía volar el planeta y convertirlo en un páramo sin vida. Larus levantó los ojos al cielo e hizo algo que no había hecho en los últimos veinte años. Rezó.

Tampoco Aariah Sharet pudo dormir. Conocía a fondo dos especialidades — historia y ciencia militar—, y ambas exigían decisión. Pero Sharet no podía librarse de la duda. Sentía el enorme peso de la responsabilidad.

Mientras paseaba alrededor de la estación experimental, pensó en Larus. Por mucho que se esforzara la imaginación, Larus no podía ser considerado como un traidor. Un judío que había vivido a través de los horrores de la Europa de Hitler era *de facto* un patriota israelí. Y, sin embargo, prefería ver destruida su patria a asumir la responsabilidad de fabricar Bombas de Conversión.

Cuestión de antecedentes, pensó Sharet. Un hombre nace con un fusil en su cuna, y si es amenazado, mata. Otro hombre aprende a vivir bajo la bota de un tirano todopoderoso, y cuando su vida está amenazada, se somete.

A uno se le llama guerrero, y al otro cobarde... *o santo*.

Pero, ¿dónde empieza la cobardía y termina la santidad? Un hombre debe luchar por su vida cuando es atacado, pensó Sharet. De esto estaba seguro.

Extendió la mirada sobre el desolado Negev. ¿Cuántos ejércitos lo habían atravesado, en uno u otro sentido? Filisteos, fenicios, babilonios, turcos, persas, egipcios... La lista era interminable.

Y ahora Larus abría ante sus ojos el absurdo horror final: dejarse destruir, con los brazos cruzados, mientras el arma que podía salvarles permanecía sin utilizar.

Por el bien de la Humanidad. ¿Qué clase de Humanidad podía pedir eso?

Sharet alzó la mirada hacia las estrellas, como desafiándolas. Sabía que había tomado una decisión. Mientras las naciones existieran, un pueblo tenía derecho a defender su vida, a luchar por su supervivencia. Dio media vuelta y echó a andar hacia su habitación. Sabía que ahora podría dormir.

Al dar la vuelta a la esquina de un edificio, vio la figura del Doctor Larus contemplando el desierto. Bueno, pensó Sharet, dejemos que piense...

Algo acababa de moverse a lo largo de la pared del edificio, a espaldas de Larus. Volvió a moverse, y Sharet pudo ver una figura agazapada a la sombra del edificio.

Sharet desenfundó lentamente su pistola. De pronto, el árabe saltó hacia adelante, en dirección a Larus. Sharet pudo ver la hoja de un cuchillo brillando a la luz de la luna.

Larus dio media vuelta y profirió un grito de pánico.

El árabe se encontraba a menos de cinco pies de distancia de Larus cuando Sharet disparó contra él. Cayó a los pies del científico.

Larus temblaba de pies a cabeza ¡Tan cerca!, pensó. Había visto la muerte antes, en los campos de concentración, y había estado muy cerca de ella, pero no esta clase de muerte, no una daga en las manos de un asesino.

—¡Asqueroso canalla! —gritó, casi sin darse cuenta—. ¡Asesinos!

Sharet tenía razón. Ningún hombre estaba obligado a permitir que otro hombre le degollara. Un hombre debía matar, cuando estaba en juego su vida...

Su cuerpo vibró con emociones de las cuales no se hubiera creído capaz: emociones salvajes, viscerales. Odio, miedo, y el instinto de conservación puramente animal.

La alta figura de Aariah Sharet se erguía ahora al lado del cadáver. Larus estaba de acuerdo con él. El humanitarismo abstracto era una cosa, y la muerte violenta otra.

Sharet empujó con el pie el cadáver hasta colocarlo boca arriba. Al ver el ensangrentado rostro, se le encogió el estómago. El árabe era un chiquillo, de apenas dieciséis años: un pobre niño ignorante. ¿Sabía acaso por qué había muerto?

Aariah Sharet sintió deseos de llorar. ¿Cuántos muchachos como éste habían muerto por cosas que ni siquiera comprendían? Los individuos, lo mismo que los pueblos, tienen derecho a vivir. Sharet no se sentía ya un soldado.

Se sentía un asesino de niños.

—Tiene usted razón —dijeron los dos hombres simultáneamente.

Se miraron el uno al otro.

Sharet fue el primero en recobrase.

—He matado a un chiquillo —dijo—. Es curioso lo parecidos que son todos los niños. Árabes, judíos, rusos, norteamericanos. Tal vez sea eso lo más importante, y no la geopolítica. Pensar que la Bomba de Conversión puede matar a *todos* los niños.

—Y yo —replicó Larus—, he tenido una daga en mi garganta.

—Bueno, ahora los dos conocemos por experiencia los motivos de nuestros respectivos puntos de vista —dijo Sharet.

—Desde luego. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Fabricar Bombas de Conversión y salvarnos a nosotros mismos... o destruir el prototipo y mis notas y salvar al mundo?

—Me gustaría dejar esa decisión en sus manos —dijo el coronel Sharet.

Larus rió sin alegría.

—Y a mí me gustaría dejarla en las suyas, coronel —dijo.

Una fría brisa sopló a través del Negev. Los dos hombres se estremecieron.

—En física —dijo Larus—, las decisiones son muy sencillas. Un dato es correcto o erróneo, sin más...

—En la vida —replicó Sharet— las cosas son más complicadas. Sabemos que unas cuantas cosas son justas, y que unas cuantas cosas son injustas. Pero, ¿y el resto?

—¿Cuál es la decisión justa, coronel? —preguntó Larus—. Dígamelo, por favor... si puede.

El rostro de Sharet se nubló.

—No existe ninguna decisión justa —suspiró—. De lo que podemos estar seguros es que *nuestra decisión, sea la que sea, será injusta.*

Y la noche pareció tornarse más oscura.

EL DUPLICADOR DE MATERIA

RALPH WILLIAMS

El Coordinador de Sector frunció el ceño, estudiando el informe que reposaba sobre su escritorio. A pesar que éste estaba redactado con la concisa simbología del cálculo sociodinámico, cubría varias páginas.

—¡Absurdo! —dijo—. ¡Completamente absurdo!

El Jefe del Equipo de Observación asintió.

—Completamente —dijo—. Pero válido.

—Es ridículo. Su prognosis señala la completa auto-extermiación de los nativos de ese planeta... hum... «Tierra», en menos de un trimestre galáctico. Es... bueno, absurdo.

—Exactamente —dijo el observador.

—No podemos permitirlo. Necesitamos ese planeta. El único sistema habitado en un radio de cincuenta años-luz, una civilización en el mismo lindero de la expansión tecnológica, joven, vigoroso... y ahora, esto. Tenemos que asumir el control directivo, enviar allí todo un equipo administrativo... No, eso costaría billones, por el mismo precio podríamos establecer una colonia con individuos de nuestra raza. Tiene que haber un error.

El Coordinador hojeó el informe. De pronto exclamó:

—¡Ah! Creo que he dado con él. Aquí, esta función beligerante, una generalización puramente inductiva que usted aplica en una situación sin precedente. No es válida. En efecto, dice usted que esa gente no puede entenderse mutuamente. Y toda su historia es una historia de adaptación: toman cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, según sus datos de observación, y la adaptan a sus fines.

El Observador Jefe asintió.

—Unos fines individuales, no sociales. Ese es el quid. Primero yo, después yo y siempre yo. La cosa funciona bastante bien cuando un hombre no puede llegar mucho más lejos de la distancia a la cual puede lanzar una piedra, o gritar órdenes en un radio de unos centenares de metros. Pero se complica cuando uno puede decir «Salta, rana» a todo un continente, apoyando su orden con bombas de hidrógeno. Para controlar esa palanca de poder, se requiere adaptabilidad cultural, instintiva o razonada. Y esa gente carece de ella.

Hizo una pausa y se rascó pensativamente la barbilla, o lo que hubiese sido su barbilla, si hubiera sido humano.

—Admito, sin embargo —continuó—, la posibilidad de un error por nuestra parte. De modo que hemos preparado una prueba. Con su autorización, pretendemos

ofrecer un artilugio a esa gente. Inofensivo, individualmente deseable, pero culturalmente mortal. Ofrecido de un modo que puedan aceptarlo o rechazarlo, bajo su entera responsabilidad. Lo bueno del caso es que mataremos dos pájaros de un tiro. Si lo aceptan, destruirán su civilización y lo único que tendremos que hacer será trasladarnos y llenar el vacío. Si lo rechazan, no tendremos que trasladarnos, será que estoy equivocado.

—¿Qué clase de artilugio?

—Bueno, ¿qué clase de artilugio puede obtener un resultado positivo? Recuerde, una cultura sumamente competitiva, basada en la economía de la escasez; cosas — propiedad o uso— intercambiada por servicios sobre una base individual...

—¡El duplicador de materia!

—Exactamente.

Era alrededor de media mañana, creo, cuando oímos los primeros rumores acerca del duplicador en Brown's.

Uno de los oficinistas me habló del asunto durante el descanso de diez minutos del que gozábamos por la mañana para tomar café. La historia era que alguien había inventado una máquina que podía reproducir instantáneamente, como por arte de magia, cualquier objeto físico. El oficinista se había enterado por una de sus compañeras, que a su vez había conocido la noticia por uno de los clientes.

En unos grandes almacenes como Brown's, con tantas mujeres empleadas, se oyen toda clase de rumores.

—Bueno, eso es muy interesante, desde luego —le dije al oficinista—. Veremos qué inventan ahora...

Sin embargo, unos minutos más tarde, Pete Martens, del Departamento de Electrodomésticos, me llamó para decirme que estaban dando la noticia en la Televisión.

—Será mejor que venga a echar una mirada, Mr. Thomas —me dijo—. Si no se trata de un truco, es algo muy importante.

—Gracias, Pete —le dije—. Iré en seguida.

No tengo ningún televisor en mi oficina porque creo que sería un mal ejemplo para el personal directivo.

En Electrodomésticos había varios grupos de clientes y vendedores reunidos alrededor de los demostradores. Pete me vio salir del ascensor y agitó una mano.

—Aquí, Mr. Thomas —dijo, cediéndome su puesto.

Le di las gracias y miré a la pantalla. Un hombre sentado detrás de una mesa, hablando. Sobre la mesa había una caja negra, cuadrada, de unas diez pulgadas en cada uno de sus lados, con dos platillos, uno al lado del otro, en la parte superior: algo parecido a unas balanzas de cocina. En la parte delantera de la caja había un botón rojo. Debajo se veía una placa con unas palabras impresas.

—...cualquier cosa que quepa en el platillo —estaba diciendo el hombre—, absolutamente cualquier cosa.

Cogió un par de tijeras, las colocó en uno de los platillos y apretó el botón. Un par de tijeras idénticas apareció instantáneamente en el otro platillo. El hombre rebuscó en sus bolsillos, sacó una llave y la duplicó. Se quitó las gafas y las duplicó.

—También puede hacer esto —dijo el hombre—. Déme el otro duplicador, por favor.

Apareció una mano en la pantalla, sosteniendo un aparato similar al que el demostrador había estado utilizando. El hombre lo colocó sobre un platillo, apretó el botón y en el otro platillo brotó un duplicado. El hombre, después de sacar los dos aparatos de los platillos, barrió la mesa con un amplio gesto de su brazo y tiró la máquina original al suelo. Al caer se rompió en mil pedazos. El demostrador sonrió y miró a la cámara.

—No se preocupen —dijo—. Podemos obtener muchas más.

Con la máquina que acababa de hacer duplicó otra, otra, otra; hasta que la mesa quedó cubierta con ellas.

—¿Cómo funciona eso? —le pregunté a Martens.

—Se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Había un par de ellas en la escalinata del Ayuntamiento, esta mañana. No llevaba marca de fábrica; únicamente una etiqueta explicando cómo funcionaban y diciendo algo acerca de minar los cimientos. Parece ser que se trata de un artilugio electrónico. Han enviado un par de ellas a la Universidad —Martens rió nerviosamente—. Tal vez las han dejado los duendes...

—...pero no olviden una cosa —estaba diciendo el hombre de la T.V. Miré de nuevo a la pantalla. Los duplicadores habían sido quitados de la mesa, excepto uno, y el hombre sostenía un pequeño roedor, un hámster, en la palma de la mano—. No traten de duplicar al pequeño Johnny pensando que es muy listo y que les gustaría tener una docena de ejemplares.

Colocó el hámster en un platillo y apretó el botón. El hámster duplicado dio un salto en el aire en el momento de la materialización y cayó sobre la mesa, estremeciéndose violentamente unos segundos antes de quedar inmóvil. El original trepó hasta el borde del platillo y asomó por él un tembloroso hocico.

—¿Cree usted que puede ser un truco? —le pregunté a Martens.

Sacudió la cabeza.

—No. Lo dan también en los otros canales. Este presentador lo convierte en un verdadero espectáculo, pero todos hablan de ello. Incluso la radio.

—Lo convierte en un espectáculo, desde luego —asentí. Miré los clientes que me rodeaban, pendientes del menor de los movimientos del demostrador—. Si en este preciso instante tuviéramos en la tienda unos cuantos miles de esos aparatos...

—Sería un éxito de venta, sin duda —dijo Martens—. Aunque el asunto me preocupa. Hacer lo que uno quiere, y en la cantidad que quiere, zip, zap, y ya está...

¿Comprende lo que quiero decir? Mi hermano, por ejemplo, trabaja en una fábrica de tijeras...

Asentí pensativamente.

—Comprendo perfectamente su punto de vista. Ese duplicador podría ser una fábrica, sin gastos de materias primas, sin gastos de mano de obra... Bueno, arruinaría toda la estructura de precios. No necesitaríamos la sección de compras: podríamos instalar unos cuantos duplicadores y fabricarnos nuestras mercancías. Ni inventarios: nos limitaríamos a almacenar una unidad de cada objeto... —Empecé a verle posibilidades al asunto—. Pete —dije—, tiene usted razón. Esto es importante, muy importante. —Miré a mi alrededor en busca de un teléfono—. Será mejor que llame a Mr. Brown ahora mismo.

Mr. Brown debía estar contemplando el mismo programa en su casa, ya que a través del hilo pude oír que alguien hablaba de duplicadores.

—Sí, lo sé, John. —Su voz sonó muerta—. Lo he estado viendo. Supongo que significa el final de toda nuestra economía. ¿Leyó usted lo que decía aquella etiqueta unida a la máquina?

—Martens dijo algo acerca de minar los cimientos.

—Yo lo he copiado... un momento... aquí está. Había una explicación acerca del funcionamiento de la máquina, y luego esto: «¡Aviso! Apretando el botón podrán satisfacer los deseos de vuestro corazón. Pero al mismo tiempo minaréis los cimientos de la sociedad humana. Unos cuantos billones de deseos satisfechos significarán el hundimiento de esa sociedad. La elección os corresponde a vosotros.» Bueno, creo que los cimientos ya se están cuarteando. Mis acciones de la General Motors... —gruñó.

Eché una ojeada a la pantalla del televisor. En un platillo del duplicador había un automóvil de juguete. El presentador estaba utilizando una grúa de juguete para levantar los duplicados del otro platillo y alinearlos sobre la mesa.

—¿Qué pasa con la tienda, Mr. Brown? —pregunté.

—No lo sé, John, no lo sé. Está usted ahí, haga lo que pueda. Hay que esperar y ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

¡Esperar! En este negocio, la gente que espera el desarrollo de los acontecimientos suele ser desbordada por ellos. Si uno quiere salir adelante, debe ponerse al frente de las nuevas tendencias y avanzar con ellas. Bueno, Míster Brown era un verdadero comerciante, levantó el Brown's partiendo de una pequeña tienda; pero eso ocurrió hace cuarenta años, y todos hemos envejecido desde entonces.

—De acuerdo, Mr. Brown —dije—. Haré lo que pueda.

—Gracias, John. Sé que lo hará.

Colgó el receptor. Antes que yo pudiera hacer lo mismo, la telefonista me llamó:

—¡Mr. Thomas! Mrs. Jones reclama su presencia en el Departamento de Confecciones para Señoras. Dice que es una emergencia.

Mrs. Jones es una de aquellas personas para las cuales cualquier cosa es una

emergencia, pero el Departamento de Confecciones para Señoras se encuentra en el primer piso, muy cerca del teléfono que yo había estado utilizando.

—Gracias, Connie —dije—. Me ocuparé de ello.

Cuando llegué allí, Mrs. Jones estaba revoloteando alrededor de un hombre rechoncho, de mediana edad, que manipulaba algo sobre el mostrador de paquetería. Era un duplicador. Trataba de mantener en equilibrio otro sobre uno de los platillos. El segundo duplicador continuó oscilando hasta que el hombre colocó un lápiz debajo del platillo. Entonces, el hombre retrocedió un par de pasos. «Presto chango, abracadabra», dijo, y apretó el botón. Instantáneamente aparecieron tres duplicadores sobre el mostrador: el original, y uno en cada platillo. El lápiz cayó y rodó lentamente por el mostrador. Al natural, por así decirlo, resultaba una operación mucho más impresionante que en la Televisión.

El hombre sacó un duplicador, volvió a colocar el lápiz y repitió la operación.

—¿Es usted el director? —me preguntó.

Asentí.

—¿Cuánto? —inquirió, señalando con un gesto de la cabeza los dos duplicadores que estaban sobre el mostrador.

—No estoy seguro de entenderle —dije, prudentemente—. ¿Quiere usted vender esos duplicadores a la tienda?

—Exactamente. —Metió los dos duplicadores originales en una caja de cartón y añadió—: Vamos, vamos, esta mañana soy un hombre muy ocupado. ¿Cuánto tiene usted en la caja registradora?

Podía ser una estafa, desde luego. Algún truco a base de electrónica en la televisión, y un equipo de vendedores en la calle, colocando la «mercancía». Pero, no, Mr. Brown lo había visto en su casa, también. Además, no olía a estafa. Abrí la caja registradora, conté los billetes —noventa y tres dólares— y los deposité sobre el mostrador.

—De acuerdo, amigo, es usted un verdadero hombre de negocios —dijo el hombre.

Cogió el dinero y la caja de cartón, dio media vuelta y hendió la multitud de empleados y clientes. Nadie le prestó atención, todo el mundo estaba demasiado ocupado contemplando los duplicadores.

Cogí uno y lo examiné. Pesaba unas quince libras y era una simple caja de metal negro con una tubería en la parte superior sosteniendo los dos platillos, y un botón. Debajo del botón se veía la etiqueta con las instrucciones: «Al apretar el botón, cualquier objeto colocado sobre un platillo quedará duplicado en el otro», y el aviso que Mr. Brown me había leído.

—Le doy a usted doscientos dólares por ellos —dijo uno de los clientes impulsivamente.

—Un momento, por favor —le dije.

Ajusté un duplicador al platillo del otro como había visto hacer al demostrador,

apreté el botón y contuve el aliento. Funcionó.

—Servido, caballero —dije—. El precio es de 18 dólares y 98 centavos. Mrs. Jones, cóbrele al caballero, por favor.

Hice varios más, con la mayor facilidad. Nada más sencillo: apretar el botón, retirar un duplicador, volver a apretar el botón. Sosteniendo la máquina con una mano, podía prescindirse del lápiz.

La dependiente del mostrador contiguo estaba de pie a mi lado, observándolo todo con mucha atención.

—¿Ha visto cómo funciona? —le pregunté—. ¿Sí? De acuerdo. Usted manejará la máquina. Sólo tiene que retirar un duplicador y apretar el botón.

Miré a mi alrededor y vi al supervisor del piso entre la multitud.

—Sam, escoja a un par de hombres y quite aquellas blusas que hay junto a la puerta. Encárguese de la venta desde allí. Sin envolver, al contado, a 18,98 dólares la pieza, una por cliente. Utilizaremos este mostrador para hacerlas.

—¡Ah! —dijo una voz sardónica a mi lado—. El negocio no se interrumpe, mientras Roma arde.

Reconocí la voz, así como el estilo. Pertenecían a George Beedle, nuestro jefe de personal. En los viejos tiempos, antes que el doctor Elton Mayo inventara las Relaciones Humanas, los empleados de la sección de personal eran gente que redactaban tarjetas de admisión y de despido, confeccionaban la nómina y establecían la categoría laboral de los otros empleados. Ahora eran doctores en filosofía, especialistas en sociología y psicología práctica, o licenciados en ciencias económicas. Yo disfrutaba discutiendo con George —resulta sorprendente lo erudita que puede ser una persona sin tener la menor idea de lo que es el comercio—, pero no cuando tenía trabajo.

—Márchese, George —le dije secamente—. Ahora estoy ocupado.

Me miró con una rara expresión en los ojos.

—¿Ocupado en qué? ¿En hacer dinero para Brown's? Permítame enseñarle a hacerlo del modo más sencillo y sin el menor esfuerzo.

Encontró un billete de diez dólares en su monedero, lo colocó sobre el platillo de un duplicador y apretó el botón con el dedo índice de su mano izquierda. Cuando apareció otro billete de diez dólares, lo hizo saltar del platillo con su mano derecha, volvió a apretar el botón, volvió a hacer saltar el nuevo billete.

—A menudo me pregunto —dijo, con expresión soñadora— qué compran los vinateros...

Press,flip,press,flip,press,flip... El aire estaba lleno de billetes de diez dólares.

Dos o tres personas empezaron a cazarlos al vuelo. El resto se limitó a mirar.

Debo confesar que quedé bastante desconcertado. Aquella potencialidad del duplicador no se me había ocurrido. Objetos, sí, todo el mundo hace objetos, pero sólo el gobierno hace dinero. O tal vez debería decir *hacía* dinero.

—El mercado, John —dijo George (*press,flip,press,flip*)— es un pequeño dios

republicano, y la sangre vital del mercado es el dinero. ¿Qué precio tiene ahora el dinero? —Cogió uno de los billetes, lo dobló, aplicó su encendedor a él y prendió un cigarrillo—. Buen material para encender el fuego.

—Sí... —murmuré.

Dominé mi desconcierto. George estaba equivocado, desde luego, en un sentido general. Aunque, en lo que respecta a los billetes de diez dólares, era evidente que tenía razón. Era una vergüenza, precisamente cuando teníamos un artículo de tanta salida como aquellos duplicadores. Pero, en el comercio al detall, se aprende a no discutir los hechos y a no perder el tiempo en vanas lamentaciones. Capté la mirada de Sam y me acerqué a él.

—No más ventas al contado —le dije—. Acepte solamente cheques personales.

—Los cheques también pueden ser duplicados —me recordó George.

—¿Con qué objeto? —repliqué—. Un cheque no es moneda de curso legal. Es una orden específica de una persona específica para transferir crédito de un modo específico. No necesito un duplicador, puedo extender todos los cheques falsos que se me antoje.

—¡Oh! —dijo George.

Yo había estado pensando mientras hablaba. Muchas de aquellas personas no parecían pertenecer a la clase que tiene cuenta corriente.

—Espere un momento, Sam —dije—. Si los clientes no pueden extender un cheque, ábrales una cuenta de crédito. Lo esencial es mantener la mercancía en movimiento. Esos duplicadores son ahora una novedad, pero mañana estarán tan muertos como Moisés.

—De acuerdo, Mr. Thomas —dijo Sam, regresando apresuradamente a su mostrador.

Llamé al departamento de Crédito y di las órdenes pertinentes para la apertura de cuentas.

—Con tal que certifiquen que tienen un empleo y un hogar permanente, háganles firmar y entréguenles la mercancía.

George continuaba allí, recobrada la habitual confianza en sí mismo, con una sonrisa de superioridad en el rostro. A veces, George me saca de mis casillas.

—¿Y bien? —dije.

—No tengo nada que decir —murmuró—, absolutamente nada. Me estaba maravillando al contemplar la mente comercial en acción. Su capacidad de olvido es asombrosa. Tenemos aquí una máquina que significa la destrucción total de nuestra economía. ¿Está usted preocupado? Sí, pero únicamente en descubrir el modo de ganar dinero rápidamente extendiendo la plaga.

En el Departamento de Confecciones para Señoras había ahora más de doscientos clientes. Los duplicadores brotaban sin interrupción del mostrador de paquetería. Dos empleadas del Departamento de Crédito acababan de salir del ascensor con unos fajos de contratos debajo de los brazos.

—Me pagan para eso —le dije a George—, para poner mercancías en circulación. Otras personas obtienen su salario por preocuparse de las implicaciones sociales.

—Exactamente. Y alguien ha estado preocupándose de ellas. Ha leído usted la etiqueta, ¿verdad?

—La he leído —admití—. ¿Y qué? Comparadas con las veces que hoy se apretará ese botón, las veces que lo apriete yo no cambiarán las cosas.

—Eso cree usted. No se ha parado a pensar por qué estaba allí ese aviso. Deje de pensar en la máquina por la cual la gente pagará veinte dólares, y piense en lo que pueden hacer con ella. ¿Qué le pasará a la *United States Steel* cuando los ferrocarriles puedan obtener todos los rieles que necesiten, sobre el terreno, con un simple duplicador montado en una vagoneta? Y a propósito, ¿qué les pasará a los ferrocarriles cuando la gente no necesite materias primas para fabricar lo que sea y los minerales, por ejemplo, no tengan que ser transportados de un extremo a otro del país? ¿Qué le pasará a la General Motors cuando cualquiera que desee un nuevo Chevrolet pueda pedir prestado el de su vecino y hacerse uno igual? ¿Qué le pasará a la Westinghouse cuando Mrs. Jones pueda andar por Brown's con su duplicador bajo el brazo, tomar un nuevo tostador de pan del mostrador, colocarlo en el platillo, y disponer de otro tostador al cabo de medio minuto? Si los apuros de la Westinghouse no le afectan, ¿qué le pasará a Brown's cuando Mrs. Jones pueda hacer eso? ¿Qué le pasará...?

No quise oír más. Desde luego, George tiene un modo muy gráfico de plantear las cosas. Comprendí que tenía razón. Hasta entonces no había pensado en el asunto, me había limitado a reaccionar. En el mostrador contiguo había un teléfono.

—Connie —dije—, póngame en conexión con todos los jefes de departamento, para una conferencia.

Los primeros clientes habían empezado a obtener sus duplicadores. La mayoría salían apresuradamente de la tienda, pero unos cuantos se demoraban, contemplando especulativamente las mercancías. Una mujer, con un brillo avaricioso en su mirada, se acercó a una colección de vestidos de tarde, muy caros.

—¡George! —dije—. ¡Cuida del teléfono!

Cuando llegué allí, la mujer había sacado uno de los vestidos y estaba doblándolo para colocarlo en el platillo de su duplicador. Alargué el brazo por encima de su hombro y pude pescarlo antes que la dama apretara el botón.

—Lo siento, señora —dije secamente—. No podemos permitir que los clientes dupliquen la mercancía.

Me miró con aire de reto.

—¿Quién dice eso?

—Lo dice la ley. —Posiblemente no era cierto, pero no le di tiempo para que pensara en ello—. ¿Está usted interesada en este vestido, señora? —dije—.

Permítame. —Coloqué el vestido sobre el platillo y apreté el botón—. Aquí lo tiene. —Eché una ojeada a la etiqueta; el precio era 98,75 dólares—. El precio es un dólar y noventa y ocho centavos. ¿Tiene usted su carta de crédito? —Ella asintió, aunque no parecía convencida del todo—. Posiblemente —añadí— le gustaría llevarse alguno más a este precio tan bajo. —Me acerqué a las perchas, cogí media docena de vestidos al azar y los dupliqué—. Si alguno de ellos no le gusta, puede devolverlo y restaremos su importe de su cuenta. Ahora, tal vez quiera llevarse un chaquetón de piel de marta sintética, o un bolso de seda artificial, con el mismo fenomenal descuento y sin que tenga que pagar nada hasta el día uno del próximo mes.

La vendedora estaba junto a nosotros, desconcertada, con la boca abierta.

—Yo lo anotaré en la cuenta —le dije—. Empiece a envolver los artículos.

—Servidor de usted, señora —le dije a la cliente, acompañándola hasta la puerta—. Y recuerde que esta venta no es únicamente para el día de hoy. Todos los artículos que vende Brown's pueden ser duplicados y adquiridos a un precio asombrosamente bajo. No necesita usted traer su propio duplicador, tendremos uno en cada mostrador para su comodidad.

Me acerqué a Sam.

—Haga que los clientes que han adquirido un duplicador salgan de aquí —dije—. Bloquee los pasillos y ponga vigilancia en las otras puertas. No se permite permanecer en la tienda con un duplicador. Luego, envíe duplicadores a todos los otros departamentos. Reclame todo el personal que precise para que le ayuden.

Regresé junto a George y le encontré sosteniendo el receptor.

—Todos están en la línea —dijo.

—Gracias, George.

Cogí el receptor.

—Supongo que todos ustedes están enterados del asunto de los duplicadores —dije—. ¿Hay alguien que no esté al corriente? —Nadie habló—. De acuerdo. Oigan ahora lo que hemos estado haciendo en el primer piso. —Les conté a grandes rasgos lo que había sucedido—. Hasta ahora, hemos actuado de un modo improvisado. Vamos a ver si conseguimos organizar las cosas un poco mejor. ¿Alguna sugerencia?

—El asunto del crédito —dijo Markov—. La mayoría de las personas que lo han solicitado son tarjetas blancas y unas cuantas rosas. Si hay muchas ventas, no tendremos tiempo material para comprobar las cuentas. Es imposible contabilizar a este ritmo.

—Hasta nueva orden, concedan a todo el mundo el trato de tarjeta azul —dije—. Volveremos a la rutina de siempre cuando las cosas se normalicen.

En Brown's, una tarjeta azul es como dinero en efectivo, sólo que más rápido, sin ninguna restricción al crédito. Lo único que el cliente tiene que hacer es presentar la tarjeta. El vendedor anota el número de la cuenta en el ticket y eso es todo.

—De acuerdo. Pero, ¿nos será favorable conceder crédito a todo el mundo, si no tenemos dinero?

—No tenemos dinero desde 1933 —le dije—. Esos papeles verdes que lleva usted en su billetero son tarjetas de crédito, para simplificar la contabilidad. ¿No es cierto, Joslyn?

—Más o menos —dijo Joslyn, del Departamento de Contabilidad—. Ahora bien, ese descuento del noventa y ocho por ciento que aplicó usted en el Departamento de Confecciones para Señoras puede dar resultado allí. Pero, ¿qué pasará en otros artículos, especialmente con los que tienen un precio inferior a un dólar? ¿Podemos vender un artículo de diez centavos por dos milésimas de dólar? ¿Y qué pasará con los artículos que no pueden duplicarse? No puede usted colocar un refrigerador de quinientas libras sobre ese platillo...

Con el duplicador, desde luego, no teníamos que preocuparnos del costo original de los artículos duplicables, que era cero. Pero teníamos unos gastos generales, y en el moderno comercio al detall no se opera con un margen comercial fijo. Brown's disponía de cien mil dólares de máquinas electrónicas para calcular el margen comercial exacto de cada artículo, basado en los gastos generales del Departamento, costos de almacenaje, amortización de instalaciones y otra docena de factores.

—Aplicaremos un descuento —dije— del noventa por ciento a los artículos más baratos y del noventa y nueve por ciento a los más caros, que sean duplicables. En los artículos que no puedan duplicarse, el descuento será del diez por ciento. No debemos perder de vista que estos últimos artículos pueden no ser duplicables hoy, pero lo serán mañana, en cuanto alguien construya un duplicador de mayor tamaño, y tenemos que liquidar existencias. Si podemos terminar el día con un solo ejemplar de cada uno de los artículos que vendemos en los pisos, y con los almacenes vacíos, podremos darnos por satisfechos. Con el duplicador, es lo único que necesitamos para continuar el negocio.

Casi pude oír los engranajes girando en la cabeza de Joslyn; hacían exactamente el mismo ruido que una computadora IBM.

—Supongo —dijo finalmente— que esa es una medida provisional para mantener el movimiento de mercancías...

—Supone... usted bien —dije—. ¿Más preguntas?

Intervino Toivo, del Departamento de Personal, el hombre que hacía el trabajo de George mientras George estaba ocupado en filosofar. Quería saber qué descuento se aplicaría en la venta de duplicadores a los empleados.

—No se venderá ningún duplicador a los empleados —le dije—. Cada empleado recibirá uno, gratis, obsequio de Brown's. Se lo llevarán a casa esta noche, y no se les permitirá traerlos de nuevo a la tienda.

Después de eso, Sam formuló una pregunta acerca de las etiquetas pegadas a los duplicadores. Sam no era jefe de Departamento, desde luego, pero yo apreciaba mucho sus opiniones de experto vendedor.

—¿No sería preferible arrancar esas etiquetas? —inquirió—. No son un incentivo para la compra.

—¿Ha perdido usted alguna venta por causa de ellas? —pregunté.

—Bueno, no.

—Entonces, no toque nada. No podemos asumir la responsabilidad de suprimirlas. De este modo, el cliente no podrá decir que no ha sido advertido.

No diré que habíamos resuelto en media hora todos los problemas que planteaba el duplicador, pero sí que habíamos hecho frente a la situación de un modo satisfactorio.

—Todo eso está muy bien —dijo George, mientras yo colgaba el receptor y me secaba el rostro con un pañuelo de seda que había tomado del mostrador—. Pero, ¿cómo piensa solucionar lo de los tumultos?

—¿Tumultos? ¿Qué tumultos?

—Tumultos —dijo George en tono firme—. Usted puede creer que esa advertencia no es importante, pero mucha gente opinará de un modo distinto. Y a esa gente le preocupará lo que puede ocurrir cuando los cimientos estén minados. Y se dirá: «Carguemos ahora con lo que podamos, y el que venga detrás que arree.» ¿Cómo piensa hacer frente a ese problema?

No era mucho lo que yo podía hacer. No es un tema que se oiga discutir en las convenciones de comerciantes al detalle, aunque el espectáculo de una muchedumbre desatada turbe de cuando en cuando el sueño de los que poseen grandes zonas encristaladas en una calle de mucho tránsito. En mi propio caso, hacía mucho tiempo que había llegado a una conclusión: se trata de algo contra lo cual no se puede luchar, del mismo modo que no se puede luchar contra un huracán. Afortunadamente, habíamos dejado en todos los otros Departamentos el personal indispensable, a fin de contar con una plantilla de reserva en el primer piso, para hacer frente a cualquier contingencia. Ordené que aquellos empleados vaciaran los escaparates, sin dejar en ellos ni una corbata.

A continuación, visité a los que trabajaban en la confección de carteles y pancartas: ABRA UNA CUENTA DE CRÉDITO EN BROWN'S. HASTA UN 99 % DE DESCUENTO EN TODOS LOS ARTÍCULOS. DUPLICADORES A 18,98 DÓLARES. COMPRE AHORA Y PAGUE A SU COMODIDAD. FABULOSA LIQUIDACIÓN DE EXISTENCIAS CON UN DESCUENTO DE HASTA EL 99 %. Poco original, desde luego, pero tal como estaban las cosas no podíamos andarnos con sutilezas.

—Coloquen esos carteles en los escaparates —dije—. Déense prisa.

Markov había bajado al primer piso. Le llamé.

—¿Cuánto tardan sus empleadas en extender un contrato y llenar una tarjeta de crédito? —le pregunté.

—Las que trabajan con los duplicadores invierten un promedio de dos minutos.

—Demasiado. A partir de este momento, no quiero que entre nadie en la tienda

sin una tarjeta de crédito. Vendrá mucha gente, y no estará de humor para hacer cola. Si es preciso, límitese a anotar su nombre y dirección y a obtener su firma. De este modo daremos más fluidez a la entrada de clientes, sin que se produzcan aglomeraciones que rebasen nuestras posibilidades de control, ¿comprende la idea?

Markov meditó unos instantes.

—Creo que sí. Canalizaremos la entrada de clientes a través de cuatro pasillos, con dos empleadas extendiendo contratos en cada pasillo. Limitando al mínimo la información para el crédito, como usted dice, creo que podemos atender a unos ochocientos clientes por hora y por entrada.

—Muy bien —dije—. Manos a la obra.

A continuación reuní a los supervisores del piso y les di instrucciones.

—Cuando empiece la aglomeración de clientes —les dije—, límitense a anotar el número de su tarjeta de crédito y entrégúenles la mercancía. No pierdan tiempo discutiendo. Si alguien se pone pesado, oblígúenle a marcharse. Si dejamos que un solo cliente altere el ritmo de la venta, estamos perdidos.

—Si se presentan tantas complicaciones, Mr. Thomas —dijo Sansom, de Zapatería—, ¿por qué no cerramos hoy la tienda?

—Por dos motivos. En primer lugar, si cerramos y nos marchamos a casa, pueden violentar las puertas y no tendremos a nadie aquí para controlar las cosas. Y en segundo lugar, no estamos aquí para divertirnos, sino para vender. ¿Más preguntas?

Hubo varias acerca de los aspectos técnicos del manejo de muchedumbres, y las resolvimos apresuradamente, porque la situación empezaba a ponerse al rojo vivo. Se produjo una especie de conmoción en el exterior, y una docena aproximada de hombres irrumpieron a la vez por la entrada sur. Permanecieron allí unos instantes mirando a su alrededor con aire indeciso. Antes que tuvieran una oportunidad para tomar una decisión por su cuenta, Markov estaba empujándoles hacia las empleadas de contabilidad. Un buen elemento, Markov, su sitio no estaba en el Departamento de Crédito: su labor sería más eficaz en uno de los pisos.

Dos de los clientes llevaban duplicadores y no estaban dispuestos a soltarlos. Me di cuenta que mi norma «sin duplicadores» no iba a funcionar, hoy.

—Olvídenla —les dije a las empleadas—. Procuren controlar el género, y anótenlo todo en el ticket.

Cuando Markov hubo controlado el primer grupo, todas las entradas estaban ya obstruidas. Afortunadamente para nosotros, la joyería que se encontraba dos puertas más abajo no había recibido el aviso a tiempo, o tal vez sus responsables no habían pensado con la suficiente rapidez. Los más agresivos pasaron de largo ante nuestros escaparates llenos de carteles, con los ojos puestos en los escaparates de la joyería. En cualquier muchedumbre como ésta, siempre hay un pequeño porcentaje de individuos activamente antisociales, y un gran número de personas que engrosan la multitud, sin saber exactamente por qué. Tras los primeros momentos de excitación, la mayoría de esas personas se están preguntando por qué no se quedaron en casa. Y

muchas de ellas buscaron una especie de refugio en Brown's.

No diré que no tuvimos jaleo, porque lo tuvimos. Cuando se reúnen tres o cuatro mil personas en el interior de una tienda, seguro que hay jaleo.

Brown's tiene un bar en el cuarto piso donde no llama demasiado la atención. Como es de suponer, se trata de un simple servicio complementario, ya que no nos interesan los clientes que entren en la tienda sólo para tomarse una cerveza. Poco después de la una, me llegó una llamada del cuarto piso, anunciándome que unos cuantos elementos alborotadores campaban por sus respetos en el bar. Subí inmediatamente.

Un tipo pelirrojo estaba detrás del mostrador, arrojando botellas a la multitud.

—¡Aquí estoy, Mac! —me dijo, mientras me abría paso hacia el mostrador—. ¡Ahí va un obsequio del viejo Brown!

Y me lanzó una botella del *Black Label*.

—Gracias —dije. Rompí el gollete contra el borde del mostrador—. ¡A su salud! —exclamé, empujando la botella.

El pelirrojo me miró.

—Cuidado, amigo —dijo—. Va a cortarse la lengua. A mí me pasó una vez, intentando eso.

—Hay que saber el truco —le dije—. Se coge fuertemente el gollete con una mano y se deja que el whisky se deslice a lo largo del dedo pulgar. —Le devolví la botella—. Pruébalo.

Lo intentó, sin éxito.

—No, así no —dije, en tono impaciente—. Coloque su dedo pulgar sobre el labio inferior, levante la botella y deje que fluya el whisky. Así.

Lo mejor de este sistema es que, utilizando adecuadamente el dedo pulgar, puede parecer que uno ingiere una gran cantidad de licor, cuando en realidad bebe muy poco. Aprendí el truco en mi juventud, cuando hacía el servicio militar.

—Estas botellas cuadradas son poco manejables, de todos modos —dije—. Déme un par de esas de *Lemon Hart*. —Rompí los golletes y le entregué una—. Esto es mucho mejor. —Una mano surgió por debajo de mi brazo en busca de la botella que yo había dejado sobre el mostrador. Golpeé la muñeca con el filo de mi propia mano, y el hombre que estaba detrás de mí aulló—. Compre su propio whisky, amigo —dije fríamente—. Atención —añadí, dirigiéndome a uno de los dependientes—. Este caballero quiere una botella de whisky. Empiecen a servir a los clientes.

El pelirrojo había empujado ya el codo cuando yo llegué allí, y el *Lemon Hart* tiene 151°. Cuando hubo aprendido el truco de beber con el gollete roto, estimé que no estaba en condiciones de seguir molestando.

—Busquen su tarjeta de crédito y cárguenle en cuenta dos botellas de *Black Label* y otras dos de *Lemon Hart* —dije—. Luego, avisen a los detectives de la tienda para que lo saquen de aquí.

Esas cosas no son difíciles de manejar, si se actúa con rapidez y decisión. El

principio básico es: no reacciones nunca como el otro individuo espera que lo hagas, deja que se preocupe por lo que vas a hacer y, desde luego, no pierdas nunca de vista el objetivo, que en nuestro caso es vender mercancías. Resulta sorprendente comprobar lo difícil que les resulta a los vendedores de hoy aprenderse esta sencilla lección. Dejan que el cliente tome la iniciativa. En cuanto uno permite esto, está perdido. Ya no está vendiendo, sino comprando, al margen del camino que siga el dinero.

Aquella misma tarde tuve ocasión de recordarlo varias veces. Los jóvenes que teníamos en los pisos se desenvolvían bastante bien, pero no estaban vendiendo, en realidad. Recibí otra llamada de auxilio, por ejemplo, del Departamento de Artículos para Deporte.

—Este caballero desea comprar una pistola, pero no tiene permiso de armas —dijo el vendedor nerviosamente.

Un individuo alto, cadavérico, estaba de pie junto al mostrador.

—Aquí está mi permiso —gruñó el hombre. Se volvió hacia mí. Me encontré contemplando el negro cañón de una Luger del .30—. Ahora quiero balas, y pronto.

—Comprendo —dije. Observé que el seguro estaba alzado. Examiné el mostrador. No había ninguna caja de munición abierta. Y no acostumbramos a tener pistolas cargadas en las estanterías, desde luego—. ¿Para qué desea utilizar la pistola, caballero? —inquirí—. ¿Para tirar al blanco, para competiciones deportivas, o para... ejem... su defensa personal?

—Para matar gente con ella —dijo el hombre en tono lúgubre—. A partir de ahora, la ley dejará de existir. Sólo sobrevivirán los más aptos. Y yo pretendo sobrevivir.

—En ese caso —dije—, ¿podría sugerirle un arma algo más perfeccionada? Hijo, alcánzame una de esas Sten, por favor.

—¡Nada de trucos! —advirtió el hombre con voz ronca—. ¡Les tengo cubiertos a los dos!

—De acuerdo —convine—. Nada de trucos. Aquí tiene usted, caballero, una Sten auténtica, la metralleta preferida por los comandos británicos durante la Segunda Guerra Mundial. Una de las armas de fuego más seguras y de tiro más rápido que se han diseñado en los últimos veinticinco años. —Hice funcionar el mecanismo unas cuantas veces y le mostré cómo se introducía y se quitaba el cargador. Al mismo tiempo, rasqué con la uña el precio que figuraba en la etiqueta—. Sólo vale 179,50 dólares, caballero —dije—. Con dos cargadores completos.

La cogió ávidamente, brillándole los ojos como a un niño de cuatro años que acaba de descubrir su juguete preferido en el árbol de Navidad.

—Ahora, si me permite su tarjeta de crédito, por favor, mientras el dependiente le prepara la munición... Alcánzame una docena de cajas de proyectiles del .38, esas

cajas verdes, con la etiqueta blanca, que están en la repisa inferior, a tu derecha. — Anoté el número de la cuenta—. Necesitará usted algo para llevar la munición y otros utensilios, desde luego. Puedo recomendarle una de nuestras mochilas Everest, diseñadas según el modelo de las que utilizaron Sir Edmund Hillary y el *Tenzing Norkay* en la conquista del Everest. Son el último grito en mochilas... Y una funda para la pistola: tenemos un bonito modelo, el Lawrence, diseñado especialmente para poder «sacar» con rapidez desde cualquier posición...

—¿No cree usted que eso ha sido poco... ejem... ético...? —preguntó el dependiente, mientras contemplábamos al hombre que se alejaba con su mochila Everest colgando pesadamente de sus estrechos hombros, su funda Lawrence abultando en su cadera y la Sten debajo del brazo.

—En circunstancias normales, lo sería —admití—. Hoy, no. La ley nos obliga a inutilizar esas Sten, pero no estamos obligados a decirle al cliente lo que hemos hecho con ellas. Se supone que el cliente conoce la ley en cuestión. Si le hubiéramos dado a ese individuo una metralleta que disparara, o munición del calibre de su pistola, dentro de media hora estaría muerto, y posiblemente heriría también a otras personas. De este modo, no tardarán ni diez minutos en detenerle, y nadie saldrá perjudicado. Ni siquiera creo que nos molesten por haber vendido esa pistola sin permiso de armas. Y en caso de que lo hicieran, tendremos los 160 dólares que hemos cobrado de más por la Sten para ayudarnos a pagar la multa. Esa es nuestra retribución por correr el riesgo.

»Ahora, otra cosa. Cuando las cosas se normalicen, recuérdame que debo darte unas cuantas lecciones para que aprendas a conocer los artículos que vendes y a mostrar un poco de iniciativa en tu trato con los clientes. Cuando ese duplicador empiece a funcionar de veras, hijo, va a ser muy difícil encontrar un empleo.

Bueno, el muchacho era capaz de entender una indirecta, no quedaba duda. Durante el resto del día, un verdadero río de personas abandonó el Departamento de Artículos para el Deporte con una Sten debajo del brazo y una mochila Everest a la espalda. Tuve que enviar a otros tres empleados para que le ayudaran, y cuando me presenté allí un poco más tarde comprobé que había liquidado todas las cajas de munición, algunas de las cuales se remontaban a la época en que yo mismo trabajaba en el Departamento de Artículos para Deporte... y sin el noventa y nueve por ciento de descuento, además. Para las armas y municiones continuaban en vigor los precios normales, exceptuando el mil por ciento de aumento que aplicábamos a las Sten.

A los clientes no les importaba. Eran personas que se habían tomado muy en serio aquel aviso acerca de los cimientos minados, y todos estaban convencidos que mañana Times Square sería una jungla: tipos profesionales en su mayor parte, como el individuo de la Luger.

Finalmente, alrededor de las diez de la noche, la Guardia Nacional entró en

acción y pudimos cerrar.

Para entonces, superada la primera impresión, la gente estaba acostumbrándose ya al duplicador. Sus ojos no se desorbitaban ya cuando el duplicado aparecía como por arte de magia, las facilidades de pago y los precios bajos habían dejado de ser una novedad, y la gente empezaba a elegir.

Nadie había sido capaz de imaginar cómo era generado el efecto duplicador, pero los ingenieros habían descubierto que era transmitido a los platillos por medio de un simple circuito eléctrico. Sabiendo esto, era evidente que podían construirse duplicadores de mayor tamaño. Cuando tuvimos la seguridad que era factible construirlos, telegrafiamos a nuestros proveedores cancelando todos los pedidos pendientes. Un duro golpe para ellos, sin duda, pero, el negocio es el negocio.

En el almacén principal, los mozos tenían ya funcionando un gran duplicador. En realidad, era un duplicador normal, al cual se habían acoplado dos grandes platillos de aluminio. Cuando fui a echar un vistazo allí después de cerrar la tienda, estaban haciendo aparatos de televisión. Por algún motivo que no alcanzaba a vislumbrar, se había producido una gran demanda de aparatos de televisión. Yo hubiese jurado que todo el mundo tenía ya un televisor, pero al parecer no era así. Un mozo apretaba el botón y otros dos recogían el aparato recién hecho y lo colocaban sobre una estantería adosada a la pared.

Me pareció que mostraban un exceso de entusiasmo en su tarea. Yo quería disponer de existencias suficientes de artículos de gran tamaño, para no tener que recurrir al duplicador cada vez que vendiéramos una estufa o un refrigerador, pero hasta que las cosas se normalizaran no me interesaba almacenar un exceso de mercancía. Los artículos pequeños podíamos hacerlos directamente en el mostrador, a medida que los vendíamos.

—Está bien, muchachos —les dije—. Pueden marcharse a casa. Hay un montón de duplicadores junto a la puerta. Llévense uno. Y cojan también un par para los niños, si quieren.

Había decidido prescindir de la norma «uno por cliente». Durante el día habíamos vendido más de dos mil a veinte dólares, otros mil doscientos o mil quinientos a precios inferiores a cinco dólares, pero al final de la jornada no podíamos colocarlos ni siquiera a un dólar cincuenta centavos la unidad. Mañana no los aceptarían ni regalados.

Regresé a la tienda. Reinaba en ella el mayor desorden, pero los mostradores y las estanterías ofrecían un hermoso aspecto de desnudez y las carretillas continuaban transportando montones de contratos a los ascensores. El espectáculo alegró mi corazón.

Habíamos habilitado la cafetería como cuerpo de guardia para los militares, ya que no me sentía completamente tranquilo en lo que respecta a la posibilidad de un

saqueo. George estaba allí, sentado delante del mostrador manchado de café, con un subteniente. Sobre las mesas se veían transmisores, raciones de campaña y otros heterogéneos utensilios militares. Un sargento estaba leyendo tebeos que había tomado del bastidor, junto a la puerta, y un par de guardias dormían calzados. Todo muy hogareño y tranquilo.

—¡Ah! —dijo George—. Aquí está el hombre del 3 1/4 por ciento... Siéntese, John, y tome una taza de café. Teniente Simond, le presento a Mr. Thomas. El teniente y usted, John, son de la misma raza. El teniente es otro príncipe del comercio: el teniente es el dueño del supermercado de la esquina.

Simond enrojeció. Era un joven de aspecto agradable. George resulta un poco desconcertante, cuando no se le conoce a fondo, y tras haber trabajado duramente todo el día, me pareció que se mostraba demasiado jovial. Le miré fijamente.

—Lo que está pensando es verdad, John —dijo alegremente—. Al terminar la tarea cotidiana, cuando el mundo parece triste y sucio, llega aquel momento de la revitalizadora libación conocido como la «hora del cocktail». —Sacó una botella de su bolsillo—. Vamos, eche un chorlito de esto en su café, se sentirá mejor.

—Gracias, George —dije.

No me gusta que se beba en la tienda, y George lo sabe; pero siempre hay una ocasión en que puede hacerse una excepción de la regla.

George levantó su taza.

—Por la civilización occidental —brindó—, ahogada por el cuerno de la abundancia. ¡Salud!

—Creo que se precipita un poco... —dije.

—¡Oh! Vamos, John, no nos engañemos, aunque las cosas tarden un par de días en derrumbarse. Usted ha podido salvar el primer golpe, moviéndose con rapidez y aprovechándose de la estupidez de la multitud. Pero persiste el hecho que esa máquina hará que cada hombre se baste a sí mismo. Y la gente no tardará en darse cuenta. ¿Quién comprará entonces sus artículos, quién le comprará alubias al teniente Simond, pudiendo colocar una lata de caviar en el platillo, y... ¡zás!?

Hizo un ademán, como si apretara un botón.

—Bueno, hay que esperar —dije—. Es posible que la cosa no sea tan mala como usted piensa.

—Será peor de lo que yo pienso —dijo George obstinadamente.

Me encogí de hombros y sorbí mi café. No compartía el pesimismo de George. Siempre han habido comerciantes, desde la edad de piedra, y a pesar de las guerras, de las revoluciones y de los cataclismos, la gente siempre ha comprado y vendido. Sin embargo, es difícil argumentarlo con lógica.

Simond se aclaró la garganta.

—No es que trate de cambiar de tema —dijo—, pero lo que Mr. Beedle acaba de mencionar con respecto a las alubias...

Se interrumpió, indeciso.

—Siga, Mr. Simond —le animé. Por mi parte, me alegraba cambiar de tema. La satisfacción que experimentaba cuando me había sentado junto a George, se había desvanecido. No era la primera vez que el contacto con George me deprimía—. ¿Qué decía usted de las alubias?

—Bueno, he estado pensando en ello. Mr. Beedle tiene razón, no habrá muchas personas que quieran comprar alubias, pudiendo comer faisán ahumado... De modo que lo he estado pensando, y creo que en vez de un supermercado debería abrir una tienda de platos escogidos de todo el mundo. Las mejores especialidades de cada país, miles y miles, todas distintas. Bastará, además, con un solo ejemplar de cada uno.

—Sería un fracaso —dijo George—. Eso es lo que trataba de explicarle a John. ¿Por qué tendría que comprarle mis lenguas de ruiseñor a usted, pudiendo tener una lata en mi propia cocina y duplicar hasta la náusea?

—Hasta la náusea, precisamente por eso —se apresuró a decir Simond—. Usted puede comer alubias todos los días. Pero no puede comer todos los días lenguas de ruiseñor. Cuando empezamos a vender los platos congelados, la gente pareció que había descubierto el séptimo cielo. La cosa duró quince días. Luego, el entusiasmo se apagó. Cambiamos de proveedores, y como si tal cosa. Los servimos calientes, luego otra vez fríos... Finalmente, alguien tuvo una idea. Toma usted la cena mejicana, es un buen plato, yo mismo lo he comido y me ha gustado. Prueba la primera y la encuentra deliciosa. La segunda ya no es tan buena. La tercera y la cuarta pasan con dificultad, y al llegar a la décima no soporta usted la vista del envase.

—Raciones de campaña —dije.

—Eso es. Por más combinaciones que se hagan, siempre tienen el mismo sabor.

—Comprendo lo que quiere decir —dije pensativamente—. Antes, nosotros vendíamos estandarización, porque el artículo escaseaba. Ahora, en cambio, vendemos diversidad. En vez de ofrecerle al cliente una elección entre los refrigeradores G. E. o Westinghouse, tratamos de ofrecerle una elección entre todos los refrigeradores que se construyen en cualquier parte del mundo... —Me asaltó una idea repentina—. ¡Maldición! —exclamé—. No podremos librarnos aún de nuestros proveedores.

—Y no sólo eso —intervino George, servicial—. ¿Cree que le permitirán reproducir un artículo manufacturado sin cobrarle los correspondientes derechos?

Era cierto. El simple hecho de reproducir una marca de fábrica es ya un acto ilegal... Empecé a imaginar lo que iba a ocurrir, y mi optimismo acabó de enfriarse.

Consulté mi reloj.

—Ponga el televisor en marcha, George, por favor —dije—. Están dando las noticias de última hora.

—...Y esta es la situación en lo que respecta al duplicador, la noticia más importante del mundo, hoy —dijo el locutor—. A continuación, daremos a ustedes un resumen de la opinión de algunos expertos acerca de la influencia que el duplicador

puede ejercer sobre nuestras vidas. En primer lugar, hablaremos con Mr. William Peterkin, de Detroit...

—Mr. Peterkin, ¿cuál será el efecto más notable del duplicador sobre la industria del automóvil, en su opinión?

Mr. Peterkin apareció en la pantalla con un rostro ojeroso y cansado. Era evidente que el día había sido duro para él, también.

—Bueno, yo diría que la eliminación de nuestra dependencia de las máquinas herramientas caras y de las líneas de montaje. Tenemos un montón de cosas en los tableros de dibujo —inyección de combustible, interesantes ideas en diseño de carrocerías, arranque electrónico, incluso una especie de «conductor electrónico», por así decirlo, para recordar rutas previamente recorridas y sustituir en ellas al conductor humano—, muchas cosas que no han salido al mercado debido a dificultades de producción. Me atrevo a afirmar que dentro de unas semanas habremos dado un salto que normalmente hubiera supuesto un siglo de trabajo.

—¿Y el problema del empleo, Mr. Peterkin? Muchas personas están preocupadas, pensando que pueden quedarse sin empleo. ¿Qué perspectivas hay en su industria en ese aspecto?

—Verá, cuando nos enteramos de la existencia de ese duplicador, inmediatamente empezamos a pensar en términos de drásticas reducciones de nuestras plantillas. Luego, a medida que hemos estudiado las posibilidades reales, nos hemos dado cuenta del verdadero alcance del problema. Necesitaremos seis veces más ingenieros, proyectistas y diseñadores de los que tenemos. Tendremos que prescindir del peonaje sin calificar; pero necesitaremos muchos más mecánicos, torneros, ajustadores y peonaje especializado... No podemos obtenerlos de otras industrias, que se encontrarán en el mismo caso que nosotros, de modo que tendremos que iniciar inmediatamente un gigantesco programa de capacitación...

—Muchas gracias, Mr. Peterkin —dijo el locutor—. Y ahora, establecemos conexión con el Departamento de Comercio, en Washington.

—Las perspectivas, por lo que se refiere a todas las formas de transporte de superficie y determinadas categorías de transporte aéreo son favorables. No se ha establecido aún si el efecto de duplicación puede ser extendido sobre circuitos metálicos o inalámbricos para cualquier distancia. Si la duplicación a larga distancia fuese factible, la mayor parte de nuestro material de transporte quedaría anticuado. Sin embargo, el aumento previsto en el tonelaje total manipulado, puede exigir una expansión del mercado de bienes manufacturados...

—...Wall Street.

—...Después de una incontenible ola de pánico, traducida en una psicosis de venta, los valores industriales y los de servicios públicos se han recuperado sorprendentemente a la hora del cierre...

—¿Se da cuenta? —dije, dirigiéndome a George—. Hemos estado corriendo como locos todo el día, sólo para volver al punto de partida.

George sacudió la cabeza lentamente.

—Se equivoca, John. No hemos vuelto al punto de partida. Esta mañana teníamos una economía basada en la escasez. Esta noche tenemos una economía basada en la abundancia. Esta mañana, teníamos una economía del dinero, era una economía del dinero, aunque el crédito fuera importante. Esta noche, tenemos una economía del crédito cien por cien. Esta mañana, el teniente y usted vendían estandarización. Esta noche venden diversidad.

»Toda la estructura de nuestra sociedad ha sufrido una transformación radical — George frunció el ceño, pensativamente—. Y, sin embargo, hasta cierto punto tiene usted razón: estamos donde estábamos. Han cambiado los factores, pero no los términos del problema. No lo comprendo.

—Bueno, tal vez la estructura no sea tan importante como usted cree, George — dije—. De todos modos, siga meditando en ello. Yo no tengo tiempo, ahora. Mañana será un día de mucho trabajo, y probablemente también los próximos días. —Terminé mi café y me puse en pie—. Disculpen, amigos, voy a acostarme.

Y aquel fue el primer día del duplicador, el día que marcó la pauta.

EN BUSCA DE SAN AQUINO

ANTHONY BOUCHER

El Obispo de Roma, el Jefe de la Sagrada, Católica y Apostólica Iglesia, el Vicario de Cristo en la Tierra —resumiendo, el Papa—, barrió de un manotazo una cucaracha que se paseaba por la mesa cubierta de mugre, bebió otro sorbo de vino tinto y reanudó su discurso.

—En algunos aspectos, Thomas —sonrió—, somos más fuertes ahora que cuando florecíamos en la libertad y la exaltación por las cuales continuamos rezando al término de la misa. Sabemos, como sabían en las catacumbas, que los que son de nuestro rebaño pertenecen a él sinceramente; que creen en la Santa Madre Iglesia porque creen en la hermandad de todos los hombres bajo la paternidad de Dios: no porque piensen en sus aspiraciones políticas, en sus ambiciones sociales, en su vida de negocios.

—Ni por la voluntad de la carne, ni por la voluntad del hombre, sino por la voluntad de Dios —murmuró Thomas, citando a San Juan.

El Papa asintió.

—En cierto sentido, hemos nacido de nuevo en Cristo; pero aún somos pocos: demasiado pocos, aunque incluyamos aquellos otros grupos que no pertenecen a nuestra fe, pero reconocen a Dios a través de la enseñanza de Lutero o Lao-tse, de Gautama Buda o Joseph Smith. Demasiados hombres se enfrentan con el momento supremo de su existencia, la muerte, sin el consuelo de una oración. Por eso, Thomas, debes persistir en tu búsqueda.

—Pero, Santidad —protestó Thomas—, si la palabra de Dios y el amor de Dios no les convierten, ¿qué pueden hacer los santos y los milagros?

—Me parece recordar —murmuró el Papa— que el propio Hijo de Dios formuló en cierta ocasión una protesta similar. Pero la naturaleza humana, por ilógico que pueda parecer, es parte de Su designio, y debemos amoldarnos a ella. Si las señales y las maravillas pueden conducir almas a Dios, no debemos omitir ningún medio para encontrar las señales y las maravillas. ¿Y qué puede ser mejor a ese respecto que ese legendario Aquino? Vamos, Thomas; no seas tan escrupulosamente exacto en copiar las dudas de tu homónimo, y prepárate para tu viaje.

El Papa levantó la piel que cubría el umbral de la puerta y pasó a la habitación contigua, con Thomas pegado a sus talones. Era más tarde de la hora de cierre establecida por la ley, y la sala principal de la taberna estaba vacía. El tabernero se levantó de la silla en la cual había estado dormitando, para dejarse caer de rodillas y besar el anillo en la mano que el Papa extendió hacia él. Luego se incorporó,

persignándose, al tiempo que dirigía una furtiva mirada a su alrededor, como si un Inspector de Lealtad pudiera haberle visto. Silenciosamente, señaló otra puerta en la parte trasera del local y los dos clérigos salieron por ella.

Hacia el oeste, el acantilado descendía suavemente hasta las mismas afueras del pueblo de pescadores. Hacia el sur, las estrellas eran claras y brillantes; hacia el norte, aparecían ligeramente empañadas por la persistente radiación de lo que en otros tiempos había sido San Francisco.

—Tu corcel está aquí —dijo el Papa, con algo parecido a la risa en su voz.

—¿Corcel?

—Podemos ser tan pobres y tan perseguidos como la iglesia primitiva, pero de cuando en cuando podemos obtener mayores ventajas de nuestros tiranos. He conseguido un robasno para ti, regalo de un Tecnarca que, al igual que Nicodemus, hace el bien a escondidas: es un converso secreto, y convertido por ese mismo Aquino en cuya busca vas.

Tenía un aspecto tan inofensivo como un montón de leña cubierta para protegerla de la posible lluvia. Thomas quitó las pieles y contempló las esbeltas líneas funcionales del robasno. Sonriendo, colocó sus mínimas pertenencias en sus serones y trepó a la silla de espuma. Las estrellas alumbraban lo suficiente para permitirle comprobar las coordenadas necesarias en su mapa y alimentar los controles electrónicos con los correspondientes datos.

Entretanto, resonó un murmullo en latín en medio del silencio nocturno, y la mano del Papa se movió sobre Thomas en el símbolo inmemorial. Luego extendió aquella mano, primero para dar a besar el anillo, y después para estrechar la mano de un amigo al cual podía estar viendo por última vez.

Cuando el robasno se puso en movimiento, Thomas miró hacia atrás. El Papa, prudentemente, estaba quitándose el anillo y deslizándolo en el tacón hueco de su zapato.

Thomas levantó la mirada hacia el cielo. En aquel altar, al menos, los cirios continuaban ardiendo abiertamente para la gloria de Dios.

Thomas no había cabalgado nunca en un robasno, pero se sentía inclinado, dentro de sus obvias limitaciones, a confiar en los productos de la Tecnarquía. Después de que varias millas de recorrido le demostraron que las coordenadas estaban debidamente registradas, levantó el respaldo de espuma, recitó las oraciones de la tarde (de memoria, la posesión de un breviario significaba la condena a muerte) y se entregó al sueño.

Estaban ladeando la zona devastada al este de la bahía cuando despertó. El asiento y el respaldo de espuma le habían proporcionado su mejor sueño en varios años, y tuvo que poner en juego toda su fuerza de voluntad para reprimir un sentimiento de envidia hacia los Tecnarcas y sus comodidades.

Recitó sus oraciones matinales, desayunó frugalmente y aprovechó su primera oportunidad para examinar el robasno a plena luz. Admiró las patas articuladas, tan necesarias desde que las carreteras se habían convertido en caminos vecinales, en el mejor de los casos, excepto en las zonas metropolitanas; las ruedas laterales, que podían ser bajadas y entrar en funcionamiento cuando las condiciones de la superficie lo permitían; y por encima de todo el liso hocico negro que albergaba el cerebro electrónico: el cerebro que almacenaba órdenes y datos acerca de los objetivos finales y tomaba sus propias decisiones en lo que respecta al modo de cumplir aquellas órdenes teniendo en cuenta aquellos datos; el cerebro que hacía que el aparato no fuera un animal, como el asno que su Salvador había montado, ni una máquina, como el jeep de la época de su bisabuelo, sino un robot... un robasno.

—Bueno —dijo una voz—, ¿qué opinas del viaje?

Thomas miró a su alrededor. Se encontraba en una zona desolada, tan desprovista de gente como de vegetación.

—Bueno —repitió la voz, inexpresiva—, ¿acaso los clérigos no aprenden a contestar cuando son interrogados cortésmente?

No había ninguna inflexión pesquisidora en la pregunta. Ninguna clase de inflexión, todas las sílabas sonaban igual. Un sonido raro, mecáni...

Thomas contempló fijamente el negro hocico del robasno.

—¿Estás hablando conmigo? —le preguntó al robasno.

—Ja, ja —dijo la voz, en vez de reír—. Sorprendido, ¿no es cierto?

—Un poco —confesó Thomas—. Creía que los únicos robots que pueden hablar estaban en los servicios de información de las bibliotecas y otros por el estilo.

—Yo soy un modelo nuevo. Diseñado-para-proporcionar-conversación-al-viajero-aburrido —dijo el robasno, enlazando las palabras como si aquella frase fuera soltada de una vez por uno de sus engranajes binarios más simples.

—Bueno —dijo Thomas—. Siempre se conocen nuevas maravillas.

—Yo no soy ninguna maravilla. Soy un robot muy simple. Tú no sabes gran cosa acerca de los robots.

—Admito que nunca he estudiado el tema a fondo. Confieso que el concepto robótico en sí me desconcierta un poco. Parece como si el hombre se arrogara unos poderes que sólo corresponden a...

Thomas se interrumpió bruscamente.

—No temas —zumbó la voz—. Puedes hablar libremente. Me han suministrado todos los datos relativos a tu vocación y tu misión. Era necesario, ya que de otro modo podría haberte traicionado inadvertidamente.

Thomas sonrió.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Esto podría resultar agradable: tener un ser con el que poder hablar sin temor a ser traicionado...

—Un ser —repitió el robasno—. ¿No corres el riesgo de incurrir en pensamientos heréticos?

—A decir verdad, resulta un poco difícil clasificarte: alguien que puede hablar y pensar pero que no tiene alma.

—¿Estás seguro de eso?

—Desde luego que lo estoy... —afirmó Thomas—. ¿Te importaría que dejáramos de hablar unos instantes? Me gustaría meditar y adaptarme a la situación.

—No me importa. Nunca me importa. Me limito a obedecer. Lo cual equivale a decir que me importa... Me han cebado con un lenguaje muy oscuro.

—Si continuamos juntos —dijo Thomas—, trataré de enseñarte el latín. Creo que te gustará más. Y ahora déjame meditar.

El robasno se desvió automáticamente hacia el este para escapar de la permanente fuente de radiación que había sido el primer ciclotrón. Thomas tecleó en su chaqueta. La combinación de diez botones pequeños y uno mayor formaba una moda singular; pero era mucho más seguro que llevar un rosario, y, por fortuna, los Inspectores de Lealtad no habían descubierto aún el objetivo funcional de la moda.

Los Misterios Gloriosos parecían apropiados al posible desenlace glorioso de su aventura; pero sus meditaciones eran incapaces de concentrarse en los Misterios. Mientras murmuraba sus *Avemarías*, estaba pensando:

Sí el profeta Balaam conversó con su asno, yo puedo conversar con mi robasno. Balaam siempre me ha intrigado. No era un israelita; era un hombre de Moab, que adoraba a Baal; y luchaba contra Israel y, sin embargo, era un profeta del Señor. Bendijo a los israelitas cuando le habían ordenado maldecirlos; y, en recompensa, fue degollado por los israelitas cuando éstos triunfaron sobre Moab. La historia no tiene sentido; parece querer demostrar que hay partes del Plan Divino que nunca comprenderemos...

Estaba dormitando en el asiento de espuma cuando el robasno se paró bruscamente, ajustándose con rapidez a datos exteriores que no le habían sido proporcionados previamente. Thomas parpadeó al ver a un hombre gigantesco que le miraba con ceñuda expresión.

—Zona habitada a una milla de distancia —ladró el hombre—. Si vas allí, muéstrame tu pase de acceso. Si no lo tienes, apártate de la carretera y mantente alejado de ella.

Thomas observó que se encontraban en lo que con un poco de buena voluntad podía llamarse una carretera, y que el robasno había bajado sus ruedas laterales y encogido sus patas.

—No voy hacia allí —dijo—. Me dirijo a las montañas.

El gigante gruñó y estaba a punto de dar media vuelta cuando una voz gritó desde el cobertizo que se alzaba al borde de la carretera:

—¡Eh, Joe! ¡Recuerda lo de los robasnos!

Joe se detuvo.

—Sí, es verdad. Dicen que un robasno ha caído en manos de unos cristianos. —Escupió sobre el polvoriento suelo—. Enséñame el certificado de propiedad.

A sus otras dudas, Thomas añadió ahora ciertas sospechas muy poco caritativas acerca de las motivaciones del anónimo Nicodemus del Papa, que no le había proporcionado tal certificado. Pero fingió buscarlo, llevándose en primer lugar la mano a la frente, como si pensara, luego al pecho, luego al hombro izquierdo y luego al derecho.

Los ojos del guardián permanecieron inexpresivos mientras contemplaba aquella furtiva versión de la señal de la cruz. Después inclinó la mirada. Thomas le imitó y vio que el pie derecho del guardián había dibujado en el polvo de la carretera las dos líneas curvas que los niños utilizan para trazar su primer dibujo de un pez... y que los cristianos de las catacumbas habían empleado como símbolo de su fe.

El pie del guardián borró el pez mientras llamaba a su invisible compañero.

—¡Todo en orden, Fred! —dijo. Y añadió—: Adelante, *míster*.

El robasno esperó hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de aquellos hombres antes de observar:

—Muy astuto. Serías un buen agente secreto.

—¿Cómo has visto lo que ha sucedido? —preguntó Thomas—. No tienes ningún ojo.

—Factor psíquico modificado. Mucho más eficaz.

—Entonces... —Thomas vaciló—. ¿Significa eso que puedes leer mis pensamientos?

—Un poco. Pero, no te preocupes. Las tonterías que puedo leer no me interesan.

—Gracias —dijo Thomas.

—Creer en Dios. Bah. —Era la primera vez que Thomas oía pronunciar esta última exclamación tal como se escribe—. Tengo una mente lógica que no puede incurrir en tales errores.

—Yo tengo un amigo —sonrió Thomas— que también es infalible. Pero sólo en determinadas ocasiones, y sólo porque Dios está con él.

—Ningún ser humano es infalible.

—Entonces —dijo Thomas, sintiéndose súbitamente poseído por el espíritu del anciano jesuita que le había enseñado filosofía—, ¿puede la imperfección crear perfección?

—No sofistiquemos —dijo el robasno—. Eso no es más absurdo que tu propia creencia de que Dios, que es perfección, creó al hombre que es imperfección.

Thomas deseó que su anciano profesor hubiera estado allí para replicar a aquel argumento. Al mismo tiempo, se sintió tranquilizado por el hecho de que el robasno no había contestado a su propia objeción.

—No estoy seguro —dijo— de que eso pueda penetrar en un cerebro diseñado-para-proporcionar-conversación-al-viajero-aburrido. Vamos a suspender la discusión mientras me dices lo que creen los robots, si es que creen algo.

—Creemos en los datos que nos son suministrados.

—Pero vuestras mentes trabajan con ellos; seguramente desarrollan ideas

propias...

—A veces sí, y si los datos suministrados son imperfectos pueden desarrollar ideas muy extrañas. Oí hablar de un robot que se encontraba en una aislada estación espacial y que adoraba a un Dios de los robots, negándose a creer que le había creado un hombre.

—Supongo —murmuró Thomas— que argüía que no había sido creado a imagen nuestra. Me alegro de que nosotros —al menos ellos, los Tecnarcas— se hayan limitado a fabricar robots usiformes como tú, cada uno diseñado para la función que ha de cumplir, sin tratar de reproducir la forma humana.

—Eso no sería lógico —dijo el robasno—. El hombre es una máquina, pero no ha sido diseñada para ningún propósito específico. Y, no obstante, he oído decir que en cierta ocasión...

La voz se interrumpió bruscamente en medio de la frase.

De modo que incluso los robots tenían sus sueños, pensó Thomas. En aquella ocasión existió un super-robot a imagen de su creador Hombre. Partiendo de aquella idea podía desarrollarse toda una teología robótica...

Súbitamente Thomas se dio cuenta de que había vuelto a adormecerse y había sido despertado de nuevo por una brusca detención. Miró a su alrededor. Se encontraban al pie de una montaña —probablemente la montaña de su mapa— y no había nadie a la vista.

—De acuerdo —dijo el robasno—. He efectuado un largo recorrido y mis mecanismos están llenos de polvo y un poco desajustados. Te enseñaré a reajustarlos. Después puedes cenar, y tomarte un buen descanso. Mañana emprendemos el regreso.

Thomas se quedó boquiabierto.

—Pero... mi misión es la de encontrar a Aquino. Puedo dormir mientras tú sigues adelante. Tú no necesitas ninguna clase de descanso, ¿verdad? —añadió consideradamente.

—Desde luego que no. Pero, ¿cuál es tu misión?

—Encontrar a Aquino —respondió Thomas pacientemente—. Ignoro qué detalles te han sido proporcionados. Pero a los oídos de Su Santidad ha llegado la noticia de que en esta zona vivió hace muchos años un hombre muy virtuoso...

—Lo sé, lo sé —dijo el robasno—. Su lógica era tan irrefutable que todos los que le oían se convertían a la Iglesia, y desde que murió su tumba secreta se ha convertido en un lugar de peregrinación, y son muchos los milagros que ha obrado, y por encima de todas las señales de santidad, su cuerpo se ha conservado incorrupto, y en estos tiempos necesitáis señales y maravillas para convencer a la gente.

Thomas frunció el ceño. Aquellas palabras, pronunciadas con inhumana monotonía, resultaban de una intolerable irreverencia. Cuando Su Santidad había hablado de Aquino, Thomas había imaginado la gloria de un hombre de Dios sobre la tierra: la elocuencia de San Juan Crisóstomo, la fuerza lógica de Santo Tomás de

Aquino, la poesía de San Juan de la Cruz... y, por encima de todo, aquel milagro físico que muy pocos santos habían merecido: la conservación sobrenatural de la carne...

El robasno habló de nuevo.

—Tu misión no es la de encontrar a Aquino. Es la de informar que le has encontrado. Entonces, tu ocasionalmente infalible amigo podrá canonizarle y proclamar un nuevo milagro, y muchos se convertirán, y la fe del rebaño quedará fortalecida. Y en esta época, cuando viajar resulta tan dificultoso, ¿quién emprenderá una peregrinación para descubrir que aquí no hay ningún Aquino?

—La fe no puede basarse en una mentira —dijo Thomas.

—No —dijo el robasno—. Mi pregunta no tenía ninguna intención irónica. El problema del lenguaje tiene que haber sido resuelto en aquella perfecta...

De nuevo se interrumpió a media frase. Pero antes de que Thomas pudiera hablar, continuó:

—No importa que sea una pequeña falsedad lo que conduzca a los hombres a la Iglesia, si una vez dentro de ella creen lo que vosotros pensáis que son las grandes verdades. Lo que necesitan es el informe, no el descubrimiento. Y tú estás ya cansado de viajar, muy cansado, sientes dolores musculares debido a lo desacostumbrado de tu postura, y la cosa va a empeorar cuando iniciemos la ascensión a la montaña y me vea obligado a ajustar mis patas a las desigualdades del terreno. El viaje te resultará dos veces más incómodo que hasta ahora. El hecho de que no me interrumpas demuestra que estás de acuerdo conmigo. Sabes que lo más sensato es que duermas esta noche en el suelo, para cambiar, y emprender el regreso mañana por la mañana. Incluso podemos quedarnos aquí un par de días, para que transcurra un período de tiempo más plausible. Luego puedes presentar tu informe, y...

En algún recodo de su mente soñolienta, Thomas pronunció los nombres de «¡Jesús, María y José!». Poco a poco, empezó a filtrarse en su cerebro la idea de que una inflexión absolutamente monótona es muy apropiada para la hipnosis.

—*¡Retro me, Satanas!* —exclamó Thomas en voz alta. Y añadió—: Sube la montaña. Es una orden y tienes que obedecer.

—Obedeceré —dijo el robasno—. Pero, ¿qué has dicho antes de eso?

—Perdona —dijo Thomas—. Debí empezar por enseñarte el latín.

El pueblo serrano era demasiado pequeño para ser considerado como una zona habitada merecedora de control militar y de pases de acceso, pero poseía una buena posada.

Mientras desmontaba del robasno, Thomas empezó a darse cuenta de la exactitud de aquellas observaciones acerca de los dolores musculares, pero trató de disimularlo. No estaba de humor para darle al factor psíquico modificado la oportunidad de registrar el pensamiento: «Ya te lo advertí».

La camarera de la posada era indudablemente una híbrida marciana-americana. El desarrollado torso marciano y los desarrollados senos americanos formaban una espectacular combinación. Su sonrisa era todo lo que un forastero pedía, y posiblemente un poco más de lo que debía, pedir. Y se mostraba sumamente servicial, no sólo atendiendo a la mesa, sino también ofreciendo la escasa información que cabía esperar acerca de aquel pueblo perdido en la montaña.

Pero no reaccionó en absoluto cuando Thomas colocó como al descuido sobre la mesa dos cuchillos entrecruzados en forma de X.

Mientras estiraba las piernas después del desayuno, Thomas pensó en el torso y en los senos de la camarera; aunque, como es de suponer, para él eran un mero símbolo de la extraordinaria naturaleza de su origen. El hecho de que aquellas dos razas, separadas por innumerables eones, fueran capaces de fertilizarse mutuamente, era una prueba de la preocupación divina por Sus Criaturas.

Y, sin embargo, persistía el hecho de que los descendientes, tales como aquella muchacha, eran estériles para las dos razas: un hecho conveniente y provechoso a la vez para ciertos traficantes interplanetarios...

Thomas se recordó a sí mismo apresuradamente que no había recitado aún sus oraciones matinales.

Estaba muy avanzada la tarde cuando Thomas volvió a acercarse al robasno estacionado delante de la posada. A pesar de que no había esperado enterarse de nada en un solo día, Thomas se sentía irrazonablemente decepcionado. Los milagros debían producirse con más rapidez.

Conocía aquellos pueblos aislados, donde iban a parar los que no tenían nada que hacer en el mundo de la Tecnarquía. La civilización, tecnológicamente muy elevada, del Imperio Tecnárquico, en los tres planetas, sólo existía en centros metropolitanos dispersos, situados cerca de los grandes puertos en los otros lugares, descontadas las zonas completamente devastadas, los retrasados mentales, los descontentos, habían arrastrado una existencia penosa por espacio de mil años, en aldeas que pasaban meses enteros sin ser visitadas por los Inspectores de Lealtad, aunque por alguna misteriosa casualidad (y Thomas pensó de nuevo en los factores psíquicos modificados), cualquier avance tecnológico en una de aquellas aldeas atraía un enjambre de Inspectores.

Thomas había hablado con hombres estúpidos, había hablado con hombres perezosos, había hablado con hombres listos y furiosos. Pero no había hablado con ningún hombre que respondiera a sus discretas señales, con ningún hombre al cual se atreviera a formular una pregunta que contuviera el nombre de Aquino.

—¿No ha habido suerte? —preguntó el robasno.

—Me pregunto si deberías hablarme en público —dijo Thomas, desalentado—. No creo que esos aldeanos estén enterados de que los robots pueden hablar.

—Entonces, ya es hora de que lo aprendan. Pero, si te molesta, puedes ordenarme que me calle.

—Estoy cansado —dijo Thomas—. Cansado por encima de toda posible molestia. Y, en lo que respecta a tu pregunta, no, no ha habido suerte.

—Entonces, podemos emprender el viaje de regreso esta noche —dijo el robasno. Thomas vaciló.

—No —dijo finalmente—. Creo que debemos quedarnos hasta mañana, como mínimo. La gente suele reunirse en la posada al anochecer. Y siempre existe la posibilidad de pescar algo.

—Ja, ja —dijo el robasno.

—¿Es eso una risa? —inquirió Thomas.

—Deseaba expresar el hecho de que he reconocido el humor en tu juego de palabras.

—¿Mi juego de palabras?

—Yo estaba pensando lo mismo. La camarera es muy atractiva desde el punto de vista humanoide, y vale la pena intentar pescar algo.

—Escucha. Sabes perfectamente que no me refería a nada semejante. Soy un...

Se interrumpió. No consideró prudente pronunciar la palabra *sacerdote* en voz alta.

—Y tú sabes perfectamente que el celibato de los sacerdotes es una cuestión de disciplina, y no de doctrina. Bajo tu propio Papa, sacerdotes de otros ritos tales como el bizantino y el anglicano están dispensados del voto de castidad. E incluso dentro del rito romano al cual perteneces, ha habido épocas en la historia en que ese voto no era tomado en serio ni siquiera en los niveles más altos del sacerdocio. Estás cansado, necesitas consuelo corporal y espiritual, necesitas comodidad y calor. ¿Acaso no está escrito en el libro del profeta Isaías: «Alégrate con ella, que puede satisfacerte y ser tu consuelo...»?

—¡Demonio! —estalló Thomas súbitamente—. Cállate de una vez, no vayas a citarme a continuación el Cantar de los Cantares de Salomón. El cual no es más que una alegoría relativa al amor de Cristo hacia Su Iglesia, tal como me enseñaron en el seminario.

—¿Te das cuenta de lo frágil y humano que eres? —dijo el robasno—. Yo, un simple robot, te he arrancado un juramento.

—*Distinguo* —puntualizó Thomas—. He dicho *Demonio*, lo cual no significa tomar el nombre de Dios en vano.

Se dirigió hacia la posada, momentáneamente satisfecho consigo mismo... y profundamente intrigado por la cantidad y la variedad de datos que parecían haber sido «introducidos» en el robasno.

Más tarde, Thomas no fue capaz de reconstruir aquella velada con absoluta claridad.

Sin duda porque estaba enojado —con el robasno, con su misión y consigo

mismo—, bebió el áspero vino local. Y sin duda porque estaba físicamente agotado, el vino le afectó de un modo tan rápido e inesperado.

Sus recuerdos eran entrecortados y confusos. Un momento de verterse encima el contenido de un vaso, pensando: «Es una suerte que la ropa talar esté prohibida; así nadie puede reconocer la mala conducta de un clérigo.» Un momento de escuchar unos versos impúdicos de *Un traje espacial construido para dos*, y otro momento de sí mismo interrumpiendo el recitado con una sonora declamación de párrafos del Cantar de los Cantares en latín.

No podía estar seguro de que un momento recordado fuera real o imaginario. Podía saborear una cálida boca y sentir el cosquilleo en sus dedos al tocar una carne marciano-americana; pero nunca supo a ciencia cierta si aquello era un verdadero recuerdo o formaba parte del sueño que el diablo había provocado en él.

Ni siquiera estaba seguro de cuál de sus símbolos, o dirigido a quién, fue ejecutado con tanta torpeza como para provocar un alegre grito de «¡Maldito perro cristiano!» Recordaba maravillado que aquellos que se mostraban más resueltamente incrédulos necesitaban el nombre de Dios para blasfemar. Y luego empezó el tormento.

Nunca supo si una boca había tocado o no sus labios, pero no cabía duda de que numerosos puños los habían encontrado. Nunca supo si sus dedos habían tocado senos, pero era indudable que habían sido aplastados por pesados talones. Recordaba un rostro que reía a carcajadas mientras su dueño enarbolaba la silla que rompió dos costillas. Recordaba otro rostro con vino tinto goteando sobre él de una botella mantenida en alto, y recordaba el reflejo de la luz de las velas en la botella mientras descendía.

Su recuerdo siguiente era la acequia y la mañana y el frío. Especialmente el frío, porque todas sus ropas habían desaparecido, con parte de su piel. No podía moverse. Sólo podía permanecer allí tendido y mirar.

Les vio pasar, los que ayer habían hablado con él, los que se habían mostrado amistosos. Vio que le miraban y apartaban rápidamente los ojos. Vio pasar a la camarera, que ni siquiera miró hacia la acequia: sabía lo que había en ella.

El robasno estaba a la vista en alguna parte. Thomas trató de proyectar sus pensamientos, trató desesperadamente de confiar en el factor psíquico modificado.

Un hombre al cual no había visto hasta entonces se acercaba tecleando los botones de su chaqueta. Había diez botones pequeños y uno grande, y los labios del hombre se movían silenciosamente.

Aquel hombre miró hacia la acequia. Se detuvo un momento y miró a su alrededor. En algún lugar cercano restalló el sonido de una carcajada.

El cristiano se alejó rápidamente, rezando con devoción su botón-rosario.

Thomas cerró los ojos.

Los abrió en una pequeña habitación. Los paseó desde las rústicas paredes de madera hasta las ásperas aunque limpias y cálidas mantas que le cubrían. Luego los

posó en rostro moreno y enjuto que sonreía inclinado sobre él.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó una voz profunda—. Sí, lo sé, quieres decir «¿Dónde estoy?», y piensas que sería una estupidez decirlo. Estás en la posada. Es el único lugar decente.

—No puedo permitir... —empezó a decir Thomas, Luego recordó que no estaba en condiciones de permitir o de dejar de permitir. Incluso los pocos créditos que llevaba para un caso de emergencia habían desaparecido cuando le desnudaron.

No te preocupes —dijo la voz profunda—. Yo corro con todos los gastos. ¿Te apetece comer algo?

—Tal vez un poco de arenque —dijo Thomas... y se quedó dormido inmediatamente.

Cuando volvió a despertar había una taza de café caliente a su lado. Y algo en un plato. Luego, la voz profunda dijo en tono de disculpa:

—Bocadillos. Es lo único que tienen hoy en la posada.

Sólo al empezar el segundo bocadillo Thomas se detuvo el tiempo suficiente para observar que era de jamón, uno de sus manjares preferidos. Se lo comió más despacio, saboreándolo, y cuando alargaba la mano hacia el tercero el hombre moreno dijo:

—Tal vez sea suficiente, por ahora. El resto para más tarde.

Thomas señaló el plato.

—¿No quiere usted uno?

—No, gracias. Todos son de jamón.

Unas ideas confusas se atropellaron en la mente de Thomas. Trató de recordar lo que sabía acerca de la ley mosaica. En algún lugar del Levítico...

El hombre moreno siguió sus pensamientos.

—*Tref* —dijo.

—¿Cómo ha dicho?

—No está permitido por la ley judía.

Thomas frunció el ceño.

—¿Me está usted diciendo que es un judío ortodoxo? ¿Cómo puede confiar en mí? ¿Cómo sabe que no soy un Inspector?

—Créeme, confío en ti. Estabas muy enfermo cuando te traje aquí. Envié a todo el mundo fuera porque no quería que oyesen las cosas que dirías... Padre —añadió con la mayor naturalidad.

Thomas enrojeció.

—Yo... no merezco esto —tartamudeó—. Me emborraché y me desprestigié a mí mismo y a mi ministerio. Y cuando estaba tendido allí en la acequia ni siquiera pensé en rezar. Puse mi confianza en... ¡Dios me perdone! En el factor psíquico modificado de un robasno.

—Y Él te ayudó —le recordó el judío—. O permitió que yo te ayudara.

—Y todos pasaron de largo —gruñó Thomas—. Incluso uno que estaba rezando

el rosario. Pasó de largo. Y luego llegó usted... el buen samaritano.

—Si hay algo que no soy —dijo el judío secamente— es un samaritano. Ahora, procura dormir. Yo trataré de encontrar tu robasno... y lo otro.

Abandonó la habitación antes de que Thomas pudiera preguntarle a qué se refería.

Más tarde, el judío —se llamaba Abraham— se presentó para informarle de que el robasno se encontraba en un cobertizo, detrás de la posada. Al parecer había sido lo bastante prudente como para no sobresaltarle entablando conversación con él.

Hasta el día siguiente no aludió a «lo otro».

—Créeme, Padre —dijo amablemente—, después de cuidarte ignoro muy pocas cosas acerca de tu personalidad y de los motivos que te han traído a este lugar. Aquí hay algunos cristianos a los cuales conozco, y ellos me conocen a mí. Nos tenemos mutua confianza. Los judíos pueden ser odiados, pero no por mucho tiempo, alabado sea Dios, por adoradores del mismo Señor. De modo que les he hablado de ti. Uno de ellos —añadió con una sonrisa— se ruborizó intensamente.

—Dios le ha perdonado —dijo Thomas—. Había gente cerca... la misma gente que me atacó. ¿Cabía esperar que arriesgara su vida por la mía?

—Me parece recordar que eso es precisamente lo que tu Mesías exige... Pero, dejemos eso. Ahora que saben quién eres, desean ayudarte. Mira, me han dado este mapa para ti. El camino es intrincado, es una suerte que dispongas del robasno. Sólo te piden un favor: cuando regreses, ¿les oirás en confesión y celebrarás una misa? Hay una cueva cerca de aquí muy a propósito.

—Desde luego. Esos amigos suyos, ¿le han hablado a usted de Aquino?

El judío vaciló largo rato antes de contestar lentamente:

—Sí...

—¿Y?

—Créeme, amigo mío, no lo sé Parece un milagro. Y ayuda a mantener viva la fe. Mi propia fe ha vivido durante largo tiempo de unos milagros que se remontan a más de tres mil años. Tal vez si hubiera oído a Aquino en persona...

Thomas inquirió:

—¿Le importa que rece por usted, en mi fe?

Abraham sonrió.

—Que por muchos años puedas rezar, Padre.

Las costillas, sin soldar del todo, le dolían terriblemente mientras trepaba a la silla de espuma. El robasno esperó pacientemente mientras Thomas introducía en él las coordenadas del mapa. No habló hasta que estuvieron lejos del pueblo.

—De todos modos —dijo—, ahora estás a salvo.

—¿Qué quieres decir?

—En cuanto bajemos de la montaña, mirarás deliberadamente a un Inspector. Le pondrás sobre la pista del judío. Y a partir de aquel momento quedarás inscrito en los

libros como un fiel sirviente de la Tecnarquía, y no habrás perjudicado a nadie de tu propio rebaño.

Thomas resopló.

—Te estás pasando de la raya, Satanás. Ni siquiera remotamente se me ha ocurrido esa idea. Es inconcebible lo que dices.

—Tampoco querías oír hablar de la camarera. Tu Dios ha dicho que el espíritu es fuerte, pero que la carne es débil.

—Y ahora mismo —dijo Thomas— la carne es demasiado débil incluso para tentaciones carnales. Ahorra tu aliento... o lo que utilices en su lugar.

Ascendieron en silencio. El camino señalado por las coordenadas era muy intrincado, evidentemente trazado a propósito para despistar a los posibles Inspectores.

Súbitamente Thomas se arrancó a sus meditaciones y profirió un sobresaltado «¡Eh!» mientras el robasno penetraba directamente en una espesa maraña de arbustos.

—Las coordenadas lo indican así —afirmó el robasno tranquilamente.

Por un instante, Thomas se sintió como el hombre del cuento infantil que cae en medio de un zarzal y los espinos le arrancan los dos ojos. Luego, los arbustos desaparecieron, y el robasno penetró en un angosto pasadizo labrado en la roca.

Luego penetró en una cueva de unos diez metros de diámetro y cuatro de altura, y allí, sobre una especie de tosco catafalco de piedra, yacía el cadáver incorrupto de un hombre.

Thomas se deslizó de la silla de espuma, gimiendo a causa de sus doloridas costillas, se arrodilló y elevó al cielo una silenciosa plegaria de gratitud. Dirigió una sonrisa al robasno, confiando en que el factor psíquico modificado podría detectar los elementos de piedad y de triunfo en aquella sonrisa.

Luego, la sombra de una duda nubló su rostro mientras se acercaba al cadáver.

—Antiguamente, en los procesos de canonización —dijo, tanto para sí mismo como para el robasno—, solían tener lo que ellos llamaban un abogado del diablo, cuya obligación era la de arrojar todas las dudas posibles sobre la evidencia.

—Un papel que te caería que ni pintado, Thomas —dijo el robasno.

—Si yo fuera el abogado del diablo —murmuró Thomas—, empezaría por interrogarme acerca de las cuevas. Algunas de ellas poseen propiedades peculiares que conservan los cuerpos a través de una especie de momificación...

El robasno se había acercado al catafalco.

—Este cuerpo no está momificado —dijo—. No te preocupes.

—¿Crees que el factor psíquico modificado te permite asegurarlo? —sonrió Thomas.

—No —respondió el robasno—. Pero te demostraré por qué Aquino no pudo ser momificado.

Levantó su articulada pata delantera y dejó caer la pezuña sobre la mano del cadáver. Thomas profirió una exclamación de horror ante aquel sacrilegio... y luego

contempló boquiabierto la destrozada mano.

Allí no había sangre, ni bálsamo, ni carne desgarrada. No había más que una piel rasgada y debajo de ella una enmarañada masa de tubos de plástico y alambres.

El silencio se prolongó largo rato. Finalmente, el robasno dijo:

—Tenías que enterarte. Solamente tú, desde luego.

—Y todo este tiempo —murmuró Thomas— perdido en busca de un santo que únicamente existía en tus sueños... El único robot perfecto en forma de hombre.

—Su constructor murió, y sus secretos se perdieron —dijo el robasno—. Pero no importa, volveremos a encontrarlos.

—Todo para nada. Para menos de nada. El «milagro» fue realizado por la Tecnarquía.

—Cuando Aquino murió —continuó el robasno—, y digo murió para que podamos entendernos, acababa de sufrir algunos fallos mecánicos y no se atrevió a acudir a un taller de reparaciones porque esto hubiera revelado su naturaleza. Esto no lo sabrá nadie más que tú. En tu informe, desde luego, dirás que has encontrado el cuerpo de Aquino y que realmente estaba incorrupto. Esta es la verdad y nada más que la verdad, y si no es toda la verdad nadie se preocupará en averiguarlo. Deja que tu infalible amigo utilice el informe, y te aseguro que no se mostrará desagradecido contigo.

—Espíritu Santo, dame gracia y discernimiento —murmuró Thomas.

—Tu misión ha sido un éxito. Ahora regresaremos, la Iglesia creará, y tu Dios ganará muchos más adoradores para entonar alabanzas a Sus inexistentes oídos.

—¡Maldito seas! —exclamó Thomas—. Y esto sería realmente una maldición, si tuvieras un alma que maldecir.

—¿Estás seguro de que no la tengo? —dijo el robasno.

—Sé lo que eres. Sé que eres el mismo diablo, merodeando por el mundo en busca de la destrucción de los hombres. Eres el enemigo que acecha en la oscuridad. Eres un robot puramente fundacional construido y alimentado para tentarme.

—No para tentarte —dijo el robasno—. No para destruirte. Para guiarte y salvarte. Nuestras mejores computadoras señalan una probabilidad del 51,5 por ciento de que dentro de veinte años serás el próximo Papa. Si consigo infundirte un poco de sentido práctico, la probabilidad puede aumentar hasta un 97,2 por ciento. ¿No deseas ver gobernada la Iglesia que tú sabes que puedes gobernarla? Si confieras que has fracasado en esta misión, perderás el favor de tu amigo, el cual, como tú mismo admites, es falible la mayor parte del tiempo. Perderás las ventajas de posición y de contactos que pueden conducirte al birrete rojo de Cardenal, aunque no puedas lucirlo bajo la Tecnarquía, y luego...

—¡Basta! —El rostro de Thomas resplandecía y en sus ojos brillaba algo que el factor psíquico modificado no había detectado en ellos hasta entonces—. ¿No te das

cuenta? ¡Esto es el triunfo! ¡Este es el final perfecto de la búsqueda!

La pata articulada rozó la mano del cadáver.

—¿Esto?

—Esto es *tu* sueño. Esto es *tu* perfección. ¿Y qué salió de esta perfección? Este cerebro lógico, perfecto —este cerebro que lo comprendía y abarcaba todo, no especializado funcionalmente como el tuyo—, sabía que estaba hecho por el hombre, y su razón le obligó a creer que el hombre estaba hecho por Dios. Y comprendió que su deber era el de conducir al hombre hacia su Creador, Dios. Su deber era el de convertir al hombre, el de aumentar la gloria de Dios. ¡Y lo convirtió mediante la fuerza de su cerebro perfecto!

»Ahora comprendo el nombre de Aquino —continuó, para sí mismo—. Conocemos a Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, el razonador perfecto de la Iglesia. Sus escritos se han perdido, pero seguramente podremos encontrar un ejemplar en alguna parte del mundo. Podremos capacitar a nuestros jóvenes para que desarrollen al máximo su capacidad de razonamiento. Durante demasiado tiempo hemos confiado únicamente en la fe; esta no es una época de fe. Tenemos que poner la razón a nuestro servicio. ¡Y Aquino nos ha enseñado que la razón perfecta sólo puede conducir hasta Dios!

—En tal caso, es más necesario que nunca que aumentes las probabilidades de convertirte en Papa para llevar adelante ese programa. Sube a la silla de espuma. Regresaremos, y por el camino te enseñaré algunas cosas que te ayudarán para asegurarte...

—No —dijo Thomas—. No soy tan fuerte como San Pablo, que podía vanagloriarse de sus imperfecciones... No, prefiero decir con el Salvador: «No nos dejes caer en la tentación.» Me conozco a mí mismo. Soy débil y estoy lleno de incertidumbres, y tú eres muy listo. Vete. Sabré encontrar por mí mismo el camino de regreso.

—Estás enfermo. Tienes las costillas rotas y doloridas. No podrás regresar solo. Necesitas mi ayuda. Si quieres, puedes ordenarme que permanezca silencioso. Es muy necesario para la Iglesia que regreses junto al Papa sano y salvo con tu informe. Por tus propios medios, no lo conseguirás.

—¡Vete! —gritó Thomas—. ¡Vuelve junto a Nicodemus... o Judas! Es una orden. Obedece.

—No creerás que fui realmente condicionado para obedecer tus órdenes... Esperaré en el pueblo. Si consigues llegar hasta allí, te alegrarás al verme.

Las patas del robasno resonaron metálicamente sobre el pasadizo de piedra. Cuando el eco se apagó, Thomas cayó de rodillas al lado del cadáver del que para él sería en adelante San Aquino, el Robot.

Sus costillas le producían un dolor más terrible que nunca. El viaje, solo, sería espantoso...

Sus plegarias se alzaron como nubes de incienso. Y a través de todos sus

pensamientos discurrió el grito del padre del epiléptico de Cesárea:
—*¡Creo, oh, Señor! ¡Sálvame Tú de la incredulidad!*

LOS NUEVE BILLONES DE NOMBRES DE DIOS

ARTHUR C. CLARKE

—Es un pedido que se sale de lo corriente —dijo el Dr. Wagner, procurando disimular su desconcierto—. Que yo sepa, es la primera vez que alguien encarga una Computadora Automática para un monasterio tibetano. No quisiera parecer curioso, pero nunca se me hubiese ocurrido que su... ejem... establecimiento podía utilizar una máquina semejante. ¿Podría explicarme lo que pretenden hacer con ella?

—Con mucho gusto —respondió el Lama, alisando su bata de seda y apartando cuidadosamente la regla deslizante que había estado utilizando para calcular unas equivalencias monetarias—. Su Computadora Mark V puede realizar cualquier operación matemática rutinaria con cifras de hasta diez dígitos. Sin embargo para nuestro trabajo estamos interesados en *letras*, no en números. Por eso deseamos que modifique usted los circuitos, de modo que la máquina imprima palabras, en vez de columnas de cifras.

—No acabo de comprender...

—Este es un proyecto en el cual hemos estado trabajando durante los últimos tres siglos: desde que se fundó el monasterio, en realidad. Es algo ajeno a su mentalidad, de modo que confío en que me escuchará poniendo en juego toda su capacidad de comprensión.

—Naturalmente.

—Se trata de algo muy sencillo. Hemos estado compilando una lista que debe contener todos los nombres posibles de Dios.

—Disculpe, pero...

—Tenemos motivos para creer —continuó el Lama inperturbablemente— que todos esos nombres pueden ser escritos con un máximo de nueve letras en un alfabeto que hemos ideado.

—¿Y han estado haciendo eso durante tres siglos?

—Sí. Pensábamos que tardaríamos unos mil quinientos años en completar la tarea.

—¡Oh! —El desconcierto del doctor Wagner iba en aumento—. Ahora comprendo por qué desean alquilar una de nuestras máquinas. Pero, ¿cuál es el *objetivo* concreto de ese proyecto?

El Lama vaciló por espacio de una fracción de segundo, y Wagner se preguntó si le había ofendido. De ser así, no hubo rastro de enojo en la respuesta.

—Llámele un rito, si quiere, pero es una parte fundamental de nuestra creencia. Todos los nombres del Ser Supremo —Dios, Jehová, Alá, etc.— son únicamente

etiquetas ideadas por el hombre. Existe un problema filosófico algo complicado en esto, que no me propongo discutir ahora, pero en alguna parte, entre todas las combinaciones posibles de letras que pueden producirse, se encuentran los que podríamos llamar *verdaderos* nombres de Dios. Mediante una sistemática permutación de letras, hemos estado tratando de anotarlos todos.

—Comprendo. Han empezado por AAAAAAAAAA... y han continuado hasta ZZZZZZZZZZ.

—Exactamente, aunque nosotros utilizamos un alfabeto propio. Modificar las máquinas de escribir electromáticas para tratar con esto es un juego de niños, desde luego. Un problema más interesante es el de idear unos circuitos apropiados para eliminar combinaciones absurdas. Por ejemplo, ninguna letra puede repetirse más de tres veces consecutivas.

—¿Tres? Seguramente quiere decir dos.

—Tres —repitió el Lama—. Creo que sería demasiado largo de explicar, aunque usted comprendiera nuestro idioma.

—Desde luego —se apresuró a decir Wagner—. Continúe.

—Afortunadamente, resultará muy sencillo adaptar su Computadora Automática para esta tarea, puesto que una vez haya sido programada adecuadamente, permutará cada una de las letras en sucesión e imprimirá el resultado. Un trabajo en el que pensábamos invertir mil quinientos años, podrá quedar terminado en un centenar de días.

El doctor Wagner apenas tenía consciencia de los sonidos que llegaban débilmente de las calles de Manhattan, amortiguados por una distancia de treinta pisos. Estaba en un mundo distinto, un mundo de cumbres naturales en las que no había intervenido la mano del hombre. En aquellas remotas alturas, los monjes habían trabajado pacientemente, generación tras generación, compilando sus listas de vocablos desprovistos de significado. ¿Existía algún límite a las locuras del género humano? Sin embargo, no debía dejar traslucir lo que estaba pensando. El cliente siempre tiene razón...

—No cabe duda —dijo el doctor— que podemos modificar el Mark V para imprimir listas de esa naturaleza. Me preocupa mucho más el problema de instalación y mantenimiento. Llegar al Tibet, en esta época, no va a resultar fácil.

—Nosotros podemos arreglar eso. Los componentes son lo bastante pequeños como para ser transportados por vía aérea: ese es uno de los motivos por los cuales hemos escogido su máquina. Si ustedes pueden situarlos en la India, nosotros proporcionaremos los medios de transporte desde allí.

—¿Y desea usted contratar a dos de nuestros ingenieros?

—Sí, para los tres meses que invertiremos en el proyecto.

—Creo que la sección de Personal podrá solucionar eso. —El doctor Wagner garabateó una nota en una cuartilla—. Hay otros dos extremos...

Antes de que pudiera terminar la frase el Lama había sacado una pequeña tira de

papel.

—Este es el extracto de mi cuenta en el Banco Asiático.

—Gracias. Parece... ejem... correcto. El otro extremo a que me refería es tan insignificante, que casi no me atrevo a mencionarlo... aunque resulta sorprendente la frecuencia con que se pasa por alto lo evidente. ¿Qué fuente de energía eléctrica tienen ustedes?

—Un generador diesel, que proporciona 50 kilovatios a 110 voltios. Fue instalado hace cinco años, y puede confiarse en él. Ha hecho mucho más cómoda la vida en el monasterio, aunque en realidad fue instalado para proporcionar energía a los motores que mueven las ruedas de las plegarias.

—Claro —murmuró el doctor Wagner—. No se me había ocurrido.

La vista desde el parapeto producía vértigo, pero con el tiempo se acostumbra uno a todo. Después de tres meses, a George Hanley no le impresionaban ya los dos mil pies de vacío que se abrían sobre el tablero de ajedrez de los campos, allá abajo en el valle. Estaba apoyado contra la muralla de roca y contemplaba distraídamente las lejanas montañas cuyos nombres no se había molestado en descubrir.

Esto, pensó George, era la cosa más absurda que le había ocurrido nunca. Alguien de la empresa lo había bautizado con el nombre de «Proyecto Shangri-La». Durante semanas enteras el Mark V había estado llenando kilómetros de papel con un guirigay de palabras. Pacientemente, inexorablemente, la computadora había estado ordenando letras en todas sus combinaciones posibles; y a medida que la cinta de papel surgía de las máquinas de escribir electromáticas, los monjes las habían recortado cuidadosamente para pegarlas en unos enormes libros. Dentro de otra semana, gracias a Dios, terminarían su trabajo. George ignoraba qué oscuros cálculos habían convencido a los monjes de que no debían molestarse en buscar palabras de diez, veinte o cien letras. Una de sus continuas pesadillas era que se producía un cambio de plan, y que el Gran Lama (al cual ellos llamaban Sam Jaffe, aunque no tenía el menor parecido con este personaje) anunciaba repentinamente que el proyecto se prolongaría hasta el año 2060. Aquellos monjes eran capaces de todo.

George oyó cerrarse de golpe la pesada puerta de madera y vio a Chuck que se acercaba al parapeto. Como de costumbre, Chuck estaba fumando uno de los cigarros que le habían hecho tan popular entre los monjes, los cuales, al parecer, estaban dispuestos a gozar de todos los menores y de la mayor parte de los mayores placeres de la vida. Esto era algo que hablaba en su favor: podían estar locos, pero no eran puritanos. Aquellos frecuentes viajes que realizaban al pueblo más próximo, por ejemplo...

—Escucha, George —dijo Chuck nerviosamente—. Me he enterado de algo que no me gusta.

—¿Qué pasa? ¿No funciona la máquina?

Esta era la peor contingencia que George podía imaginar. Demoraría su regreso, que era lo más horrible que podía sucederles. En su actual estado de ánimo, incluso el ver un anuncio de la televisión le parecía maná celestial. Al menos representaría una especie de lazo de unión con el hogar.

—No, nada de eso —Chuck se sentó en el parapeto, algo anormal en él, ya que el abismo solía inspirarle pavor—. Acabo de descubrir qué hay detrás de todo esto.

—¿De veras? Creí que ya lo sabíamos...

—Desde luego. Sabíamos lo que los monjes tratan de hacer. Pero ignorábamos el *porqué*. Es la cosa más absurda...

—Eso ya lo sabía —gruñó George.

—Pero el viejo Sam acaba de sincerarse conmigo. Ya sabes que cada tarde entra a echar un vistazo. Bueno, esta tarde parecía estar un poco excitado. Cuando le dije que estábamos en el último ciclo, me preguntó si me había interrogado alguna vez a mí mismo acerca de lo que trataban de hacer. Yo dije: «Desde luego». Y él me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Bueno, ellos creen que cuando hayan anotado todos los nombres de Dios —y admiten que existen unos nueve billones—, el objetivo divino se habrá cumplido. La raza humana habrá terminado de hacer aquello para lo cual fue creada, y no tendrá ningún motivo para continuar existiendo.

—Entonces, ¿qué esperan que hagamos? ¿Suicidarnos?

—No será necesario. Cuando la lista esté terminada, Dios intervendrá y ¡zás!

—¡Oh! Comprendo. Cuando terminemos nuestro trabajo, se producirá el fin del mundo.

Chuck rió nerviosamente.

—Eso es precisamente lo que le he dicho a Sam. Y, ¿sabes lo que ha ocurrido? Me ha mirado de un modo muy raro, como si yo fuera el tonto de la clase, y me ha dicho: «No es nada tan vulgar como *eso*.»

George meditó unos instantes.

—Eso es lo que yo llamo Alteza de Miras —dijo finalmente—. Pero, en lo que respecta a nosotros, el resultado será el mismo. A fin de cuentas, ya sabemos que están chiflados.

—Sí, pero, ¿no te das cuenta de lo que puede ocurrir? Cuando la lista esté terminada y no suenen las trompetas del Juicio Final, pueden culparnos a *nosotros*. Han estado utilizando *nuestra* máquina. La situación no me gusta un pelo.

—Comprendo —dijo George lentamente—. Tienes razón. Pero no es la primera vez que pasa una cosa de estas, ¿sabes? Cuando yo era un niño, teníamos un predicador en Louisiana que estaba chiflado y anunció que al domingo siguiente se produciría el fin del mundo. Centenares de personas le creyeron: incluso vendieron sus casas. Pero cuando pasó el domingo y no ocurrió nada, no se mostraron furiosos como cabía esperar. Se limitaron a decir que el predicador se había equivocado en sus cálculos, y continuaron creyendo. Supongo que algunos de ellos siguen haciéndolo.

—Bueno, esto no es Louisiana, por si no te habías dado cuenta. Nosotros somos dos, y hay centenares de monjes. Me son simpáticos, pero preferiría encontrarme a muchos millas de aquí.

—Hace muchas semanas que lo estoy deseando. Pero no podemos hacer nada hasta que termine el contrato y llegue el avión que ha de recogernos.

—Desde luego —dijo Chuck pensativamente—, siempre podemos recurrir al sabotaje.

—¡Ni pensarlo! Eso empeoraría las cosas.

—No me has comprendido... Verás, la máquina terminará su tarea dentro de cuatro días, trabajando como ahora sin interrupción. El avión llegará dentro de una semana. Lo único que tenemos que hacer es encontrar algo que retrase el trabajo un par de días. ¿Entiendes? Si hacemos bien las cosas, podemos estar en el campo de aviación cuando el último nombre salga de la computadora. Entonces no podrán atraparnos.

—No me gusta la idea —dijo George—. Será la primera vez que no he cumplido escrupulosamente con mi trabajo. Además, pueden entrar en sospechas. No. No pienso hacer nada y aceptaré lo que venga.

—Continúa sin gustarme la idea —dijo George, siete días más tarde, mientras los pequeños y resistentes mulos les conducían montaña abajo—. Y no creas que me marchó porque tengo miedo. Lo que pasa es que esos pobres monjes me inspiran lástima, y no quiero estar allí cuando descubran lo tontos que han sido. Me pregunto cómo se tomará la cosa el viejo Sam...

—Es curioso —dijo Chuck—, pero cuando me he separado de él, me ha dado la impresión de que sabía que íbamos a marcharnos, y de que no le importaba, porque sabía que la máquina estaba funcionando normalmente y que la tarea tocaba a su fin. Después de eso... Bueno, para él no hay ningún Después de Eso, desde luego...

George se volvió en su silla y su mirada ascendió por el sendero montañoso. Aquel era el último lugar desde el cual podía divisarse el monasterio. Los achaparrados y angulares edificios se silueteaban contra los arreboles del ocaso. Aquí y allá, brillaban unas luces como portañolas en los costados de un transatlántico. Luces eléctricas, desde luego, compartiendo el mismo circuito que el Mark V. ¿Por cuánto tiempo lo compartirían?, se preguntó George. ¿Destrozarían los monjes la computadora, en su rabia y decepción? ¿O se limitarían a sentarse en silencio y a empezar de nuevo todos sus cálculos?

Sabía exactamente lo que estaba sucediendo en lo alto de la montaña en aquel preciso instante. El Gran Lama y sus ayudantes estarían sentados, envueltos en sus batas de seda, inspeccionando las hojas de papel a medida que los monjes más jóvenes las sacaban de las máquinas de escribir electromáticas para pegarlas en los grandes volúmenes. Nadie diría nada. El único sonido sería el incesante golpear de las teclas sobre el papel, ya que la Mark V era una máquina completamente silenciosa. Tres meses en el monasterio eran suficientes para que el hombre más

ecuánime acabara trepando por las paredes.

—¡Allí está! —gritó Chuck de pronto, señalando hacia el valle—. ¿No es maravilloso?

Lo era, desde luego, pensó, George. El anticuado DC3 estaba posado en el suelo, semejante a una diminuta cruz de plata. Dentro de dos horas estaría conduciéndoles hacia la libertad y la cordura. Era un pensamiento que valía la pena saborear, como un fino licor. George lo saboreó, mientras la mula descendía pacientemente por la ladera.

La rápida noche de los altos Himalayas estaba ahora casi encima de ellos. Afortunadamente, el camino era muy bueno, como todos los caminos de aquella región, y los dos viajeros llevaban antorchas. No había el menor peligro, sólo la molestia causada por el intensísimo frío. Encima de sus cabezas, el cielo estaba completamente despejado y brillaban en él las familiares y amistosas estrellas. No existía el riesgo de que el piloto no pudiera despegar a causa de las condiciones atmosféricas, pensó George, sintiéndose liberado de su última preocupación.

Empezó a cantar, pero se interrumpió al cabo de unos instantes. Aquel vasto anfiteatro de montañas, resplandeciendo como albos fantasmas por todos lados, no estimulaban tales expansiones. De pronto, George consultó su reloj.

—Llegaremos allí dentro de una hora —le dijo a Chuck por encima del hombro. Luego añadió—: ¿Habrá terminado su tarea la computadora?

Chuck no respondió, de modo que George se volvió en su silla. Pudo ver solamente el rostro de Chuck, un óvalo blanco levantado hacia el cielo.

—Mira —susurró Chuck, y George alzó a su vez los ojos. Siempre hay una última vez para todas las cosas.

Encima de sus cabezas, silenciosamente, las estrellas se estaban apagando.

LAS VOCES DEL TIEMPO

J. G. BALLARD

I

Más tarde, Powers pensó a menudo en Whitby, y en los extraños surcos que el biólogo había trazado, aparentemente al azar, sobre todo el suelo de la vacía piscina. De una pulgada de profundidad y veinte pies de longitud, entrecruzándose para formar un complicado ideograma semejante a un símbolo chino, había tardado todo el verano en completarlos, y era obvio que no había pensado en otra cosa, trabajando incansablemente a través de las largas tardes del desierto. Powers le había observado desde la ventana de su oficina situada en el ala de neurología, viendo cómo señalaba cuidadosamente el trazado con unas estacas y un cordel, y cómo se llevaba los trozos de cemento en un pequeño cubo de lona. Después del suicidio de Whitby nadie se había preocupado de los surcos, pero Powers le pedía prestada la llave al supervisor y se introducía en la abandonada piscina, para examinar el laberinto de pequeños canales, casi llenos con el agua que goteaba del purificador, un enigma que ahora resultaba de imposible solución.

Inicialmente, sin embargo, Powers estaba demasiado preocupado por completar su trabajo en la Clínica y planear su propia retirada final. Después de las primeras frenéticas semanas de pánico, había conseguido aceptar un difícil compromiso que le permitía contemplar su situación con el indiferente fatalismo que hasta entonces había reservado para sus pacientes. Por fortuna, estaba descendiendo las pendientes física y mental simultáneamente: el letargo y la inercia embotaban sus ansiedades, y un metabolismo cada vez más perezoso exigía la concentración para producir una secuencia lógica de pensamientos. En realidad, los intervalos cada vez más prolongados de sueño sin pesadillas resultaban casi sedantes. Powers empezó a desearlos, sin hacer ningún esfuerzo para despertar más pronto de lo que era esencial.

Al principio tenía un despertador en la mesilla de noche, tratando de condensar toda la actividad que podía en las horas de lucidez, ordenando su biblioteca, dirigiéndose cada mañana al laboratorio de Whitby para examinar los últimos lotes de placas de rayos X racionando cada minuto y cada hora como las últimas gotas de agua de una cantimplora.

Afortunadamente, Anderson, sin querer, había hecho que se diera cuenta de lo insustancial de aquella conducta.

Después de que Powers abandonó la Clínica, continuaba acudiendo a ella una vez

a la semana para una revisión que era ya un simple formulismo. Pero, la última vez, Anderson le había tomado la presión observando el relajamiento de los músculos faciales de Powers, las apagadas pupilas, las mejillas sin afeitar.

Dirigió una amistosa sonrisa a Powers a través del escritorio, preguntándose qué debía decirle. Siempre había tratado de estimular a los pacientes más inteligentes, procurando incluso proporcionarles alguna explicación. Pero Powers era demasiado difícil de alcanzar: neurocirujano extraordinario, un hombre que siempre estaba en la periferia, que sólo se encontraba a gusto trabajando con materiales poco comunes. En su fuero íntimo pensó: *Lo siento, Robert. ¿Qué puedo decir? ¿Que incluso el sol se está enfriando?* Observó a Powers que repiqueteaba con las puntas de los dedos sobre la esmaltada superficie del escritorio, mientras sus ojos repasaban los mapas anatómicos colgados en las paredes de la oficina. A pesar de lo descuidado de su aspecto —hacía una semana que llevaba la misma camisa sin planchar y los mismos zapatos de lona blanca—, Powers parecía conservar el dominio de sí mismo, como un personaje de Conrad más o menos reconciliado con su propia debilidad.

—¿En qué pasa usted el tiempo, Robert? —preguntó—. ¿Sigue acudiendo al laboratorio de Whitby?

—Siempre que puedo. Tardo media hora en cruzar el lago, y a veces me despierto tarde, a pesar del despertador. Podría instalarme allí de un modo permanente.

Anderson frunció el ceño.

—¿Cree que es muy importante? Hasta donde se me alcanza, el trabajo de Whitby era puramente especulativo... —Se interrumpió, dándose cuenta de que aquellas palabras llevaban implícitas una censura del desastroso trabajo de Powers en la Clínica, aunque Powers pareció ignorarlo: estaba examinando el dibujo de las sombras en el techo—. De todos modos, ¿no sería preferible que se quedara donde está, entre sus propias cosas, leyendo de nuevo a Toynbee y a Spengler?

Powers se echó a reír.

—Eso es lo último que deseo hacer. Quiero *olvidar* a Toynbee y a Spengler. En realidad, Paul, me gustaría olvidarme de todo. Aunque no sé si tendré tiempo. ¿Cuánto puede olvidarse en tres meses?

—Todo, supongo, si uno lo desea de veras. Pero no trate de hacer correr el reloj más de lo normal.

Powers asintió silenciosamente, repitiéndose a sí mismo aquella última observación. Hacer correr el reloj más de lo normal: era exactamente lo que había estado haciendo. Mientras se ponía en pie y se despedía de Anderson, decidió repentinamente tirar su despertador, escapar de su inútil obsesión en lo que respecta al tiempo. Para recordárselo a sí mismo se quitó el reloj de pulsera, dio unas cuantas vueltas a la corona para cambiar la posición de las saetas, y luego se lo metió en el bolsillo. Mientras se dirigía al estacionamiento reflexionó sobre la libertad que aquel simple acto le concedía. Ahora exploraría los atajos, las puertas laterales, en los pasillos del tiempo. Tres meses podían ser una eternidad.

Se dirigió hacia su automóvil, protegiendo con la mano sus ojos del deslumbramiento del sol que se reflejaba implacablemente sobre el parabólico tejado del salón de conferencias. Estaba a punto de subir al vehículo cuando vio que alguien había dibujado con un dedo en la capa de polvo acumulado en el parabrisas:

96.688.365.498.721

Mirando por encima de su hombro, reconoció el Packard blanco estacionado junto a su propio automóvil, inclinó la cabeza y vio en su interior a un joven de rostro enjuto, cabellos rubios y una alta frente cerebrotónica, que le observaba detrás de unas gafas oscuras. Sentado junto a él, al volante, había una muchacha de cabellera negra y lustrosa a la cual había visto a menudo en el departamento de psicología. Tenía unos ojos inteligentes aunque algo oblicuos, y Powers recordó que los doctores más jóvenes se referían a ella como a «la muchacha de Marte».

—Hola, Kaldren —dijo Powers, dirigiéndose al joven—. ¿Continúas siguiéndome los pasos?

Kaldren asintió.

—La mayor parte del tiempo, doctor. A propósito, últimamente no le hemos visto con demasiada frecuencia. Anderson dijo que usted había dimitido, y hemos observado que su laboratorio está cerrado.

Powers se encogió de hombros.

—Comprendí que necesitaba un descanso, sencillamente.

—Lo siento, doctor —dijo Kaldren, en un tono ligeramente burlón—. Y espero que no se dejará deprimir por este bache. —Se dio cuenta de que la muchacha miraba a Powers con interés—. Coma le admira mucho. Le he prestado sus artículos del *American Journal of Psychiatry*, y se los ha leído de cabo a rabo.

La muchacha sonrió agradablemente a Powers, disipando por un instante la hostilidad latente entre los dos hombres. Cuando Powers le devolvió la sonrisa, la muchacha se inclinó a través de Kaldren y dijo:

—Precisamente acabo de leer la autobiografía de Noguchi, el famoso doctor japonés que descubrió la espiroqueta. Usted me lo recuerda... ¡Hay tanto de usted mismo en todos los pacientes a los que ha tratado!

Powers volvió a sonreír. Luego, sus ojos se apartaron del rostro de la muchacha y se posaron en el de Kaldren. Los dos se miraron unos instantes con expresión sombría, y un leve tic en la mejilla derecha del joven contrajo sus músculos faciales. Kaldren consiguió dominarlo con un esfuerzo, evidentemente enojado por el hecho de que Powers se hubiera dado cuenta.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Powers—. ¿Has tenido más... jaquecas?

—¿Quién me atiende, doctor? ¿Usted, o Anderson? —inquirió Kaldren secamente—. ¿Es ésa la clase de pregunta que tiene que formular?

Powers hizo un gesto de desdén.

—Quizás no —dijo.

Se aclaró la garganta; el calor hacía refluir la sangre de su cabeza y se sentía

cansado y deseoso de alejarse de allí. Se volvió hacia su automóvil, y luego se dijo que Kaldren probablemente le seguiría, para tratar de desplazarle a la cuneta, o para bloquear la carretera y hacer que Powers tragara polvo hasta llegar al lago. Kaldren era capaz de cualquier locura.

—Bueno, tengo que ir a recoger algo —dijo, y añadió con voz más firme—: Si puedes llegar hasta Anderson, ponte en contacto conmigo.

Entró en el ala de neurología, se detuvo con una sensación de alivio en el fresco vestíbulo y saludó a las dos enfermeras y al guardián armado en la oficina de Recepción. Por algún motivo desconocido, los terminales que dormían en el bloque contiguo atraían hordas de visitantes, la mayoría de ellos chiflados con algún mágico remedio anti-narcoma, o simplemente curiosos, aparte de un gran número de personas completamente normales que habían recorrido millares de kilómetros, impulsados hacia la Clínica por algún extraño instinto, como animales emigrando a un preescenario de sus cementerios raciales.

Powers avanzó a lo largo del pasillo que conducía a la oficina del supervisor, pidió la llave y cruzó las pistas de tenis para dirigirse a la piscina, que no era utilizada desde hacía varios meses.

Una vez más, contempló el ideograma de Whitby. Estaba cubierto de hojas húmedas y de trozos de papel, pero los contornos se apreciaban claramente. Cubría casi todo el suelo de la piscina, y a primera vista parecía representar un enorme disco solar, con cuatro proyecciones laterales romboides, un tosco *mandala* Jungiano.

Preguntándose qué habría inducido a Whitby a grabar el dibujo antes de su muerte, Powers observó algo que se movía a través de los escombros en el centro del disco. Un animal cubierto por un caparazón de concha negro, de un pie de longitud, aproximadamente, estaba hociqueando en el lodo, arrastrándose sobre unas cansadas patas. Su caparazón era articulado y recordaba vagamente el de un armadillo. Al llegar al borde del disco se detuvo y vaciló, y luego retrocedió de nuevo hacia el centro, al parecer poco deseoso o incapaz de cruzar el angosto surco.

Powers miró a su alrededor y luego se dirigió hacia una de las casetas que rodeaban la piscina. Entrando en ella, arrancó una pequeña taquilla de madera, destinada a guardar la ropa de los bañistas, de la oxidada abrazadera que la mantenía sujeta a la pared. Cargado con ella descendió la escalerilla de metal que conducía al fondo de la piscina y avanzó prudentemente por el resbaladizo suelo en dirección al animal. Éste trató de alejarse, pero a Powers no le resultó difícil capturarlo. Utilizó la tapadera para levantarlo hasta la caja.

El animal pesaba tanto como un ladrillo. Powers golpeó su macizo caparazón con los nudillos, observando la cabeza triangular que asomaba por el borde como la de una tortuga, y las recias membranas entre los primeros dedos de las patas delanteras.

Contempló los ojillos que parpadeaban ansiosamente, mirándole desde el fondo de la caja.

—No temas, amigo —murmuró—. No voy a hacerte ningún daño.

Tapó la caja, salió de la piscina y se dirigió a la oficina del supervisor. Luego llevó la caja a su automóvil.

«...Kaldren sigue estando enojado conmigo —escribió Powers en su diario—. Por algún motivo que ignoro no parece aceptar de buena gana su aislamiento, y está elaborando una serie de ritos privados para reemplazar las horas de sueño perdidas. Tal vez debería hablarle de mi propia situación, pero probablemente lo consideraría como el intolerable insulto final, pensando que yo tengo en exceso lo que él desea tan desesperadamente. Sólo Dios sabe lo que puede pasar. Afortunadamente, las visiones de pesadilla parecen haber remitido...

Apartando el diario a un lado, Powers se inclinó hacia adelante a través del escritorio y contempló fijamente el blanco suelo del lecho del lago extendiéndose hacia las colinas a lo largo del horizonte. A tres millas de distancia, sobre la lejana playa, pudo ver la copa circular del radiotelescopio girando lentamente en el claro aire de la tarde, mientras Kaldren acechaba incansablemente el cielo, represado en millones de *parsecs* cúbicos de éter.

Detrás de él murmuraba silenciosamente el acondicionador de aire, enfriando las paredes de color azul claro medio ocultas en la empañada claridad. En el exterior el aire era fúlgido y opresivo; las oleadas de calor, ondulando desde los macizos de cactus, empañaban las terrazas del bloque de neurología de la Clínica, con sus veinte pisos de altura. Allí, en los silenciosos dormitorios, detrás de las echadas persianas, los terminales dormían su prolongado sueño. Había ahora más de quinientos en la Clínica, la vanguardia de un enorme ejército de sonámbulos reuniéndose para su última marcha. Sólo habían transcurrido cinco años desde que fue localizado el primer síndrome de narcoma, pero en el este estaban preparándose ya unos inmensos hospitales del gobierno para recibir a los millares de afectados que no tardarían en descubrirse.

Powers se sintió repentinamente cansado y dirigió una mirada a su muñeca, preguntándose cuánto faltaba para las ocho, su hora de acostarse para la semana siguiente. Echaba ya de menos el ocaso, pronto despertaría a su último amanecer.

Su reloj estaba en su bolsillo. Recordó su decisión de no utilizar su medidor del tiempo, se retrepó en su asiento y contempló las estanterías de libros adosadas a la pared. Había allí ediciones AEC encuadernadas en verde que había sacado de la biblioteca de Whitby, artículos en los cuales el biólogo describía su trabajo en el Pacífico después de los tests-H. Powers se sabía muchos de ellos casi de memoria; los había leído un centenar de veces, tratando de captar las conclusiones finales de Whitby. Toynbee sería mucho más fácil de olvidar, desde luego.

Sus ojos se nublaron momentáneamente mientras la alta pared negra en la parte posterior de su mente proyectaba su gran sombra sobre su cerebro. Alargó la mano

hacia el diario pensando en la muchacha que estaba en el automóvil de Kaldren — Coma la había llamado él, otra de sus bromas demenciales— y en su alusión a Noguchi. En realidad, la comparación debió ser establecida con Whitby, y no con él; los monstruos del laboratorio no eran más que espejos fragmentados de la mente de Whitby, como la grotesca rana acorazada que había encontrado aquella mañana en la piscina.

Pensando en Coma, y en la cálida sonrisa que le había dirigido, escribió:

Despierto a las 6,33 de la mañana. Última sesión con Anderson. Ha dado a entender que está harto de verme, y desde ahora estaré mejor solo. ¿A dormir a las 8? (Esa cuenta atrás me aterroriza.)

Hizo una pausa y luego añadió:

Adiós, Eniwetok.

II

Vio de nuevo a la muchacha al día siguiente en el laboratorio de Whitby. Se había dirigido allí después de desayunar, cargado con el nuevo ejemplar, impaciente por ponerlo en un vivarium antes de que muriera. El único mutante blindado que hasta entonces había encontrado estuvo a punto de provocar un serio accidente. Hacía un mes, aproximadamente, lo había aplastado con una de las ruedas delanteras de su automóvil en la carretera del lago, y creyó que lo había destrozado. Sin embargo, el caparazón del pequeño animal permaneció rígido, a pesar de que el organismo, en su interior, quedó hecho pulpa. Y, a consecuencia del golpe, el automóvil se precipitó a la cuneta. Powers había recogido el caparazón. Más tarde lo pesó en el laboratorio y descubrió que contenía más de seiscientos gramos de plomo.

Un gran número de plantas y de animales estaban segregando metales pesados como escudos radiológicos. En las colinas, más allá del lago, una pareja de antiguos buscadores de oro estaban renovando el equipo abandonado hacía más de ochenta años. Habían observado el brillante color amarillo de los cactus, hicieron un análisis y descubrieron que las plantas estaban asimilando oro en cantidades remuneradoras, aunque las concentraciones del suelo no pudieran trabajarse. ¡Por fin Oak Ridge pagaba un dividendo!

Aquella mañana, Powers se había despertado a las 6,45, diez minutos más tarde que el día anterior. Después de desayunar frugalmente, pasó una hora empaquetando algunos de los libros de su biblioteca y poniendo etiquetas en los paquetes con la dirección de su hermano.

Llegó al laboratorio de Whitby media hora más tarde. El laboratorio se encontraba en una cúpula geodésica construida al lado de su chalet, en la orilla occidental del lago, a una milla de la residencia de verano de Kaldren. El chalet había sido cerrado después del suicidio de Whitby, y muchas de las plantas y animales que utilizaba para sus experimentos habían muerto antes de que Powers obtuviera el permiso para utilizar el laboratorio.

Cuando se acercaba al chalet, vio a la muchacha de pie sobre la cúspide ribeteada de amarillo de la cúpula, su esbelta figura silueteada contra el cielo. Coma agitó una mano en su dirección, descendió la escalera formada por poliedros de cristal y salió a su encuentro.

—Hola —dijo la muchacha, con una sonrisa de bienvenida—. He venido a visitar su colección de animales. Kaldren me dijo que usted no me permitiría entrar si me acompañaba él, de modo que he venido sola.

Esperó que Powers dijera algo mientras buscaba sus llaves, pero en vista de su silencio, añadió:

—Si quiere, puedo lavarle la camisa.

Powers sonrió.

—No es mala idea —dijo—. Creo que empiezo a tener un aspecto algo descuidado. —Abrió la puerta—. No sé por qué le ha dicho eso Kaldren: sabe que puede venir aquí siempre que guste.

—¿Qué lleva usted ahí? —preguntó Coma, señalando la caja de madera que portaba Powers bajo el brazo.

—Un primo lejano nuestro que he encontrado. Un tipejo interesante. Se lo presentaré dentro de unos instantes.

Unos tabiques corredizos dividían la cúpula en cuatro habitaciones. Dos de ellas eran almacenes, llenos de tanques de repuesto, aparatos, paquetes de comida para animales y otros utensilios. Cruzaron la tercera sección, casi llena por un potente proyector de rayos X, un gigantesco Maxitron G. E. de 250 megamperios, colocado sobre una mesa giratoria, y unos grandes bloques de hormigón semejantes a enormes ladrillos.

La cuarta habitación contenía el parque zoológico de Powers, el vivarium con sus jaulas y sus tanques, cada uno con su correspondiente rótulo. El suelo estaba cubierto por una maraña de alambres y tubos de goma que dificultaban el paso.

Dejando la caja sobre una silla, Powers cogió un paquete de cacahuets del escritorio y se acercó a una de las jaulas. Un pequeño chimpancé de pelo negro, tocado con un casco de piloto, dio unos saltos de alegría y se dirigió rápidamente hacia un tablero de mandos en miniatura situado en la pared del fondo de la jaula. El animal pulsó una serie de botones y teclas, y una sucesión de luces de colores iluminó el tablero, al tiempo que sonaba una breve musiquilla.

—Buen muchacho —dijo Powers cariñosamente, palmeando la espalda del chimpancé y ofreciéndole los cacahuets en las palmas de sus manos—. Te estás

volviendo demasiado listo para eso, ¿verdad?

El chimpancé empezó a engullir los cacahuetes, profiriendo grititos de alegría.

Coma se echó a reír y cogió unos cacahuetes de las manos de Powers.

—Es muy simpático —dijo—. Juraría que está tratando de decirle algo.

Powers asintió.

—No se equivoca. En realidad posee un vocabulario de unas doscientas palabras, pero su caja vocal las embrolla todas.

Abrió un pequeño refrigerador situado junto al escritorio, sacó un paquete de pan y le entregó un par de rebanadas al chimpancé. Éste cogió un tostador eléctrico y lo colocó sobre una mesita plegable en el centro de la jaula, introduciendo a continuación las dos rebanadas en las ranuras. Powers pulsó un interruptor del tablero situado junto a la jaula y el tostador empezó a crujir suavemente.

—Es uno de los más listos que hemos tenido —le explicó Powers a la muchacha—. Es casi tan inteligente como un niño de cinco años, con la ventaja de que se basta a sí mismo en muchos aspectos.

Las dos rebanadas saltaron de sus ranuras y el chimpancé las pescó en el aire; luego se metió en una especie de perrera y se tumbó de espaldas, mordisqueando una de las tostadas.

—Él mismo se ha construido ese refugio —continuó Powers, desconectando el tostador—. No está mal, ¿verdad? —Señaló un cubo de plástico amarillo que estaba junto a la puerta de la perrera y del cual emergía un marchito geranio—. Cuida esa planta, limpia la jaula... En fin, es un animal muy interesante.

Coma sonrió.

—¿Por qué lleva ese casco espacial?

Powers vaciló.

—¡Oh! Es para... ejem... para protegerse. A veces sufre unas terribles jaquecas. Todos sus predecesores... —Se interrumpió y se apartó de la jaula—. Vamos a echar una ojeada a algunos de los otros inquilinos.

Avanzó a lo largo de la hilera de tanques, llevando a Coma a su lado.

—Empezaremos por el principio —dijo.

Levantó la tapadera de cristal de uno de los tanques y Coma vio que estaba lleno de agua hasta la mitad. En un montoncito de conchas y guijarros anidaba un pequeño organismo redondo provisto de delicados zarcillos.

—Es una anémona de mar —explicó Powers—. O lo era. Un metazoo simple con el cuerpo en forma de saco. —Señaló un endurecido borde de tejido alrededor de la base—. Ha cerrado la cavidad convirtiendo el canal en una rudimentaria cuerda dorsal: es la primera planta que ha desarrollado un sistema nervioso. Más tarde, los zarcillos se anudarán en un ganglio, pero ya son sensibles al color. Mire.

Cogió el pañuelo de color violeta que Coma llevaba en el bolsillo de su blusa y lo agitó encima del tanque. Los zarcillos se tensaron y luego empezaron a ondular lentamente, como si trataran de localizar algo.

—Lo curioso es que son completamente insensibles a la luz blanca. Normalmente, los zarcillos registran los cambios en los niveles de presión, como los diafragmas del tímpano en nuestros oídos. Como si pudieran oír los colores primarios, y se readaptaran a sí mismos para una existencia no-acuática en un mundo estático de violentos contrastes de color.

Coma sacudió la cabeza, intrigada.

—Pero, ¿por qué?

—Un momento, permítame que la sitúe en el cuadro.

Avanzaron a lo largo de una serie de jaulas circulares confeccionadas con tela metálica. Encima de la primera había una amplia pantalla blanca de cartón con la microfoto de una especie de cadena y la inscripción: DROSOPHILA: 15 ROENTGENS/MIN.

Powers dio unos golpecitos a una ventanilla Perspex de la jaula.

—Es la mosca de los frutales. Sus enormes cromosomas la convierten en un útil vehículo de experimentación. —Se inclinó, señalando un panal gris en forma de V suspendido del techo. Unas cuantas moscas salieron de las entradas y empezaron a revolotear, aparentemente muy atareadas—. Normalmente, esa mosca es solitaria, un insecto nómada que se alimenta de carroñas. Ahora, integrada en un grupo social perfectamente definido, ha empezado a segregarse un líquido dulzón parecido a la miel.

—¿Qué es esto? —preguntó Coma, tocando la pantalla.

—El diagrama de un gen clave en la operación.

Powers señaló una especie de flechas que partían de un eslabón de la cadena. Las flechas estaban rotuladas bajo el título general de «Glándula linfática» y subdivididas en «músculos del esfínter, epitelio y gálido».

—Es algo parecido al rollo perforado de una pianola —comentó Powers—, o a la cinta de una computadora. Golpeando un eslabón con un haz de rayos X, pierde una característica, cambia la instrumentación.

Coma estaba atisbando a través de la ventanilla de la jaula contigua y su rostro mostraba una expresión de desagrado. Por encima de su hombro, Powers vio que estaba contemplando un enorme insecto arácnido, tan grande como una mano, con las negras y peludas patas tan recias como dedos. Los protuberantes ojos parecían gigantescos rubíes.

—Parece agresiva —dijo Coma—. ¿Qué es esa especie de escalerilla de cuerda que está tejiendo?

Mientras la muchacha se llevaba un dedo a la boca la araña volvió a la vida y empezó a vomitar una embrollada madeja de hilo gris, el cual hizo colgar en amplias lazadas del techo de la jaula.

—Una telaraña —dijo Powers—. Con la salvedad de que está compuesta por tejido nervioso. Las escalerillas, como usted dice, forman un plexo nervioso externo, un cerebro hinchable, por así decirlo, que el animal puede ampliar al tamaño que la situación exija. Una acertada disposición, en realidad, mucho mejor que la nuestra.

Coma se apartó de la jaula.

—Es espantosa —dijo—. No me gustaría entrar en su salón.

—¡Oh! No es tan terrible como parece. Esos ojos enormes que la miran están ciegos. Mejor dicho, su sensibilidad óptica ha descendido hasta el punto de que sólo captan las radiaciones gamma. Su reloj de pulsera tiene saetas luminosas. Cuando usted lo movió a través de la ventanilla, el animal empezó a pensar. La IV Guerra Mundial le haría sentirse en su elemento...

Regresaron a la oficina de Powers, el cual colocó una cafetera sobre un hornillo a gas y empujó una silla hacia Coma. Luego abrió la caja, sacó la rana blindada y la dejó sobre una hoja de papel secante.

—¿Reconoce este animal? Es un viejo amigo de su infancia, la rana común. Lo que pasa es que se ha construido un sólido caparazón, a prueba de incursiones aéreas.

Llevó al animal a un fregadero, abrió el grifo y dejó que el agua fluyera suavemente sobre su concha. Secándose las manos en la camisa, regresó al escritorio.

Coma apartó un mechón de pelo de su frente y contempló a Powers con una expresión de curiosidad.

—Bueno, ¿cuál es el secreto? —terminó por preguntar.

Powers encendió un cigarrillo.

—No hay ningún secreto. Los teratólogos han estado criando monstruos durante años. ¿Ha oído usted hablar de la «pareja silenciosa»?

Coma sacudió la cabeza.

Powers contempló su cigarrillo unos instantes, asimilando el efecto que le producía siempre el primero del día.

—La llamada «pareja silenciosa» es uno de los problemas más antiguos de la moderna genética, el misterio de dos genes inactivos que se presentan en un pequeño porcentaje de todos los organismos vivos, y que no parece tener ningún papel comprensible en su estructura ni en su desarrollo. Desde hace mucho tiempo los biólogos han estado tratando de activarlos, pero la dificultad reside en parte en identificar a los genes silenciosos en las células fecundadas que se sabe que los contienen, y en parte en enfocar un haz luminoso de rayos X lo suficientemente delgado como para no dañar al resto del cromosoma. Sin embargo, después de casi diez años de trabajo, el Doctor Whitby consiguió desarrollar con éxito una técnica de irradiación basada en sus observaciones de las lesiones radiobiológicas en Eniwetok.

Powers hizo una breve pausa.

—Whitby se dio cuenta de que, después de las pruebas, parecía haber más daño biológico —es decir, un mayor transporte de energía— del que podía ser atribuido a la radiación directa. Lo que ocurría era que la capa de proteína de los genes estaba acumulando energía del mismo modo que cualquier membrana acumula energía —recuerde la analogía del puente hundiéndose bajo los soldados que lo cruzan marcando el paso—, y Whitby pensó que si podía identificar la frecuencia de resonancia crítica de las capas de los genes silenciosos, estaría en condiciones de

irradiar todo el organismo vivo, y no simplemente sus células germinativas, con una frecuencia que actuara selectivamente sobre el gene silencioso y no perjudicara al resto de los cromosomas, cuyas capas sólo resonarían críticamente bajo otras frecuencias específicas.

Powers hizo un amplio gesto en el aire con la mano.

—A su alrededor puede ver usted algunos de los frutos de esa técnica de la resonancia.

Coma asintió.

—¿Tienen sus genes silenciosos activados?

—Sí, todos ellos. Son únicamente unos cuantos de los miles de ejemplares que han pasado por aquí, y como puede comprobar, los resultados son muy dramáticos.

Powers se puso en pie y corrió una persiana. Estaban sentados inmediatamente debajo de la claraboya de la cúpula, y la luz del sol había empezado a irritarle.

En la relativa oscuridad, Coma observó un estroboscopio que parpadeaba lentamente en uno de los tanques situados al final del banco, detrás de ella. Se puso en pie y se dirigió hacia allí, examinando un alto girasol con un tallo muy recio y un receptáculo muy ensanchado. Rodeando la flor de modo que sólo sobresaliera el talamo, había una chimenea de piedras grises, perfectamente unidas y etiquetadas: GREDAS CRETÁICAS: 60.000.000 DE AÑOS.

Al lado había otras tres chimeneas, etiquetadas respectivamente: PIEDRA ARENISCAS DEVÓNICAS: 290 MILLONES DE AÑOS; ASFALTO: 20 AÑOS; CLORURO DE POLIVINILO: 6 MESES.

—Vea esos discos blancos y húmedos en los sépalos —observó Powers—. En cierto sentido regulan el metabolismo de la planta. Literalmente, la planta ve el tiempo. Cuanto más antiguo es su medio ambiente circundante, más lento es su metabolismo. Con la chimenea de asfalto completa su ciclo anual en una semana; con el cloruro de polivinilo en un par de horas.

—Ve el tiempo —repitió Coma asombrada. Levantó la mirada hacia Powers, mordiéndose el labio inferior pensativamente—. Es fantástico. ¿Son esos los seres del futuro, doctor?

—No lo sé —admitió Powers—. Pero, si lo son, su mundo deberá ser un mundo monstruosamente surrealista.

III

Regresó al escritorio, sacó dos tazas de un cajón y las llenó de café, apagando el fogón.

—Algunas personas han sugerido que los organismos que poseen la pareja silenciosa de genes son los precursores de un salto hacia adelante en la escala evolutiva, que los genes silenciosos son una especie de clave, un mensaje divino que nosotros, organismos inferiores, llevamos para nuestros descendientes, más

evolucionados. Es posible que sea verdad... Tal vez hemos descifrado la clave demasiado pronto.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, tal vez como indica la muerte de Whitby, todos los experimentos realizados en este laboratorio conducen a una desalentadora conclusión. Sin excepción, los organismos que han sido irradiados han entrado en una fase final de crecimiento completamente desorganizado, produciendo docenas de órganos sensoriales especializados cuya función ni siquiera podemos sospechar. Los resultados son catastróficos: la anémona estalla, literalmente, las *Drosophilas* se comen unas a otras, y así por el estilo. Ignoro si el futuro implícito en esas plantas y animales llegará a ser una realidad algún día, o si estamos incurriendo en una simple extrapolación. Pero a veces pienso que los nuevos órganos sensoriales desarrollados son parodias de sus verdaderas intenciones. Los ejemplares que usted ha visto hoy se encuentran todos en una primera fase de sus ciclos secundarios de crecimiento. Más tarde empezarán a ofrecer un aspecto muy distinto.

Coma asintió.

—Un parque zoológico no está completo sin su guardián —observó—. ¿Qué hay acerca del hombre?

Powers se encogió de hombros.

—Uno de cada cien mil —el promedio habitual— contiene la pareja silenciosa. Usted podría tenerla... o yo. Nadie se ha prestado aún voluntariamente como sujeto de la nueva técnica de irradiación. Aparte del hecho de que sería calificado de suicidio, si los experimentos realizados aquí sirven de punto de referencia, la aventura sería salvaje y violenta.

Powers sorbió su café, sintiéndose cansado y aburrido. El recapitular el trabajo del laboratorio le había agotado.

La muchacha se inclinó hacia adelante.

—Está usted muy pálido —murmuró solícitamente—. ¿Acaso no duerme bien?

Powers consiguió sonreír.

—Demasiado bien —admitió—. Hace mucho tiempo que eso no es un problema para mí.

—Me gustaría poder decir lo mismo de Kaldren. No creo que duerma lo suficiente. Le oigo pasear de un lado para otro toda la noche. —Coma hizo una breve pausa y luego añadió—: De todos modos, supongo que es preferible eso a ser un terminal. Dígame, doctor, ¿no valdría la pena ensayar esa técnica de irradiación en los durmientes de la Clínica? Podría despertarles antes del final. Algunos de ellos pueden poseer los genes silenciosos.

—*Todos* ellos los poseen —dijo Powers—. En realidad esos dos fenómenos están estrechamente relacionados.

Powers se encontraba profundamente cansado.

Se interrumpió. La fatiga nublabla su cerebro, y se preguntó si debía pedirle a la

muchacha que se marchara. Luego, poniéndose en pie, se acercó a la estantería que había detrás del escritorio y cogió un magnetófono. Poniéndolo en marcha, reguló el volumen del altavoz.

—Whitby y yo hablábamos a menudo de esto. Él era un gran biólogo, de modo que escuche lo que opinaba. Esto es el meollo del asunto. Lo he escuchado un millar de veces, y temo que el sonido no será demasiado perfecto...

La voz de un anciano, ligeramente ronca, resonó por encima de un leve zumbido de distorsión, pero Coma pudo oírla claramente.

WHITBY: ...por el amor de Dios, Robert, echa una mirada a esas estadísticas de la FAO. A pesar de un aumento anual del cinco por ciento en los terrenos dedicados a cultivos en los últimos quince años, la cosecha mundial de trigo ha continuado disminuyendo en un dos por ciento. La misma historia se repite a sí misma hasta la náusea. Cereales, productos lácteos, ganado... todo disminuye. Únelo a una masa de síntomas paralelos, empezando por la alteración de las rutas de emigración y terminando por unos períodos de hibernación más prolongados, y la conclusión final resulta incontrovertible.

POWERS: Sin embargo, las cifras de población en Europa y en Norteamérica no disminuyen.

WHITBY: Desde luego que no, como no me he cansado de señalar. Tendrá que transcurrir un siglo para que los efectos de ese descenso de la fertilidad se dejen sentir en unas zonas donde el control de los nacimientos proporciona una reserva artificial. Debemos mirar a los países del Lejano Oriente, y especialmente a aquellos donde la mortalidad infantil ha permanecido en un nivel estacionario. La población de Sumatra, por ejemplo, ha disminuido más del quince por ciento en los últimos veinte años. ¡Un porcentaje fabuloso! ¿Te das cuenta de que hace únicamente dos o tres décadas los neomaltusianos hablaban de una explosión demográfica? En realidad, se trata de una implosión. Otro factor a tener en cuenta es...

Aquí, la cinta había sido cortada y vuelta a pegar, y la voz de Whitby, menos quejumbrosa esta vez, resonó de nuevo:

... sólo por curiosidad, dime una cosa: ¿cuántas horas duermes cada noche?

POWERS: No lo sé con exactitud; alrededor de ocho horas, supongo.

WHITBY: Las proverbiales ocho horas. Pregúntale a cualquiera y te dirá automáticamente «ocho horas». En realidad, tú duermes alrededor de diez horas y media, como la mayoría de la gente. Te he controlado en numerosas ocasiones. Yo mismo duermo once. Pero hace treinta años la gente dormía realmente ocho horas, y un siglo antes dormía seis o siete. En las *Vidas* de Vasari puede leerse que Miguel Ángel dormía solamente cuatro o cinco horas, pintando todo el día a la edad de ochenta años, y trabajando por la noche sobre su mesa de anatomía con una vela atada a la frente. Ahora está considerado un genio, pero entonces no llamaba la

atención. ¿Cómo crees que los antiguos, desde Platón a Shakespeare, desde Aristóteles a Tomás de Aquino, pudieron dar a luz una obra tan copiosa? Sencillamente, porque disponían de seis o siete horas más cada día. Desde luego, otra de las desventajas que tenemos con respecto a los antiguos es un nivel metabólico más bajo: otro factor que nadie explicará.

POWERS: Supongo que puede opinarse que el mayor número de horas de sueño es un mecanismo de compensación, una especie de tentativa de la masa neurótica para escapar de las terribles presiones de la vida urbana a finales del siglo xx.

WHITBY: Puede opinarse, pero es un error. Es un simple caso de bioquímica. Las cuñas de ácido ribonucleico que desatan las cadenas de proteínas en todos los organismos vivos se están gastando, los troqueles que imprimen la firma protoplásmica se han embotado. Después de todo, han estado funcionando durante más de mil millones de años. Ha llegado el momento de un reajuste. Del mismo modo que la vida del organismo de un individuo tiene una duración limitada, como la vida de una colonia de fermentos o de una especie determinada, la vida de todo un reino biológico tiene también su duración. Siempre se ha supuesto que la evolución tiende a subir siempre, pero en realidad se ha alcanzado ya la cima y el camino conduce ahora hacia abajo, hacia la tumba biológica común. Es una desalentadora y actualmente inaceptable visión del futuro, pero es la única. Dentro de cinco mil siglos nuestros descendientes, en vez de ser superhombres multicerebrados, serán probablemente unos idiotas prognáticos con la frente cubierta de pelo que gruñirán alrededor de los restos de la Clínica como hombres neolíticos atrapados en una macabra inversión del tiempo. Créeme, les compadezco, y me compadezco a mí mismo. Mi fracaso total, mi falta absoluta de cualquier derecho moral o biológico a la existencia está implícita en cada célula de mi cuerpo...

La cinta llegó al final; el carrito corrió libremente y se paró. Powers cerró la máquina y luego se masajeó el rostro. Coma permaneció sentada en silencio, contemplando al doctor y oyendo al chimpancé que jugaba con un rompecabezas.

—En opinión de Whitby —dijo finalmente Powers—, los genes silenciosos representan un último y desesperado esfuerzo del reino biológico para mantener la cabeza por encima de las aguas cada vez más altas. Su período total de vida está determinado por la cantidad de radiación emitida por el sol, y una vez que ha alcanzado cierto punto la extinción es inevitable. Como compensación a esto, han sido construidas alarmas que modifican la forma del organismo y lo adaptan para vivir en un clima radiológico más cálido. Los organismos de piel blanda desarrollan duros caparazones que contienen metales pesados como escudo contra la radiación. También se desarrollan nuevos órganos de percepción. Aunque, según Whitby, es un esfuerzo que a la larga resultará inútil. Pero, a veces me pregunto...

Sonrió, mirando a Coma, y se encogió de hombros.

—Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Cuánto hace que conoce a Kaldren?

—Unas tres semanas. Parece que hace diez mil años.

—¿Cómo le encuentra ahora? Últimamente no hemos estado mucho en contacto. Coma hizo una mueca.

—Tampoco yo le veo demasiado. Quiere que me pase la vida durmiendo. Kaldren tiene mucho talento, pero vive para sí mismo. Usted significa mucho para él, doctor. En realidad, es usted mi único rival serio.

—Creí que no podía soportar el verme...

—¡Oh! Se equivoca. En realidad, piensa en usted continuamente. Por eso nos pasamos el tiempo siguiéndole. —Coma hizo una breve pausa y luego añadió—: Creo que se siente culpable de algo.

—¿Culpable? —exclamó Powers—. ¿De veras? Creí que al que se suponía culpable era a mí.

—¿Por qué? —inquirió Coma. Vaciló, y luego dijo—: Usted realizó algún experimento quirúrgico en Kaldren, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Powers—. No fue precisamente un éxito... Si Kaldren se siente culpable, supongo que es debido a que cree que debe asumir parte de la responsabilidad.

Miró a la muchacha, cuyos inteligentes ojos le observaban atentamente.

—Por un par de motivos puede ser necesario que usted lo sepa. Dice que ha oído a Kaldren pasear de un lado para otro por las noches, y que no duerme lo suficiente. En realidad, no duerme absolutamente nada.

La muchacha asintió.

—Usted...

—...le narcotomicé —terminó Powers—. Desde el punto de vista quirúrgico fue un gran éxito, por el cual podían haberme concedido perfectamente el premio Nobel.

Normalmente, el hipotálamo regula el período de sueño levantando el umbral de la conciencia a fin de relajar las capilaridades venosas del cerebro y librarlas de las toxinas acumuladas. Sin embargo, cortando algunas de las conexiones de control el sujeto es incapaz de recibir la sugestión del sueño, y las capilaridades se vacían mientras él permanece consciente. Lo único que nota es un letargo temporal, que desaparece en tres o cuatro horas. Físicamente hablando, Kaldren ha añadido otros veinte años a su vida. Pero la psique parece necesitar el sueño por sus motivos particulares, y en consecuencia Kaldren sufre unos trastornos periódicos que le destrozan. Todo el asunto fue un trágico error.

Coma frunció el ceño pensativamente.

—Es lo que yo sospechaba. Sus artículos en las revistas de neurocirugía se referían al paciente como K. Parece una historia de Kafka convertida en realidad.

—Ocúpese de él, Coma —dijo Powers—. Asegúrese de que va al dispensario.

—Lo intentaré. A veces me siento como uno de sus absurdos documentos terminales.

—¿A qué se refiere?

—¿No ha oído hablar de ellos? Kaldren colecciona afirmaciones definitivas acerca del *homo sapiens*. Las obras completas de Freud, los cuartetos de Beethoven, transcripciones de los juicios de Nuremberg, una novela automática... —Coma se interrumpió—. ¿Qué está dibujando?

—¿Dónde?

Coma señaló el papel secante del escritorio y Powers inclinó la mirada y vio que había estado dibujando inconscientemente un complicado laberinto: el sol de cuatro brazos de Whitby.

—No es nada —dijo.

Coma se puso en pie para marcharse.

—Tiene que hacernos una visita, doctor. Kaldren desea enseñarle muchas cosas. Ahora está entusiasmado con una copia de las últimas señales que transmitió el Mercurio VII hace veinte años, cuando llegó a la Luna, y no piensa en otra cosa. Recordará usted los extraños mensajes que grabaron los tripulantes antes de morir, llenos de divagaciones poéticas acerca de los jardines blancos. Pensándolo bien, creo que se comportaban como las plantas que usted tiene aquí.

Coma rebuscó en sus bolsillos y sacó algo.

—A propósito, Kaldren me ha encargado que le diera esto.

Era una pequeña cartulina, en cuyo centro había un número escrito a máquina:

96.688.365.498.720

—A este ritmo, tardará mucho tiempo en producirse el cero —observó secamente—. Cuando hayamos terminado tendré toda una colección.

Cuando Coma se hubo marchado, Powers tiró la cartulina al cubo de los desperdicios y se sentó ante el escritorio, contemplando por espacio de una hora el ideograma dibujado sobre el secante.

A medio camino de su casa de la playa la carretera del lago se bifurcaba a la izquierda a través de una angosta escarpia que discurría entre las colinas hasta un abandonado campo de tiro de las Fuerzas Aéreas en uno de los más lejanos lagos salados. En el extremo más cercano había unos cuantos bunkers y varias torres de observación, un par de cobertizos metálicos y un hangar de techo muy bajo. Las blancas colinas rodeaban toda la zona, aislándola del mundo exterior, y a Powers le gustaba pasear por los pasillos de artillería que habían sido trazados a dos millas de distancia del lago en dirección a los blancos de hormigón situados en el extremo más lejano. Los abstractos diseños le hacían sentirse como una hormiga sobre un tablero de ajedrez en blanco y ahuesado, con las pantallas rectangulares en un extremo y las torres y bunkers en el otro como piezas de distinto color.

Su sesión con Coma había hecho que Powers se sintiera repentinamente insatisfecho de su empleo del tiempo en los últimos meses. *Adiós, Eniwetok*, había escrito, pero olvidarlo sistemáticamente todo era en realidad exactamente lo mismo

que recordarlo, un catalogar al revés, escogiendo todos los libros en la biblioteca mental y volviendo a colocarlos boca abajo.

Powers subió a una de las torres de observación, se inclinó sobre el parapeto tendió la mirada a lo largo de los pasillos hacia los blancos. Obuses y cohetes habían arrancado grandes trozos de las franjas circulares de hormigón que rodeaban los blancos, pero los contornos de los enormes discos de 100 yardas de anchura, pintados alternativamente de azul y rojo, eran todavía visibles.

Durante media hora los contempló en silencio, mientras por su mente cruzaban ideas inconcretas. Súbitamente, descendió de la torre y se dirigió hacia el hangar, que se encontraba a cincuenta metros de distancia. Al fondo, detrás de un montón de maderos y de rollos de alambre, había una pila de sacos de cemento, un montón de arena y un viejo mezclador.

Media hora más tarde volvía a entrar en el hangar con el Buick, enganchó el mezclador de cemento, cargado de arena, cemento y agua, recogida en los bidones que estaban al aire libre, al parachoques trasero, cargó otra docena de sacos en el portaequipajes y en los asientos posteriores y, finalmente, escogió unos cuantos maderos rectos, los cargó y se dirigió hacia el blanco central.

Durante las dos horas siguientes trabajó en el centro del gran disco azul, mezclando el cemento a mano, transportándolo a través de las toscas formas que había trazado con los maderos, levantando una pared de seis pulgadas de altura alrededor del perímetro del disco. Trabajó sin interrupción, removiendo el cemento con un perpallo y acarreándolo con el tapón de rosca de una de las ruedas.

Cuando emprendió el regreso, dejando su equipo donde estaba, había terminado un trozo de pared de treinta pies de longitud.

IV

Junio, 7: Consciente, por primera vez, de la brevedad de cada día. Cuando estaba despierto durante más de doce horas, orientaba mi tiempo alrededor del meridiano; mañana y tarde conservaban su antiguo ritmo. Ahora, con sólo once horas de conciencia, forman un intervalo continuo, como un trazo de cinta de medir. Puedo ver exactamente cuanto queda en el carrete, y no puedo hacer nada para modificar el ritmo al cual se desenvuelve. Paso el tiempo empaquetando los libros de mi biblioteca; los cestos son demasiado pesados para moverlos y los dejo donde quedan cuando están llenos.

Despierto a las 8,10. A dormir a las 7,15. (Parece ser que he perdido mi reloj de pulsera sin darme cuenta. Tendré que ir al pueblo a comprar otro.)

Junio, 14: Nueve horas y media. El tiempo corre, tan rápido como un expreso. Sin embargo, la última semana de unas vacaciones siempre transcurre con más rapidez que las primeras. Al ritmo actual, me quedarían de cuatro a cinco semanas. Esta mañana he tratado de visualizar lo que sería la última semana, y he sido víctima de un

ataque de miedo, algo que no me había ocurrido hasta ahora. He tardado media hora en recobrarme lo suficiente para una intravenosa. Kaldren me persigue como mi sombra luminosa, y ha escrito con tiza en la entrada: «96.688.365.498.702». El cartero se habrá extrañado al verlo.

Despierto a las 9,05. A dormir a las 6,36.

Junio, 19: Ocho horas y cuarenta y cinco minutos. Anderson llamó por teléfono esta mañana. Estuve a punto de colgar, pero conseguí dominarme. Me ha felicitado por mi estoicismo, ha utilizado incluso la palabra «heroico». Absurdo. La desesperación lo corroe todo: valor, esperanza, autodisciplina, todas las mejores cualidades. Resulta muy difícil mantener esa actitud impersonal de aceptación pasiva implícita en la tradición científica. Trato de pensar en Galileo ante la Inquisición, en Freud superando los incesantes dolores de su cáncer de garganta...

Cuando iba al pueblo me he encontrado con Kaldren y he sostenido con él una larga discusión a propósito del Mercurio VII. Él está convencido de que los tripulantes se negaron deliberadamente a abandonar la Luna, después de que el «comité de recepción» que les esperaba los hubo situado en el cuadro cósmico. Los misteriosos emisarios de Orión les habrían dicho que la exploración del profundo espacio no tenía sentido, que la habían iniciado demasiado tarde, ya que la vida del universo está prácticamente acabada... Según Kaldren, algunos generales de las Fuerzas Aéreas se han tomado en serio esa teoría, pero yo sospecho que se trata de una tentativa de Kaldren para consolarme.

Tendré que desconectar el teléfono. Un contratista se pasa el tiempo llamándome para reclamarme el pago de 50 sacos de cemento que, según él, recogí hace diez días. Dice que él mismo me ayudó a cargarlos en un camión. Bajé al pueblo en la camioneta de Whitby, efectivamente, pero sólo para comprar unos kilos de plomo. ¿Qué se imagina ese individuo que puedo hacer con todo ese cemento?

Despierto a las 9,40. A dormir a las 4,15.

Junio, 25: Siete horas y media. Kaldren estaba merodeando de nuevo alrededor del laboratorio. Me llamó por teléfono, limitándose a recitarme una larga hilera de números. Esas bromas tuyas me están resultando insoportables. De todos modos, por mucho que me moleste la perspectiva, pronto tendré que ir a verle para llegar a un acuerdo con él. Menos mal que el ver a Miss Marte es un placer.

Ahora me basta con una comida, completada con una inyección de glucosa. El dormir no me produce ningún descanso. Anoche tomé una película de 16 mm de las primeras tres horas, y esta mañana la he proyectado en el laboratorio. Es la primera película de terror «real». Me he visto a mí mismo como un cadáver semianimado.

Despierto a las 10,25. A dormir a las 3,45.

Julio, 3: Cinco horas y cuarenta y cinco minutos. Hoy no he hecho casi nada. Sumido en una especie de letargo, me he dirigido al laboratorio y por dos veces he estado a punto de salirme de la carretera. Me he concentrado lo suficiente para dar de comer a los animales y poner mi diario al día. Leyendo por última vez los manuales

que dejó Whitby, me he decidido por un nivel de proyección de 40 roentgens/min., con una distancia del blanco de 350 cm. Todo está preparado.

Despierto a las 11,05. A dormir a las 3,15.

Powers se desperezó, arrastró su cabeza lentamente a través de la almohada, contemplando las sombras proyectadas en el techo por la persiana. Luego miró hacia sus pies, y vio a Kaldren sentado al borde de la cama, observándole en silencio.

—Hola, doctor —dijo Kaldren, tirando su cigarrillo—. ¿Se acostó tarde anoche? Parece usted cansado.

Powers se incorporó sobre un codo y echó una ojeada a su reloj. Eran poco más de las once. Con el cerebro ligeramente embotado, se sentó en el borde del lecho, con los codos sobre las rodillas, frotándose la cara con las palmas de las manos.

Se dio cuenta de que la habitación estaba llena de humo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Kaldren.

—He venido a invitarle a almorzar. —Señaló el aparato telefónico sobre la mesilla de noche—. Su teléfono no contestaba, de modo que decidí venir. Espero que no le moleste mi visita. Estuve tocando el timbre por espacio de media hora. Me extraña que no lo haya oído.

Powers se puso en pie y trató de alisar las arrugas de sus pantalones de algodón. Había dormido con ellos toda una semana, y estaban muy sucios.

Cuando echaba a andar hacia el cuarto de baño, Kaldren señaló la cámara montada sobre un trípode al otro lado del lecho.

—¿Qué es eso? ¿Piensa dedicarse al cine, doctor?

Powers le contempló en silencio unos instantes, echó una ojeada al trípode y luego se dio cuenta de que su diario estaba abierto sobre la mesilla de noche. Preguntándose si Kaldren habría leído las últimas anotaciones, cogió el diario, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta detrás de él.

Del armario colgado junto al espejo sacó una jeringuilla y una ampolla; después de inyectarse, se apoyó contra la puerta esperando que el estimulante obrara sus efectos.

Kaldren estaba en la antesala cuando Powers se reunió con él; leía las etiquetas pegadas a los cestos llenos de libros.

—De acuerdo —dijo Powers—. Almorzaré contigo.

Observó a Kaldren cuidadosamente. El joven parecía más sumiso que de costumbre.

—Bien —dijo Kaldren—. A propósito, ¿piensa usted marcharse?

—¿Te importa, acaso? —inquirió Powers secamente—. Creí que el que te atendía era Anderson.

Kaldren se encogió de hombros.

—No se enfade, doctor —dijo—. Le espero a las doce. Así tendrá tiempo de

cambiarse de ropa. Lleva la camisa muy sucia... ¿Qué es eso? Parece cal.

Powers inclinó la mirada y cepilló con la mano las manchas blancas. Cuando Kaldren se hubo marchado, se desvistió, tomó una ducha y sacó un traje limpio de uno de los baúles.

Hasta que conoció a Coma, Kaldren vivió solo en la abstracta residencia de verano que se alzaba en la orilla norte del lago. Era un edificio de siete pisos construido por un matemático excéntrico y millonario, en forma de cinta de hormigón que ascendía en espiral, enroscándose alrededor de sí misma como una serpiente, revistiendo paredes, suelos y techos. Kaldren era el único que se había interesado por el edificio, y en consecuencia había podido alquilarlo en unas condiciones muy favorables. Por las tardes, Powers le había visto con frecuencia desde el laboratorio, subiendo de un piso al otro a través del laberinto de rampas y terrazas, hasta el mismo tejado, donde su figura delgada y angulosa se recortaba como un patíbulo contra el cielo.

Allí estaba cuando Powers llegó, poco después de las doce del mediodía.

—¡Kaldren! —gritó.

Kaldren miró hacia abajo y agitó su brazo derecho trazando un lento semicírculo.

—¡Suba! —gritó a su vez.

Powers se apoyó en el automóvil. En cierta ocasión, unos meses antes, había aceptado la misma invitación y al cabo de tres minutos se había extraviado en el laberinto del segundo piso. Kaldren tardó media hora en encontrarle.

De modo que esperó a que Kaldren bajara, cosa que no tardó en hacer. El joven le acompañó a través de cavidades y escaleras hasta el ascensor que les condujo al último piso.

Tomaron un combinado en un amplio estudio de techo encristalado. La enorme cinta blanca de hormigón se desenrollaba alrededor de ellos como pasta dentífrica surgida de un inmenso tubo. De las paredes colgaban gigantescas fotografías, y la estancia estaba llena de mesitas, encima de las cuales se veían una serie de objetos cuidadosamente etiquetados, dominado todo por unas letras negras de veinte pies de altura en la pared del fondo que componían una sola palabra:

TÚ

Kaldren apuró de un trago el contenido de su vaso.

—Este es *mi* laboratorio, doctor —dijo, con evidente orgullo—. Mucho más significativo que el suyo, créame.

Powers sonrió en su fuero interno y examinó el objeto que tenía más cerca, una antigua cinta EEG en cuya etiqueta podía leerse. EINSTEIN, A.: ONDAS ALFA, 1922.

Siguió a Kaldren alrededor de la habitación, sorbiendo lentamente su combinado, gozando de la breve sensación de lucidez proporcionada por la anfetamina. Dentro de

dos horas desaparecería, dejando su cerebro en blanco.

Kaldren iba de un lado para otro, explicando el significado de los llamados Documentos Terminales.

—Son ediciones definitivas, afirmaciones finales, fragmentos de una composición total. Cuando haya reunido los suficientes, construiré un mundo nuevo con ellos. —Cogió un grueso volumen de una de las mesas y lo hojeó—. Las Actas de los Juicios de Nuremberg. Tengo que incluirlas...

Powers lo contemplaba todo con aire ausente, sin escuchar a Kaldren. En un rincón frío tres teletipos, con las cintas colgando de sus bocas. Se preguntó si Kaldren estaba lo bastante despistado como para jugar al mercado de valores, el cual había estado declinando lentamente durante los últimos veinte años.

—Powers —oyó que decía Kaldren—. Creo que ya le hablé a usted del Mercurio VII. —Señaló una colección de hojas escritas a máquina—. Esas son las transcripciones de las señales finales radiadas por la tripulación de la cápsula.

Powers examinó superficialmente las hojas, leyendo una línea al azar.

«...AZUL... GENTE... RE-CICLO... ORIÓN... TELÉMETROS...»

—Interesante —dijo, sin el menor entusiasmo—. ¿Qué hacen allí los teletipos? Kaldren sonrió.

—He estado esperando desde hace meses que me hiciera esa pregunta. Eche una mirada.

Powers se acercó y cogió una de las cintas. La máquina llevaba también su correspondiente rótulo: AURIGA 225-G. INTERVALO: 69 HORAS.

La cinta decía:

96.688.365.498.695

96.688.365.498.694

96.688.365.498.693

96.688.365.498.692

Powers dejó caer la cinta.

—Me resulta familiar. ¿Qué representa la secuencia?

Kaldren se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

—¿Qué quieres decir? Tiene que responder a algo.

Desde luego. Es una progresión matemática decreciente. Una cuenta atrás, si lo prefiere.

Powers cogió la cinta de la derecha, etiquetada: ARIES 44R 951. INTERVALO: 49 DÍAS.

Aquí la secuencia era:

876.567.988.347.779.877.654.434

876.567.988.347.779.877.654.433

876.567.988.347.779.877.654.432

Powers miró a su alrededor.

—¿Cuánto tarda en llegar cada señal?

—Unos segundos solamente. Tienen una terrible compresión lateral, desde luego. Una computadora del observatorio no puede captarlas. Fueron recogidas por primera vez en Jodrell Bank hace veinte años. Ahora nadie se molesta en escucharlas.

Powers cogió la última cinta.

6.554

6.553

6.552

6.551

—Está acercándose al final —comentó.

Examinó la etiqueta, que decía: FUENTE SIN IDENTIFICAR. CANES VENATICI. INTERVALO: 97 SEMANAS.

Mostró la cinta a Kaldren.

—Pronto habrá terminado.

Kaldren sacudió la cabeza. Levantó un pesado volumen de una mesa y lo meció en sus manos. Súbitamente, la expresión de su rostro se había ensombrecido.

—Lo dudo —dijo—. Esos son únicamente los últimos cuatro números. La cifra total contiene más de cincuenta millones.

Tendió el volumen a Powers, el cual volvió la cubierta y leyó el título: «Secuencia principal de Señal Seriada recibida por el Radio-Observatorio de Jodrell Bank, Universidad de Manchester, Inglaterra, a las 0012-59 horas del 21-V-72. Fuente: NGC 9743, Canes Venatici».

Powers hojeó el grueso fajo de páginas impresas: millones de números, como Kaldren había dicho, discurriendo de arriba a abajo a través de mil páginas consecutivas.

Powers sacudió la cabeza, cogió de nuevo la cinta y la contempló pensativamente.

—La computadora sólo anota los últimos cuatro números —explicó Kaldren—. Las series enteras llegan en períodos de 15 segundos, pero una IBM tardaría más de dos años en anotar una de ellas.

—Asombroso —comentó Powers—. Pero, ¿qué es?

—Una cuenta atrás, como puede ver. NGC9743, en alguna parte de Canes Venatici. Las grandes espirales se están rompiendo y dicen adiós. Dios sabe qué creerán que somos, pero de todos modos nos lo hacen saber, irradiándolo a través de

la línea de hidrógeno para que pueda oírse en todo el universo... —Kaldren hizo una pausa—. Algunas personas le han dado otra interpretación, pero sólo hay una explicación plausible.

—¿Cuál?

Kaldren señaló la última cinta de Canes Venatici.

—Sencillamente, que se ha calculado que cuando esta serie llegue al cero el universo habrá dejado de existir.

Powers hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Muy considerado por su parte hacernos saber en qué momento del tiempo nos encontramos —observó.

—Desde luego —asintió Kaldren—. Aplicando la ley del cuadrado inverso, la fuente de esa señal está emitiendo a una potencia de casi tres millones de megawatios elevados a la centésima potencia. Casi el tamaño de todo el Grupo Local. Considerado es la palabra.

Súbitamente, Kaldren agarró el brazo de Powers y le miró fijamente a los ojos, temblando de emoción.

—No está solo, Powers, no crea que lo está. Esas son las voces del tiempo, y están despidiéndose de usted. Piense en sí mismo en un contexto más amplio. Cada partícula de su cuerpo, cada grano de arena, cada galaxia lleva la misma firma. Como usted ha dicho, ahora sabe en qué momento del tiempo se encuentra. ¿Qué importa lo demás? No hay necesidad de consultar continuamente el reloj.

Powers cogió la mano de Kaldren y la estrechó calurosamente.

Se acercó a una ventana y extendió la mirada a través del blanco lago. La tensión entre Kaldren y él se había desvanecido, y ahora deseaba marcharse lo antes posible, olvidar a Kaldren como había olvidado los rostros de los innumerables pacientes cuyos cerebros habían pasado entre sus dedos.

Se acercó de nuevo a los teletipos, arrancó las cintas de sus ranuras y se las guardó en los bolsillos.

—Me las llevo como un recordatorio para mí mismo. Dile adiós a Coma de mi parte, ¿quieres?

Avanzó hacia la puerta, y al llegar a ella se volvió a mirar a Kaldren, de pie a la sombra de las dos gigantescas letras de la pared del fondo, con los ojos clavados en las puntas de sus zapatos.

Cuando Powers se alejaba se dio cuenta de que Kaldren había subido al tejado; a través del espejo retrovisor le vio agitar lentamente la mano hasta que el automóvil desapareció en una curva.

V

El círculo exterior estaba ahora casi completo. Faltaba un pequeño segmento, un arco de unos diez pies de longitud, pero el resto de la pared de seis pulgadas de altura

se alzaba sin interrupción alrededor del vial exterior del blanco, encerrando dentro de ella el enorme jeroglífico. Tres círculos concéntricos, el mayor de un centenar de pies de diámetro, separado uno de otro por intervalos de diez pies, formaban la cenefa del dibujo, dividido en cuatro segmentos por los brazos de una enorme cruz que partía del centro, en el cual había una pequeña plataforma redonda a un pie de distancia del suelo.

Powers trabajó rápidamente, vertiendo arena y cemento en el mezclador, añadiendo agua hasta que se formó una espesa pasta y transportándola luego hasta los moldes de madera para verterla en el estrecho canal.

Al cabo de diez minutos había terminado. Desmontó rápidamente los moldes antes de que el cemento hubiera cuajado y llevó los maderos al asiento posterior del automóvil. Secándose las manos en los pantalones, se acercó al mezclador y lo empujó hasta la sombra de las circundantes colinas.

Sin detenerse a contemplar el gigantesco monograma sobre el cual había trabajado pacientemente durante tantas tardes, subió al automóvil y se alejó, envuelto en una nube de polvo.

Llegó al laboratorio a las tres. Al entrar encendió todas las luces y luego bajó todas las persianas, encajándolas en las ranuras del suelo y convirtiendo la cúpula en una verdadera tienda de campaña de acero.

En los tanques, detrás de él, las plantas y los animales se movieron silenciosamente, respondiendo al súbito fluir de la fría luz fluorescente. Sólo el chimpancé le ignoró. Estaba sentado en el suelo de su jaula, tratando de componer el rompecabezas, estallando en gritos de rabia cuando los cuadros no encajaban.

Powers se quitó la chaqueta y se dirigió hacia la sala de rayos X. Abrió las altas puertas corredizas hasta dejar al descubierto el largo y metálico hocico de Maxitron, y luego empezó amontonar las planchas protectoras de plomo contra la pared del fondo.

Unos minutos después el generador empezó a funcionar.

La anémona se agitó. Bañada por el cálido mar subliminal de radiación que se alzaba a su alrededor, impulsada por innumerables recuerdos pelágicos, se movió cautelosamente a través del tanque, buscando a tientas el pálido sol uterino. Sus zarcillos se contrajeron, al tiempo que los millares de células nerviosas hasta entonces dormidas en sus extremos se reagrupaban y multiplicaban, cada una de ellas absorbiendo la liberada energía de su núcleo. Las cadenas se forjaron por sí mismas, y los zarcillos empezaron a captar lentamente los vívidos contornos espectrales de los sonidos danzando como fosforescentes olas alrededor de la oscurecida cámara de la cúpula.

Gradualmente se formó una imagen, revelando una enorme fuente negra que vertía una interminable corriente de luz sobre el círculo de bancos y tanques. Junto a

ella se movió una figura, regulando el chorro a través de su boca. Mientras andaba, sus pies despedían vívidos estallidos de color, sus manos, discurriendo a lo largo de los bancos, conjuraban un asombroso claroscuro, bolas de luz azul y violeta que estallaban fugazmente en la oscuridad como diminutas estrellas.

Los fotones murmuraron. Mientras contemplaba la reluciente pantalla de sonidos que la rodeaban, la anémona continuaba dilatándose. Sus ganglios se unieron, respondiendo a una nueva fuente de estímulos procedentes de los delicados diafragmas de la corona de su cuerda dorsal. Los contornos silenciosos del laboratorio empezaron a resonar suavemente, olas de sonido transformado cayeron de los arcos voltaicos y despertaron ecos en los bancos y en los muebles. Atacadas por el sonido, sus formas angulosas resonaron con una rara y persistente armonía, Las sillas forradas de plástico ponían un contrapunto de discordancias...

Ignorando aquellos sonidos una vez habían sido percibidos, la anémona se volvió hacia el techo, el cual reflejaba como un escudo los sonidos que vertían continuamente los tubos fluorescentes. Deslizándose a través de una estrecha claraboya, con voz clara y potente, el sol cantó...

Faltaban unos minutos para el amanecer cuando Powers salió del laboratorio y subió a su automóvil. Detrás de él, la gran cúpula estaba sumida en la oscuridad, cubierta por las sombras que la luz de la luna arrancaba a las blancas colinas. Powers dejó que el coche se deslizara hasta la carretera del lago, escuchando el crujido de los neumáticos al rodar sobre la grava azul. Luego puso el automóvil en marcha y aceleró el motor.

Mientras conducía, con las colinas medio ocultas en la oscuridad a su izquierda, se dio cuenta de que, a pesar de que no miraba a las colinas, continuaba teniendo conciencia de sus formas y contornos. La sensación era indefinida pero no menos cierta: una extraña impresión casi visual que emanaba con fuerza de los profundos barrancos y cortadas que separaban un risco del siguiente. Durante unos minutos Powers dejó que la impresión le dominara, sin tratar de identificarla. Una docena de extrañas imágenes se movieron a través de su cerebro.

La carretera se desviaba alrededor de un grupo de chalés construidos a orillas del lago, llevando al automóvil directamente a sotavento de las colinas, y Powers sintió repentinamente el peso macizo del acantilado que se erguía hacia el oscuro cielo como un risco de greda luminosa y pudo identificar la impresión que ahora se registraba con fuerza en su mente. No sólo pudo ver el acantilado, sino que tuvo conciencia de su enorme vejez sintió claramente los incontables millones de años transcurridos desde que brotó del magma de la corteza de la tierra.

Las crestas que se erguían a trescientos pies de altura, las oscuras grietas y hondonadas, eran otras tantas voces que hablaban del tiempo que había transcurrido en la vida del acantilado, un cuadro psíquico tan definido y tan claro como la imagen visual que percibían sus ojos.

Involuntariamente, Powers había aminorado la velocidad del automóvil, y

apartando sus ojos de la colina notó que una segunda ola de tiempo barría la primera. La imagen era más ancha aunque de perspectivas más cortas, irradiando desde el amplio disco del lago y deslizándose por encima de los antiguos riscos de piedra caliza.

Cerrando los ojos, Powers se echó hacia atrás y condujo el automóvil a lo largo del intervalo entre los dos frentes de tiempo, notando que las imágenes se hacían más profundas y más intensas en su mente. La enorme vejez del paisaje, el inaudible coro de voces resonando desde el lago y desde las blancas colinas, parecieron transportarle hacia atrás a través del tiempo, a lo largo de interminables pasillos, hasta el primer umbral del mundo.

Desvió el automóvil de la carretera para adentrarse en el camino que conducía al antiguo campamento de las Fuerzas Armadas. A uno y otro lado, las colinas se erguían y resonaban con impenetrables y vastos imanes inductores. Cuando finalmente llegó a la lisa superficie del lago, a Powers le pareció que podía captar la identidad independiente de cada grano de arena y de cada cristal de sal llamándole desde el circundante anillo de colinas.

Estacionó el automóvil al lado del *mandala* y echó a andar lentamente hacia el borde exterior de hormigón que se curvaba entre las sombras. Encima de él pudo oír las estrellas, un millón de voces cósmicas agrupadas en el cielo desde un horizonte hasta el siguiente, un verdadero dosel de tiempo. Vio el borroso disco rojo de Sirio, oyó su antigua voz, incalculablemente vieja, empequeñecida por la enorme nebulosa espiral de Andrómeda, un gigantesco carrusel de universos desvanecidos, sus voces casi tan viejas como el propio cosmos. A Powers el cielo le parecía una interminable Torre de Babel, la balada del tiempo de un millar de galaxias superpuestas en su mente. Mientras andaba lentamente hacia el centro del *mandala*, alzó la mirada hacia la Vía Láctea, desde la cual parecía llegarle un inmenso clamoreo.

Penetrando en el círculo interior del *mandala*, se dio cuenta de que el tumulto empezaba a remitir y que una voz solitaria y más potente había brotado y estaba dominando a las otras. Trepó a la plataforma central, alzó los ojos al oscuro cielo, moviéndolos a través de las constelaciones hasta las islas de galaxias que flotaban más allá, oyendo las confusas voces arcaicas que le llegaban a través de los milenios. Notó en sus bolsillos las cintas de papel, y se volvió para localizar la lejana diadema de Canes Venatici, oyó su gran voz ascendiendo en su mente.

Como un interminable río, tan ancho que sus orillas quedaban por debajo de los horizontes, fluía continuamente hacia él un vasto cauce de tiempo que se extendía hasta llenar el cielo y el universo, envolviéndolo todo. Avanzando lentamente, de modo que el progreso de su mayestática corriente resultaba casi imperceptible, Powers sabía que su venero era el venero del propio cosmos. Cuando pasó por él, sintió su magnética atracción y se dejó arrastrar por ella. A su alrededor, los contornos de las colinas y del lago se habían difuminado pero la imagen del *mandala*, semejante a un reloj cósmico, permanecía fija delante de sus ojos, iluminando la

ancha superficie de la corriente. Sin dejar de contemplarla, notó que su cuerpo iba disolviéndose, sus dimensiones físicas fundiéndose en el vasto continuo de la corriente, la cual le arrastraba hacia abajo, más allá de toda esperanza, hacia el descanso final, hacia las definitivas playas del mar de la eternidad.

Mientras las sombras se alejaban, retirándose hacia las laderas de las colinas, Kaldren se apeó de su automóvil y echó a andar con paso vacilante hacia el borde de hormigón del círculo exterior. A cincuenta yardas de distancia, en el centro, Coma estaba arrodillada junto al cadáver de Powers, sosteniendo su cabeza entre sus pequeñas manos. Una ráfaga de viento arrastró hasta los pies de Kaldren un trozo de cinta. El joven se inclinó a recogerla, la enrolló cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. El aire del amanecer era frío, y Kaldren se subió el cuello de la chaqueta, contemplando a Coma con una expresión impasible.

—Son las seis de la mañana —le dijo a la muchacha al cabo de unos instantes—. Voy a avisar a la policía. Tú puedes quedarte con él. —Hizo una pausa y luego añadió—: No dejes que rompan el reloj.

Coma se volvió a mirarle.

—¿Acaso no piensas volver?

—No lo sé —murmuró Kaldren, dando media vuelta y dirigiéndose hacia su automóvil.

Cinco minutos después estacionaba su automóvil delante del laboratorio de Whitby.

La cúpula estaba sumida en la oscuridad, con todas las persianas echadas, pero el generador continuaba zumbando en la sala de rayos X. Kaldren entró y encendió las luces. Se dirigió a la sala y tocó las parrillas del generador: estaban muy calientes. La mesa circular giraba lentamente. Agrupados en un semicírculo, a unos pies de distancia, se encontraban la mayor parte de los tanques y jaulas, amontonados unos encima de otros apresuradamente. En uno de ellos, una enorme planta semejante a un calamar casi había conseguido trepar fuera de su vivarium. Sus largos y traslúcidos zarcillos estaban aferrados a los bordes del tanque, pero su cuerpo se había disuelto en un charco gelatinoso de mucílago globular. En otro, una enorme araña se había atrapado a sí misma en su propia tela, y colgaba indefensa en el centro de una masa tridimensional de hilo fosforescente, agitándose espasmódicamente.

Todas las plantas y animales habían muerto. El chimpancé yacía de espaldas entre los restos de la choza, con el casco caído sobre los ojos. Kaldren lo contempló unos instantes. Luego se dirigió hacia el escritorio y cogió el teléfono.

Mientras marcaba el número vio un carrete de película encima del secante. Examinó la etiqueta y se guardó el carrete en el bolsillo, junto con la cinta.

Cuando hubo hablado con la policía apagó las luces y salió del laboratorio.

Cuando llegó a la residencia de verano el sol matinal iluminaba ya los balcones y

terrazas. Kaldren tomó el ascensor hasta el último piso y se encaminó directamente al museo. Alzó las persianas, una a una, y dejó que la luz del sol bañara los objetos reunidos allí. Luego arrastró una silla hasta una de las ventanas, se sentó y contempló en silencio la luz que penetraba a chorros en la estancia.

Dos o tres horas más tarde oyó a Coma que le llamaba desde abajo. Al cabo de media hora la muchacha se marchó, pero un poco más tarde apareció otra voz y gritó su nombre.

Kaldren se levantó y echó todas las persianas de las ventanas que daban a la parte delantera del edificio. No volvieron a molestarle.

Kaldren regresó a su asiento y dejó que su mirada vagase por la colección de objetos. Medio dormido, de cuando en cuando se levantaba a regular el chorro de luz que penetraba a través de las rendijas de la persiana, pensando, como haría a través de los meses venideros, en Powers y en su extraño *mandala*, y en los tripulantes del Mercurio VII y su viaje a los jardines blancos de la luna y en las personas azules que habían llegado de Orión y les habían hablado en un lenguaje poético de antiguos y maravillosos mundos bajo unos soles dorados en las islas galaxias, desvanecidos ahora para siempre en las miríadas de muertes del cosmos.

Notas

[1] *Los Precursores de Nínive*, de B. Dessault (Calmann-Levy). Para mayor claridad, he traducido el siguiente extracto del libro de Bakhun al lenguaje científico moderno.

<<

[2] El Museo Kensington de Londres, y el propio Profesor Dessault tienen en su poder ciertos fragmentos minerales, similares a los descritos por Bakhun, que en el curso de innumerables análisis químicos se han revelado como imposibles de *descomponer* o de *combinar* con otras sustancias, y a los cuales, en consecuencia, no puede serles asignado un lugar en ninguna nomenclatura convencional. <<

[3] En los capítulos siguientes, de un carácter narrativo, me he atendido fielmente a la traducción literal del Profesor Dessault, sin sentirme obligado, empero, a seguir la fastidiosa división en versos, o las repeticiones innecesarias. <<